





CERVANTES

TOMO II.



M. C. GOMEZ, EDITOR.
1859.

Zarza dib. y lit.

Litog. Heráldica.

MARIANO C. Y GOMEZ, EDITOR.

CERVANTES

NOVELA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

EDICION DE LUJO ADOORNADA CON PRECIOSAS LÁMINAS LITOGRAFIADAS
A VARIAS TINTAS, REPRESENTANDO LAS ESCENAS MAS
INTERESANTES DE LA OBRA.

TOMO I.



= 616 =

MADRID 1860:

IMPRESA DE DON ANTONIO GRACIA Y ORGA,
PLA. DEL BIOMBO NUM. 4.

MANUEL C. Y GOMEZ, EDITOR.

CEBRANTES

NOVELA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

EDICION DE LINO ADEQUADA CON PRINCIPALES LANTERNAS LITOGRAFICAS

A VARIAS TINTAS Y EN UNAS MAS

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

INTERESANTE DE LA OBRA

TOMO I



MADRID 1860

IMPRESA DE DON ANTONIO GARCIA Y GOMEZ
C/A DEL CORREO N.º 2



Ramon Ortega
y Frias

A MI QUERIDA ESPOSA

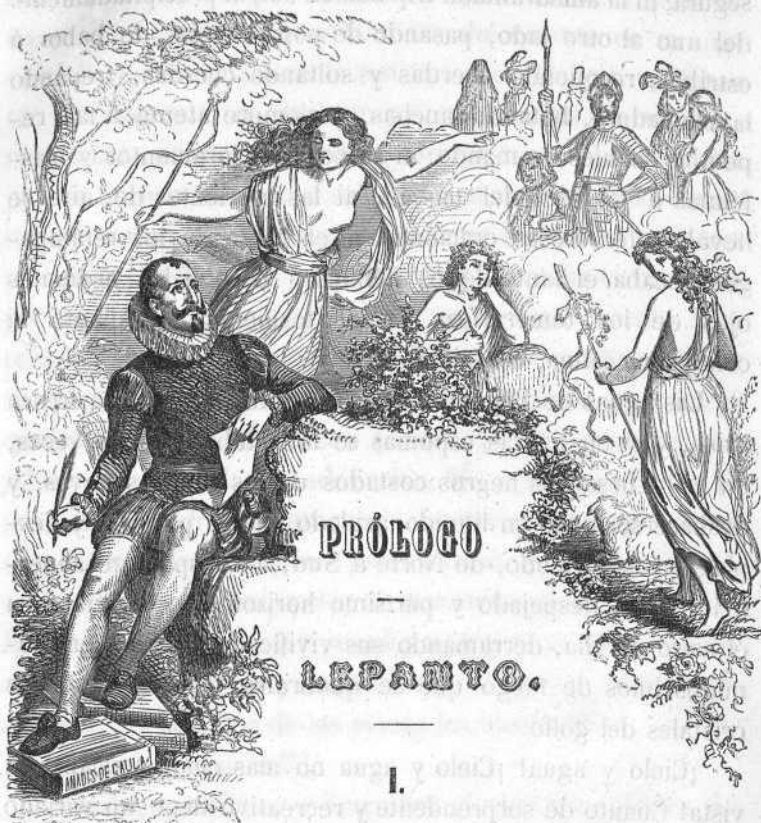
La señora doña Matilde Verdes-Montenegro.

Mucho tiempo me has visto vacilar antes de decidirme á escribir el CERVANTES. Presentar en el cuadro de una novela al príncipe de nuestros ingenios sin tener el suyo, hacerle hablar sin poseer su lenguaje, es sobrado atrevimiento. Algunos de mis buenos amigos, que son muchos, y en esto me reconozco afortunado, juzgándome con la pasión de su sincero afecto, me animaron á tomar la pluma. Aun no sé porqué me decidí á dar comienzo á la obra que tanto respeto y aun temor me infundia; pero al fin, el atrevimiento de la ignorancia ó la locura me hicieron dar el primer paso.

Muchas veces también me has oído decir que el CERVANTES pondría mi escasa é inmerecida reputación de escritor pendiente de un cabello, porque del acierto que demostrase al escribirlo, estribaba el que tuviese que abandonar para siempre la pluma ó pudiera seguir, al menos sin avergonzarme, el espinoso camino de las letras. Esto me ha decidido á dedicarte la presente obra: tú has compartido conmigo mis muchas amarguras y mis pocas alegrías, y nada más justo que el estampar tu nombre, para mí el más querido de todos, en el libro que decidirá tal vez de mi suerte como escritor.

¡Esposa de virtudes intachables, madre de mis dos inocentes y adorados hijos, el Eterno conserve viva la llama del acendrado amor que te profeso, para hacerte la más feliz de todas las mujeres y que yo sea el más dichoso de todos los hombres!

RAMON ORTEGA
Y FRIAS.



PRÓLOGO

LEPANTO.

I.



Arrojose mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heroico don Juan la heroica historia.

(CERVANTES.—*Viage al Parnaso* cap. I.)

No se levantaban embravecidas, mugiendo amenazantes, las aguas de Lepanto; ni agitaba Aquilon sus impalpables alas, convirtiendo la brisa en vendabal; ni manchaban el azul horizonte gigantescas nubes preñadas de centellas. oscureciendo la refulgente luz del sol; ni se hinchaban las velas para convertirse en girones; ni se doblaban los redondos mástiles para saltar deshechos en astillas; ni el timon, mal sujeto por la mano temerosa del piloto, giraba y crugia, buscando en vano direccion

segura; ni la amedrantada tripulacion corria precipitadamente del uno al otro lado, pasando de popa á proa, de babor á estribor, recojiendo cuerdas y soltando cuerdas; trepando la arboladura, botando lanchas, y siempre atenta á las repetidas señales de mando; ni respondian juramentos y blasfémias á los ecos del trueno, ni las corrientes de aire se llevaban fervorosas oraciones, ni el fuego de los relámpagos secaba el llanto de los débiles y cegaba los ardientes ojos de los temerarios. Nó, ni tormenta, ni espanto ni confusion; calma, completa calma.

Las aguas de Lepanto se rizaban á impulsos de la fresca brisa, y si en ligeras espumas se levantaba algunas veces, era para besar los negros costados de las pesadas naves, y deshacerse luego en líquido azulado que se plegaba y desplegaba, recorriendo, de Norte á Sud, la transparente superficie. En el despejado y purísimo horizonte se enseñoreaba el astro del dia, derramando sus vivificadoras luces en menudos hilos de fuego que se quebraban en los movibles cristales del golfo.

¡Cielo y agua! ¡Cielo y agua no mas cuanto alcanza la vista! Cuanto de sorprendente y recreativo tiene un variado panorama, es de imponente y magnífico ese horizonte de cielo y agua, por todas partes igual, pero cuya igualdad conmueve y aun espanta. En alta mar, cuando se tiende la mirada y solo se ven el cielo y las olas, estas blandas y movibles, aquel impalpable y sin fin, estremécese el pecho, tiembla el corazon y se agita el alma, porque no hay mas sosten que resista á la planta que el leño débil, arista entre las olas, pluma entre el viento, y solo la mano de Dios puede asir la mano del hombre que no ve la Omnipotente mano aunque la adivina y la siente. El infinito sobre la cabeza, un abismo á los pies.... ¡Cielo y agua no mas!

No mugian las olas, murmuraban, parecian gemir agoviadas por el peso de los numerosos bajeles que avanzaban

con lentitud al compas de los movibles remos. Nunca las aguas de Levante se movieron tan dulcemente en su cóncavo lecho de arena, ni levantaron sus blancas espumas tan blandamente, ni lamieron con igual cariño las surcadoras quillas, ni con tanta calma dejaron azotar sus cristales por los duros remos, ni al sol, en pago de sus luces, devolvieron mas multiplicadamente las sonrisas de sus movibles y variados reflejos. El toscó velámen, levemente hinchado por el viento, apenas daba ayuda en su lenta marcha á los pesados bajeles; las corrientes de aire, como fatigadas de su eterna y desigual carrera, parecían reposar, y mientras que los plateados peces, con descuidado abandono, se dejaban mecer por las blandas olas, las acuáticas aves y la inocente golondrina atravesaban el espacio con manso vuelo, sacudiendo plenteras sus pintadas alas y graznando ó pitando como para responder al monótono gemido del mar. El desigual crujido de los pesados aparejos no se dejaba oír sino por intervalos muy largos, como si temiese interrumpir el silencio y la calma de los sosegados elementos.

¡Imponente quietud!

¡Cuadro grandioso y magnífico el que presentaban las doscientas naves de la Santa Liga! Sus gloriosos pabellones flotaban izados orgullosamente, revolviéndose en caprichosas ondulaciones: ya plegándose al asta cimbradora, ya estendiéndose en direccion del soplo de la brisa. Relucian, como si numerosísimos espejos revoloteasen desconcertadamente, las bruñidas armaduras de los soldados y los cañones de los arcabuces y mosquetes, mientras que se agitaban, doblándose con flexible coquetería, las rojas y blancas plumas de los pardos sombreros de anchas alas de la infantería ligera, Humeaban las encendidas mechas que debían hacer vomitar la muerte y el esterminio á las negras bocas, de hierro y bronce, que guarnecían los costados y los castillos de los bajeles, sobre cuyas cubiertas se veían los enmoheci-

dos garfios de abordaje y las cortantes y pesadas hachas de armas.

Admiracion y espanto á la vez infundía la cristiana flota.

Vogaban á la descubierta, forzando remos y á todo trapo, ocho galeras al mando del intrépido don Juan de Cardona, almirante de la escuadra de Sicilia. Formando prolongada hilera, babor con estribor, á iguales distancias, y levantándose y cayendo acompasadamente los duros remos, seguian otras cincuenta galeras bien artilladas bajo las órdenes del experto Juan Andrea Doria. A larga distancia, y formando tres grupos, navegaban cuarenta y dos galeras y muchos navios: el ala derecha iba mandada por Marco Antonio Colonna, general de la flota pontificia: y la izquierda por Sebastian Venier, de la veneciana, ocupando el centro parte de la escuadra española, con la Real Capitana á cuyo bordo iba el generalísimo don Juan de Austria. Mas pausadamente y en buen orden vogaban tras de todas, otras cincuenta galeras y algunas goletas y navios á las órdenes del valiente marques de Santa Cruz y en todas direcciones, con mas ó menos rapidez, veíanse cruzar muchas lanchas con oficiales y soldados que iban de unos en otros bajeles comunicando órdenes.

Seguia levántandose el sol en el puro y azulado horizonte.

Continuaba soplando la fresca brisa y murmurando las blandas olas engalanadas con los caprichosos bordados de sus nacaradas espumas.

Vogó mas y mas la numerosa flota.

Desde las sicilianas galeras divisóse al fin un punto negro que, ensanchando gradualmente su forma, parecia ir saliendo del fondo de las aguas segun se le acercaban los bajeles.

Eran los escollos de Curzolari con sus puntiagudos riscos, sus desiguales cumbres, sus simas, sus cortaduras, sus movedizos arenales y sus ocultos bancos.

El grito de

¡Tierra!

Partió desde la primera cofa del palo mayor de la galera capitana. mas que todas velera, y fué repitiéndose de una en otra hasta perderse en el inmenso espacio.

Agitáronse todos los corazones, moviéronse con mayor velocidad todos los remos, y el gemido sordo de las aguas resonó mas prolongado y dominante.

Vogó mas y mas la numerosa flota.

Distinguiéronse los accidentes de la cercana tierra.

Seguia tranquilo el mar y acariciadora la brisa.

No muy lejos de la costa apareció otro punto negro, y pocos minutos después.

—¡Barco viene!

Se oyó gritar desde la capitana de Sicilia.

Repitióse la voz.

Todos los corazones palpitaron con violencia

Quedaron los remos inmóviles por un instante.

Treparon muchos marinos los altos masteleros.

Reinó un profundo silencio, y todas las miradas se fijaron en un mismo punto.

El que se habia divisado ensanchose lentamente, elevándose sobre las aguas; vióse manchado de blanco, y al fin, á favor de los ópticos instrumentos, se reconoció la enemiga flota.

Muy numerosa era tambien; componíanla trescientas velas á lo menos.

Las galeras sícilianas viraron en redondo, y multiplicando los golpes de sus remos, vogaron para encontrar la Real Capitana.

Imitaron con prontitud esta maniobra las cincuenta galeras de la vanguardia mandadas por Doria, y avanzando mas las que formaban la retaguardia, reuniéronse todas en poco tiempo.

Maniobróse nuevamente, plegáronse muchas velas, y se abandonaron los remos.

Entonces se votaron mas lanchas y se cruzaron con mas rapidez que antes.

Don Juan de Austria llamaba á consejo á los principales gefes.

Generales, almirantes y proveedores fueron llegando.

Pasemos á la cámara donde la esperiencia y el valor van á emitir su juicio.

Once gefes, presididos por don Juan de Austria, componian el consejo.

La llama del belico entusiasmo hacia brillar con su radiante luz las garzas pupilas del héroe de las Alpujarras, del gran soldado siempre vencedor, nunca vencido, y de cuyos gloriosos laureles, aguijon de la ruin envidia, rivales de la ciega vanidad. espanto de la ambicion cobarde, debia brotar la ponzoña vil. Su pálida frente ancha y noble como la de su invicto padre, se levantaba con el aire de la mas imponente autoridad. mientras que en sus labios entreabiertos vagaba una levísima sonrisa que dulcificaba la espresion altanera de su continente,

Nada mas noble que su aspecto magestuoso: ante las suyas bajaban sus miradas los mas ancianos y los mas atrevidos, así como los mas indiferentes sentian por el cariñoso afecto al ver la dulce sonrisa que dilataba su semblante de varonil belleza.

Sobre su colete de ante finísimo con mangas de la misma piel festoneadas de oro en sus costuras, llevaba peto y espaldar de bruñido y bien templado acero con incrustados tambien de oro y cincelado con primor. Armado así á la ligera, sin que otras piezas embarazasen sus movimientos ni ocultasen sus formas, podia notarse la belleza de estas y la grave dulzura de aquellos.

A pesar de su juventud infundia respeto á los veteranos

generales que le rodeaban y que habian envejecido entre el fuego de los mosquetes y la carniceria de las batallas.

Allí estaba don Luis de Requesens, Gran Comendador de Castilla, el mas leal de los caballeros españoles, soldado valiente y político experimentado. Daba á su rostro mayor autoridad su cabeza calva en la parte superior y sus negros ojos de mirada tranquila.

Cerca de él se hallaba Sebastian Venier, el ardiente veneciano, impetuoso en la acometida, ciego en la pelea. Sus pupilas verdes brillaban como relámpagos, y en su ovalado rostro de espesa barba gris, se pintaba lo indómito de su carácter.

Marco Antonio Colonna, valiente, aunque de mas templado ardimiento, mostraba en su semblante la gravedad de sus juicios, y esperaba, con calma aparente, á que hablasen sus compañeros.

A su lado estaba Agustin Barbarigo, proveedor general de Venecia, el del brazo incansable, y animoso corazon. Su mirada sombría vagaba del uno al otro lado como si quisiese adivinar en los semblantes de los demas si tenian como él tantos deseos de blandir el hacha mortífera.

Juan Andrea Doria, el marino experimentado, el que en todas ocasiones pesó en la balanza de su juicio los laureles de la victoria con los escudos que le costarian las averias de sus galeras, calculaba sobre su parte de botin y miraba con indiferencia á los que le rodeaban.

Por el contrario, el entusiasmo y la impaciencia se pintaban en el semblante adusto de don Alvaro de Bazano, marqués de Santa Cruz, tan valiente en la pelea como prudente en el consejo.

Otros capitanes, Orsino, de la Corgnia, Santa Fiora y Serbelloné mostraban tambien en sus ojos el deseo de encontrarse frente á frente con el enemigo.

Cualquiera se hubiese sentido dominado á la vista de

aquellos rostros, por el sol y el humo de la pólvora ennegrecidos los unos, por la respetable vejez marcados los otros.

Contemplólos el noble don Juan y sintió latir su corazón á impulsos del orgullo, al pensar que todo el heróico valor de aquellos pechos estaba subordinado á su voluntad, y que el suyo en nada les cedia.

—Grande es, señores—dijo con pausado tono—la empresa que intentamos, y como á todos alcanzarán los laureles, si vencemos, la vergüenza, si somos vencidos, justo es que tambien sea de todos la responsabilidad de la determinacion que debe tomarse. Pronto me ayudareis quizás con vuestras fuerzas, ayudadme ahora con vuestros consejos, y que ninguna consideracion impida á vuestros lábios decir lo que sientan vuestros leales corazones. No hay distinciones de patria ni de particulares intereses; todos somos unos, soldados de la santa Liga, defensores de la misma fé. La cristianidad tiene por patria el mundo porque lo ha conquistado con las armas de la verdad divina, de la caridad y de la mansedumbre, y sus creyentes, hermanos son todos, todos iguales. Frente á nosotros ondea la media luna sus estandartes impíos, ó desgarrémoslo en menudos girones, ó dejémoslos campar, señores de los mares, hasta que la mano de Dios quiera abatirlos para siempre. La eleccion no es dudosa para buenos cristianos, pero donde mismo están los laureles están las cadenas de la esclavitud, y como los juicios del Eterno son incomprensibles, la razon tal vez y la prudencia aconsejen la retirada para aguardar ocasion mas oportuna. Por eso os he llamado y os pido vuestros consejos, que en empresa de tanta importancia, la inesperienza de mis pocos años no debe atreverse á determinar por sí sola. Don Luis de Requesens—prosigió, dirigiéndose al Gran Comendador de Castilla—vuestros años, vuestra calidad y el respeto que os debo, os conceden la primacia en tomar la palabra. Hablad, pues.

El gran Comendador levantó la cabeza con altanero orgullo y como si quisiese hacer comprender que no era el miedo el que iba á dictar sus palabras, luego dijo:

—No creo prudente, señor, acometer una empresa donde arriesgamos mucho sin poder obtener ventajas de consideracion. Si las conquistas que nos proponemos hacer no son ni ciertas ni de una importacia capaz de iufundir terror á nuestros enemigos, es locura correr peligro tan manifesto y esponer una armada tan formidable. ¡Y cuán fatales serian las consecuencias! La sicilia, los mares de la Calabria, la Italia toda y aun las costas de España, quedarian sin defensa, abiertas á los corsarios berberiscos. Hay ocasiones en que debe mirarse como una gran victoria el impedir que aumente las suyas un enemigo poderoso, y nosotros estamos en este caso. Las circunstancias de los enemigos no son como las nuestras, están en su propio pais, cuentan con el abrigo cercano de muchos puertos bien defendidos, y en caso de una derrota, pueden rehacerse con facilidad y prontitud, mientras que nosotros arriesgamos cuanto poseemos. Si nos vencen, el golpe será terrible, irreparable para la cristianidad. pues de una vez se perderán para siempre tantos ilustres generales, tantos capitanes renombrados por su valor y su esperiencia, tantos soldados que sin exageracion pueden considerarse la flor de la milicia cristiana. Con la derrota nos inutilizaremos para contener prudentemente el pillaje de los turcos, y perderemos la esperanza de vencerlos tarde ó temprano. No menciono, señor, todos los demas incidentes que debemos temer, como son los vientos y las tempestades, casi ciertas en la estacion en que estamos. Mis palabras no pueden ser sospechosas porque hartas pruebas de lealtad tengo dadas, y si se decide V. A. por acometer al enemigo, tentando doblemente la fortuna, mi pecho será el primero que se oponga á los golpes de su alfange, mi brazo será el último que deje de herir, y antes mi sangre correrá

toda que doblar mi cuello á la cadena vil de la esclavitud. Palabras me pidió V. A. que dijese la verdad de lo que sentia mi corazon; tal las he dicho, nada me resta que añadir; ahora solo me toca obedecer.

Así habló don Alvaro y su mirada severa se fijó, uno por uno, en los presentes como para cerciorarse de si su prudente discurso habia hecho dudar de su valor. Empero tal sospecha no podia caber tratándose de quien tantas pruebas de lo contrario tenia dadas, y sus ojos solo encontraron ojos ardientes, rostros contraídos que revelaban con claridad que la opinion de la mayoría no era la del noble comendador.

—¿Que decis—preguntó don Juan á Colonna—de la opinion de don Alvaro?

Brillaron las pupilas del general, se contrajo su frente, y contestó:

—Señor, no sé con qué objeto se haya firmado una liga con estrechas condiciones muy estudiadas y mas revisadas, liga que se ha solemnizado con rogativas públicas, con fiestas de todas clases, si tanto aparato, dispendios tan costosos, no debian servir sino para hacer algunas descargas de artillería al saludarse las escuadras confederadas en el momento de su reunion. Los principes que han depositado en nosotros su confianza, han querido hacer el último esfuerzo, y no nos toca sino obedecer. Mucho arriésgamos, es verdad, pero mas ganaremos si alcanzamos la victoria. La armada turca es mas numerosa que la nuestra, pero tenemos doscientas galeras mejor equipadas y provistas que las suyas, y si nuestros soldados son la flor de la cristiandad, compensado está el número con la bravura y la disciplina. Se teme que nuestras costas queden abiertas á la crueldad y al pillaje de los infieles: ¿en tan poco estimamos las fortalezas que las guardan? Será lo mismo que nos desbaraten en un encuentro como que invadan nuestros territorios donde tene-

mos todos los recursos para la defensa? No nos abandonemos á quiméricos temores; es preciso que despertemos del profundo letargo que por tanto tiempo ha tenido en vergonzosa inacción las armas cristianas. Tenemos deberes muy sagrados que cumplir: Chipre nos demanda ayuda, la sangre de sus mártires está humeante aun, y el honor nos pide venganza de las injurias que hemos recibido. ¡Triste ejemplo daríamos al mundo cristiano si despues de tan extraordinarios preparativos trocásemos en prudencia para esquivar el combate la arrogancia que mostramos para provocarlo, y solo dejásemos ver á los infieles las fugitivas popas de nuestras galeras, soltando trapos y doblando remos para huir con mas velocidad! ¡No contemos el número de nuestros enemigos, (1) marchemos á su encuentro, que Dios combatirá en nuestra ayuda, y así responderemos dignamente al llamamiento, á los votos de toda la cristiandad! Si Dios, en sus altos fines, para castigar nuestros pecados permite la derrota de los que adoran su ley, habremos cumplido nuestra sagrada mision, y cuando en los venideros siglos surquen estas aguas, por nuestra sangre enrojecidas, cristianos bajeles, podrán decir, «aquí murieron los de la santa Liga como mártires poseidos de ardiente fé, como soldados valerosos» pero no «aquí como católicos solo en el nombre dudaron de la ayuda de Dios, como débiles mugeres huyeron espantados, encubriendo el miedo con la máscara de la prudencia.» Vinimos á morir por nuestra religion y nuestra patria: ¿qué tememos, pues, si la muerte encontramos, cuando á buscarla hemos venido? Pelear con la seguridad de la victoria, no es proeza de nobles y animosos pechos. Cerca está el enemigo, señor, y si las escuadras de la Liga no le

(1) Esta frase no es nuestra ni de algun otro escritor moderno que en situaciones parecidas la ha puesto en boca de sus personajes: está tomada del estenso discurso de Colonna insertado por Gregorio Leti en su *Vida di Philipppo II*. Cúmplenos declararlo así por la importancia que justamente se ha dado al mérito que tiene.

acometen, irán á buscarlo solas mis galeras sin mas ayuda que la de Dios. «¡A vencer ó á morir!» me dijeron bajo las sagradas bóvedas del Vaticano, y venceré ó moriré, acompañado ó solo, como buen cristiano, como honrado caballero y como valiente soldado!

Este discurso, pronunciado con fuego, produjo el mas vivo entusiasmo, y si el respeto contuvo las lenguas para no prorrumpir en aclamaciones, los gestos, las encendidas miradas y los espresivos ademanes, dieron á entender bien claramente lo que sentian los corazones, lo que animaba el desec.

Don Juan de Austria, cuyos bélicos instintos se dejaron ver en todos los hechos de su malograda vida, sintió palpitár violentamente su animoso corazon, y ardiente la pupila, alta la frente, levantando el pecho y estendiendo la diestra con arrogante ademan, salieron de su boca, con sonoro y vibrador acento, las siguientes palabras;

—¿Dónde está la gloria del soldado sino dónde está la muerte? ¿Que es la muerte donde está la gloria? ¿Que es el honor si lo pregonan los lábios y lo desmiente el miedo, lo abandonan las fuerzas? ¿La fuerza de qué vale si el honor no la socorre? Sin que á presentarles cara se atrevan los cristianos pueblos, las escuadras turcas recorren los mares, llevando delante el espanto, dejando detras la sangre y la destruccion. Como numerosa plaga de cárnivoras y ponzoñosas feras, siembran la muerte allá donde su aliento se esparce, donde sus garras hieren, y aumentando victoria tras victoria, amontonando riquezas con el botin de sus rapiñas, y llenando á millares las férreas argollas con esclavas manos, insultan el honor, lo pisan, lo desgarran, y al mismo Dios provocan en la embriaguez de su orgulloso poderio Nada se opone á su paso; todo lo arrollan, lo vencen, lo destruyen; el corvo alfanje abre á miles los pechos para arrancar las vidas. como arranca el buitre las entrañas de su debil

presa; en polvo se convierten las murallas á sus rudos golpes, y la incendiaria tea, mas ardiendo cuanto mas consume, deja cenizas donde pueblos hubo, humo no mas, la muerte y el espanto; la soledad y el silencio donde moraron seres, el recuerdo, solo el recuerdo triste donde existió la realidad. Vencidos, mas que vencidos, humillados, escarnecidos, la vergüenza dobla nuestras frentes, el miedo hace temblar nuestros corazones, y nuestras armas, terror en otro tiempo de la infiel morisma, se esconden y aun se arrojan de las manos para humillar el cuello á la argolla vil de la dura esclavitud. ¿Qué se han hecho los corazones que alentaron á Pelayo en Covadonga, á don Alfonso en el Salado, á Ponce de Leon, á Gonzalo y á Pulgar en Granada, á Cortés en Otumba? ¡No salgais, nó, de vuestros silenciosos sepulcros, reconquistadores heróicos de vuestra patria, porque la vergüenza os haria volver á ellos!

No bien don Juan hubo pronunciado estas palabras, cuando instintivamente todas las manos empuñaron los aceros, de todos los pechos se escapó un rugido, y centellas de coraje brotaron de todos los ojos.

—¡Aquí están, sí, aquí están!—prosiguió con voz potente el de Austria—¡Aquí están los hijos de aquellos nobles héroes! ¡Responden á los gritos del honor!... ¡Mi sangre toda correrá con la vuestra! ¡Ha despertado el leon! ¡Su garra poderosa romperá en menudo polvo la traidora garra del tigre del desierto! ¿Qué nos importa esa numerosa falange de perros infieles? ¡Murallas encontrará en nuestros pechos esforzados, y un rio de sangre correrá de sus venas por cada gota que de las nuestras salga! ¡Santa es la causa que defendemos, Dios nos ayuda, y ante la divina enseña de la cruz, caerá la media luna impía para no levantarse jamás! ¡Laureles solo llevemos á la cristiana tierra, ó el recuerdo no mas de nuestro nombre vaya con el último soplo de nuestro aliento! ¡A vencer ó á morir!

Así acabó don Juan su conmovedor discurso, y en su encendido rostro y en su contraída frente, en sus centellantes miradas y en la agitación de su pecho, demostró que el fuego de sus palabras no era mas que un débil reflejo del que ardía en su valeroso corazón.

Oyóse un solo grito que no podemos significar ni hacer comprender, grito elocuente vomitado por el entusiasmo y el coraje, y luego, como si el enemigo estuviese allí, blandieron aquellos héroes sus gloriosas espadas con ademán terrible y amenazador.

Instantáneamente quedó la cámara desierta, y todos corrieron á sus puestos, comunicando á la guerrera gente el valor y el entusiasmo que en sus corazones hervía.

Don Juan subió á cubierta, pronunció una palabra, y el estampido del cañon mortífero retumbó y fué á perderse en el infinito del horizonte.

Era esta la señal de ponerse en orden para dar la batalla.

Izóse el estandarte de la Liga en el mastelero del palo mayor de la Real Capitana, y el soplo de la brisa lo agitó suavemente en caprichosas ondulaciones.

II.



Que en fin has respondido à ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estas estropeado.

(CERVANTES.—*Víase al Paraiso*.—Cap. II.)

ómo, al crujido atronador del parche, respondió en la galera *Marquesa* un grito de alegre y bélico entusiasmo! Iba, con otros bajeles, á las órdenes del proveedor Barbarigo, y montábanla para su defensa algunos italianos y la compañía de veteranos del valerosísimo capitán Diego de Urbina. Mandábala Francisco Sancto Pietro, soldado animoso y marino experimentado, y no latía en ella un corazón que no anhelara el momento del combate.

Pálido el rostro y abatido el cuerpo, hallábase en el entrepuente de la *Marquesa*, tendido sobre algunos trozos de áspera lona, un hombre que estaba en lo mas florido de su lozana juventud. Véase animado su semblante noble por la divina chispa del creador ingenio que en su cabeza ardía, y cuando no le aquejaban las incomodidades de la aguda en-

fermedad que entonces padecía, brillaban alegremente sus grandes ojos negros, de penetrante y vivísima mirada, y de sus ardientes pupilas parecían desprenderse dos corrientes magnéticas que dominaban con su influjo incontrarrestable las voluntades mas firmes. Era de mediana estatura, de aguileño rostro ligeramente moreno, de frente lisa y desembarazada, pequeña la boca y largo y espeso el retorcido bigote, y castaño y recortado cabello. No era entonces, como él mismo dijo despues, á la edad de sesenta y seis años, cargado de espaldas y no muy ligero de pies, sino que por el contrario, sus miembros de perfectas formas demostraban en su musculatura, un tanto descarnada, vigorosas fuerzas y suma agilidad.

Aquel hombre se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra. Hoy se llama el principe de los ingenios españoles, y sus escritos, su nombre solo, solo su recuerdo es la mas esplendente gloria de nuestras letras.

¡El cielo guie nuestra pluma! ¡No quisiéramos profanar nombre tan venerable y glorioso, y ya que no lo ensalcemos con la grandeza que se merece, que nuestra torpeza no sea tal que nos atraiga la justa indignacion y el merecido desprecio de los que veneran, como buenos hijos, las glorias de su patria! ¡Antes la pobre y vanidosa pluma abraza nuestros dedos!

Era Cervantes simple soldado del tercio de don Miguel de Moncada, al cual fué agregado, cuando ambicioso de todo género de gloria, sentó plaza. Pobre y desvalido, aunque de cuna hidalga, y sintiéndose su espíritu con fuerzas para acometerlo todo y para luchar con todas las adversidades, pensó sin duda que con su valor y su ingenio, podría conquistar algun dia un puesto honroso en la carrera de las armas. Siendo estudiante pobre y travieso, habia corrido universidades y escuelas y probado fortuna para crearse una posicion en el camino espinoso del Parnaso; pero los libros

no valian entonces sino en razon del incienso que se prodigaba en sus dedicatorias, y el que no se arrastraba á los pies de un Mecenás ignorante y vanidoso, nada sacaba de los partos de su ingenio. Empero la adulación era imposible en los lábios de Cervantes, y á su carácter independiente cuadraba mal la bajeza de ser poco menos que el criado de ningun gran señor para que se dignase protegerlo por humillante lástima como el que arroja una limosna con altivo desden y sin mirar al rostro al socorrido. Ya habia probado, sin embargo, á sujetar la grandeza de sus instintos, y llegó á servir de camarero en Roma al cardenal Aquaviva; pero aunque tratado por este con bastante consideración y cariño, cansóse bien pronto de la servidumbre, y arrastrado por el espíritu entusiasta y emprendedor de aquella época, buscó en las armas la gloria y el provecho que le habia negado la fortuna en sus primeros pasos en las letras.

Desde algunos dias antes del en que hemos presentado al inmortal autor del *Quijote*, teníanle postrado unas calenturas que le dispensaban de todo servicio, y por esta razon pasaba la mayor parte de las horas tendido en un trozo de vela hecho dobleces, ó rocostado junto á la cureña de un cañon, respirando el aire fresco de la brisa antes que adelantase la mañana, contemplando el cielo y el mar, y dando á su imaginacion, por la fiebre exaltada, todo el vuelo de que eran capaces sus fantásticas alás.

Aunque aquejado por la enfermedad, habíase cuidado de inquirir cuanto iba sucediendo, y desde que supó que estaba á la vista el enemigo y que don Juan de Austria habia llamado á consejo para decidir si debia provocarse el combate, esperaba con toda la ansiedad de su ardimiento, ó que se diese la señal de acometida, ó que virase de bordo la galera para buscar la salida del golfo y esquivar la pelea.

Cualquiera hubiese dicho, al verlo en tan completa inaccion, que era indiferente á cuanto á su alrededor sucedia, y

que mas hubiese deseado la calma y el reposo que la agitacion y el estruendo del combate. No era así, la grandeza de su espíritu, su esforzado aliento, eran muy superiores á los dolores de su aguda enfermedad, y tras el afanoso deseo de que se travase la pelea, su imaginacion de poeta, sin poderse contener en los limites de lo real y lo presente, embriagóse con los sueños de la futura gloria, y extasiado por sus fantásticas creaciones, quedó aletargado en brazos de un mentido sueño.

Crujió, con repetido tableteo, el estampido del guerrero bronce, y esta señal de sangre y esterminio, sacó á Cervantes de su soñador letargo.

Abrió sus rasgados ojos, brillaron sus negras pupilas como brilla la chispa del rayo vomitada por la tempestad en el negro seno de las tinieblas, y su frente, de pronto coloreada, se dilató como si fuese á recibir el glorioso mirto.

—¡Gloria!—fué la primera palabra que salió de sus secos lábios.

Y oprimiéndose el pecho que parecia que iba á ser roto por los fuertes latidos de su animoso corazon, exhaló un suspiro, púsose de pié, ciñó la espada que tenia cerca de sí, apoderóse de un mosquete y subió precipitadamente á cubierta.

Allí aspiró con avidez la fresca brisa; estendió la penetrante mirada y vió maniobrar á un tiempo en las doscientas naves, soplar las mechas, cargar los arcabuces, asir los timoneros la redonda caña, y bullir centenares de cientos de marineros y soldados que preparaban sus armas ó corrían en todas direcciones los unos, mientras que los otros trepaban con ligereza los altos palos y recojian y soltaban cuerdas ó botaban lanchas; oyó crujir las pesadas jarcias, silbar los pitos de mando, gritar á los capitanes y contra-maestres, jurar y maldecir á los marineros, cantar á los veteranos mientras que se retorcian el tostado bigote, y pre-

guntar á los visos reclusos mientras que se arreglaban el cinturón y requerían la espada ó buscaban apresuradamente donde encender las mechas; contempló las pesadas naves que se valanceaban de babor á estribor á medida que el viento hinchaba las velas, y todo aquel conjunto que se agitaba y crujía, y las murmuradoras olas con sus rizadas cabelleras de blanca espuma, y el cielo transparente, azulado y puro, con la joya de su refulgente sol, todo aquel espectáculo, grande, magnífico, inimitable, de la obra del Eterno y de la obra del hombre, elevó el espíritu del poeta al último grado de su inmensa sublimidad, exaltó su fantasía y encendió en su cabeza, mas viva que nunca, la llama del bélico entusiasmo.

—¡Gloria!—exclamó otra vez.

Y se dilataron sus pupilas, y á la vez que su semblante tomó una expresión de imponente grandeza, irguió la frente con magestuoso orgullo.

A la señal del combate habían acudido á cubierta cuantos iban en el bajel, y los soldados españoles, al ver á Cervantes allí armado y como dispuesto á entrar en la pelea, no pudieron menos de manifestar su sorpresa con una exclamación.

—¿Qué haceis aquí?—le dijo el capitán Diego de Urbina, llegando á tiempo que otros soldados iban á dirigir la misma pregunta á nuestro héroe.

—¿No se ha dado la señal de ponerse en buen orden para acometer al enemigo?—replicó el poeta como admirado de que le preguntasen sobre lo que era por demás sabido—¿Por ventura, he dejado de ser soldado español y vasallo de su Magestad? ¿Cómo, pues, extrañais verme dispuesto á cumplir con mi deber cuando nunca me visteis escusarlo?

La lealtad que mostrais es exagerada—le dijo el capitán—y ocasiones tendreis en que poder dar pruebas de ella. Estais enfermo, sin fuerzas, y no sería prudente el permitir os hacer una locura como la que intentais. Vuestro corazón no ha con-

sultado á vuestro brazo, y sin que os fuese posible defenderos, caeríais á los primeros golpes del enemigo. ¿Qué servicio prestaríais así á su Magestad, privandole de vuestra lealtad y de vuestro valor, que quizás estará llamado á decidir en otro encuentro la suerte de vuestra patria? Acometer al enemigo con la seguridad de sucumbir, no es valor sino temeraria locura y es grave delito esponer la vida inútilmente cuando tal vez otro dia pudiera servir á nuestros hermanos.

—Si, sí, que se retire al entrepuente—dijeron algunos soldados, mostrando el mayor interes.

—Todos piden—repuso el capitán—lo que yo me veré obligado á mandaros si como amigo no escuchais mis consejos.

—Señores—respondió el poeta cuyo rostro se iba animando mas á cada instante—¿qué se diria de Miguel de Cervantes? En todas las ocasiones que hasta hoy en dia se han ofrecido de guerra á su Magestad y se ha mandado, he servido muy bien como buen soldado; y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo é con calentura; mas vale pelear en servicio de Dios é de su Magestad é morir por ellos que no bajarme so cubierta. (1).

—Os repito que os estravia vuestro mismo entusiasmo. Es verdad que mas que nada, vale morir por Dios, y por el rey, pero es cuando se puede morir defendiendose y castigando á los enemigos de la religion y de la patria. ¿Qué hareis vos sin fuerzas apenas para sosteneros? La lucha va á ser muy encarnizada, el momento se acerca, ya se empieza á maniobrar para ponerse en buen órden, y cada uno debe ir á su puesto.

Estas palabras, en lugar de convencer, escitaron mas en Cervantes el deseo de figurar en la pelea.

(1) Estas palabras están copiadas textualmente de los biógrafos mas notables del inmortal poeta.

—Si—replicó acaloradamente—el momento se acerca y por eso me veis aquí. ¡Va á ser la lucha encarnizada, correrá la sangre á torrentes, y quereis que permanezca tranquilo! Mis compañeros van á arrostrar la muerte, pero tambien á conquistar la gloria: ¿me robareis la parte que en ella puede caberme? No me faltan las fuerzas ¡vive Dios! que mi brazo á ninguno cede en este instante. ¡Quiero estar con vosotros, camaradas, con vosotros vencer ó morir y que juntos cantemos la victoria ó que presentemos á la muerte sereno rostro para que el turco envidie hasta nuestra derrota! Fuerte es el brazo mientras el corazón late animoso, y cuando ya falta el aliento para herir, sobra la hidalguía para cubrir con el ensangrentado pecho el de nuestro hermano y servirle de escudo á los enemigos golpes.

—¡Viva nuestro camarada!—gritaron los españoles veteranos que, sin saber explicarse la causa, no podían dejar de sentirse dominados en todas ocasiones por el joven poeta.

—¡Qué os abandone!—prosiguió Cervantes—Allí está la gloria y quiero mi parte en ella—dijo señalando hácia donde vogaba la flota enemiga—Mirad, allá en el azulado horizonte, aquella, como nube, con manchas blancas que parece subir y acercarse con pausado vuelo: es la armada impia, el soberbio mahometano que escarnece á nuestro Dios, que mancha nuestra honra, que se mofa de nuestro valor y de nuestra fuerza; es el verdugo que inmola á su fanática crueldad á millares de mártires, el que pone á nuestro cuello la argolla de la dura y humillante esclavitud. ¿Quién no defiende el nombre santo de Dios y el brillo de la honra? ¿quién no responde al que provoca su valor? ¿Cuando español y esclavo fué posible cosa, si nuestra espada nos hizo señores en uno y otro mundo, si nuestra hidalguía y nuestra honra fueron espejos en que siempre se miraron nuestras acciones? ¡Allí teneis al enemigo, con

sus numerosos bajeles, con sus pesados alfanges, segadores de cristianas cabezas; pero no os arredre su poderio, de nuestra parte está Dios, el Dios que de un leve soplo hizo caer las murallas de Jerusalem al resonar las trompetas de los ejércitos de su pueblo querido! ¡Por centenares de miles corren hácia nosotros los infieles; por centenares de miles tambien los veremos sumergirse bajo las olas, y nuestras galeras, ostentando la santa cruz, dando al viento su pendon glorioso, vogarán en un mar de sangre y el recuerdo de Lepanto se conservará en la memoria de todos los pueblos hasta que el Omnipotente los borre de la haz de la tierra!

Numerosos gritos de entusiasmo respondieron á estas palabras.

El aspecto de Cervantes era imponente en aquellos momentos. Su semblante estaba animado con la espresion de la mas noble grandeza, brillaban sus negros ojos con todo el fuego de su entusiasmo, y su frente se levantaba como la del héroe cuando está poseido del orgullo de su valor y de su gloria.

—Don Diego—prosiguió el poeta despues de algunos momentos y dirigiéndose al capitan—si en algo estimais mi honra, que es la honra de un español, ponedme en el lugar mas peligroso y dejadme cumplir con mi deber. Si muero, os bendeciré al espirar porque me habeis dado ocasion de pagar á Dios y á la madre patria el tributo que les debo, y si la fortuna me protege y salvo la vida, mas que á mi valor ni á mi brazo os deberé á vos la gloria que alcançe. Mas que nunca me siento con fuerzas, os lo juro, y late mi corazon con tales brios, que á contenerlos, hecho pedazos saltaria del pecho.

Y no mentia, porque su arrebatada ambicion de gloria dominaba todos sus sentimientos, y si la fiebre no habia desaparecido, habiale dado á sus miembros mayores fuerzas.

Ni Diego de Urbina pudo contrarestar la influencia que en su ánimo ejercieron las palabras de Cervantes, ni por consiguiente, supo tampoco negarle la atrevida petición, por lo cual, accediendo á sus deseos, destinólo á la cabeza de doce soldados al lugar del esquite.

Mientras tenia lugar esta interesante escena, habianse repetido las maniobras en todos los bajeles, que fueron colocandose en el orden de ante mano convenido para entrar en combate.

La escuadra que iba á las órdenes de Juan Andrea Doria, con parte de la siciliana, formó el ala derecha sobre el Norte, y sobre el Mediodia, la veneciana, con la galera *Marquesa*, mandada por el proveedor Barbarigo, formó el ala izquierda, quedando en medio casi todo el resto de las galeras con la Real, la capitana de Genova y la del duque de Savoya, y los tres generales, don Juan de Austria, Colonna y Venier. Algunos navios de gran porte formaban la vanguardia, y la retaguardia, dispuesta á socorrer el punto de mas peligro, buen número de galeras y galeotas.

En tal orden vogó la numerosa armada en direccion de la del enemigo, siempre con viento fresco y mar serena.

Al principiár la marcha reinó en todos los bajeles un silencio profundo, interrumpido solo por el eco acompasado de los remos al azotar las aguas y por el desigual crujido de la arboladura; pero transcurrido buen rato, y estando aun á bastante distancia del Turco, formaron los soldados diversos grupos junto á sus respectivos puestos, para entretener el ocio apurando alegremente algunas botellas.

Palpitaron de gozo todos los corazones como si se preparase una alegre fiesta.

La arrebatadora idea de alcanzar glorioso renombre subordinó á su poderoso influjo todos los sentimientos de Cervantes, y como si hubiese obrado en su naturaleza un completo trastorno, ni sintió en aquellos momentos los ar-

dores de la fiebre, ni enervaba, como poco antes, sus miembros la debilidad.

Brillaban alegremente sus negros ojos, y la expansion de su espíritu se revelaba en su rostro de movable musculatura y enérgica espresion. Era Cervantes, á la vez que pensador grave y profundo, mancebo de no comun travesura, buen camarada, franco, bullicioso y decididamente chistoso y oportuno, y en nuestro tiempo lo hubiésemos calificado, no sin razon, de verdadero *calavera* porque tenia de tal todo el ingenio, rápida inventiva y gracioso donaire. Segun la ocasion se presentaba, mostrábase, ya, como ninguno alegre, ya, mas que todos grave, y al que hubiese mirado su semblante risueño, animado por la mas cordial franqueza, hubiérale parecido imposible que un instante despues se presentase altivo, desdeñoso hasta herir en lo profundo del alma mas fría, ni que aquellos labios hubiesen podido entreabrirse con tan amargo desprecio, ni que aquella mirada inquieta y escudriñadora se fijase con tan altanero orgullo, é hiciese reconocerse pequeños á cuantos corazones iba á clavarle.

—¡Camaradas!—gritó dirigiendose á los doce soldados que Diego de Urbina habia puesto á sus órdenes—¡Tenemos enfrente al enemigo, pero sobre nosotros revolotea el alegre Momo, que al reirse del mundo entero abre un palmo de boca, y el panzudo Baco, inteligente catador, que nos amenaza con sus iras sino le inmolamos algunas de las vírgenes habitadoras de la bodega!

—¡Sí, degollemos unas cuantas y bebamos su sangre!—dijeron algunos.

—¡Bien, bravo!—gritaron otros.

—Aplaquemos—repuso el poeta—el enojo de ese Dios que puede favorecer á los turcos por lo aficionado que es á las turcas.

—¡Vivan las turcas y mueran los turcos!

Algunos momentos despues los trece valientes españoles estaban sentados sobre cubierta y bebían, reían y cantaban en alegre confusion.

—¡A la salud de nuestro buen camarada Cervantes!—dijo uno mientras se disponia á empuñar una botella de Jerez.

—¡Por la gloria de España!—repuso á su vez el poeta.

Y todos brindaron, ya por su patria, ya por el rey, ya por la Liga, vaciandose botella tras botella cuyos frágiles vidrios iban á recibir honrosa sepultura en el mar.

El vino se apuraba y calentábanse las cabezas, achicábanse los ojos, dilatábanse las pupilas brillando mas y humedeciendose levemente, enrojecíanse los rostros, secábanse los labios y algunas lenguas se turbaban.... Empero no hay cuidado; el estampido del cañon despejará todas las cabezas, tornará sombrías todas las miradas, cubrirá de palidez todas las megillas, de rabiosa espuma todos los labios y dará fuerza á las lenguas para proferir enérgicas amenazas, juramentos y maldiciones.

Cervantes se puso repentinamente de pie, y empuñando una botella que levantó en alto, dijo:

—¡Oh, excelencias del vino, y cuan raras y preciosas sois! ¡Oh, suavísimo jugo del dorado racimo que entre el pámpano verde esconde el tesoro de sus dulcísimos granos, cuan prodigiosamente das valor al cobarde, desembarazo al encojido, palabras al discreto, liberalidad al tacaño, confianza al sospechoso y la vanidad rebajas y das orgullo y atrevimiento al humilde y al pobre! ¡Cómo el fuego de tu espíritu da á nuestros cuerpos refrigerante calor, y el ingenio enciende y á los soñolientos ojos presenta estrañas visiones que el ánimo recrean ó el corazon espantan! Tú eres olvido de las penas, alma de los placeres y de todas las fiestas alegría. ¡Y cuantos y cuan grandes acontecimientos se deben á tu influjo poderoso! Las afiladas tijeras de la traidora Dalila no hubiesen cortado los ásperos cabellos de

Sanzon si este escusára en su cena una copa de añejo vino que siempre la acompañaba, ni el invencible Olofernes se hubiese dormido con tan pesado sueño en los brazos de Judit á no haber añadido á la embriaguez de su pasion la de un esquisito vino de Chipre, ni Baltasar hubiese provocado la cólera de Dios si el mosto no exaltara su vano orgullo, ni Deyanira, mas que por los celos, trastornada su cabeza por la copa con que la obsequió el vengativo centauro Nelso, hubiese enviado á Hércules la fatal camisa, ni Saturno hubiese perdido lo que mas estimaba si el jugo de la uba no encendiera la envidiosa cólera de sus hijos. ¡Oh, aguijón de las pendencias y de todos lo malos pensamientos! ¿qué seria sin tí de los corchetes y escribanos que con sus plumas ensucian papel para limpiar bolsillos? ¡Yo te bendigo, patriarca Noe, segundo poblador del mundo, primer cultivador de la preciosa cepa! ¡Cuan satisfecho debió quedar tu amor propio á la primera cata del espumoso liquido! ¡Cómo sentirias renacer en tu cuerpo las fuerzas de tu juventud y alegrarse tu magín! Seguro estoy que bailastes de contento á pesar de tu luenga y encanecida barba que diz te llegaba á la cintura. ¿Qué le importa á Baco que le llamen vicioso si bebe y engorda y siempre está de buen humor para retozar por los bosques con todas las mozuelas del Parnaso? ¡Oh, vino, liquido sin igual, palanca que conmueve al género humano, á tu vista huyan avergonzados á esconderse los cristalinos arroyos con sus trenzas de plata, que las tuyas son de oro con topacios y rubies! ¿Qué seria de nosotros sin tí en este momento? ¿Quién sino tú tendria el poder de alegrarnos cuando corre hácia nosotros la muerte? ¡Yo te bendigo, cien veces te bendigo y mas te bendecire, que eres alegría, consuelo, atrevimiento, reposo, y olvido! ¡Solo brindo por tí, por tí no mas, y prometo cantar tus excelencias si Apolo quiere prestarme su lira! ¡Camaradas, bebamos por cientos, por miles de botellas hasta que cruja

el cañon! ¡Viva el vino y muerán los turcos que el beberlo tienen por pecado!

—¡Viva el vino!

—¡Viva Cervantes!

—¡Bebamos!

—¡Descabezemos botellas!

—¡Cantemos!

—Sí, sí, cantemos!

—¡Que nuestro camarada Cervantes improvise la canción!

—¡Silencio!

—¡Nó, nó, bullicio, alegría, ruido, algazara, desórden!

—¡La canción, la canción!

Entre el ruido de las carcajadas, de las voces, de las botellas al chocar ó romperse en menudos pedazos y de las palmadas al aplaudir, oyóse un silvido prolongado y agudo y todos quedaron silenciosos é inmóviles en la misma posición que tenían, los unos con el brazo derecho levantado y empuñando una botella, los otros con ella entre los labios y muchos en actitud de arrojarla después de haberla vaciado.

Era la señal de silencio y atención, y luego oyóse la de guardar cada cual su puesto porque el enemigo estaba muy cerca y parecía intentar la primera acometida sobre el ala izquierda.

Anublóse el semblante del poeta, su frente se contrajo y fijó su mirada de águila en los bajeles enemigos, observando por espacio de algunos instantes la dirección que llevaban.

—¡Nosotros los primeros!—exclamó con acento de la mas entusiasta alegría.

Y brillaron sus ojos como dos centellas, y estendiendo el brazo derecho impulsado por una sacudida nerviosa, prosiguió:

—¡Esos son los traidores, y como traidores, cobardes!

¡Compañeros, acordaos de Numancia y de Sagunto, de Pavia y de San Quintin y que Lepanto sea la mas brillante gloria de nuestra patria!

—¡Viva España!—gritaron sus compañeros.

En pocos instantes se encontraron todos en sus puestos y reinó por do quiera el silencio mas profundo, interrumpido solo por el crujido desigual de la arboladura y por los acompasados golpes de los remos.

¡Cómo palparon todos los corazones y cómo sintieron aquellos valientes convertirse en corrientes de fuego la sangre que alimentaba sus venas! No habia pupila que no se moviese inquieta, reluciendo centellante, ni mano que no temblara convulsivamente, no por el espanto, sino por el coraje agitada.

Iba á correr la sangre á torrentes y á convertir los azulados cristales en rojo y espumoso charco, y la mas horrible de las carnicerías iba á dar ejemplo de la fiera del hombre que acepta como deber el perdonar las ofensas y que no las perdona sino despues de vengarlas.

Era el dia siete de octubre de 1571, y tal vez aniversario del nacimiento de Cervantes; solo consta que fué bautizado en Santa Maria la Mayor de Alcala de Henares el nueve de Octubre de 1547, siendo muy probable que hubiese nacido dos dias antes y aun quizas á la misma hora en que probó que estaba dotado de un corazon tan animoso como de una imaginación tan brillante y fecunda.

A poco que vogaron ambas flotas encontráronse bastante cerca para que se pudiesen aprovechar los disparos de cañon.

Tan apacible estaba el mar que apenas se rizaban sus aguas, y casi no se dejaba sentir el leve soplo de la fresca brisa. No parecia mas sino que los elementos habian suspendido su movimiento eterno para presenciar el sangriento y horrible drama que iba á representarse.

Cervantes, mas que ninguno atento, miraba alternativamente á la enemiga flota y al proveedor Barbarigo que estaba sobre el castillo de proa esperando el momento oportuno de dar la señal de fuego.

Segun la posicion de las galeras de ambas partes, la *Marquesa* debia ser la primera que encontrase al enemigo.

Repentinamente palidecieron las mejillas del poeta y luego se cubrieron de un vivo carmin; despidieron sus ojos dos chispas, agitóse su cuerpo, y con el acento de un loco, gritó:
—¡Yo el primero!

Luego se precipitó sobre un artillero, le arrancó la mecha de entre las manos, y su convulsa diestra la aplicó al oido de un cañon.

Retumbó con prolongado tableteo la esplosion mortífera, y el grito de guerra, exhalado por cristianos y turcos, pobló el inmenso espacio.

La galera turca que se hallaba mas próxima, contestó con una andanada, y entonces, como si, rompiendo sus negros límites, hubiese estallado el infierno, un crujido espantoso, horrible, incomparable, hizo estremecer al mar en lo mas profundo de su cóncavo seno, y temblar á las arenas y á los riscos de las cercanas costas. Una inmensa y fugaz llamarada pareció querer abrasar á los seiscientos bajeles que quedaron envueltos entre los negros remolinos de una espesa nube de humo.

Habia comenzado el combate.

El estampido del cañon, las detonaciones de los mosquetes y el crujido de los palos y tablas al volar desechos en menudas astillas, lo dominaron todo con su ruido espantoso y atronador.

El humo denso, elevandose en espirales negras y azuladas, velaba la luz del sol que, suspendido en la inmensa bóveda del universo, robaba lentamente un dia mas de existencia á las pasiones del hombre.

Una hora, escasamente una hora, el fuego solo y las voladoras flechas turcas hicieron sus estragos. Aun no se había teñido con la humana sangre el filo del hierro, aun debía ser mas espantosa la carnicería, no bastaba que se hubiesen deshecho en mil pedazos algunos bajeles ni que entre sus incendiados restos volasen horriblemente mutilados brazos, piernas y ensangrentados troncos.

Chocáronse las galeras enemigas y los garfios de abordaje las afianzaron entre sí, comenzando cuerpo á cuerpo el rudo combate.

Entonces fué mas espantoso y aterrador el ruido.

Seguia crujiendo el cañon y con su desigual y repetido tableteo armonizaba el de los miles de arcabuces y mosquetes. Por do quiera se mezclaban los gritos, las amenazas, maldiciones y juramentos con los ayes desesperados de convulsivas agonias, y el hipo de muerte entre el ronco estertor respondia á las feroces y nerviosas carcajadas de los que de un solo golpe quitaban una vida, y que de un solo golpe tambien recibian la muerte un segundo mas tarde. Rechinaban los aceros al chocarse entre sí ó al encontrar los huesos del brazo enemigo, y crujian los cráneos al romperse á los golpes de las pesadas hachas. Corria la sangre formando espumosos arroyos y humeantes charcos donde se revolcaban los moribundos con las convulsiones de la agonía y donde se resbalaban los pies de los feroces combatientes.

¡Horrible concierto! ¡Música infernal de mortíferas detonaciones, de golpes de hacha, de crujidos de cráneos y pechos que se rompian y brotaban torrentes de sangre, de imprecaciones, de blasfemias y de amenazas no temidas, de ayes y de lamentos no escuchados! ¡Música infernal cuya aterradora armonia iba á espirar entre el fuego de la pólvora y las llamas de los bajeles incendiados, ó á perderse con las negras columnas de humo en el infinito del zenit!

Quien aseguraba su planta sobre el pecho ó la frente de su moribundo hermano; cual, al caer en las enrojecidas olas, aprovechaba las convulsivas fuerzas de su agonía en una lucha desesperada y tenaz con el enemigo que habia caído antes que él; cual otro, en la turbación de su agonía, para no sumergirse en las aguas, asábase de un palo ardiendo ó del costado de una lancha donde quedaban sus manos deshechas cortadas de un hachazo.

Muerte, sangre y destrucción!

La rabia, la mas desesperada rabia hervia en todos los pechos; estaban inyectados de sangre todos los ojos; rechinaban todos los dientes; blanca espuma, por el coraje vomitada, cubria los temblorosos y maldicientes lábios. No habia rostro que no estuviese manchado de sangre pero la embriaguez de la ira y de la ardiente sed de venganza no dejaban á ninguno sentir el dolor de sus heridas.

Mientras los unos al respirar invocaban el santo nombre de Dios, los otros blasfemaban ó maldecian la muerte solo porque no les dejaba verter mas sangre.

Y no habia para el vencido otro refugio mas que el abismo de las olas, ni nada dulce y apacible que pudiese contemplar en su agonía, porque el humo habia nublado la brillante luz del sol y ocultado la faz serena, trasparente y pura del cielo.

Cubierto estaba ya el golfo de los restos humeantes de las galeras que se habian destrozado, y las tranquilas aguas, poco antes azuladas y cristalinas, habianse tornado rojas y espesas, y lo que eran nacaradas espumas de caprichosos rizos, convirtiéronse en amarillentos borbotones que entre desiguales madejas de sangrientos coágulos flotaban entrelazándose ó deshaciéndose, y ya se enredaban entre las astillas de un palo ó se pegaban al amoratado rostro de un cadáver, dandole el mas repugnante aspecto.

Cuatro horas llevaban de combate las enemigas escha-

dras, y parece imposible que aun el hierro encontrase mas sangre que verter ni el fuego nada que consumir.

¡Con cuanto afán destruye el hombre y con cuanta lentitud avanza y creá! ¡Cómo se embriaga con las malas pasiones y cuan friamente practica el bien!

¿Qué era de Cervantes?

Seis esquifes turcos habian rodeado á la galera *Marquesa*, pero sus defensores se multiplicaban y acudian á todas partes con prodigiosa velocidad. No habia turco que intentase poner el pié sobre la cubierta del bajel cristiano, que no cayese sin vida. El intrépido Barbarigo blandia un hacha y no daba descanso á su brazo de hierro. Estaba el buque como todos los demas, de sangre teñida y de cadáveres sembrada su cubierta.

Cervantes peleaba con incansable ardimiento; su ambicion de gloria lo habia convertido en un héroe; en la embriaguez de su bélico entusiasmo olvidaba evitar los golpes enemigos por cuidar de que los suyos fuesen mas continuados y certeros. Cien veces la turca cimitarra se levantó sobre el tesoro de su noble cabeza; cien veces la negra mano de la inexorable parca intentó sellar la espaciosa y altiva frente del poeta con el hielo de la muerte, y sin cesar cruzaban, rozando con su animoso y agitado pecho, las silbadoras flechas que parecian entretejarse en el espacio y se perdian entre las nubes formadas por la espesísima humareda.

—¡Detente!—gritaba el poeta—¡Deten, oh muerte, tu segadora guadaña hasta que yo vea triunfante la enseña divina de la cruz; dejame gozar por un solo instante de la gloria de mi patria!...

Y multiplicábanse sus golpes, y con sus breves y arrebatadores discursos alentaba á los menos animosos y encendia mas y mas el coraje de aquellos cuya intrepidez rayaba en locura.

Habíanse abordado la *Marquesa* y la Capitana de Egipto, y de la una como de la otra parte no quedaba mas que morir ó vencer, porque era imposible ya buscar la salvacion en la huida.

La parte del esquiife era la mas comprometida, si bien toda la banda de estribor hallábase asaltada tenazmente por numerosos enemigos.

Cervantes y sus camaradas no bastaban á contener el impetuoso ataque de los turcos por aquel lado; pero Barbarigo acudió en su ayuda.

—¡La victoria es nuestra!—gritó el terrible veneciano con potente voz—¡Nuestros hermanos están sobre la cubierta de la Real Otomana!...

—¡Mientes, que la monta Alí!—exclamó un soldado turco arrojándose al proveedor.

Este levantó su hacha de abordage sobre la cabeza del infiel, y mientras decia,

—No sabes lo que cuesta desmentir á un cristiano,

Descargó el golpe mortífero y el cráneo del infiel crujió, cayendo dividido en dos pedazos y entre un mar de sangre.

—¿Cómo os deteneis aquí sin hacer mas que defender vuestro puesto?—gritó el poeta—¡Adelante, camaradas, la victoria es nuestra!

—¡Santiago y á ellos!

—¡Viva España!

—¡Avancemos!

—¡Adelante, adelante!

Pocos momentos despues de estos entusiastas gritos, los situados eran sitiadores, y peloton tras peloton de los soldados que montaban la *Marquesa*, la mayor parte de ellos encontróse bien pronto sobre la cubierta de la capitana de Alejandria.

—¡Victoria, victoria!—exclamaron.

No habia sido hasta entonces tan horrible la matanza. Los turcos se defendieron con desesperacion porque la muerte era cierta á no destruir completamente á los cristianos. Mas que nunca se oyeron multiplicados los homicidas golpes, y resonó mas y mas el ruido del choque de las armas y armaduras, y el crujido de la mosqueteria y el silbido de las flechas.

Los humanos cuerpos caian unos tras otros sin vida como antes habian caido destrozados los aparejos de la nave.

No brillaban los ojos del poeta, sino que despedian centellas de furor y de entusiasmo. Su pálida frente se levantaba sobre todas; su voz dominaba el estruendo del combate, y quitando una vida con cada golpe que descargaba, y avanzando un paso por cada enemigo á quien tendia á sus pies, fijó su ardiente mirada en el estandarte real de Egipto y exclamó:

—¡Allí lo teneis! ¡Bendita la mano que lo arranqué para clavar el de la cruz divina! ¡La muerte está con él, pero tambien una corona cuyo laurel glorioso no será marchitado por los siglos! ¡Compañeros, el que ponga bajo sus pies el estandarte impio verá su nombre en el libro glorioso de la inmortalidad!

Un grito de entusiasmo respondió á estas palabras, y los católicos redoblaron sus esfuerzos mientras que los turcos empezaban á sentir el espanto.

Igualmente llevaban la ventaja en todos los buques los soldados de la Liga.

La Real Capitana y la Otomana habianse abordado como la *Marquesa* y la Capitana de Alejandria.

Don Juan de Austria se mostraba digno de su glorioso renombre: siempre á la cabeza de sus soldados, destruia y avanzaba, pugnando por encontrarse frente á frente con Alí, generalísimo de los turcos que tampoco desmentia su fama de valiente.

Declinaba el sol hácia su ocaso, y las tinieblas de la noche se preparaban á tender su negro crespon sobre tantos horrores.

Pronto el silencio de los sepulcros reinaria donde el estruendo dominaba.

Tras los rayos de oro del sol que habian alumbrado la animacion y la vida, los resplandores de plata de la nacarada luna velarian en breve, como una antorcha fúnebre, la muerte y la quietud.

Pocas horas despues las ensangrentadas olas se revolverian entre cadáveres sin que las duras quillas cortasen sus espumas.

La noche debia proteger, ocultando en su negro seno, á las victimas que amenazaba sacrificar la guadaña de la muerte.

Bendita, santa noche cuando traes el cansancio y tus tinieblas suspenden la matanza de los combates.... pero nó, ¡oh, noche! que tu oscuridad abriga el crimen, alienta al asesino y levanta su brazo!

Declinaba el sol y el Oriente oscurecia como la gloria de sus hijos mientras la alcanzaban los defensores de la santa fé cristiana.

Apenas en la Capitana de Egipto podia ponerse un pié sin pisar un cadáver ó hacer salpicar la sangre de un charco enrojecido y humeante aun.

—¡Perros, infieles!—gritó Cervantes—¡Canalla vil, gente menguada y cobarde! ¡Condenados, impios!... ¡Atras, vive el cielo! ¡Atras, plaza, que la victoria es nuestra!

—¡Al gigante del hacha, al de la pálida frente que son los mas terribles!—dijeron muchos turcos, señalando á Barbarigo y al poeta.

Y uno de aquellos infieles, preparando su arcabuz, apuntó al incansable veneciano.

Cervantes dejó escapar un grito, y comprendiendo con

su viveza de imaginacion, que asestando un golpe al que amenazaba la vida de su gefe, no evitaria que el arma se disparase, asió con la mano izquierda atrevidamente y junto á la boca el cañon del arcabuz enemigo y le dió otra direccion. Empero en aquel instante oyóse la esplosion y la mano salvadora quedó mutilada y llena de sangre.

Contrajéronse los músculos del rostro del poeta; sus mejillas palidiecieron mas de lo que estaban aun; mordióse los labios, y haciendo un esfuerzo, exclamó:

—¡Sangre!... ¡Oh!... ¡Gracias, Dios mio!... ¡Miradla, compañeros!—prosiguió, desplegando una sonrisa—¡Miradla como corre! ¡Ya salvé mi honra!

—¡Viva Cervantes!—gritaron los soldados.

El hacha de Barbarigo se hundió en el pecho del que habia disparado contra el suyo; pero estaba decretada la muerte del veneciano, y de nada sirvió que le librase la vida un rasgo de abnegacion sin igual: una flecha turca le atravesó la cabeza, entrándole por el ojo izquierdo.

—¡Maldicion!—gritó el valiente capitan—¡Oh!... ¡Sin arrancar ese estandarte!

No pudo proseguir: la luz faltó á sus ojos, y despues de vacilar algunos instantes, cayó pesadamente sobre un monton de cadáveres.

—¡Venganza!—gritó el poeta—¡Venganza, compañeros!....

—¡Venganza!—se oyó repetir por todas partes.

—¡Has perdido la vida, pero tu hacha destruirá al último de los enemigos!—prosiguió Cervantes.

Y con peligro de recibir la muerte porque descuidaba la defensa, recojió el hacha de Barbarigo y la blandió con terrible ademan.

Entre tanto su sangre corria, pero ni siquiera pensó nuestro héroe en restañarla, ni el dolor de la herida le amenguó el aliento, sino por el contrario, escitó su coraje.

En torno de él y de sus camaradas se agrupó la mayor parte de los enemigos, ya porque su primera atencion era defender el estandarte, ya porque consideraban al poeta y á los suyos como á los mas temibles, atendiendo al ardor con que peleaban, á la destreza que dejaban ver en manejar las armas, y á la firme resolucion que en ellos se notaba de no retroceder un solo paso.

Y en verdad que era así, pues cuando los valerosos cristianos no avanzaban, todo lo mas, se detenian para desembarazarse de sus acometedores, pero no daban un paso atras aunque hubiesen con ello de salvar la vida.

Entre el estrepito del combate gritaba así el poeta:

—¡Allí está la gloria, vamos allí!

—¡Allí está tu muerte!—dijeron muchos turcos que lograron rodear al jóven —¡Allí está tu muerte si es que logras llegar allí!

—¡Perros, condenados!—repuso Cervantes, descargando innumerables golpes—¡No os regocije el ver correr mi sangre, que la sangre no hace falta cuando el aliento sobra! ¡Atravesad mi corazon y lo vereis latir despues! ¡Villanos, mal nacidos, cobardes!...

—¡Socorramos á nuestro camarada!—dijeron muchos soldados.

Y pugaron por colocarse al lado del poeta; pero no pudieron conseguirlo tan pronto como deseaban.

Cervantes se vió perdido: le era imposible defenderse pues por todos lados le acometian. Entonces, con el acento de la desesperacion, gritó de modo que se oyó en todo el bajel:

—¿Ha envilecido la esclavitud vuestros corazones? ¿No os atreveis á tomar venganza de los que os han tratado como á bestias miserables? ¿Las desgracias os han hecho dudar de Dios y han entibiado vuestra fé?... ¡Romped las cadenas, vuestros hermanos mueren por rescataros!

Dejóse oír un rugido sordo por las bandas de babor y estribor, como si las olas hubiesen respondido á la escitacion del poeta, y tras aquel rugido, al cabo de algunos momentos, un murmullo de espanto y los gritos de,

--¡Se rebelan, se escapan!

Que en lengua turca pronunciaron los infieles.

La causa de estos gritos fué que, por acudir al combate, habian descuidado los turcos la guarda de los cautivos cristianos de que se servian para remeros, y aprovechandose estos del descuido, viendo que la victoria se inclinaba á los católicos, y escitados al fin por las palabras de Cervantes, lograron, con la ayuda los unos de los otros, deshacer las ligaduras que los sujetaban á los duros bancos, y á trueque de perder la vida, acudieron al lugar en que mas encendida estaba la pelea, proveyendose de las diversas armas que encontraron sobre cubierta de los que habian perecido.

Eran muchos los cautivos, y aunque casi desarmados, su crecido número y lo inesperado de su acometida, puso en grande aprieto á los infieles y casi puede decirse que decidió el combate. Bastantes sucumbieron al primer choque por la escasa defensa que podian oponer á los golpes de los contrarios, pero esto no disminuyó el ardor de los demas que comprendieron que su salvacion única estaba en el completo esterminio de sus crueles opresores.

Cervantes se vió muy pronto libre de los que le rodeaban, y unido á sus compañeros, logró acercarse mas al estandarte codiciado.

—¡Dios y España!—exclamó.

Y derribando enemigos avanzó mas y mas.

Un ardor febril parecia impulsar su brazo que agitaba, revolviendo en todas direcciones, el hacha de abordaje cuyo ensangrentado filo hendia los cráneos y dividia los enemigos pechos con sus terribles golpes.

—¡A mí, compañeros!—gritó—¡A mí si sois españoles y cristianos! ¡A mí si el honor alienta vuestros pechos!

Y sin sentir el dolor de la herida de su mano, con los ojos chispeantes y la frente erguida, lanzóse á los que defendían el estandarte real.

Sus compañeros, poseídos del mismo ardor, lo siguieron sin vacilar.

Trabóse un combate horrible y la sangre corrió á torrentes.

Del uno y del otro bando acudieron muchos.

Uno, dos, tres, cuatro enemigos cayeron á los golpes del hacha del poeta.

—¡Viva España!—gritó á la vez que dividía la cabeza del turco que se encontraba entre él y el estandarte.

Y arrojando lejos de sí el hacha, porque solo podía hacer uso de su mano derecha, empuñó la enseña real, y levantandola para tenderla despues á los pies de sus compañeros, exclamó:

—¡Victoria!

Emperó tras este grito resonó una detonacion, y la encendida bala de un arcabuz sarraceno atravesó su pecho noble.

Ni una queja, ni un leve gemido salió de la boca del poeta; su mano apretó convulsivamente el asta del estandarte, elevó al cielo una mirada de indefinible ternura, y luego sus ojos, radiantes con la luz de la gloria se tornaron hácia la Real Capitana y la Otomana que aun se disputaban la victoria.

—¡Venganza!—gritaron los soldados españoles.

—¡Nó, compañeros!—les dijo Cervantes esforzándose para sostenerse de pie.—¡Venced antes que vengarme!... ¡Antes la fé de Cristo y el patrio honor!... ¡Morid como yo muero!... ¡Sí, sois españoles, me mirais con envidia!... ¡Yo tambien he envidiado á los que yacen en el abismo de las

aguas!... ¡Dichoso el que pueda pedir á la posteridad un nombre en la página sin par gloriosa de la jornada de Lepanto!

Detúvose un momento y quiso con la tela del mismo estandarte contener la sangre que en abundancia manaba de su profunda herida; pero al ver que algunos intentaban socorrerle, prosiguió:

—¡Aun tengo vida! ¿Qué importa que se pierda la sangre si no se mengua el valor? ¡Miradle!... ¡Victoria!--exclamó con acento de febril entusiasmo.

Y señaló hácia la Real Otomana.

Todos, con peligro de sus vidas, miraron hácia aquel punto, y vieron ondear en la galera turca el estandarte de la santa Liga y levantarse en la punta de una pica la ensangrentada cabeza del generalísimo Ali.

—¡Victoria, victoria!--se oyó gritar por todas partes.

—¡Gracias, Dios mio!--exclamó el poeta.

Y al elevar al cielo una mirada de inmensa gratitud, un segundo arcabuzazo hirió otra vez su pecho. Ahogó en su garganta un ¡ay! que hubieran tenido á mengua dejar salir sus lábios; oprimió contra su ensangrentado pecho el estandarte; brillaron por un segundo sus negras y ardientes pupilas, y su cuerpo vaciló.

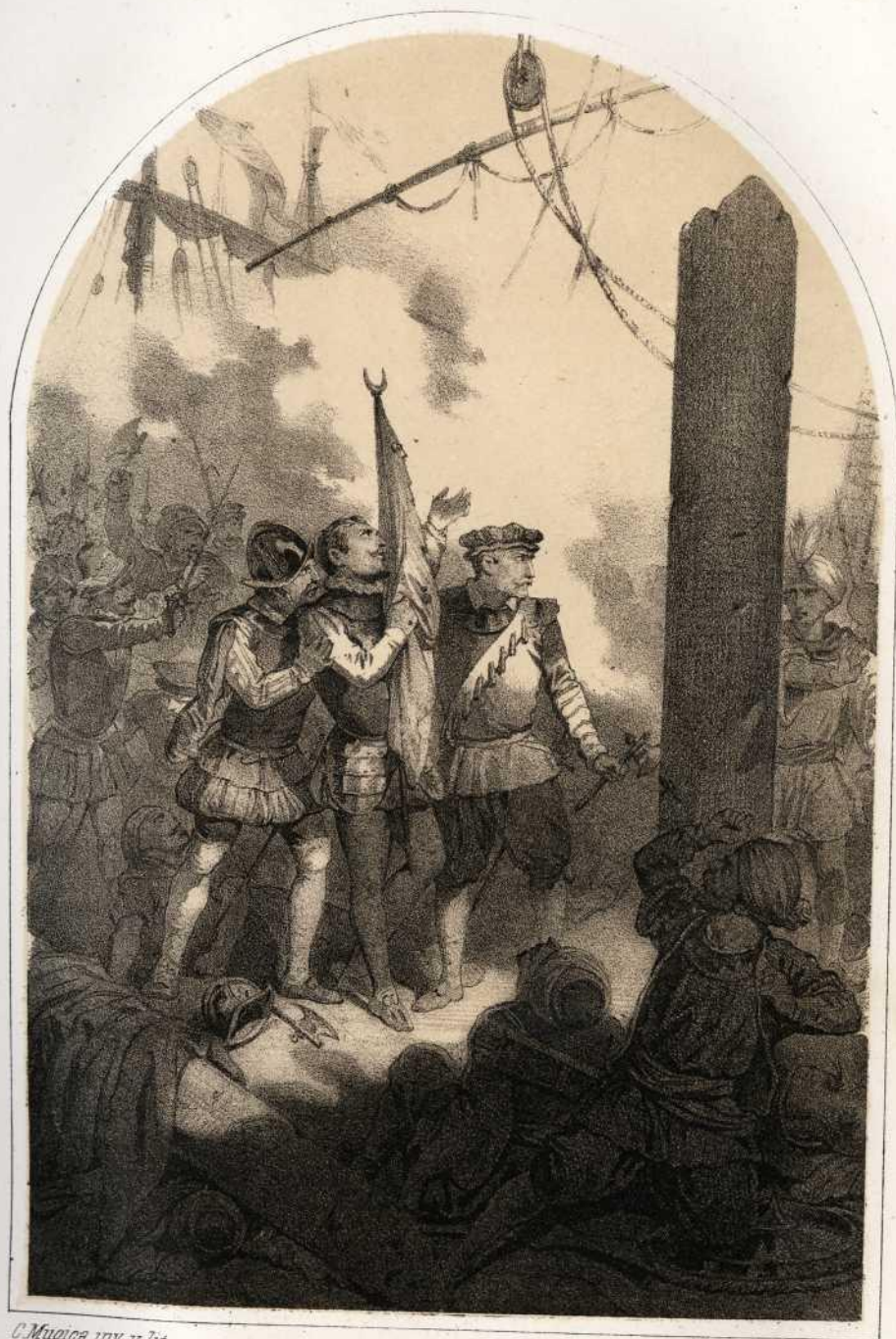
Dos de los veteranos que lo habían seguido lo sostuvieron.

—¡Rayos del infierno que me trague!--gritó el uno á la vez que estendia su nervudo brazo, cerraba el puño con ademán de terrible amenaza y el fuego de la desesperación brotaba de sus negros ojos.

—¡Ira de satanas!--gritó el otro mientras que rechinaba los dientes y arrancaba un puñado de su encanecido bigote.

El grito de victoria resonó por todas partes.

La armada turca estaba completamente derrotada, y las pocas y averiadas galeras que no habían sido destruidas,



C. Mugica inv y lit.

Lit de M. Port

"Oprimió contra su ensangrentado pecho el estandarte.....

forzaban desesperadamente los remos para ganar la orilla.

Apenas podían maniobrar los bajeles de la Liga obstruidos por los restos de los otomanos y por los miles de cadáveres que flotaban á merced de las olas.

Tanta era la sangre que se había vertido que las aguas del mar estaban rojas.

¡Cuántos horrores!... ¡oh!... Nuestra pluma renuncia á pintarlos.

Hundióse el sol, no en las blancas espumas, sino en los ensangrentados borbotones.

El vespertino crepúsculo iluminó la frente noble de don Juan de Austria como una aureola de divina y gloriosa luz.

Cervantes fué conducido á un camarote, sin que en largo rato diese señales de vida, y como todos los heridos, fué llevado á Mesina donde se estableció el hospital general de la armada.

Pocas victorias pueden igualarse á la de Lepanto, pero ninguna ha sido tan estéril. Cantos de gloria.... no mas que cantos de gloria fueron los resultados de aquella gran jornada en donde, segun los historiadores mas autorizados, perecieron cincomil cristianos y treinta mil turcos.

forjaban desesperadamente los remos para ganar la orilla. Apenas podían manejar los paños de la liga obstaculizados por los restos de los otomanos y por los millos de cada vez que flotaban á merced de las olas.

Tanta era la sangre que se había vertido que las aguas del mar estaban rojas.

«¡Cantos horrores!... ¡oh!... Nuestra pluma renuncia á pintarlos.

Fluyendo el sol, no en las blancas espumas, sino en los ensangrentados borbotones.

El vespertino crepúsculo iluminó la frente noble de don Juan de Austria como una aureola de divina y gloriosa luz. Cervantes fue conducido á un camarote, sin que en largo rato diese señales de vida, y como todos los heridos, fue llevado á Messina donde se estableció el hospital general de la armada.

Pocas victorias pueden igualarse á la de Lepanto, pero ninguna ha sido tan estéril. Cantos de gloria... no más que cantos de gloria fueron los resultados de aquella gran jornada en donde, según los historiadores más autorizados, perecieron cincuenta cristianos y treinta mil turcos.

PARTE PRIMERA.

EL CAUTIVERIO.

CAPITULO 1.

Donde se verá lo que habia sido de Cervantes.



RA uno, no recordamos cual, de los primeros días del mes de enero de 1576, es decir, cerca de seis años despues del sangriento cambate de Lepanto. Desaparecian en Occidente

los últimos rayos del sol, y las estrechas y tortuosas calles de Argel veíanse muy pobladas por los mahometanos habitantes de la ciudad que se dirijian á las mezquitas para rezar la oracion de la tarde. Todos iban silenciosos, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Los sombríos edificios estaban tambien silenciosos y sus puertas se veian cerradas, sin que por los agujeros de las celosias de sus estrechas ventanas ó balcones de madera se escapasen aun esos destellos de luz que en las poblaciones despiden con sus vacilantes reflejos á los últimos arreboles del crepúsculo vespertino.

Aumentábase la concurrencia de las calles por la de muchos esclavos que se cruzaban en todas direcciones y se dirigian á las casas de sus respectivos amos, y aunque el ruido y continuado trabajo de muchas horas teníalos fatigados en extremo, no dejaban de caminar aprisa, temerosos de que la noche les sorprendiese fuera de su encierro y que por esta falta les impusiesen un terrible castigo. No habia entre todos ellos un rostro en que no se revelasen padecimientos los mas crueles y falta de salud, y con solo reparar en su casi completa desnudez, adivinábase el duro y miserable trato que sufrían. Muy pocos eran los que no iban descalzos, y rarísimo, y se tenia por dichoso, el que habia logrado algo mas que unos calzoncillos, y una, á manera de camisa, de áspero lienzo, pues muchos aun de esta carecian y llevaban desnudo el pecho y la espalda sobre la que á veces tenían que cargar un pesado fardo. No eran pocos los que llevaban argollas y cadenas de hierro desde la cintura á los pies, que les embarazaban en gran manera para andar, y á veces, con el continuo roce heríanles hasta hacer salir la sangre. Si alguno estaba falto de una oreja, de los dientes ó de parte de la nariz, era porque habia sufrido, por la mas leve falta, uno de los bárbaros castigos que solian imponer con la mayor sangre fría sus amos. Y aun sin tener falta alguna que castigar, aquellos mónstruos de la humana raza, solian cortar á cualquiera de sus esclavos una oreja, y hasta empalarlos, no mas que por el feroz placer de verlos hacer un gesto en el esceso del dolor ó en las ansias de la agonía.

Ninguna ley habia que pusiese límites á la crueldad de los señores; eran dueños absolutos de sus esclavos, con el derecho de vida y muerte, y si alguna vez contenian los impulsos de su ferocidad, era por puro egoismo, temerosos de perder con la vida de un esclavo el precio del rescate ó las ganancias de una venta.

Tristísimo era el estado de los infelices cautivos. Empleábanlos en los mas rudos trabajos, apenas les daban el alimento suficiente para sostener la vida y teníanlos casi desnudos. Los que por la pobreza de sus familias no podian esperar ser rescatados por una respetable suma, eran generalmente destinados á remar en las galeras ó á durísimos trabajos en los arsenales ú obras públicas, y reservaban á los demas para el servicio de las casas ó los encerraban en los *baños* que eran unas prisiones que consistian en algunas cuadras y patios, húmedas, mal sanas, y estrechas por mucha capacidad que tuviesen, pues en ellas se encerraban á veces hasta tres ó cuatro mil hombres. Todos los señores podian llevar allí á sus esclavos cuando les estorbaban en sus casas ó no podian guardarlos con seguridad. Un solo consuelo tenian aquellos desdichados, y era el libre ejercicio de su religion, permitiéndoles asistir á las diferentes iglesias católicas que habia en la poblacion y cuyo culto se sostenia con las limosnas que enviaban los fieles españoles y aun con las de los esclavos que en su mísera condicion no dejaban de encontrar medios con que adquirir algunos recursos. Raro parece que un pueblo inculto, fanático y que se gozaba en atormentar á los católicos, permitiese que éstos, sus mayores enemigos, ejercitasen tan libremente su religion; procuraban hacerles renegar de su fé, halagándoles con todo género de promesas, pero á ninguno obligaban ni tampoco imponian castigo alguno, ni aumentaban la dureza de su trato, si se negaban á trocar por la de Mahóma la religion de sus padres. Nada añadiremos á la ligerísima idea que hemos dado

de la suerte de los cautivos en Arjel, porque en el transcurso de la presente historia la conocerán nuestros lectores hasta en sus mas insignificantes detalles: solo añadiremos que en aquella época, Arjel era el refugio, la madriguera puede decirse de todos los piratas turcos, que estaba gobernado por un virey nombrado por el sultan, y como dicho vireinato tenia un periodo fijo de tiempo, pasado el cual, el que lo disfrutaba era reemplazado por otro, cada uno de aquellos tiranuelos, á quienes no se les pedia cuentas de su conducta con tal de que pagasen religiosamente el tributo, cometia todo género de abusos para enriquecerse antes de abandonar el empleo. Generalmente, los gobernadores habian sido piratas, y para obtener el vireinato, se les habian contado por títulos meritorios los robos y crueldades con que habian hecho célebres sus nombres.

Réstanos decir ahora lo que habia sido de nuestro héroe. No haremos un minucioso relato de los sucesos de su vida durante los cinco años que han transcurrido desde que lo vimos en Lepanto.

Cerca de un año permaneció Cervantes en Mesina, curándose de sus peligrosas heridas y con el dulce consuelo de verse particularmente atendido por don Juan de Austria, quien le aventajó en tres escudos al mes, socorriéndole además muchas veces con demostraciones de un interés el mas cariñoso.

El erudito autor de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* inserta en la *Biblioteca de Autores españoles*, que publica don Manuel Rivadeneira, y dirige el ilustrado señor don Buenaventura Cárlos Aribau, á quienes la literatura española debe importantes servicios, nos permitirá que en el relato que vamos haciendo copiemos algunas de sus frases y aun alguno de los párrafos de su notable escrito, porque no nos consideramos bastante para dar en pocas palabras y con tanta exactitud, viveza de colorido y elegancia en las formas

como él lo hace, una idea de los sucesos de la vida del príncipe de nuestros ingenios desde su salida del hospital de Mesina hasta el principio de su cautiverio. No podemos ofrecer al dicho autor en pago de este hurto nada que pueda servirle para sus trabajos literarios; pero sí le aseguramos que es mucha nuestra gratitud por lo que el Parnaso español debe á su talento, á su sabiduría y á sus constantes desvelos. Oportunamente haremos mencion de los demás eminentes escritores á quienes debemos la ayuda de acertadísimos consejos y datos sin los cuales valdria mucho menos de lo poquísimo que vale nuestra obra.

A fines de abril de 1572 se vió incorporado Cervantes en el tércio de don Lope de Figueroa, que fué á Corfú en las galeras del esclarecido marqués de Santa Cruz, concurriendo bajo las órdenes de Colonna á la jornada de Levante, y bajo las del generalísimo á la empresa de Navarino. La política de la Francia, atendiendo á sus particulares intereses, logró apartar de la liga á los venecianos, hizo surgir algunas dificultades, y hasta fines de setiembre de 1573 no salió de Palermo la expedicion, que se posesionó del fuerte de la Goleta y de la ciudad de Túnez, donde don Juan de Austria, harto confiado en la benevolencia de su hermano, soñaba en asentar su codiciada soberanía. ¡Codicia fatal que, con la que le hizo fijar sus miradas en Escócia, cortó en edad temprana el hilo de sus gloriosos dias! De esta expedicion fué parte el tércio de Figueroa, y tal vez Cervantes pertenecia á las cuatro compañías del mismo, que segun la espresion de Vanderhamen en su historia de don Juan de Austria, hacian temblar la tierra con sus mosquetes. ¡Temblar la tierra!... ¡Ah!... ¡Cuan tristísimos recuerdos y dolorosas comparaciones nos sugiere esta enérgica y célebre frase!

Nuestros lectores que han visto á Cervantes en Lepanto, comprenderán cuantas pruebas de valor no daría en aque-

la expedicion donde se contaron tantos héroes como soldados, cuyas hazañas parecerian invencion de la fantasia si no las justificase la historia con documentos irrecusables.

Antes de la pérdida de Tunez y del fuerte de la Goleta, pérdida que tanta sangre costó á los tercios españoles, nuestro poeta pasó á Cerdeña de guarnición, despues al Genovesado, y de allí á Nápoles y Sicilia, á las órdenes del duque de Sesa. Empero su suerte no mejoraba á pesar de haber dado tantas pruebas de valor, de lealtad á su rey, de amor á su patria, y seguia reducido á la miserable condicion de simple soldado. De nada le sirvieron cinco años de esclarecidos servicios y haber quedado inutilizado de su mano izquierda: distinguianlo sus jefes, respetábanlo sus compañeros, y unos y otros le reconocian prendas no comunes, pero nada obtuvo sino estas consideraciones que, al arraigar en él el convencimiento de su valor, aumentaban su amargura, porque se hacia mas palpable la injusticia.

Cansado al fin, y viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos para adelantar en la peligrosa carrera de las armas, solicitó su licencia y la obtuvo de don Juan de Austria, quien le proveyó de espresivas cartas de recomendacion para el rey su hermano, á fin de que se le confriese alguna compañía; el duque de Sesa escribió tambien encarecidamente en su favor á S. M. y á los ministros.

En compañía de su hermano Rodrigo, que tambien habia seguido la carrera de las armas, salió de Nápoles en la galera *Sol*, con mas esperanzas que dinero, con muchas ilusiones y sin mas realidades que las cartas de recomendacion que daban testimonio de sus esclarecidos hechos.

Navegaron felizmente, y ya nuestro poeta sentia henchirse de gozo su corazon porque iba á verse en su patria y en el seno de su familia, cuando el 26 de setiembre de 1575 se encontró la galera rodeada de una escuadrilla de galeotas que mandaba en persona el arnaut Mamí, rene-

gado albanes, capitan de la mar de Arjel, que era destino de importancia en aquel reino. Diéronle caza tres de estos bajeles, de los cuales el uno era de veinte y dos bancos, al mando del arraez Dalí Mamí, tambien renegado griego, y atacándola con denuedo vinieron al albordaje. La lucha fué sangrienta, pero las fuerzas no eran iguales, y de nada sirvió la resistencia obstinada de los cristianos. En aquel encuentro dió Cervantes nuevas pruebas de su valor, pero cayó al fin con su hermano Rodrigo y toda la tripulacion en poder de los piratas, y ambos cupieron en suerte al arraez Dalí Mamí cuando se hizo el reparto de la presa.

Su noble aspecto, su bravura en el combate y las cartas de recomendacion que llevaba nuestro poeta, hicieron creer á su señor que el prisionero era sugeto distinguido y de mucha importancia, y escitada su codicia con la esperanza de obtener un pingüe rescate, vigilóle estrechamente y tratóle con estremada dureza para obligarle así á que pidiese con mas afan á su familia que lo sacasen de tan triste estado. ¡Fortuna loca! ¿Quien habia de decir á Cervantes que las mismas prendas meritorias de que estaba dotado, los documentos que atestiguaban sus esclarecidos servicios, su valor y su honradez, habian de servirle para su mayor tormento, endureciendo mas el trato de su negra esclavitud?

Tal habia sido la suerte de aquel grande ingenio: tales los sucesos de su amarga vida desde que lo vimos en Lepanto perder su mano izquierda por salvar la vida al veneciano Barbarigo, y dar al cielo gracias cuando el mortífero plomo rompió su noble pecho.

Cuatro meses llevaba de cautividad, y continuaba sirviendo al arraez Dalí Mamí, en cuya casa estaba tambien su hermano Rodrigo.

Como deciamos al principio de este capítulo, el sol se ocultaba, los creyentes de Mahoma se dirijian á las mezquitas, y los esclavos á sus encierros.

Caminaba por una de las calles, la mas solitaria, ya de prisa, ya despacio, á veces deteniendose, y como absorto en profundas meditaciones, un esclavo en cuyo pálido rostro brillaban sus ojos negros y espresivos con el fuego de una ira mal reprimida.

Era Cervantes.

Como todos los que sufrían la triste suerte del cautiverio, iba casi desnudo. Llevaba una gruesa cadena de hierro sujeta á la cintura por uno de sus extremos con una cuerda de cáñamo, y por el otro enlazada á un grillete que oprimía su pierna derecha sobre el pie. El chirrido que producía la cadena al moverse marcaba los pasos del poeta como para que cuidase contar los que daba durante su esclavitud.

Con el mismo aire meditabundo dejó atrás aquella calle, atravesó otras y al fin se detuvo junto á la puerta de una casa bastante grande y en cuya parte posterior se veían las altas tapias de una huerta ó jardín. Cervantes llamó, abrióse la puerta, y pasó adelante.

El sol se había ocultado ya, y las tinieblas de la noche envolvían completamente á la población.

La luz de un farolillo iluminaba el zaguán de aquella casa que era la de Dalí Mami.

Salió al encuentro de nuestro poeta un turco pobremente vestido, de gigantesca estatura y horrible semblante de siniestra y feroz espresion, llevando en la mano izquierda una linterna, y en la derecha unas disciplinas hechas de cuerdas de cáñamo trenzadas, enceradas, y con muchos nudos.

—Ya es de noche—dijo al poeta con voz ronca y desagradable que resonó en el interior de su ancho pecho como el ronquido de un león en el interior de una caverna.

Cervantes no contestó ni aun siquiera miró al que tales palabras le dirijia.

—¿Me has oído, esclavo?—repuso el turco con salvaje aspereza.

—Sí—contestó Cervantes.

—¿Y no sabes el castigo que se impone á los esclavos que no se han recojido antes de anohecer?

—Diez azotes—replicó tranquilamente el poeta mientras que se dirigia hácia una puertecilla que daba paso á un largo corredor.

—No has pecado por ignorancia—dijo el gigante, agitando sus diciplinas y como si fuese á descargarlas sobre Cervantes.

—El tiempo que gastas en hablar—replicó el poeta—puedes invertirlo en darme los azotes.

—¿Me provocas, perro desagradecido?—repuso el turco—No perderé mas tiempo.

Y diciendo así levantó el brazo con intencion de descargar el primer golpe.

Cervantes observó el movimiento, sus mejillas se tornaron rojas como si fuera á brotar la sangre de ellas; volvióse repentinamente; y clavando en el turco su penetrante mirada, quedó inmovil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza erguida con imponente altivez. Los ojos del poeta brillaban en aquel momento como dos ascuas, y su frente contraida y un estremecimiento nervioso que recorrió todo su cuerpo, revelaron la ira que trabajosamente contenia en su pecho.

El turco se sintió dominado por el influjo poderoso de aquella mirada, y no pudiendo sacudirlo, rechinó los dientes, dejó escapar un ruido y bajó el brazo casi sin saber lo que hacia.

—¿A qué esperas?—le dijo Cervantes—¿Tienes miedo ó es que piensas darme otro castigo mas severo?

—Es que si empiezo no acabaré hasta dejarte sin vida; pero al fin lo conseguiras, y te juro por el santo profeta que no he de perdonarte muchas veces.

—No te ha convencido la esperiencia—repuso el mancebo

—de que á mi placer exalto tu cólera ó te hago sonreír? Tú eres mi esclavo y yo no lo soy de nadie.

—¡Oh!....

—Mira—prosiguió Cervantes sin hacer caso de un gesto horrible y amenazador del turco—he hablado con uno de los cristianos que tienen la costumbre de socorrernos, y como otras veces, ahora me ha dado una prueba de su caridad.

—¿Y qué me importa?....

—Toma—interrumpió el poeta sacando una pequeña moneda de plata y arrojandola á los pies del turco—Esa es su limosna.

—¿Y para qué me das esto?—preguntó el gigante á la vez que recojia la moneda.

—Para lo que te he dado otras, para que la gastes, porque yo no la quiero, y sabes que tengo la costumbre de hacerle esos regalos.....

—Si piensas que así....

—Nada te he pedido hasta hora ni pienso pedirte. Cuando te place me tratas con dureza y no me quejo; ó me tienes alguna consideracion y tampoco te doy las gracias.

El turco se encojió de hombros y guardó las disciplinas entre los pliegues de su faja.

—Vamos, sígueme y encierrame si ninguna cosa tengo que hacer, pues estoy fatigado y deseo descansar.

Cervantes entró seguido del turco por la puertecilla de que ya hemos hablado, siguió un largo y estrecho corredor y bajó una escalerilla muy pendiente á cuyo final habia otra puerta.

—Regístrame—dijo, deteniendose y abriendo los brazos.

—Dejemos por esta noche la ceremonia—contestó el gigante—Entra y duerme. Toma la linterna que te dejo esta noche por gracia particular si me juras por tu Dios crucificado apagarla antes de media hora. Así podras ver á tu hermano y dar envidia á tu compañero.

—Te juro apargarla antes de media hora.

—Volveré á ver si lo cumples—repuso el turco, dando la luz al mancebo.

Este entró en un espacioso sótano, de techo abovedado, de negras paredes y húmedo piso. La atmosfera era allí pesada, pestilente y como sin otra ventilacion que la de la puerta.

A la opaca luz de la linterna pudieron verse, recostados sobre un monton de paja, dos esclavos que al fijar sus miradas en el poeta dieron muestras de contento y se le acercaron para abrazarlo.

El uno era Rodrigo, el hermano mayor de Cervantes, y el otro un veterano capitan llamado Francisco de Meneses, que habia servido tambien en el tércio de don Leandro de Figueroa.

El poeta contestó cariñosamente á los saludos de su hermano y del capitan, dejó en el suelo la linterna, sentóse con ellos en el monton de paja, y cuando sintió que el turco habia cerrado la puerta y que se alejaba, dijo:

—Se acerca el dia de nuestra libertad.

—Espícate, hermano—dijo Rodrigo con tono afanoso—Te esperábamos con impaciencia para saber lo que habias adelantado.

—Mirad—repuso el mancebo alegremente y á la vez que sacaba de debajo de su camisa un trozo de lima.

El capitan Meneses se apoderó de aquel objeto, y lo mismo que Rodrigo, dióle entre sus manos mil vueltas, examinólo con centellante mirada, y en su entusiasmo hasta lo besó con ternura.

—Ya veis que Dios no nos abandona—repuso el poeta—Con esa lima romperemos los grilletes para poder caminar sin ningun estorbo y deprisa, pues de otra manera necesitaríamos emplear doble tiempo en nuestra marcha y podrian darnos alcance.

—Pero hablais de nuestra fuga como de una cosa cierta.

—Y así es la verdad, y no habeis de tardar tres días en convencerlos. Todo se consigue á fuerza de constancia que es el arbitrio mas poderoso de cuantos están al alcance del hombre.

—¿Has visto al alférez Castañeda?—preguntó Rodrigo.

—Y al sargento Navarrete, el cual ha robado esta lima en casa de un cerrajero que trabaja para su amo. Ha tenido miedo de guardarla, y me la ha dado.

—¿A quien mas has visto?

—A ninguno mas de los que se ocupan de nuestra fuga.

—¿Qué os ha dicho Navarrete?

—Que por su parte está dispuesto á todo, como lo prueba el hurto de esa herramienta; pero que le parece imposible encontrar al hombre que ha de servirnos de guia.

—Lo mismo pienso yo—dijo Rodrigo.

—Y yo tambien—añadió el capitán—temo que ese inconveniente dasbarate nuestro plan y acabe con nuestra esperanza.

—Os equivocais—repuso el poeta.

—No digo—replicó Meneses—que no se encuentre alguno que se preste á nuestros deseos, pero será en la apariencia, con el fin de sacarnos algunos ducados y delatarnos luego para lograr una recompensa por su traicion. Ya sabeis cuan falsas son estas gentes y lo poco ó nada escrupulosas que se muestran cuando se trata de engañar á los cristianos, porque nos consideran como bestias.

—Tomaremos precauciones para que no suceda así.

—Todas son pocas.

—Algun riesgo hemos de correr, aunque sea el de la vida, porque todo es preferible al miserable estado en que nos hallamos. ¿Qué puede suceder, que nos ahorquen?... ¡oh!... lo prefiero á pasar la vida encerrado en esta cueva ó trabajando mientras levanta sobre mis costillas el látigo mi

inhumano señor. Y ya sabeis que aun no se me ha dado un solo golpe, pero las amenazas me han herido en el alma mas que los azotes pudieran haberme herido el cuerpo. —Teneis razon.

—Todo es preferible, os lo repito, á verse tratado como una bestia, á ser esclavo. Cien veces hemos espuesto la vida en los combates y hemos hecho mas de lo que nos mandaba nuestro deber solo por el vano orgullo de que nos llamen valientes; ¿pues cuanto no es mas justo que arrosemos toda clase de peligros por alcanzar nuestra libertad, por esa libertad que es el primer derecho del hombre? ¡Esclavo.... esclavo el hombre que tiene una vida en la tierra y otra en la eternidad!... ¡Antes la muerte! ¡Que los padecimientos no amengüen vuestro valor ni rebajen los quilates de vuestra dignidad!...

—¡Somos españoles y nuestros cuellos no pueden doblarse sin haberlos cortado!—exclamó el capitan—No temo la muerte, y antes la prefiero que esta vida que me envilece. Cuando llegue la hora, pronunciad una palabra y no nos vereis vacilar para seguiros.

—Nunca lo he dudado—repuso Cervantes—y menos de vosotros que tantas pruebas de valor teneis dadas. La hora llegará; no perdaís la fe en Dios que es la que da á la voluntad del hombre una fuerza superior á todas las cosas.

—Tú redoblas nuestros alientos, hermano mio.

—Si los perdeis—prosiguió el poeta—mirad en torno vuestro y vereis vuestro porvenir en esas negras paredes.

—Antes la muerte—murmuraron con espanto Rodrigo y el capitan al estender sus miradas por el oscuro sótano.

—Ahora—repuso Cervantes—demois gracias al Omnipotente por la ayuda que se digna prestarnos, y apaguemos la luz y acostémonos por si vuelve ese mónstruo á quien no debemos infundir sospechas.

—Sí, roguemos á Dios que mañana nos dé una nueva suerte.

—No será extraño: ya he fijado mi atencion en cierto moro de mala vida que tiene el vicio de la embriaguez y pienso que ha de servirnos para el caso. Trabaja en clase de peon en la obra que hacemos en la huerta, y me es fácil ponerme en comunicacion con él.

—Nada nos habías dicho.

—Ni os diré mas porque os repito que podemos infundir sospechas si seguimos hablando.

—Ciertamente.

—Básteos saber que tengo mucha y muy fundada esperanza.

—El cielo os ilumine.

—Oremos.

Arrodilláronse aquellos tres hombres y los ecos de su ferviente oracion se repitieron en la bóveda. Sus ojos brillaban con los resplandores de la mas ardiente fé religiosa, y nadie hubiera podido contemplarlos sin doblar la frente. ¡Cuan tranquilo estaba su espíritu en aquellos solemnes instantes, y cómo el rezo les hizo olvidar todos sus tormentos y amarguras!... ¡Ah!... ¡La oracion cuando la fé arde viva en el alma es divino consuelo el mas dulce de todos!

Terminaron sus preces los desdichados cautivos.

Cervantes apagó la luz, y el silencio mas profundo reinó.

CAPITULO II.

Donde pasaremos desde el negro calabozo del esclavo á la dorada prision
de una muger.



UN no habia dejado ver la aurora su risueña y sonrosada faz, cuando los tres cautivos, sacudiendo de sus ojos el sueño, sentáronse en la paja, y despues de breves instantes se arrodillaron para rezar. Presumian que se acercaba la mañana porque la costumbre les hacia despertar siempre á la misma hora; por lo demas, el sótano estaba tan oscuro como á la media noche, porque ya hemos dicho que solo por la puerta podia recibir algun escasisimo esplendor, y esto solo á ciertas horas del dia y estando abiertas unas ventanas del corredor inmediato que daban al jardin.

—¿Habrá amanecido?— preguntó Meneses despues de terminado el rezo.

—Poco debe faltar—contestó Cervantes—segun lo anuncian los gallos.

—Pronto—repuso Rodrigo— vendrá nuestro gefe para mandarnos ir al trabajo.

—No tardará, y por lo mismo, debemos aprovechar estos instantes para quedar de acuerdo en lo que cada cual debe hacer hoy.

—Vos dispondreis—repuso el capitan.

—Tú—prosiguió el poeta dirijiéndose á su hermano Rodrigo—te encargarás de decir al alferéz Rios, y á don Beltran que poseemos una lima con que romper sus grilletes los que les tengan, y que espero ganar las voluntades de un moro que trabaja en mi compañía.

—No dejaré de participarle tan buena nueva.

—Como tienes ocasion de hablar con don Beltran cuando te plazca, porque formais pareja para tirar de un mismo carretón, añádele que el señor Baltasar de Torres me habló ayer en el mercado y que demuestra los mismos deseos de favorecerle; que procure verlo por si le da algun socorro, lo cual no será difícil porque me dijo que habia hecho una lucida ganancia en la última partida de tafetanes que recibió de Valencia. Si á fuer de paisano le da un par de escudos, podremos, con lo ya reunido y poco mas, acudir á todos los gastos de nuestra empresa.

—Tal vez hoy al mediodia—contestó Rodrigo—me dejen solo en el carretón de sacar los escombros, porque hace falta madera y enviarán á buscarla á don Beltran que para esto ha mostrado buena inteligencia.

—Tanto mejor; así podrá tal vez aprovechar la coyuntura para ir á ver al señor Baltasar de Torres, y explicándole el pormenor de nuestro proyecto pedirle la ayuda de algun socorro.

—Nada olvidaré—contestó Rodrigo—y al efecto aprovecharé las primeras horas del día para hablarle.

—Ahora me toca á mí—dijo Meneses—que aunque me tienen atado á la nória donde estoy todo el día dando vueltas, ya sabeis que no me falta ocasion de hablar á Osorio.

—Lo mismo que á mi hermano os digo á vos—repuso el poeta—Dadle al buen hidalgo las noticias que tenemos, y que sea prudente para evitar que descubran el escondite donde guarda los diez ducados.

—Y sobre todo—añadió el capitan—que nada trasluzca del proyecto la mulata porque seria muy capaz de delatarlo antes que dejar que se le fuese su amante.

—En verdad, mi buen amigo—replicó Rodrigo—que se necesita sobrada fuerza de fingimiento para corresponder á las caricias de una muger tan repugnante como la tal mulata.

—Le sirve de mucho.

—Es verdad, pero....

—Todo puede hacerse por alcanzar la libertad, y el dinero que roba la mulata á su señora y que entrega al hidalgo nos será muy útil.

Hubo algunos momentos de silencio mientras que los tres desdichados sacudian de sus miserables ropas la paja que se les habia pegado durante la noche.

—Pienso—dijo al fin Rodrigo á su hermano—que hace muchos días que no hemos recibido noticia alguna de nuestros padres.

—¡Cuántos sacrificios estarán haciendo para conseguir nuestro rescate!—repuso el poeta cuyos ojos se humedecieron.

—He soñado que los abrazaba—contestó Rodrigo con no menos ternura.

—¡Quiera Dios que se cumpla tu sueño!

—¡Felices vosotros—dijo el capitan—que al volver á

vuestra patria encontrareis pechos amigos que estrechar contra los vuestros!

El llanto corria fácilmente por las megillas de aquellos infelices que en su situacion sentian con mas viveza que nunca los recuerdos de la patria y de la familia, y ya enjugaba el veterano una lágrima, cuando se oyeron pasos en la parte de afuera del sótano, y la puerta se abrió violentamente.

—¡Arriba, holgazanes!—gritó el gigante turco mientras que, haciendolas crujir, sacudia sus disciplinas á guisa de amenaza.

—Há rato que os esperamos, buen amigo—le dijo el capitán.

—¿Amigo me llamais, perros condenados? Ya os he dicho que no me falteis al respeto. Sin duda teneis frio y quereis que os caliente las espaldas.

—Lo que tenemos frio—dijo Cervantes—es el estómago.

—El almuerzo os espera, y hoy es bueno.

—¿No es el de siempre?

—Teneis extraordinario.

Los tres cautivos siguieron al gigante, atravesaron el corredor, dejaron atras dos espaciosos aposentos, y salieron á un patio en donde estaban ya hasta otros doce esclavos de distintas edades.

Pocos momentos despues llegaron otros dos, llevando un artesón de madera lleno de habas cocidas con agua y sal, y colocadas al rededor algunas, al parecer cucharas, de madera, pues era aventurado calificarlas de tal.

Algunos de aquellos infelices mostraron en sus semblantes la alegría que les causaba la vista de aquel asqueroso alimento, pues era muy delicado en comparacion del que acostumbraban á darles los demas dias. Una cebolla asada ó un pedazo de pan de centeno ó de maiz, negro, duro y mal condimentado era el almuerzo que ordinariamente se les daba,

y por consiguiente, no era extraño que se regocijasen al ver el repugnante cocimiento.

Colocáronse los desdichados alrededor del artesón, tomaron las cucharas y empezaron á comer ávidamente.

Los unos porque en su niñez habian tenido una grosera educacion, los otros porque en su larga esclavitud habian olvidado la que recibieran, y algunos porque los tormentos del hambre podian en ellos mas que ningun sentimiento delicado, es lo cierto que hubo instantes en que se rechazaban los unos á los otros y los mas robustos se aprovechaban de la superioridad de sus fuerzas para alcanzar mayor cantidad de alimento, y aun llegó el caso de disputar acaloradamente y de descargarse algun cucharazo en las narices.

Tuvo el gigante que intervenir al cabo en la contienda y poner orden á fuerza de latigazos que descargó indistintamente sobre acometedores ó acometidos, sobre débiles ó fuertes.

Aquellos infelices murmuraron en voz baja, despidieron miradas sombrías y se amenazaron mutuamente, conteniendo su enojo por temor de recibir mas duro castigo, pues en tales casos á los motores del desórden solian imponerles el de estar un dia y aun dos sin comer. Y esto era cosa de que ninguno se admiraba, pues sucedia con mucha frecuencia, ¡Cuantos perecian de hambre encerrados en sus oscuras mazmorras! Sin que exageremos en el cálculo, bien puede asegurarse que de los cautivos que entraban en Arjel, la mitad eran víctimas de la falta de alimento, de la desnudez y de las enfermedades producidas por la insalubridad de los baños donde los encerraban. El P. Haedo, que vivió allí muchos años, dice en su *Historia de Arjel*, que muchos esclavos morian de hambre, especialmente si eran viejos ó débiles que no servian para el trabajo ó para ser vendidos. Un cautivo en el mercado valia menos que una mula, pues su precio corriente, á menos que no fuese persona de quien

se pudiese esperar rescate, no pasaba de doscientos ducados, ó lo que es lo mismo, de poco mas de dosmil reales, y eso en tiempo de escasez y cuando eran jóvenes, robustos, ágiles y de condicion humilde, porque sino, podian comprarse muchos á la mitad de este precio.

Bien pronto concluyó el almuerzo, y el turco dió rápidamente varias órdenes á los unos y á los otros, repitiendolas acompañadas de latigazos á los que no las comprendian en seguida.

Quedaron algunos en la casa para las faenas domésticas, y los demas salieron cuando el sol comenzaba á dejar ver sus primeros rayos y los habitantes de la ciudad se disponian á hacer la oracion de la mañana antes de emprender sus ordinarias faenas.

Los dejaremos alejarse, y mientras que nuestro poeta llega al punto donde trabajaba aquellos dias, nos internaremos en las mas apartadas habitaciones de la casa de Dalí Mamí por si algo observamos que pueda interesar á nuestros lectores.

En la parte del edificio que daba al jardin habia un aposento cuadrado cuyas paredes estaban cubiertas con esas primorosas labores de relieve pintadas de azul y blanco, rojo y oro que aun se conservan y admiran en alguno de los alcázares que nos dejó el arte de la dominacion Mahometana y que no hemos podido siquiera imitar. El techo, en forma de cúpula, estaba construido por vigas incrustadas primorosamente de nácar y marfil y recortadas y colocadas de modo que presentaban la mas bella combinacion que puede imaginarse. Ligeras columnitas de blanquísimo mármol se asentaban sobre la cornisa de los muros y sostenian las vigas, y entre las columnas, pequeñas ventanas redondas y cerradas con cristales azules y encarnados dejaban penetrar un resplandor agradable y en extremo dulce que en vano intentaban desvanecer algunos atrevidos rayos del sol

que á ciertas horas traspasaban los estrechos agujeros de la celosia pintada de color verde que cerraba una ventana, única del aposento, que daba al jardin. Tres puertas habia en distintas paredes, las tres con hojas de cedro incrustadas de marfil, y para completar la obra de tan costoso aposento, el piso era de mármol blanco pulimentado con tal delicadeza que era menester andar con sumo cuidado para no resbalarse.

Nada desmerecian tampoco los muebles que consistian en dos grandes divanes forrados de seda encarnada con flecos de oro, un espejo de cinco pies de altura formado de dos pedazos de cristal, con marco de ébano y colocado lejos de la pared y próximo á la ventana, un taburete tambien forrado de seda y oro, y grandes jarrones y demás vasijas para lavarse, llenas de perfumadas aguas. Además habia sobre dos mesas doradas muchos pomos de distintas formas llenos de esencias y olorosos aceites y algunos pebeteros de plata y de bronce donde se quemaban las resinas y yerbas de olores mas esquisitos.

Como presumirán nuestros lectores, aquella habitacion era el tocador de una muger, la esposa del acaudalado Dali Mami que, como todos los demás musulmanes de Arjel bien acomodados, rodeaba de aquel lujo á su esposa mientras que se contentaba con comer un mal guisado de arroz ó de trigo y beber una taza de café. La sobriedad de los turcos es estremada, y en aquella época, si hemos de dar crédito á las noticias del P. Haedo y otros historiadores, una familia de doce personas gastaba escasamente dos reales diarios en comer. Pero en cambio, en sus serrallos, el que era bastante rico para tenerlo, ó en el adorno de la persona y habitacion de su mujer ó mugeres, desplegaban un lujo estremado.

Media hora, poco mas ó menos, haria que los esclavos habian salido de la casa, y á pesar de ser tan temprano, hallábase sentada en el taburete de que hemos hecho mencion,

y delante del espejo, una muger cuya belleza arrebatadora intentaremos en vano pintar.

Los ojos de aquella muger eran grandes, rasgados, negros, de pupila brillante, ardiente y cuya espresiva mirada, viva á veces, á veces lánguida, revelaba un corazon de fuego, manantial de amorosa pasion que no satisfecha debia ser una espantosa borrasca, que correspondida debia ser un arrullo blando como el céfiro que besa los pétalos del lirio sin agitarlos, y mece á la azucena en su tallo débil sin romperlo, embriagador con la dulzura de esos aromas que adormecen y hacen soñar creaciones de fantásticos paraísos. Largas pestañas y arqueadas cejas negras rodeaban sus ojos y resaltaban en el blanco mate de su frente. Sus lábios rojos de hechicero corte, de provocativa espresion, levemente entreabiertos, permitian ver el tesoro de las perlas que encerraba su boca y dejaban escapar acentos tan dulces como el último eco de un harpa cuando se pierde bajo el estrellado cielo de una noche de estío. Caian sobre su entonces desnuda espalda y levantado pecho las crenchas largas, relucientes de su negra cabellera y ocultaban parte de su torneado cuello. Si era su rostro de belleza rara, de no menos perfectas formas era su cuerpo de talle flexible, de lánguidos movimientos. Acababa de salir del baño y por consiguiente estaba á medio vestir sus vistosas ropas y libre su cabeza de turbante ni adorno alguno y sin que seales ni joyas ocultasen los encantos de su belleza.

Dos esclavas indias de tez negra y brillante, con argollas de plata en el cuello y en los brazos y ataviadas con trages vistosos y de muchos colores, se disponian á peinar á la esposa de Dalí Mamí que, contra su costumbre, llevaba algunos dias de levantarse al amanecer, estaba triste, y aun á veces de sus negros y rasgados ojos brotaban dos perlas que dejaban en las mejillas huellas de cristal y se evaporaban al caer en su ardoroso seno.

Solían murmurar las esclavas de este cambio de su señora, y pensando que Dalí Mamí tenía cincuenta años, era feo y de palabras y maneras rudo, hacían deducciones no des-
—¡Pobre sultana!

Evitaremos á nuestros lectores el enojo de seguir una por una todas las operaciones del tocado de Zoraida, y solo les diremos que pasada una hora pusieronle sus esclavas los dos últimos brazaletes de oro y perlas, y aguardaron que un gesto les mandase salir de la estancia.
—¡Subes!

Zoraida se levantó, sentóse luego en uno de los divanes, y recostandose con descuido, guardó silencio por algunos instantes hasta que al fin dijo á una de las esclavas:
Los

—Vete.

La negra salió.
—¡Jaguá!—dijo con énfasis

Volvió á reinar un profundo silencio, durante el cual la esposa de Dalí Mamí fijó varias veces una mirada escrutadora en la esclava, meditó, pareció dudar y luego dijo:

—¿Quieres ser libre, Jaguá?
—Es verdad, con razón

Los ojos de la negra brillaron como dos luces.

—¡Libre!—exclamó—¡Libre como antes!
—¡T!

—Sí, libre y volver á tu tribu.
—¡Libre por lo no me

—¡En mi tribu y en mis bosques!.... ¡oh!.... ¡Quiero ser libre por un día no mas aunque al otro me muera!

—¿Pero no querrás morir ahorcada sin haber alcanzado tu libertad?
mi pensamiento y mis sonoras y también esclava

—¡Morir ahorcada!—repitió la negra con espanto.

—La libertad y tus bosques ó la esclavitud y la muerte te esperan.

—No te comprendo, sultana.

—¿Has amado á un hombre alguna vez?

—¡Oh! sí—contestó Jaguá cuyos ojos brillaron nuevamente y cuyo cuerpo se estremeció.
—Eres hermosa como

—Entonces comprenderas lo que una mujer que amas capaz de hacer.

—De todo es capaz, de todo.

—Entonces no me serás traidora, porque sabes lo que es la muger cuando la ciega una pasión.

—¡Pobre sultana! — murmuró tristemente la negra.

—¿Porqué te inspiro compasión? — dijo vivamente Zoraida.

—¿No palpita tu corazón por un hombre que no es tu esposo?

—¿Sabes lo que puede costarte ese secreto?

—Ya me lo has dicho, la vida si soy traidora, la libertad si te sirvo bien.

Los ojos de Zoraida se animaron; enrojeciéronse sus mejillas por un instante, y se oprimió el pecho.

—Jaguá—dijo con enérgico acento— amo á un hombre que no es mi esposo, y moriré desesperada si ese hombre me desprecia.

—¡Pobre sultana!—volvió á murmurar Jaguá.

—¡Es verdad, con razón te inspira lástima mi desdichada suerte!

—¡Tú, Zoraida, que debías ser feliz porque eres libre!...

—¡Libre porque no me llaman esclava! ¡Libre en esta cárcel de oro cuyas riquezas trocaria yo por las secas arenas del desierto! ¡Es esclavo mi cuerpo porque estas paredes ponen límite á mis pasos, esclavos son del capricho de un hombre mi pensamiento y mis sonrisas, y tambien esclavos, mi llanto que no puede salir á los ojos cuando quiere, y mi aliento que en suspiros no puede exhalarse porque delataria los secretos del corazón! ¡Feliz dices cuando el deber me manda fingir amor y olvidar á quien amo! ¡Feliz cuando una pasión me abrasa el pecho y no templa sus ardores ni aun la esperanza!

—Eres hermosa como ninguna muger ¿porqué no ha de amarte ese hombre? ¿Te ha despreciado para que así te desconsueles perdiendo la esperanza?

—Tal vez no sepa que existo.

—Entonces....

—Está escrito que he de morir desesperada:—interrumpió Zoraida con voz sombría—está escrito, me lo dice el corazón.

—Dime, sultana, quien es ese hombre, y no saldrá el sol dos veces sin que lo veas á tus pies.

—¿Antes de dos dias?—replicó Zoraida enderezando su talle repentinamente—¿Sabes lo que dices? ¿No piensas en que puede haber muchas dificultades?

—Te lo prometo.

—¿Y si no lo cumples?

—Antes has pronunciado mi sentencia.

—Es imposible, Jaguá.

—Me has prometido la libertad....

—Y serás libre.

—Dime su nombre, sultana.

—Su nombre....—murmuró Zoraida como dudando—su nombre.... ¿Y si llega á despreciarme?... Nó, Jaguá, antes la duda que una realidad tristísima....

—No vaciles, sultana; antes la realidad y morir de un solo golpe, que la duda y acabar la vida lentamente á fuerza de sufrir.

—Es verdad, mas vale morir de un solo golpe

—Yo le pintaré tu amor, y tanto le diré, que aunque tenga un corazón de piedra se ablandará.

—¡Oh!... sí, sí, dile que son horribles los tormentos que padezco!...

—Su nombre, sultana, su nombre.

—Un esclavo—dijo Zoraida.

—¡Un esclavo!—repitió la negra cuya frente se contrajo.

—Se llama Cervantes...

—¿El manco?—preguntó Jaguá afanosamente.

—Sí.

La esclava reprimió un grito y tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerse de pie.

—¡El manco!— murmuró con voz apenas perceptible y mientras que sus manos temblaban convulsivamente.

Zoraida no acertó á comprender la causa de la turbacion de la negra.

—¿Qué tienes, Jaguá?— le preguntó— ¿Porqué se agita tu cuerpo, porqué inclinas la frente?

—Sultana— replicó la esclava con acento ahogado— ese amor que abrigas en tu pecho nos perderá...

La esposa de Dalí Mamí palideció.

—¡Tú tambien— exclamó— desvaneces mi esperanza!...

—No quiero la libertad— interrumpió Jaguá!

—¿Qué dices? ¿Te arrepientes de haberme prometido que antes de dos dias el hombre á quien amo estaria á mis pies?

—No sospeché que el esclavo manco fuese el objeto de tu pasion.

—¿Piensas que mis ruegos no lo conmoverán como á cualquiera otro?

La esclava no acertó á contestar: su turbacion se aumentaba, y la mirada sombría de sus grandes ojos casi infundia pavor.

—Esplicate, Jaguá—dijo Zoraida, levantandose.

Pero la negra no contestó.

—Esplicate... ¿porqué tiemblas?... ¡Habla!— gritó la esposa de Dalí Mamí cojiendo por un brazo á Jaguá y sacudiendola violentamente.

—Tiemblo porque me amenazas—dijo la negra cayendo de rodillas.

—Levántate, Jaguá— repuso Zoraida, sentandose otra vez— Levántate y explica la causa de esa turbacion.

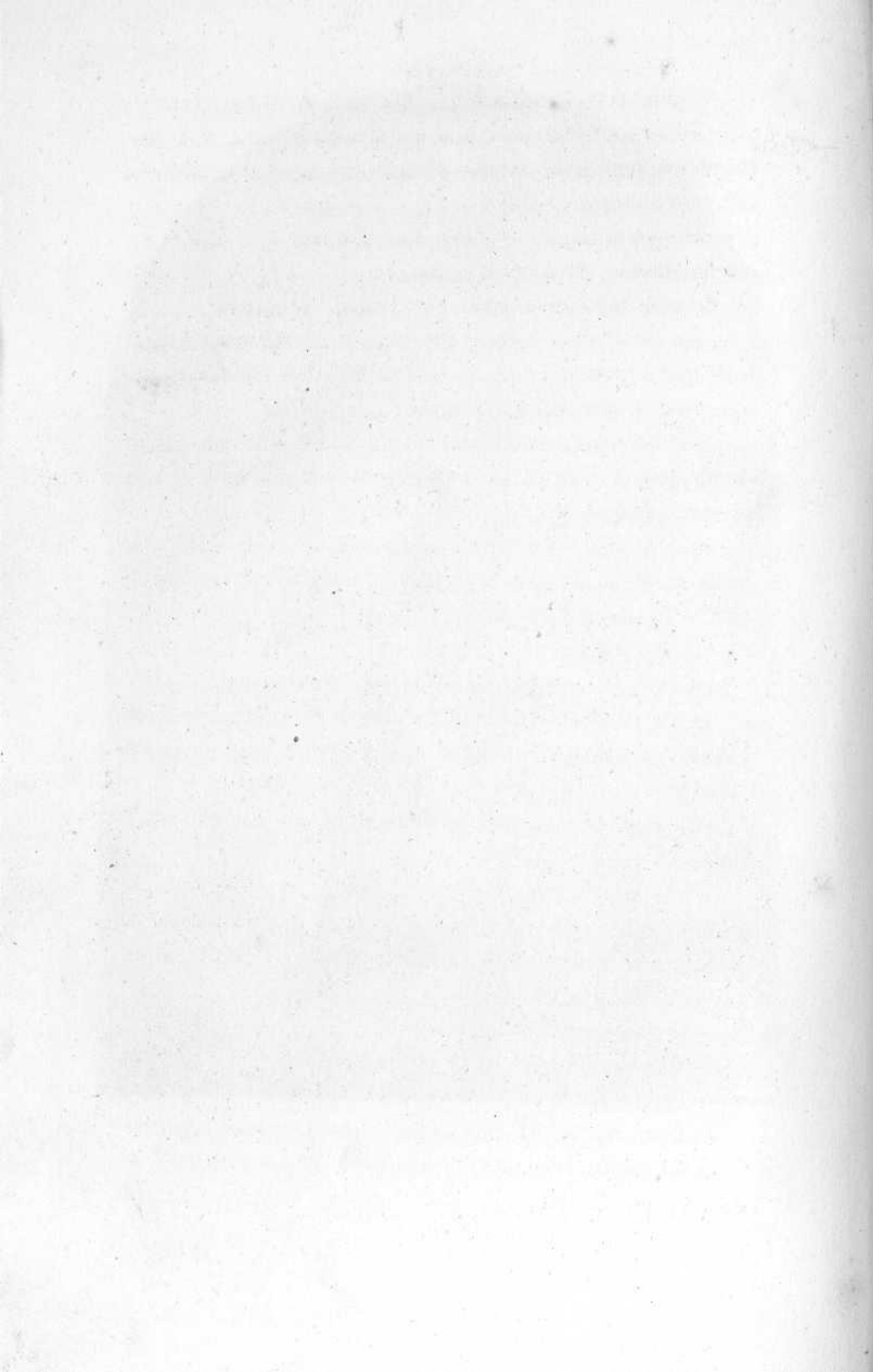
—No me levantaré, sultana, porque tengo miedo... Si me ves temblar es porque sé que ese hombre es fatal para tí y para mí.



Zoraa d' y lit

Lit de S' Gonzalez. S^{ta} Clara 8 MADRID

-Tiembo por que me amenezas - dijo la negra cayendo de rodillas



—¿Quién te lo ha dicho? ¿Le has hablado alguna vez?

—Nadie me lo ha dicho sino un presentimiento, ni le hablé nunca porque la mirada de sus ojos me hace estremecer, me domina....

—Es cierto, Jaguá;—interrumpió Zoraida—la mirada de ese hombre se clava en el corazón....

Zoraida calló repentinamente y quedó pensativa.

—Lo amo tanto—prosiguió después de algunos instantes—que no me importa la muerte ni todas las desgracias que puedan amenazarme con tal....

—Sultana—interrumpió vivamente Jaguá—no me hables de tu pasión porque.... porque me recuerda mis tristes presentimientos....

—¡Será mío!—exclamó con arrebató Zoraida.--Si no le basta mi amor le ofreceré riquezas y su libertad también si quiere llevarme á su patria.

—Nos perderemos....

—Es preciso que le hables, Jaguá, y que venga.

Dos centellas despidieron los ojos de la esclava que, haciendo un esfuerzo, dominó sus violentas emociones, y repuso:

—Le hablaré, sultana; pero tendrás que esperar algunos días.

—Hoy mismo.

—Ya sabes que trabaja en la huerta y que solo viene de noche para encerrarse en su cueva donde no puedo entrar.

—Le hablarás mañana.

—También irá á la huerta.

—No irá, trabajará en el jardín.

—Tu esclava te obedecerá, dijo la negra.

—Bien, Jaguá, ya sabes lo que puedes ganar ó perder.

—Me mandarás ahorcar, sultana—repuso la negra—Tengo un presentimiento....

—Vete—interrumpió Zoraida.

La esclava salió, dirigióse precipitadamente á un apartado aposento, y cerciorandose de que estaba sola, retorcióse los brazos con fuerza convulsiva, y en ayes y lágrimas demostró el dolor mas desesperado.

—¡Antes moriremos las dos, pero no será suyo!— exclamó— ¡Soy la esclava miserable, pero aprendí en los bosques donde he nacido á morder con el silencio de la serpiente!

CAPITULO III.

Siguen los preparativos de fuga.



poca distancia mas de un cuarto de legua de Arjel, tenia Dalí Mamí una huerta de recreo, y en ella era donde Miguel de Cervantes trabajaba desde algunos dias en la obra de reedificación de una parte de tapia que se habia caído. Entre algunos peones que se empleaban á jornal en aquella obra, habia uno moro llamado Hamete, hombre de mala vida y que entre todos los vicios dominábale el de la embriaguez hasta el punto de prestarse á cometer cualquier crimen por un jarro de vino: flaqueza que conocida por Cervantes, le hizo comprender cuán fácilmente podria ganar la voluntad del moro, y por esta razon, con tanta seguridad dijo á su hermano Rodrigo y á Meneses que no tardaria mucho tiempo en encontrar quien favoreciese sus proyectos.

Quiso la buena suerte de nuestro poeta que el dia en que

estamos le destinasen con Hamete á llenar espuelas de tierra que otros iban llevando, y esta ocasion le dió la de poder trabar cómodamente conversacion con el moro.

Dos horas llevaban de trabajo, y tras muchas palabras que solamente sirvieron para preparar el ánimo y ganar la confianza del hijo de Mahoma, dijo Cervantes:

—Ya ves que la esclavitud no es tan dura para mí como te parece, y si el deseo de ver á mi patria no me aguijonease, te aseguro que yo pasaria la vida regularmente.

—¿Y si tu amo llegase á descubrir que pierdes media hora en las visitas que haces á tu amigo? — contestó Hamete.

—Eso es lo único que me tiene con cuidado y por lo que pienso procurar mi libertad á toda costa.

—¿Tienes familia que te rescate?

—No; pero otros medios hay con que alcanzar mi deseo.

—¿La fuga?

—No diré tal; pero aun cuando así fuese, ¿no es justo que el esclavo procure huir de las cadenas?

—Tú meditas algun proyecto de escapatoria — repuso el moro meneando la cabeza. — y te juro que no me parece un crimen el que quieras volver á tu patria donde se puede beber un jarro de vino sin esconderse.

—Mis proyectos son otros, Hamete—contestó Cervantes—y bien quisiera tener el desahogo de confiártelos mientras dábamos fin á unas botellas de vino de Jerez ó siquiera de Valdepeñas.

—La cosa es fácil;—dijo el moro, suspendiendo su faena—y puedes creerme que perdono el saber tus secretos con tal que me des vino hasta que me canse de beber, lo que no he podido conseguir en mi vida.

—Tengo á mi disposicion una bodega—replicó Cervantes.

—¡Y yo tengo que estar sin comer un dia si he de procurarme un jarro de mal vino!—repuso Hamete á la vez que suspiraba.

—Prosigue tu trabajo—Le dijo el poeta—no sea que llamemos la atención.

—Es verdad; pero hablame de esa bodega.

—Decidete á prestarme un servicio, y por espacio de muchos días beberas cuanto quieras.

—El negocio varia de aspecto—dijo el moro.

—Amigo Hamete—replicó Cervantes—tú puedes beberte en tres ó cuatro días cincuenta botellas, y esto no es una bicoca.

—Mucho dinero valen aun cuando no me bebiese mas que cincuenta, que á contar por mi deseo, tendríamos que duplicar ese número.

—Entonces con mas razon algo has de hacer para conseguir las.

—Pero tal puede ser el servicio que exijas de mí....

—Nada que te comprometa: pasarás por algunos días una vida holgada, comiendo y bebiendo á tu placer, y al fin te encontrarás dueño de cincuenta ducados, cantidad que no veras reunida jamas.

—¿Y dices que no me comprometo?...

—A nada, como te convencerás cuando te diga lo que de ti se desea.

—No acierto lo que es.

—Ni es menester que lo adivines, porque es para mí secreto de mucha importancia, y no debes saberlo sin que medie un convenio formal.

—Sea lo que quiera, cuéntame por tuyo si las condiciones son de darme cuanto vino quiera yo beber y cincuenta ducados por conclusion del asunto.

—Entonces hablaremos de ello seriamente.

—Comienza—dijo el moro.

—Deja que pase un buen rato sin que nos vean hablar, porque ya sabes que en nosotros todo infunde sospechas.

Trabajaron entonces silenciosamente y sin mirarse siquiera.

Cervantes, á pesar de tener estropeada su mano izquierda, veíase obligado á manejar un pesado azadon. Corria por su frente en abundancia el sudor, y mientras que se agotaban sus fuerzas con aquel penoso trabajo, sufria su espíritu horribles tormentos por las tristes ideas que embargaban noche y dia su imaginacion; pero como hombre dotado de un alma privilegiada, nunca se le vió desmayar, y parecia crecer su aliento al aumentarse sus amarguras.

Transcurrió largo rato, y ya iba el poeta á reanudar su interrumpida conversacion, cuando lo llamaron para que se ocupase de otra cosa.

—Si no vuelvo, hablaremos mañana—le dijo al moro al alejarse.

Desgracia era de Cervantes, y que le persiguió toda su vida, que en los momentos mas interesantes se atravesase algun inconveniente á sus proyectos. Pero su resignacion era superior á todo, y nunca de su boca salió una queja, nunca retrocedió ante ningun obstáculo.

En todo el dia no tuvo otra ocasion de volver á hablar con Hamete, y llegada la hora de dejar la faena, volvióse á la ciudad algo triste porque habia perdido un dia.

Como tenia de costumbre, no se cuidó de andar de prisa para llegar á su encierro antes de que anocheciese, y ya encontró en el sótano á su hermano y al capitan Meneses que lo esperaban con impaciencia.

—¿Qué has adelantado?—le preguntaron á la vez ambos cautivos.

—Algo;—contestó Cervantes, dejandose caer en el monton de paja—pero no todo lo que yo hubiese querido adelantar.

—Esplicaos—dijo Meneses—que por poco que sea, para nosotros es mucho.

—Encuentro bien dispuesto al moro, aunque no he tenido tiempo de manifestarle mi plan; pero como yo sospechaba, por un jarro de vino hará cuanto se le pida.

—¡Nos salvaremos!—exclamó Rodrigo, buscando á tantas á su hermano para abrazarle, porque aquella noche no les dejó luz el turco.

—Así lo espero, hermano mio. Mañana proseguiré mi interrumpida conversacion con el moro Hamete, y si se decide y nuestros compañeros tienen ocasion, dentro de dos dias saldremos para Oran.

—¡Libres!

—¿Y vosotros qué habeis necho?

—Cumplir tus encargos—contestó Rodrigo.

—Nada de nuevo tenemos que participaros—añadió Meneses—Nuestros compañeros siguen animados, dispuestos á todo, y no teme ninguno de ellos esponer la vida para alcanzar su libertad.

—El dia se acerca, amigos mios—repuso el poeta—el gran dia en que rompamos nuestras duras cadenas.

—Y á vos os lo deberemos.

—A Dios que lo hace todo—contestó Cervantes—¿Qué seria de nosotros sin su ayuda?

—Ciertamente, pero tú eres el instrumento de que se vale

—¡Hemos perdido un dia!...

—Así lo ha dispuesto el Señor, cúmplase su voluntad.

—Oremos, amigos.

Como la noche anterior, rezaron fervientemente los desdichados.

Luego reinó un profundo silencio en el interior del negro sótano, y el sueño, único descanso del pobre, única felicidad del que padece, cerró los ojos de los tres cautivos y durmieron como duerme el virtuoso que sufre y llora, con ensueños de sonriente ventura.

Entre tanto, dos mugeres sentian atormentados sus corazones: Zoraida y Jaguá no podian conciliar el sueño porque lo mismo que por la mañana, un secreto presentimiento les decia que su ardiente pasion habia de serles fatal.

CAPITULO IV.

El Ramillete.



omo la mañana anterior, antes que despuntase el alba, oraban ya los tres cautivos.

La hora del almuerzo llegó, y aquel día fué mas frugal, pues solo una cebolla alcanzaron los infelices que te-

nían que trabajar como bestias.

Cuando se dió la órden para que cada cual emprendiese su faena, dijo el turco á Cervantes:

—Tú te quedarás en casa porque tienes que ayudar á una esclava de nuestra señora en la tarea de hacer unos ramilletes de flores que ha deseado su capricho.

—¿Y la obra de la huerta? ¿No sabes que Dali Mamí quiere que se acabe pronto? —replicó el poeta sorprendido y en extremo disgustado.

—¿Y qué te importa la obra de la huerta? Obedece y calla, esclavo.

—Es que para cortar flores bastan las mugeres y no hay necesidad de disminuir los brazos donde mas hacen falta.

—Vete al jardin y espera si no quieres probar mis disciplinas — dijo el turco.

Cervantes no insistió por no infundir sospechas, y despues de cambiar una mirada con su hermano y con Meneses, se dirigió al jardin.

El cielo estaba despejado, la atmósfera serena, y los primeros rayos del sol coronaban las copas de los árboles.

Las fuentes murmuraban con manso ruido; trenzaban sus cristales los arroyos, y cantaban los pájaros ocultos entre el ramaje siempre verde del arrayan, mientras que las leves y pintadas mariposas volaban de flor en flor sin encontrar ninguna cuyos colores compitiesen con los de sus brillantes alas.

Cervantes se recostó lánguidamente sobre la blanda yerba que tapizaba el suelo cerca de una fuente de juguetones cristales, y mientras que se acordaba de su familia y de su patria, estasióse en la contemplacion de las bellezas sin rival de la naturaleza. Pronto el poeta dejó de ser hombre, se olvidó de todas las miserias de la humanidad, de todas las amarguras de su vida, y su frente pareció dilatarse, y brillaron sus ojos con el fuego de la inspiracion y se elevó su espíritu al mundo ideal de los sueños de la poesía.

Desde uno de sus aposentos, y tras la celosía de una ventana, observaba al poeta la esposa de Dalí Mamí, y Jaguá, detrás de su señora, oprímíase el pecho con fuerza convulsiva y sentia los tormentos horribles de los celos.

—¡Qué hermoso es! — murmuró Zoraida — ¡Con cuánta nobleza levanta su pálida frente y cómo brillan sus negros ojos de mirada fascinadora y penetrante como la del águila!... ¡cuánto le amo!... ¡Se arde mi pecho!... ¡Ah!...

—¡Yo me arrastraré como la culebra de mis queridos bosques y sin que lo sientas mezclaré en tu sangre el vene-

no de mi boca! ¡Arrogante leona del africano desierto, te acecha la pantera!

Esto pensaba la esclava al escuchar las palabras de su señora, y entre tanto, encendíase la mirada de sus grandes ojos, rechinaban su blanquísimos dientes y se crispaban sus dedos de ébano.

Largo rato permanecieron ambas inmóviles, hasta que volviéndose Zoraida hácia la negra, le dijo:

—¿A qué aguardas?

—Voy, sultana.

—Acuérdate de la libertad, de tus queridos bosques, de los hermanos que dejastes en tu tribu.

—Y me acordaré mas que de todo de tu amor que ha de ser la mas horrible desdicha de ambas.

—Deja tus tristes vaticinios, Jaguá; no desvanezcas con ellos ninguna de mis ilusiones. ¡Ah! tú no comprendes cuanto lo amo.

—¡Qué no lo comprendo!— murmuró la esclava con amargura—Ya te dije, sultana, que tambien mi corazon amaba á un hombre....

—Pero él te amará tambien.

—Si así fuese, los celos no atormentarian horriblemente mi existencia.

—¡Pobre Jaguá!

—¡Desdichada de mi rival, dirás!—replicó la negra, apretando los puños—¡Desdichada de mi rival, si la fortuna la protege!

—¿Deseas vengarte?

—Y me vengaré, sultana. ¿Qué harías tú si otra muger quisiese arrebatarle el corazon del manco?

... Una profunda arruga se marcó en la frente de Zoraida, y sus mejillas palidieron.

—Tambien nie vengaria—contestó—y no estaria contenta hasta ver sin vida á mi rival.

—Tú has pronunciado su sentencia—dijo Jaguá á la vez que sonreía con espresion siniestra.

La esposa de Dalí Mamí no pudo contener un estremecimiento al contemplar el semblante de su esclava.

—Vé á buscar á Cervantes:—le dijo—ya sabes que nadie os interrumpirá.

—Pronto me verás á su lado.

—No olvides que debe aprovecharse la ausencia de mi esposo que no tardará muchos dias en volver.

Jaguá se dirigió rápidamente al jardin mientras que en su pecho hervia la ponzoña de los celos.

El poeta continuaba inmóvil y tan absorto en la contemplacion del cielo, de las flores y del agua que á sus pies corria, que no se apercibió de la llegada de la negra.

Esta lo miró por algunos instantes y como si quisiese respetar aquel éxtasis, hasta que al fin le dijo con voz turbada por la emocion:

—¿Cervantes?

El poeta se estremeció como si lo despertasen de un sueño, y miró con sorpresa á Jaguá.

—¿No me esperabas?—repuso la negra.

—¿Vienes de parte de tu señora para que cortemos las flores?

—Sí.

—Entonces, dispon lo que ha de hacerse porque yo no lo sé—repuso el poeta.

—Sígueme y te lo iré diciendo—contestó la esclava que queria llevar á Cervantes á un sitio desde donde no pudiese verlo Zoraida.

Él obedeció maquinalmente, y despues de atravesar algunas calles de árboles, llegaron junto á un kiosco formado por enredaderas y laurel.

Jaguá se detuvo.

—Sientate aquí—dijo, señalando el borde de una fuente de mármol blanco y á la vez que ella se sentaba.

—¡Que me siente!—replicó admirado Cervantes porque no acertó á comprender el fin que se proponía la esclava.

—Sí, tenemos que hablar—repuso esta—y para eso he venido.

El poeta tomó asiento y se encojió de hombros, cruzandose de brazos tranquilamente.

Jaguá lo contempló por espacio de algunos instantes, y sus grandes ojos brillaron extraordinariamente.

—Si en vez de esta fuente—dijo—se estendiese á nuestros pies uno de los grandes pantanos de la tierra que me vió nacer; si en lugar de encontrar nuestra mirada esos débiles arbustos pudiese contemplar aquellos espesos bosques donde los rayos del sol nunca penetran, y si como son gusanos y hormigas los que á nuestras plantas corren, fuesen negras serpientes que se arrastrasen en silencio, y si como escuchamos el canto de esos pajarillos oyésemos el rugido de la pantera, entonces yo seria tan feliz en estos momentos que á nada podria compararse mi felicidad.

Cervantes escuchó admirado estas palabras: tanta poesia, tanta delicadeza de sentimiento en una mísera esclava no podian menos de sorprenderle, así como le conmovieron profundamente. Pero no sospechó el poeta que mas que la triste amargura del destierro, una amorosa pasion habia sublimado en aquel instante el alma de la cautiva.

—Lloras como yo—dijo el poeta con triste acento—tu perdida patria, y cifras tu dicha en volver al seno de sus frondosos bosques....

—No me comprendes—repuso Jaguá, interrumpiendo á Cervantes.

—¡Qué no te comprendo!

—Nó, porque piensas que solo el recuerdo de mi patria es el que me hace llorar.

—¿Qué mas que su libertad puede desear el esclavo?

—¡La libertad!—murmuró la negra cuyos ojos brillaron como dos luces fosfóricas—¿Qué importa la libertad del cuerpo cuando no la tiene el corazon?

—¿Estará loca?—dijo Cervantes para sí y mientras examinaba atentamente el rostro de Jaguá.

—¿Callas?—repuso esta—¿Acaso no has experimentado nunca los rigores de la esclavitud del corazon?

—¿A qué has venido?

—Ya te dije que para hablarte, y.

—¿No te manda tu señora?

—Sí, ella me ha mandado venir y fuerza me ha sido obedecerla.

—No te comprendo.

—Escúchame—prosiguió Jaguá con acento cada vez mas exaltado—Lo que tengo que decirte debes guardarlo cuidadosamente en tu memoria, porque de ello depende la felicidad, la vida de tres personas.

—Vuelvo á repetirte....

—No me interrumpas, óyeme hasta el fin, que de la vida de mi señora y de la mia, de tu vida tambien vas á decidir. Tal vez tengas que hacer un sacrificio, pero ten en cuenta que yo lo hice mayor, porque aunque misera esclava, siento y sufro, y tengo corazon y lágrimas como vosotros los del rostro blanco.

Cervantes, en extremo sorprendido y confuso, nada contestó, y se dispuso á escuchar á Jaguá.

—Mucho tiempo hace—prosiguió esta—que encendistes en el pecho de Zoraida una pasion ardiente.

—¡Zoraida!—exclamó el poeta palideciendo—Zoraida, la esposa de Dalí Mamí...

—Sí, su esposa, la muger mas hermosa de Arjel, la de los ojos negros, centellantes; la de la frente blanca como las perlas... ¡Ah!—repuso á la vez que se contraian los

músculos de su rostro—¡Muy hermosa, tan hermosa como horrible debe parecerte la pobre Jaguá que tambien te ama!...

—¡Está loca!—murmuró Cervantes con tono compasivo.

—¡Loca!... ¡Ah!... Sí, loca estoy porque los tormentos que sufro han turbado mi razon.

—¿Qué quieres, pues? Acaba, estas dando lugar á que nos impongan un severo castigo si advierten que en lugar de cumplir con nuestro deber gastamos el tiempo en hablar.

—No tengas miedo porque nadie vendra á interrumpirnos; así lo ha dispuesto Zoraida para que tengamos tiempo de ocuparnos de lo que tanto le interesa.

—Me obligarás á alejarme—repuso el poeta que estaba á punto de convencerse de que Jaguá habia perdido el juicio.

—¿Qué has de hacer cuando te manda estar aquí quien es dueño de tus acciones como de las mias? ¿Piensas que estoy loca?

—Lo dudo.

—Ya te convencerás de lo contrario.

—Sé breve.

—Lo seré, pero escúchame sin interrumpirme.

—Con tal que no me trastornes la cabeza....

—Te he dicho que Zoraida te ama con exaltacion, y es tan verdad, como que ella ha dispuesto que hoy te quedes en casa y me ha mandado venir para rogarte que vayas á verla, que correspondas á su pasion, y que para la entrevista se aproveche la ocasion de la ausencia de nuestro señor Dalí Mamí. Pero yo estoy celosa porque tambien te amo como las mugeres de mi raza, con esa ternura que las esclaviza al hombre á quien adoran si se ven correspondidas, ó con esa desesperacion capaz de todos los crímenes si se ven despreciadas. Yo tambien te amo, Cervantes, y los celos han hecho nacer en mí un odio tan profundo á

Zoraida, que lo mismo ella que tú sereis víctimas de mi frenética desesperacion si os veo al uno en brazos de la otra.

El poeta miró con espanto á Jaguá, y se apartó de ella involuntariamente.

—¡Te repugna solo la idea de mi pasion!—repuso tristemente la esclava—Lo sé, no me lo digas, no aumentes mis tormentos.... ¡Soy negra!—añadió mientras que de sus ojos brotaba una lágrima tan cristalina y tierna como pudiera haberlo sido una vertida por Zoraida—Por eso no te pido que me ames, pero tampoco me siento con fuerzas para verte en brazos de otra muger.

—¿Entonces que pretendes?—dijo al fin Cervantes cuyo corazon palpitaba con violencia.

—Si yo no te llevo á presencia de mi señora, me costará la vida; y aunque nada me importa perderla porque es harto desdichada, no quiero morir porque entonces ningun obstáculo se opondria al logro de los deseos de vuestro amor.

—¿Es decir, que he de presentarme á Zoraida?...

—Sí, para que no me ahorquen.

—¿Y contestar con desden á sus halagos?...

—Sí, para que yo no os envenene...

—¡Esclava!

—¡Ni la muerte me hará retroceder!—dijo arrebatadamente Jaguá.

Y sus crispadas manos, agitadas convulsivamente, oprimieron con extraordinaria fuerza uno de los brazos de Cervantes.

—¡Aparta, desdichada!—exclamó el poeta.

—Mañana á la noche iré á buscarte á tu encierro, espérame, que no me faltará medio de abrir la puerta.

—Me pides un imposible.

—No te niegues.

—Dí á Zoraida que no quiero verla.

—Me ahoreará con cualquier pretexto, con el de la primera torpeza que cometa al servirla.

—Busca un medio para dilatar la entrevista, y mientras....

—Tengo dos dias de término....

—Renuncia entonces á conseguir tus fines: no puedo herir tan rudamente el corazon de una muger que me ama, soy hombre, soy caballero...

—¿No hieres el mio?

—Esciava...

—Entonces morirá.

—¿Qué intentas, desgraciada?

—Ya te he dicho que es irrevocable mi resolución.

—¿Y si yo descubro tus planes?

—La envenenaré tambien... Però no los descubrirás, tienes un corazon muy noble.

Cervantes se cruzó de brazos é inclinó tristemente la cabeza. Sufria mucho en aquellos momentos porque tenia que sostener una lucha terrible. Si accedia á los deseos de Jaguá, tenia que herir en lo mas profundo del alma á Zoraida y atraerse su odio, ser tal vez el blanco de una terrible venganza, porque una muger herida en su amor propio y ciega por una pasion es capaz de todos los crímenes; y si despreciaba las amenazas de la negra, esta pondria en ejecucion su infernal proyecto, y sin duda alguna la esposa de Dalí Mamí seria víctima de su desdichada pasion. ¿Qué hacer en tan apurado trance?

Largo rato permaneció nuestro poeta meditabundo; empero su fecunda inventiva acudió al fin en su socorro, suministrándole un medio, que aunque no de éxito seguro, podia darle buenos resultados.

—¿Qué determinas?—preguntó la esclava con acento de temeroso afán.

—Iré á ver á Zoraida.

—¿Y qué le contestarás?

—Antes de separarnos te haré una advertencia por la cual comprenderás que no pienso corresponder al amor de tu señora.

Los ojos de Jaguá brillaron con indecible alegría, y su semblante se dilató.

—Sígueme—dijo;—es preciso que cortemos algunas flores para no dar que sospechar si alguien me observa al salir.

Cervantes siguió distraidamente á la esclava, y ambos se internaron en el jardín cortando las primeras flores que encontraban.

La escena que acababa de tener lugar habia aumentado las amarguras del poeta, ya porque le habia inspirado compasion el doloroso extravio de la infeliz Jaguá, ya porque iba á correr nuevos riesgos despreciando á Zoraida, sin contar con que la hermosura tan ponderada de esta, podia muy bien impresionarle y sufrir tanto como ella al no corresponder á su pasion. Sus proyectos de fuga iban tambien á encontrar un nuevo inconveniente, porque ¿quién le aseguraba que la esposa de Dalí Mamí no pondria todos los medios para no dejarle salir de casa ningun dia?

Jaguá por su parte sufria mucho tambien, porque á pesar de la promesa de Cervantes, temia que este lo olvidase todo al contemplar los encantos de la belleza de su señora.

Ya cerca del mediodia salieron del jardín sin que pronunciasen mas palabras que algunas que el poeta dijo á la cautiva cuando se separaron, y el uno á su encierro, y la otra á satisfacer el anhelante afan de Zoraida, fuéronse entrambos tristes y pensativos.

CAPITULO V.

Cómo Cervantes no perdía el tiempo para conseguir su libertad.



IN que apenas el sueño hubiese proporcionado algún descanso al agitado espíritu de nuestro poeta, levantóse á la siguiente mañana, y lo primero que acudió á su memoria fué el recuerdo de lo sucedido en el jardín, principiando así sus tormentos de aquel día, y aumentándose su tristeza por la que demostraban Rodrigo y el capitán, quienes temían que la pasión de Zoraida pusiese nuevos obstáculos á sus proyectos de fuga.

Algunos momentos permanecieron silenciosos los tres cautivos, hasta que rompiendo Meneses el silencio, dijo á Cervantes:

—¿Conque la casualidad ha de decidir hoy de nuestra suerte?

—Sí, amigo mío:—contestó el poeta—si me mandan que-

darme como ayer, temo que Hamete desconfie, y quizás tengamos que renunciar por ahora á nuestros planes.

—No te dejarán salir—replicó Rodrigo—porque como á la noche has de ir á ver á Zoraida, tendrán que hacerte alguna advertencia sobre este punto, y buscarán una ocasión como la de ayer.

—Mucho lo temo, hermano.

—¡Perder esta ocasión, vive el cielo!—exclamo Meneses con acento de coraje—No tendremos otra. Todos estaban ya dispuestos, y á no atravesarse ese maldito amor, hoy hubiésemos podido romper nuestras cadenas.

—¡Hoy!—repitió Rodrigo con el acento del ciego que habla de la luz perdida.—¡Hoy hubiésemos podido respirar el aire de la libertad, andar á nuestro antojo, dormir á nuestro placer! ¡Hubiésemos visto trasponer el sol, brillar la luna y las estrellas!... ¡No veremos mas que las paredes de este negro calabozo!...

—Un dia mas—repuso Cervantes—un dia mas y esta bóveda sombría se trocará por la celeste bóveda sembrada de luceros...

—¡Si no fuese mas que un dia!—murmuró tristemente el capitán.

—No os abandone la esperanza, amigo mio. ¿Quien sabe si el dia de hoy será tan dichoso como poco afortunado el de ayer?

—Veremos.

—Todo debe aguardarse, y como no sabemos lo que puede suceder, estemos prevenidos y de acuerdo.

—Nada se pierde.

—No hay que desaprovechar estos instantes; el tiempo que se gasta en quejas y lamentos, es mejor empleado en procurar vencer la desgracia, que cada minuto que el hombre deja pasar inútilmente, es un tesoro que desprecia y que no puede recobrar cuando llega á conocer su valor.

—¡Cómo acrecientan tus palabras las fuerzas de mi espíritu!—dijo Rodrigo.

—Supongamos—repuso Cervantes—que me mandan ir á la huerta.

—¿Y si no sucede así?

—Ya nos pondremos en ese caso.

—Bien, proseguid.

—Si tal fortuna tenemos, estad seguros de que mañana saldremos de Arjel.

—¿Y si Hamete no se presta?...

—A todo, lo conozco bien.

—Entonces....

—Nada direis á nuestros compañeros de lo ocurrido con Zoraida, porque desmayarian y esto es lo peor que puede sucedernos.

—Se les ocultará esa desgracia,

—Por el contrario, les haceis ver que todo se presenta á medida de nuestro deseo, y quedareis definitivamente convenidos en que mañana al salir cada cual para ir á su trabajo, se dirija fuera de la poblacion y al punto convenido ya para reunirnos.

—¿Y si mañana te diesen la órden de quedar aquí como ayer?

—Buscaré trazas de escaparme, y estoy cierto de conseguirlo; por consiguiente, solo falta que hoy me dejen ir á la huerta para quedar de acuerdo con Hamete, pues lo demas me será en extremo fácil.

—Así lo haremos—dijo Rodrigo—pues cuando tú lo aseguras no podemos dudar.

—Ahora—repuso Meneses—supongamos que el moro se niega á guiarnos hasta Oran.

—Si así sucediese, cosa que no espero, como ya os he dicho, desde el punto de reunion nos volveremos á la ciudad para emprender nuestras faenas.

—Se perderán dos horas del día.

—Y nos impondrán un castigo, lo sé—replicó Cervantes—pero debemos arriesgar algo, porque de otro modo jamas conseguiremos nuestro deseo. Por mi parte, estoy dispuesto á correr el peligro de que me den cincuenta palos. ¿Teneis miedo vosotros?

—¡Miedo cuando se trata de la libertad!—exclamaron Meneses y Rodrigo.

Iba á proseguir Cervantes, cuando la puerta del sótano se abrió, y la voz ronca del turco les mandó salir.

El temor producido por la duda tenia en tal estado el espíritu de nuestros cautivos, que á pesar de la necesidad de alimento, no pudieron concluir el escaso que les dieron para almorzar. Mirábanse los unos á los otros á hurtadillas, y en sus semblantes revelaban con harta claridad el afanoso deseo que tenian de que llegase el instante de partir para el diario trabajo, y á la vez el miedo con que lo esperaban por si la orden era contraria á sus deseos.

Al fin el turco agitó sus disciplinas, descargó algunos latigazos sin mas razon ni motivo que el de la costumbre, comenzó á dar órdenes, y dijo á Cervantes:

—Tú, á la huerta, que todos los dias no son de holganza como el de ayer.

Los ojos del poeta brillaron instantaneamente, y tanto él como su hermano y el capitan, tuvieron que hacer un esfuerzo para contener una exclamacion de alegria.

Al atravesar Cervantes un pasillo que conducia á la puerta exterior de la casa, encontró á la negra que le dijo al pasar:

—Todo está ya dispuesto.... á la noche iré....

—¡Oh!—murmuró el poeta, apretando los puños y alejandose rápidamente sin contestar á Jaguá—¡Vienes á amargar mi alegria!

Luego salió y con ligero paso siguió distinto camino del

que otros dias llevaba. Dejó atras algunas calles estrechas, atravesó una plaza, y llegó al fin á la tienda de un mercader de sederia, donde entró despues de asegurarse de que nadie habia comprando.

El interior de aquella tienda era oscuro, y en nuestro tiempo hubiera parecido hasta miserable; pero entonces, lo mismo en Arjel que en todas las poblaciones, los mercaderes procuraban atraer parroquianos con la bondad de sus mercancías, en vez de llamar la atencion con espejos, luces y adornos como las viejas procuran tapar su fealdad y borrar sus años con afeites y joyas.

Detras del mostrador habia un hombre que tendria cuarenta años, y era de rostro vulgar, aunque aparentaba sentimientos bondadosos.

—Buenos dias, señor Onofre—le dijo Cervantes—Ya han pasado algunos dias sin que nos veamos, y aquí me teneis, aunque en extremo de prisa.

—Como siempre—le contestó el mercader, apretandole cordialmente la mano—Ya sabeis que entre todos los cautivos que conozco, vos sois el que mas ha ganado mi afecto.

—Me lo habeis probado en muchas ocasiones, y el cielo quiera darme una en que mostraros mi agradecimiento.

—¿Qué novedades hay?

—Se acerca el dia de nuestra libertad—repuso Cervantes, bajando la voz.

—¿El mismo plan que me indicásteis?

—El mismo.

—Dios os proteja.

—Así lo esperamos.

—¿Y os puedo servir de algo en esta ocasion?

—Una cosa me teneis ofrecida que ha de valerme mucho, y por ella vengo.

—Explicaos.

—¿Recordais que os hablé de cierto moro?

—Os comprendo—interrumpió el mercader—quereis la botella de vino....

—Precisamente.

—Poco me pedis.

—Me basta por hoy.

—Al momento voy á darosla—dijo el señor Onofre—Esperad.

Y entrando en la trastienda, salió poco despues con una botella de vino de España.

Cervantes la ocultó disimuladamente bajo su saco de lienzo.

—Gracias, amigo mio—dijo.

—¿Os basta con una?—le preguntó el mercader.

—Tal vez mañana á esta misma hora vendré con otros dos compañeros, ó solo, para que me deis una docena, con lo cual podreis decir que habeis contribuido con la mayor parte á nuestra fuga. Sé que abuso de vuestra generosidad, pero vos y el señor Baltasar de Torres sois las dos personas en quienes los infelices cautivos han encontrado mas amparo.

—Es nuestro deber—contestó el señor Onofre—y por mi parte os aseguro que lo que yo desearia para estar completamente satisfecho, seria poder rescataros á todos.

—No hace poco vuestra caridad, señor Onofre, con las muchas limosnas que reparte.

—¿Y teneis ya fijado el dia de vuestra fuga?

—Quizas mañana.

—¿Tan pronto?

—Aun me parece tarde.

—Pues contad con las botellas y con algun socorro en dinero que tambien os daré.

Algunas palabras mas se cruzaron, y despidiendose Cervantes, salió de la tienda y tomó apresuradamente el camino de la huerta de Dalí Mamí, no sin algun temor de que descubriesen la botella.

Tambien aquel dia tuvo la fortuna de que lo destinasen á trabajar cerca del moro Hamete, y apenas se les presentó ocasion, comenzaron á hablar.

—Bien cumplistes ayer tu palabra—dijo el mahometano.

—¿No sabes—le contestó Cervantes—que no soy dueño de mis acciones? Me mandaron quedar en casa, y forzosamente tuve que obedecer; pero en cambio, te traigo una botella del mas exquisito vino para que lo bebas á mi salud.

—¡Una botella! —repitió Hamete con tono de admiracion.

—Sí, una botella que quiero que guardes cuanto antes porque si he de ocultarlo no puedo trabajar con desembarazo.

—Ninguna ocasion como esta, nadie nos vé....

—Toma—repuso Cervantes, dandole el codiciado licor.

—No tardaré mucho en probarlo.

—Te lo prohibo, pues ya sabes que tenemos que hablar, y como es asunto de importancia, se hace preciso que tengas la cabeza despejada.

—¿Piensas que me emborracho tan fácilmente?

—Nó, pero eso vino no es como el que tu bebes.

—Hablemos antes, porque yo á la hora de comer destapo la botella y le doy fin.

—Ahora no conviene que tratemos de nada, ya porque nos interrumpirán á cada instante, ya porque pueden sospechar de nosotros.

—¿Entonces, cuando?

—Cuando nos retiremos del trabajo.

—Como quieras; pero en cuanto á que espere á la noche para beber, no me conformo.

—Al menos sé prudente y no hagas mas que echar un trago, que tiempo te queda para satisfacerte.

—Média botella, y la otra média, mientras hablamos por el camino.

—Si te empeñas....

—No cederé.

—Pues ahora calla y trabaja.

—Quedamos conformes en que....

—Me esperarás en el camino..

Así concluyeron su corto diálogo, y Cervantes no volvió á dirigir la palabra al moro que de cuando en cuando introducía la diestra bajo su vestido, buscaba la botella y la acariciaba tiernamente mientras que la alegría asomaba á sus negros ojos.

Lentas corrieron aquel día las horas para nuestro poeta, y no dejó de atormentarle la duda del resultado que darian sus proyectos. El recuerdo de Zoraida y de Jaguá no se apartaba un instante de él, y cuanto mas pensaba admirábase mas de que aquel día lo hubiesen dejado salir, y con razon temia que no sucediese lo mismo al siguiente y que esto hiciese fracasar la empresa.

Comenzó al fin á ocultarse el sol, y dejando el trabajo, salió Cervantes de la huerta, y encaminándose á la poblacion, encontró al poco trecho que anduvo al moro que, sentado en una peña, empinaba la botella de vino ya casi del todo vacia.

—¿Así cumples tus promesas?—le dijo Cervantes.

—Nada me puedes echar en cara—contestóle Hamete—pues he guardado la mitad del vino como estás viendo.

—Con tal que tengas la cabeza firme para que podamos tratar de nuestro asunto, no importa que hayas bebido.

—Ya lo verás: comienza.

—Sigamos andando para no perder tiempo.

Levantóse Hamete cuya cabeza empezaba á cargarse con los vapores de la bebida, y siguió á Cervantes.

Este comprendió que cuanto mas repentina y sencillamente dijese lo que queria, menos importancia le daria el moro al asunto y con menos dificultad aceptaria las proposiciones, por lo cual hablóle así:

—Algunos esclavos intentamos fugarnos, y el medio que hemos escogido es el de irnos á Oran; pero como para evitar que nos den alcance tenemos que tomar caminos estraviados y no conocemos la tierra, necesitamos una persona de confianza que nos guíe.

—¡Por Alah!—exclamó Hamete, fijando en Cervantes una mirada de asombro—¿Qué me propones, Nazareno?

—Una cosa muy sencilla—contestó el poeta con la mayor naturalidad.

—¿Sabes que es asunto en el que se juega la cabeza?

—Creo que te equivocas. ¿No eres libre para ir á Oran cuando te plazca?

—Sí.

—¿No puedes tomar el camino que mejor te parezca?

—Sí.

—Pues entonces no sé lo que arriesgas con hacerlo así.

—Verdad es; pero de ir yo á Oran á proteger vuestra fuga, hay mucha diferencia.

—No me comprendes.

—Espícate mas claramente.

—Mañana sales para Oran.

—Bien.

—Y en vez de seguir el camino ordinario, tomas otro.

—Bien.

—Cuando llegues al término de tu viaje, estarás en tierra de cristianos, y ningun peligro correrás en que te se acerque uno y te dé los ducados de que hablamos ayer.

—Ciertamente.

—Pues no te se pide otra cosa.

—¿Entonces?...

—Durante el camino no hagas caso de que te sigan algunos hombres, sean esclavos ó libres.

Hamete quedó pensativo.

—¿Dudas?—repuso Cervantes—¿En que puedes compro-

meterte? Si alguien te encuentra no pueden decirte nada porque eres libre, y si nos prenden, no te exigimos que nos defiendas.

—Tal como tú pones el caso—dijo el moro—es bien sencillo; pero no es lo mismo hablar que obrar, y luego ocurren dificultades....

—Ninguna veo.

—Yo tampoco ahora, pero llegado el caso....

—Veo que eres cobarde.

—¡Cobarde!—repitió Hamete frunciendo el ceño.

—Bien claramente demuestras el miedo—repuso el poeta sin hacer caso del aspecto feroz que presentaba el semblante del moro.

—¿Porqué?—replicó este.

—Porque no te atreves á guiarnos á Oran, aun cuando esto te promete una lucida ganancia.

—Me obligarás á servirte porque no me llames cobarde.

—Piensalo bien, y si te decides, mañana será el primero de los buenos días que te esperan.

Volvió Hamete á quedar pensativo, y al cabo de algunos instantes repuso:

—Estoy decidido, pero á condicion de ir delante de vosotros y que no os acerqueis á mí mientras yo no os hable.

—Cuidado con que te arrepientas á la mitad del camino, porque entonces, como somos muchos y tú no mas que uno, pagarás cara tu traicion.

—Pronto me amenazas—dijo Hamete de cuyos ojos se escapó una mirada sombría.

—No es una amenaza, sino una advertencia.

—¿Y cuando pensais salir de Argel?

—Mañana mismo en cuanto amanezca.

—¿Tan pronto?

—¿Tienes que hacer muchos preparativos para el viaje?

—Ninguno.

—¿Estas completamente decidido?

—Ya te lo he dicho una vez.

—No te arrepentirás—dijo Cervantes;—haces una buena accion y un buen negocio.

—A vuestra salud—repuso Hamete.

Y apurando la botella, arrojóla despues de vacia.

Convinieron en seguida en el punto de reunion, y ya cerca de la ciudad, separáronse despues de haber jurado el moro por Mahoma que cumpliria fielmente su promesa.

Cervantes se encaminó á casa de su amo.

Esperábanlo con impaciencia Rodrigo y el capitan, y ambos le preguntaron á la vez lo que habia conseguido de Hamete.

—Cuanto deseábamos—les dijo el poeta—Mañana nos esperará al amanecer. ¿Y vosotros, qué noticias me dais?

—Todos dispuestos—contestó Meneses.

—Pero algunos temen perder la vida—añadió Rodrigo—y con razon, porque hoy hemos presenciado una desgracia horrible.

—¿Qué ha sucedido?

—Han ahorcado á un infeliz esclavo porque llegó media hora mas tarde que los otros.

—¡Dios mio!—exclamó Cervantes estremeciendose.

—Y el infeliz justificó su tardanza mostrando una herida en la cabeza, hecha de resultas de una caida que le privó de sentido largo rato.

—¡Ni la justicia ni la compasion le han valido!

—Su amo le dijo con una sonrisa horrible: «Con la herida no podrás trabajar en algunos dias, y no vales lo que habras de comerte» Y luego mandó que lo ahorcasen.

En medio de la oscuridad del sótano se vieron brillar los ojos de Cervantes, y se oyeron rechinar sus dientes.

—¿Y no habeis arrancado—dijo—el corazon al infame verdugo?

—¿Qué habíamos de hacer, indefensos esclavos, cargados de cadenas?

—Es verdad, pero algun día vengaremos á las inocentes víctimas de esos malvados; no estaré contento con sacudir el yugo de la esclavitud....

—Hay un Dios para castigarlos—interrumpió Rodrigo.

—¡Plegue á su justicia—repuso el poeta—hacerme el instrumento de su terrible cólera!

—Pensemos ahora en nuestra libertad.

—Dormid vosotros—dijo Cervantes—que yo tengo que meditar sobre lo que he de hacer cuando la esclava me lleve á presencia de su señora.

—Ya me habia olvidado—replicó Meneses—de que nos amenazaba ese peligro.

—Tranquilizaos y descansad.

Rodrigo y el capitan procuraron conciliar el sueño, pero inútilmente, porque no les dejó el cuidado de lo que aconteceria con Zoraida.

Transcurrieron algunas horas, y ya seria la de la media noche, cuando cautelosamente oyóse abrir la puerta de la cueva y luego una voz comprimida que dijo:

—Ven.

Cervantes buscó á tientas la puerta, y al llegar sintió que una mano temblorosa y ardiente cojia las suyas.

—Sigueme—le dijo Jaguá, que no era otra la persona que lo habia llamado.

El poeta obedeció, y después de haber caminado á oscuras largo trecho, llegaron á una habitacion donde habia una linterna sorda que tomó la negra.

El mayor silencio reinaba en toda la casa cuyos habitantes, escepto Zoraida, Jaguá y nuestros tres amigos dormian profundamente.

Cervantes y la esclava atravesaron con tal cuidado algunos aposentos, que apenas sus pasos producian un leve ro-

ce, y quizás más fácilmente que este hubiérase podido percibir el ruido de su respiracion y los violentos y desiguales latidos de sus corazones.

El de Jaguá estaba en extremo agitado; una fiebre nerviosa abrasaba su cabeza, y sus ojos encendidos clavaban en el poeta miradas ardientes y penetrantes. Temblaban convulsivamente sus manos de azabache, y mientras se chocaban, castañeteando, sus blanquísimos dientes, sus lábios titilaban sin acertar á pronunciar una sílaba.

Tampoco dijo una sola palabra Cervantes: siguió á Jaguá maquinalmente, y se detuvo cuando esta se lo indicó. Muchas habitaciones habian dejado atrás; pero el camino pareció demasiado corto á nuestro poeta.

—Ya sabes—le dijo en voz baja la esclava—que escucharé vuestra conversacion y observaré hasta vuestros menores movimientos.

—¿No le has dicho—replicó Cervantes—que no entiendo vuestra lengua?

—Sí.

—Entonces no escucharás mas palabras que las suyas.

—Te repito que os observaré.

—¿Qué temes cuando habré de encojerme de hombros á cuanto me diga?

—El amor tiene un idioma que no necesita palabras—repuso la negra á la vez que se oprinia el pecho.

Esta incontestable verdad hizo estremecer á Cervantes.

—Ha llegado el momento—dijo Jaguá;—en el segundo aposento que encontremos te señalaré una puerta...

—Bien—murmuró el poeta.

—Tu vida, la suya y la mia...—añadió la esclava cuyos ojos brillaron como nunca.—No olvides que los celos son los dueños de mi razon...

—Acabemos—interrumpió Cervantes.

—Sígueme—le dijo la negra.

Y lo guió hasta que al fin, estendiendo el brazo, señaló hácia una puerta.

El poeta se detuvo y clavó en aquella puerta una mirada medrosa como si fuera la de un *in pace* donde hubiera de acabar su vida en medio de los tormentos del hambre y de la sed, del desconsuelo de llamar sin ser oído, del espanto de las visiones que la soledad y la debilidad del cuerpo y del espíritu ponen ante los ojos. Por algunos instantes sintió sus pies clavados en el duro pavimento, y en vano intentó retroceder ni avanzar un solo paso.

—¿Vacilas?—le dijo al oído Jaguá.

Cervantes no pudo responderle.

—Entra—prosiguió la esclava.—Dentro te espera una mujer blanca como la espuma de los arroyos y loca de amor; pero ten presente que desde aquí te mira otra muger negra como las aguas de la Estigia y loca de celos.

El poeta hizo un supremo esfuerzo, pasóse las manos por su abrasada y pálida frente, y también loco como Zoraida y Jaguá, pero loco de coraje, acercóse á la puerta y la abrió violentamente.



CAPITULO VI.

Lo que sucedió en el aposento de Zoraida.



Al abrirse la puerta resonó un grito en el interior del aposento, y Cervantes vió á la esposa de Dalí Mamí recostada en un divan, como nunca bella, como nunca fascinadora. Una corriente de fuego pareció circular repentinamente por las venas del cautivo, la luz huyó por un instante de sus ojos, paralizáronse sus miembros, no pudo avanzar ni un solo paso, y luego sintió un frio glacial que le robó todas sus fuerzas.

Zoraida clavó en él una mirada á la vez lánguida, apasionada y tímida: su tersa frente palideció, una sacudida nerviosa agitó su cuerpo, y despues, al tornarse rojas sus frescas mejillas, brotaron de sus ojos dos gruesas lágrimas y se cubrió el semblante con sus mórbidas y temblorosas manos.

Seguióse un profundo silencio, mas imponente para Cervantes que el estruendo horrísono de las batallas donde habia dado tantas pruebas de heróico valor. Penosa en extremo era su situacion; sentíase vivamente impresionado por la belleza arrebatadora de Zoraida, y una sentencia de muerte le prohibia acercarse á ella y recoger aquel suspiro arrancado al corazon por el amor, secar aquellas lágrimas arrancadas á los ojos por la vergüenza.

La pálida luz de una lámpara de plata derramaba sus dulces resplandores sobre la esposa de Dalí Mamí que vestida de blanco, adornada de brazaletes y collares de gruesas perlas, se destacaba sobre el brillante azul del divan y parecia una fantástica creacion recostada en una celeste nube. Nada tan bello, de tan irresistibles atractivos, de hechizos tan incomparables. En aquellos momentos era imposible mirarla sin morir de desesperacion por sus desdenes ó de amor al pensar en sus caricias.

Dominado por el influjo de la belleza de Zoraida, fuése olvidando de Jaguá, de todos los peligros que le cercaban y aun de que tenia que alejarse para siempre dentro de algunas horas, y ya iba á dar un paso, cuando sintió tras sí un leve roce que le hizo recordar su posicion, despertar de aquel sueño delicioso, y conteniendo entonces un ademán de rabiosa ira, ahogando en su garganta un grito de desesperacion, exclamó solamente con acento comprimido y en castellana lengua:

—¡Maldita esclava, que me has cerrado las puertas de un paraíso!

Estas palabras, aunque ininteligibles para la mora, hicieronle levantar su hermosa cabeza, y fijar en Cervantes una mirada de indefinible ternura.

—Ven—dijo con acento tan dulce que encendió mas el pecho del poeta.

Movióse este para acercarse á Zoraida, pero acordandose

del papel que tenia que representar, se deluvo, fingiendo no haber comprendido lo que le decía la mora.

—¡Frio, imposible!— murmuró esta—No le conmueven ni mis miradas, ni mi llanto.... ¡Ah!...

La desdichada volvió á contemplar al poeta que permanecía inmóvil y pálido, y después de algunos momentos le hizo seña de que se acercase.

Obedeciola él con vacilantes pasos y mientras que con la diestra sobre el pecho y bajo su vestido, oprimiase el corazón con nerviosa fuerza y como si quisiese contener sus violentos y desiguales latidos.

—¡Qué hermosa es!—dijo, mirando á Zoraida con encendidos ojos—¡Y un puñal se levanta sobre ese corazón ardiente y sella mis labios!... ¡Por mi ánima que no es el temor de perder yo la vida el que me detiene, sino el de hacerla á ella víctima de mi desgracia!

—¿Qué dirá?—se preguntó la mora—¡Oh! quizás me dirije palabras de desprecio al compararme con alguna orgullosa cristiana... ¡Y no puedo hablarle!—prosiguió, elevando al cielo una mirada de súplica desgarradora—¡Tendré que tenderle mis brazos para que me comprenda y sufrir que me rechazen los suyos, que me insulte con una risa de amargo desden y que me vuelva la espalda, diciendo en su lengua, «vales poco aun para esclava de la muger á quien adoro yo!».... ¡Esto es horrible!... ¡Humillarme, arrastrar por el suelo mi belleza para que la pise!...

Estas palabras que, como Zoraida creía, no eran incomprendibles para Cervantes, exaltáronlo hasta el punto de que casi se olvidó por segunda vez del peligro que corría; pero volviendo atrás la cabeza como el que teme la persecucion de un fantasma, vió brillar como dos luces fosfóricas los ojos de Jaguá y oyó cómo rechinaba los dientes.

—¡Maldita negra!—volvió á decir.

Imposible nos seria explicar lo que sufría en tales mo-

mentos el espíritu de aquel hombre. La lucha que sostenía era terrible, y tan dudoso su resultado, como que sentía menguarse por segundos la energía de su voluntad. Poco le hubiera costado volverse sobre la negra y ahogarla entre sus manos, declarando despues á Zoraida la causa de esta conducta, pero rebelábase su conciencia contra este brutal atentado, solo justificable con la repugnante ceguedad de una pasión desenfundada, y conteníalo además la idea de que la infeliz Jaguá no debía sufrir menos que él, ya que el venenoso aguijón de los celos no la atormentase mas, unido á la amargura de su amor sin esperanza.

—¡Sufriré todos los desprecios, todas las humillaciones!—dijo al fin Zoraida con enérgica resolución—La herida de su desden tal vez trueque en odio la ternura de mi cariño.... ¡Apuremos, apuremos el dolor ya que no puede apurarse la felicidad!

Y cojiendo á Cervantes por una de sus manos, le hizo sentar junto á sí.

Toda la sangre pareció afluir á las mejillas del poeta, que se estremeció violentamente.... ¡Ah!...

Jaguá habia dicho bien, el amor tiene un idioma que todos lo entienden.

Zoraida se inclinó hácia el cautivo con la dulzura que se inclina la azucena cuando por el céfiro mecida besa con sus blancos pétalos los morados del lánguido lirio.

Habia llegado el momento de tomar una determinación que pusiese fin á tan desgarradora escena. ¿Pero cómo rechazar á aquella muger cuyos negros y rasgados ojos, húmedos y brillantes fascinaban, cuyos rojos lábios, temblorosos y levemente entreabiertos encendían el alma?

—No entiende el arrullo de mis palabras—dijo la mora—¡Ah!... ¡así podre sin rubor decirle cuanto lo amo!

Y oprimiendo entre las temblorosas suyas las agitadas y ardientes manos del poeta, prosiguió:

—¡Hermoso cristiano, el de la pálida y altiva frente! ¿porqué tiembles junto á tu esclava? ¡Mirala por un instante á tu lado, á tus pies si quieres y que tus ojos den á los suyos luz, á su afan esperanza! ¡Escucha el acento que de sus lábios brota, de sus lábios ardientes como las hojas de la flor del africano desierto!... Tú eres, cristiano, la única estrella que he visto por entre los dorados hierros de mi dura prision, el solo consuelo de mis amarguras, el solo recuerdo grato que á mi memoria viene. En tus ojos el amor bebí porque los tuve por de amor abundosa fuente. Y en la callada noche, enemigo el sueño de mi pasion, en tí pensé una y mil veces como el ciego piensa en la luz, y en el arroyo el sediento, y en su libertad el cautivo. Y en nada tuve el lánguido arrullo de la amante tórtola comparado con el que de mi amor yo te guardaba. Y pálidos y frios me parecieron los rayos del sol porque mis ojos para tí tenían mas vivos y ardientes rayos...

—¡Oh!... interrumpió Cervantes fuera de sí y á la vez que se oprimia las sienes— ¡Venga la muerte, cien muertes, pero no puedo mas!

Y enderezándose repentinamente y volviéndose hácia Zoraida, iba á tenderle los brazos con todo el afan de su locura, cuando Jaguá se precipitó en el aposento con el semblante horriblemente desfigurado y las manos crispadas.

—¡Estamos perdidos!—gritó con ahogado acento— ¡Por aquí!... ¡pronto!... ¡por aquí!...

Y sin dar tiempo á que se sosegase del sobresalto su señora, asió de un brazo á Cervantes y lo arrastró tras sí fuera de la habitacion.

—¿Qué haces, desdichada?—exclamó Zoraida, lanzándose hácia la puerta.

Pero ya habian desaparecido la esclava y el poeta, y el inmediato aposento estaba completamente á oscuras.

—¡Ah!—murmuró con acento ahogado la mora.

Y agotadas las fuerzas de su espíritu y de su cuerpo, cayó sin sentido en un divan.

Entre tanto Cervantes seguía maquinalmente á Jaguá, sin escuchar que esta decía:

—Nos hemos salvado.... Te olvidastes de mí... ¡Oh!.... ¡no serás suyo!... ¡antes moriremos los tres!

Rápidamente atravesaron aposentos y corredores y llegaron á la puerta del sótano.

—Mañana hablaremos—repuso la negra—No saldrás de casa...

Ni siquiera estas palabras entendió el poeta, según estaba de aturdido y quebrantado.

Entró en su prision y la puerta volvió á cerrarse.

Cuando llegó al monton de paja, preguntóle Rodrigo:

—¿Qué ha sucedido?

—Mañana lo sabrás...— contestó Cervantes, dejándose caer como quien no puede sostenerse.

Y luego murmuró con acento débil:

—¡Fuerzas, Dios mio!

Nada volvió á oírse en el sótano sino la fatigosa respiración de los tres cautivos.

CAPITULO VII.

Nuevos apuros.



PENAS despuntaba la aurora y ya Zoraida había dejado el lecho donde pasó en no interrumpido insomnio el resto de la noche. Su rostro estaba en extremo pálido, sus labios secos, y un círculo amoratado rodeaba sus grandes ojos. Descansaba en el mismo divan donde tantas emociones había experimentado pocas horas antes, y su esclava favorita, arrodillada á sus pies, la miraba afanosamente y procuraba tranquilizarla con fingidas palabras de consuelo. Empero nada aliviaba de la mora el dolor que en quejas y suspiros tiernos ó en amenazas terribles se exhalaba.

—No te abandones, sultana, á la tristeza—le decia Jaguá

—No pierdas la esperanza, que eres en extremo hermosa y te amaré.....

—Tal vez ya me ama. Mis palabras de anoche, aunque

para él incomprensibles, le conmovieron porque ví brillar sus ojos como si los animase la pasión, y... ¡Oh! Jaguá—prosiguió arrebatadamente la mora—tú llegastes en el momento en que me tendía sus brazos, y me rosbastes la felicidad con tus vanos temores.

—Perdoname, sultana, porque en aquel momento hubiera yo jurado que alguien venia. ¡Si os hubiesen sorprendido!...

—¿Qué me importaba?—interrumpió la mora—¡Su amor, su amor y venga la muerte!

—Yo velaba por tí y era mi deber....

—Te he perdonado, Jaguá; pero si otra vez acontece, pagarás con la vida tu torpeza.

—Mi vida es tuya, sultana—contestó la negra inclinándose humildemente.

—Ya amanece, Jaguá—repuso Zoraida—Avisa para que no le dejen salir.

—Voy, sultana.

La negra salió para dar orden de que aquel día se quedase en casa Cervantes, y este, entretanto, contaba á Mene-ses y á Rodrigo lo que le habia sucedido la noche anterior.

—Mucho temo—le dijo el capitán—que os hagan quedarnos hoy porque Zoraida querrá volver á veros.

—Aun cuando así ¡llegase á suceder—repuso el poeta—no por eso dejeis de acudir á la cita y de esperarme, que yo veré el medio de salir.

—Es casi imposible—replicó Rodrigo,

—Si no es imposible del todo, no hay que desesperar.

—¿Y si no llegais en una ó dos horas al sitio convenido?

—No importa, me esperareis porque al fin iré antes del medio día.

—Es que muchos esclavos reunidos y sin ocuparse en nada infundiran sospechas.

—Os diseminais, ocultandoos por allí cerca, que el lugar es á propósito por la mucha arboleda que hay.

—Seras obedecido.

—Vosotros os llevareis la lima para que se sirva de ella el que la necesite, y así aprovecharéis el tiempo si yo tardo.

—En todo pensais.

—¡Dios nos proteja!—exclamó Cervantes.

Pocos momentos pasaron cuando el turco abrió la puerta del sótano y los llamó.

Como la mañana anterior, la incertidumbre y el afán apenas permitió á nuestros amigos tomar ningun alimento, y con la mayor impaciencia esperaron las órdenes del gigante turco.

Este hizo crujir al fin sus enceradas disciplinas, y gritó:

—¡Al trabajo, holgazanes, que no ganais la mitad de lo que os comeis.

Y despues de dar á cada uno su orden, dijo á Cervantes:

—Tú te quedas porque la sultana nuestra señora lo manda así.

El poeta hizo un esfuerzo para no demostrar el disgusto que sentia, y contestó:

—Me quedaré; dime en qué he de ocuparme.

—Te lo dirán las esclavas de la sultana.

Rodrigo y Meneses apretaron los puños con ira y salieron murmurando imprecaciones de desesperacion porque creian que todo se habia perdido.

—Es preciso salir de este apuro—dijo para sí Cervantes

—¿Y como haré para reunirme á mis compañeros?

Así pensando entróse en un solitario aposento y prosiguió:

—No ir será lo mismo que pronunciar su sentencia de muerte, porque tendran que volver á sus encierros y muchos de ellos serán ahorcados. Se han entregado á mí, y es mi deber morir por ellos. Quizás anduve sobradamente ligero al prometer que acudiria á la cita aun cuando me mandasen quedar en casa... Grave es mi responsabilidad... La puerta está siempre guardada y no es fácil salir... es casi imposible,

Quedó Cervantes pensativo por algunos instantes, dando tormento á su magin para encontrar un medio de salir de su apuro. Y era el caso que no podia dilatar su fuga, ya porque lo esperaban sus compañeros con riesgo de la vida, bien porque el moro podia perder la paciencia, ó porque quizas muy pronto Jaguá iria á buscarlo de parte de su señora, y entonces ya todo se perderia. Fatigado por la lucha y el insomnio de la pasada noche, y para meditar con mas descanso, pensó el poeta que era conveniente sentarse, y buscando en donde hacerlo, solo vió en el desamueblado aposento un cajon de madera de unos dos pies de largo y poco menos de ancho, que sin duda habia servido para transportar alguna mercancia y se tenia allí abandonado.

—Aquí descansaré—murmuró Cervantes;—estoy muy fatigado y... ¡Ah!...

Dióse una palmada en la frente, y quedándose de pie, prosiguió diciendo:

—¡Torpe de mí!... ¿Cómo no habia pensado en tan sencillo medio?... Y eso que mil veces he salido lo mismo y nadie me ha preguntado á donde iba... ¡Oh, caja de salvacion!— prosiguió —¿Quién habia de decirte que serias mi salvo conducto para volver á mi perdida patria?—

Sonrióse á pesar de su cansancio y de que la situacion no era para bromas, y tomando el cajon colocólo sobre uno de sus hombros.

—No hay que perder un instante, la mañana avanza y Jaguá puede venir—dijo.

Y salió del aposento con tardo paso y como si fuese de mala gana á cumplir una órden conduciendo el cajon; pero al atravesar un pasillo, encontróse frente á frente con la negra.

—¿A dónde vas?—le dijo esta.

Cervantes quedó inmóvil y sin poder pronunciar una pa-

labra: el inesperado y fatal encuentro trastornaba todos sus planes, iba tal vez á ser causa de que perdiesen la vida muchos de los infelices que habian depositado en él su confianza.

—¿A dónde vas?—repitió la esclava.

—¿Qué te importa?—dijo al fin el poeta.

—¿No quieres contestarme?

—¿Desde cuándo tienes autoridad para pedirme cuenta de mis acciones?

—Es—repuso Jaguá— que vengo con órdenes de nuestra señora, y como tenia mandado que ninguna te se diese, habrá que castigar á quien te haya ocupado.

—Ya sabes que á mas de tu señora tengo quien me mande.

—Nada te han mandado...

—Pues bien—replicó Cervantes con tono de mal humor—no te importa á donde voy ni de donde vengo.

—Pero me importa cumplir las órdenes de Zoraida, y ella me dice...

—Bien, bien—interrumpió el poeta;—aparta y dejame soltar este cajon: al instante vuelvo y te seguiré ya que os habeis empeñado en hacerme vuestra víctima.

—Algo intentas que quieres ocultar...

—Déjame un momento.

—Iré contigo.

—¡Maldita negra!—exclamó Cervantes con desesperacion—Aparta ó no respondo de mi paciencia...

—¿Me amenazas?... ¡Estás sin duda loco; no piensas que un solo grito mio hará venir gente!...

—¿No dices que me amas?

—Sí.

—Pues en nombre de ese amor déjame el paso y espérame un momento...

—Tú intentas escaparte—repuso Jaguá;—en vano es que disimules.

Comprendió Cervantes que nada conseguiría de la esclava con ruegos, y que tampoco le daría resultado la violencia, porque cualquier escándalo aumentaría los inconvenientes para su salida; y en tal situación, espuesto á que llegasen otras personas y viendo que el tiempo, por demas precioso, se perdía, decidióse á declarar á la negra su proyecto, diciéndole que lo habia concebido para huir del amor de Zoraida.

—Oye, Jaguá—dijo—y ten presente que hoy es á tí á quien toca decidir de tu vida y de la mia.

—¿Vas á decirme la verdad?

—Si.

—Te escucho.

—Ya sabes lo que anoche sucedió...

—Que al fin te olvidastes de todo...

—¿Y cómo no habia de suceder así? ¿Es posible volver la espalda á una muger?...

—La amas, Cervantes.

—Te equivocas, y en prueba de ello, te diré que habia pensado escaparme para evitar corresponder á sus caricias. Ahora elige: ó me dejas salir ó me verás en sus brazos....

—¡En sus brazos! Jamás!—exclamó la negra arrebatadamente—Ya te he dicho que antes morirémos los tres...

—Pues deja que me vaya...

—Tampoco. ¿Olvidas que te amo? ¿Cómo he de separarme de tí?

—¿Prefieres verme amante de Zoraida?

—Ya te he dicho que eso no puede ser porque la muerte se interpone entre vosotros. Acuérdate de lo que anoche hice con riesgo de mi vida, con tanto riesgo que á no estar ofuscada Zoraida hubiera comprendido mi traicion y á estas horas yo no existiría.

—Pues á pesar de todo será suyo—dijo Cervantes con tono de firme resolución.

—¿Y á donde quieres ir?

—A mi pátria.

—¿Y porqué no me llevas?

Cervantes meditó algunos momentos, y decidido á salir del apuro á costa de cualquier sacrificio, contestó:

—¿Quieres venirte?

—Sí.

—Tendrás que dejar tu religion por la mia.

—¿Porqué? ¿Has dejado tú la tuya por la de Mahoma en la tierra donde eres esclavo? ¿Porqué he de dejar yo la mia donde todos son libres?

—La libertad tiene allí sus límites, y sobre todo la de conciencia...

—Pues bien, seré cristiana.

—Dios no aceptará tus votos porque son falsos...

—¿Qué te importa? Quiero ir contigo, participar de tus desgracias y...

—Sosiégate, Jaguá, y piensa que es una locura tu deseo. Tengo que andar mucho y no podrás resistir la fatiga de un viaje...

—En vano intentas disuadirme porque estoy resuelta á estorbarte la salida sino me dejas acompañarte.

No habia medio de convencer á la esclava; su pasion y sus celos le daban valor para todo y una resolucion tan firme que ningun poder humano era bastante á contrarrestarla. Así lo comprendió el poeta: conocia bastante el corazon humano, sus debilidades y el extremo á que conducen las pasiones, y se convenció de que nada adelantaria intentando disuadir á Jaguá sino perder un tiempo precioso.

—Pues bien, acompáñame; pero ten entendido que te espones á perder la vida, porque si nos dan alcance no habrá compasion para nosotros y menos para ti de quien no pueden esperar un rescate.

—Lo sé—contestó resueltamente la esclava—y no me arredra el temor de la muerte. Vamos.

—Este cajón—repuso el poeta—nos servirá de pretexto para salir, pues creerán que vamos á cumplir alguna órden de Zoraida.

Atravesaron el pasillo y algunos aposentos, y cuando llegaron á la puerta de la calle y junto al moro que la guardaba, dijo el poeta:

—No me obligues á andar muy deprisa, porque este maldito cajón pesa como si estuviese lleno de plomo.

—Parece—le contestó Juguá—que te has propuesto disgustar á nuestra señora: ya sabes que nos manda ir corriendo... Abre, Alí—dijo al portero.

Este abrió la puerta y dejó el paso libre á la vez que murmuraba:

—Quitar á un esclavo de su trabajo, para ocuparlo en estas pequeneces, no es cosa que agradaría mucho á nuestro amo... Impertinencias de mugeres.

Apenas Cervantes y la esclava salieron, tomaron á buen paso calle arriba, y no tardaron mucho en llegar á la tienda del señor Onofre, el cual, como había prometido, dió las doce botellas y seis ducados mas, amén de un amistoso abrazo á nuestro poeta.

Como la mañana avanzaba, se detuvieron no mas que el tiempo preciso en casa del mercader, y despidiéndose emprendieron nuevamente su marcha.

—Allí están—dijo Cervantes—despues que hubieron salido de la poblacion y andado buen trecho de camino.

Y señaló hácia un sitio lleno de árboles y al pié de uno de los cuales Hamete estaba recostado descuidadamente.

—Por fin has llegado—dijo el moro al poeta despues que se hubieron reunido—Algunos temian ya que... ¿Pero qué traes en ese cajón?

—Las prometidas botellas.

—Allah te bendiga—repuso Hamete, tomando la caja—

Me quedo con un par de ellas, y ya te pediré cuando se me concluyan.

Y diciendo y haciendo, sacó dos betellas, guardó la una, destapó la otra y saboreó su contenido.

Entre tanto Cervantes reunió á sus compañeros, y con ayuda de la lima, se vió en breve libre del grillete y la cadena que arrojó lejos de sí.

Pintar la alegría con que aquellos infelices se abrazaron es vana empresa, porque hay emociones que solo sintiéndolas se comprenden, y la del esclavo cuando recobra su libertad puede sentirse, pero no puede espresarse. Mezclóse al llanto la risa, y mientras el uno invocaba con ardiente fé el nombre de Dios, el otro pronunciaba el de su madre, el de su esposa ó de sus hijos, ó repetía cien veces el de su patria. Cual abrazaba con efusion á uno de sus compañeros, quien saltaba y corria como un niño, y cual otro daba prisa para que se emprendiese la marcha. Todos estaban pálidos, demacrados y débiles, pero no habia ninguno que no se sintiese animoso y con fuerzas para trepar montes y cerros, sufrir el hambre y la sed y arrostrar todos los peligros. Diez eran los cautivos y ademas la esclava que á todo se mostraba indiferente pues tenía su atencion fija en Cervantes.

El cielo estaba puro, serena la atmósfera y tan risueña la naturaleza, que no se cansaban aquellos desdichados de tender sus miradas en todas direcciones y de aspirar el aire libre con una avidez exagerada.

—Compañeros—dijo el poeta—demos al Omnipotente gracias por la ayuda con que nos favorece. Vamos á ser libres, á volver á nuestra patria, á estrechar contra nuestro pecho á los queridos seres que nos lloran con amarguísimo llanto, á vivir entre hermanos, no entre verdugos, á ser hombres y no béstias, pues como á tales nos miran en esta tierra de maldicion. Dentro de pocos dias podremos volver los ojos hácia cualquier lado y decir: «vamos allá» sin que

nadie estorbe nuestros pasos: en el silencio de la noche, cuando la naturaleza duerme y la conciencia despierta, podremos levantar nuestra mirada y contemplar el cielo, la luna y las estrellas, admirar la obra inimitable de Dios y llenos de fé enviarle nuestras preces; al despuntar la mañana, cuando los primeros rayos del sol asoman tibios y escasos por Oriente para derramarse despues sobre la tierra como una lluvia de oro; cuando los pájaros sacuden sus alas y el justo despierta con la sonrisa en los lábios, y comienza á cerrar sus ojos, tras noche de desvelo, el intranquilo pecador, entonces, sin que el látigo de un verdugo cruja sobre nuestras espaldas, recibiremos el beso puro, inocente y sin igual de nuestros hijos ó el saludo cariñoso de nuestra madre, y podremos orar tambien con fervor porque la muerte del sueño huyó de nuestros ojos, dejándonos ver un nuevo dia. Esta dicha es incomparable, amigos mios; ver de noche el cielo en lugar de las paredes de una mazmorra; vivir entre hermanos que con uno lloran y rien, y no sentir constantemente el chirrido de la cadena y que no zumbe sin cesar la humillante amenaza en el oido, es la mayor de las felicidades, y solo á Dios la debemos, al Dios justo que se ha dignado fijar en nosotros su mirada para poner á prueba nuestra fé. Esperanzados en su ayuda hemos acometido esta arriesgada empresa; aun no podemos contar con la victoria, quizás pruebas mas duras nos esperan; pero si así sucediese, que no desmayen vuestros corazones, que no se mengüe vuestra fé, que la duda de la justicia divina no os haga indignos de sus favores, y á luchar de nuevo, á luchar, que al fin vencereis porque la fé y la constancia pueden mas que todas las adversidades.

—¡Oremos! —exclamaron los cautivos— ¡Oremos y que se cumpla la voluntad de Dios!

—Si alcanzamos la libertad bendeciremos la mano santa del Omnipotente que nos dió su ayuda.

—Si no la alcanzamos la bendeciremos tambien y nos resignaremos.

Corta, pero ferviente oracion salió de los lábios de los cautivos, y concluida, dijo Cervantes al moro:

—Marchemos que se hace tarde.

Hamete empinó la botella, y guardandola despues tomó un estrecho sendero que conducia á un montecillo.

Siguiéronle los cautivos y Jaguá que no se separaba del poeta, y al cabo de media hora se perdieron tras el monte alegres y animosos.

CAPÍTULO VIII.

Donde conocerá el lector á Dali Mamí.



o había transcurrido una hora desde que salieran de la casa Cervantes y Jaguá, cuando extrañando que esta no volviese á su aposento, Zoráida mandó que la buscasen, y no encontrándola preguntaron y supieron que había salido con el poeta y á pretesto de cumplir las órdenes de su señora.

— ¡A cumplir mis órdenes! — dijo Zoráida sin acertar á comprender el motivo de la desaparicion de Jaguá y de Cervantes. — ¡A cumplir mis órdenes cuando se las di para que cortasen flores! ¡Buscadlos otra vez, y si no los encontráis, que recorran la ciudad hasta dar con ellos!

— Se cumplirán tus mandatos, sultana — contestó la otra esclava negra á quien ya conocemos.

Púsose en movimiento la servidumbre toda de Dalí Mamí, y cuando ya se cansaban de preguntar y buscar, llegó la noticia de que algunos cautivos habian desaparecido aquella mañana. Entonces fueron á donde trabajaban Rodrigo y Meneses, y allí dijeron que estos no se habian presentado aquel dia. Ya no quedó duda á Zoraida; Cervantes y Jaguá se habian fugado, estaban de acuerdo y habian aprovechado la primera ocasion. Claras demostraciones dió la mora del mas profundo dolor y amarga pena, y aunque todos creyeron que era esta producida por la pérdida del valor de los cautivos y de la esclava, ella estaba muy lejos de afligirse por semejante cosa, pues solamente la atormentaba la pérdida del hombre en quien habia puesto su amor.

Ya el sol tocaba á la mitad de su carrera, cuando hé aquí que en medio de la general confusion de la casa, llaman á la puerta y Dalí Mamí se presenta seguido de algunos esclavos que llevaban fardos y cajones. Como no se esperaba que volviese aun del viaje que por mar habia emprendido, y como llegó precisamente en los momentos en que acababa de suceder una desgracia, no encontró sino rostros tristes y taciturnos y miradas temerosas, lo cual le impresionó desagradablemente y preparó su ánimo muy mal para la noticia que tenían que darle.

Era Dalí Mamí en extremo brutal, de tan aviesas y dañadas intenciones, que aun entre los mismos mahometanos tenia fama de cruel y servia de comparacion cuando queria darse una idea exagerada de los instintos feroces y sanguinarios de alguien. Si en los primeros arrebatos de su enojo no podia vengarse de quien lo habia provocado, descargaba su terrible cólera sobre el primer infeliz que se le presentaba, y por esta razon, sus criados y esclavos temblaban y procuraban esquivar la presencia de su señor, mucho mas aquellos, como el portero y el gigante turco, á quienes se podia acusar si quiera de descuido.

Frisaba Dalí Mamí en los cincuenta años y conservaba todas las fuerzas y la agilidad de los treinta, sin que hubiese perdido nada de la energía de su duro carácter. Era orgulloso, altivo hasta rayar en insultante, como hombre de todos adulado por sus muchas riquezas, y de bastantes temido por su influencia y su valor. La codicia era la señora de sus pasiones, y ante el oro callaban todos sus sentimientos y se esclavizaban todos sus instintos. Nadie podía decir que había visto la sonrisa en sus labios, y la sombría mirada de sus ojos negros, era constantemente amenazadora ó provocativa. Su rostro era moreno, surcábanlo algunas arrugas, y una cicatriz que tenia en la mejilla izquierda, hacia mas terrible su aspecto, mas dura su espresion.

Cuando al atravesar los primeros aposentos advirtió que no habia un semblante alegre, con ceño adusto y acento de enojo dijo:

—¿Os pesa de mi venida? ¿Qué sucede?... ¡Contestad! —añadió mirando á un esclavo negro que pasaba junto á él.

El negro tembló repentinamente, postróse de hinojos, cruzóse de brazos y se inclinó hasta tocar casi con la cabeza en el suelo.

Dalí Mamí le dió brutalmente con un pié, y el infeliz rodó sin exhalar una queja.

—Tú, Muhamed —repuso el arnaut, encarándose con el gigante turco; —contesta, dime por qué tiemblan todos.... por qué tiembblas tú tambien.

—Señor —respondió Muhamed que en efecto temblaba —acabamos de saber que algunos cautivos.... tres de ellos....

—¿Se han escapado? —interrumpió Dalí Mamí deteniéndose y clavando en el turco una mirada terrible.

—Salieron esta mañana y todavía no se han presentado al trabajo....

—¡Por Allah! —exclamó Dalí Mamí con acento colérico y apretando las puños.

—Corre la noticia — prosiguió Muhamed — de haber desaparecido algunos cautivos de sus encierros....

—¿Quiénes, quiénes son?

—Meneses.... Rodrigo....

—¿Y el manco?

—Tambien, señor.

—¡Oh!.... él habrá sido la causa de todo....

—Y la esclava Jaguá....

—¿Así guardas mi hacienda? — gritó el moro fuera de sí y yendo hácia el turco con amenazador ademan.

Pero quiso la desgracia que un desdichado negro, aturdido y confuso, por huir de aquella escena se interpusiese entre Dalí Mamí y Muhamed, cayendo á los piés de este.

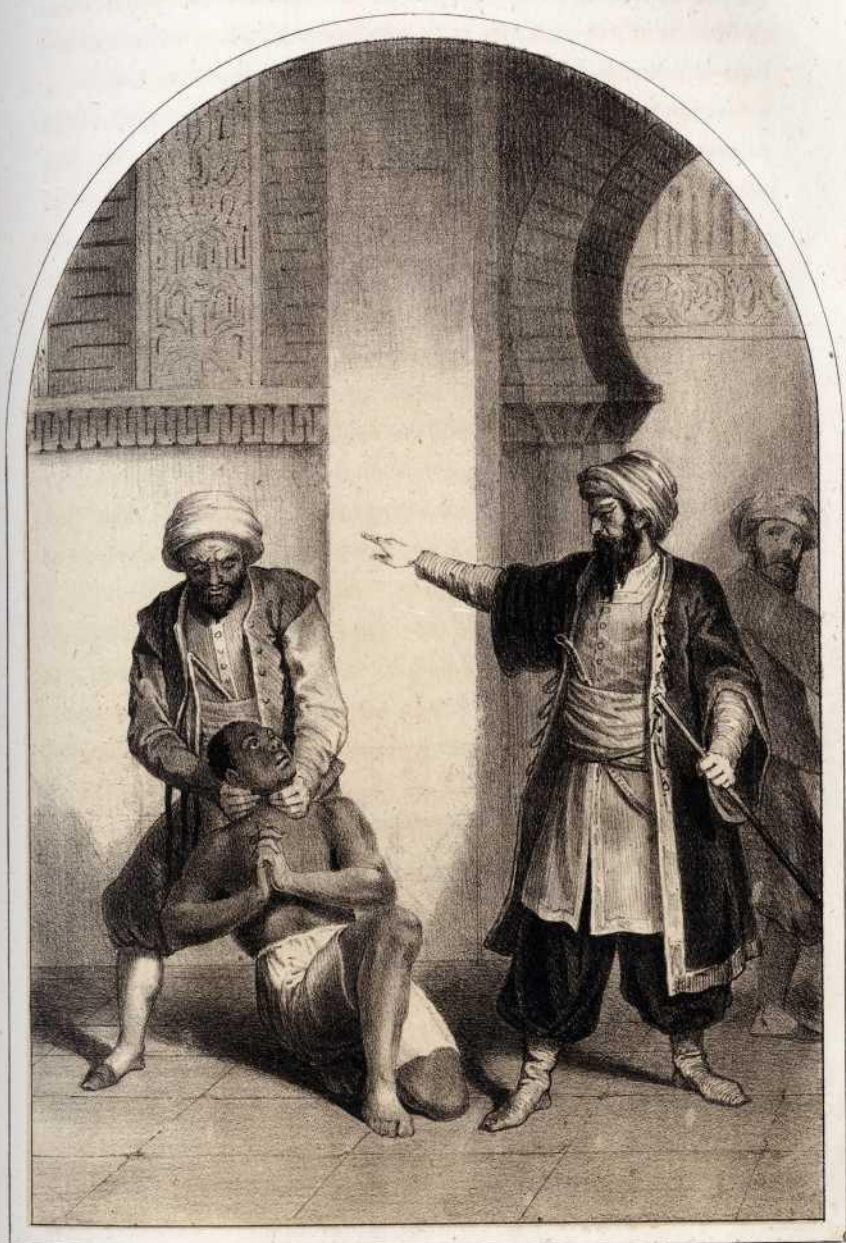
—¿Qué haces aquí? — le dijo su feroz amo. — ¿Por qué me estorbas cuando voy á castigar á este infame?.... Que lo ahorquen, ahora mismo, que lo ahorquen.

El turco aprovechó tan feliz ocasion de librarse de la cólera de Dalí Mamí, y cogiendo por el cuello al esclavo, lo arrastró fuera del aposento, sin que al infeliz le sirviesen excusas ni súplicas, sin que valiesen de nada sus lastimeros ayes, sus tristes lamentos capaces de conmover el mas duro corazon. Algunos minutos despues espiraba con la mas penosa agonía colgado á un árbol del jardin.

Dalí Mamí se retiró á su aposento, y algo mas sosegado desde que su furor habia hecho una víctima, preguntó, inquirió, dió varias órdenes, y luego se acordó de Zoraida y quiso verla.

La mora recibió á su esposo con tanta humildad y fingido cariño, que este no pudo seguir dando libre expansion á su ira.

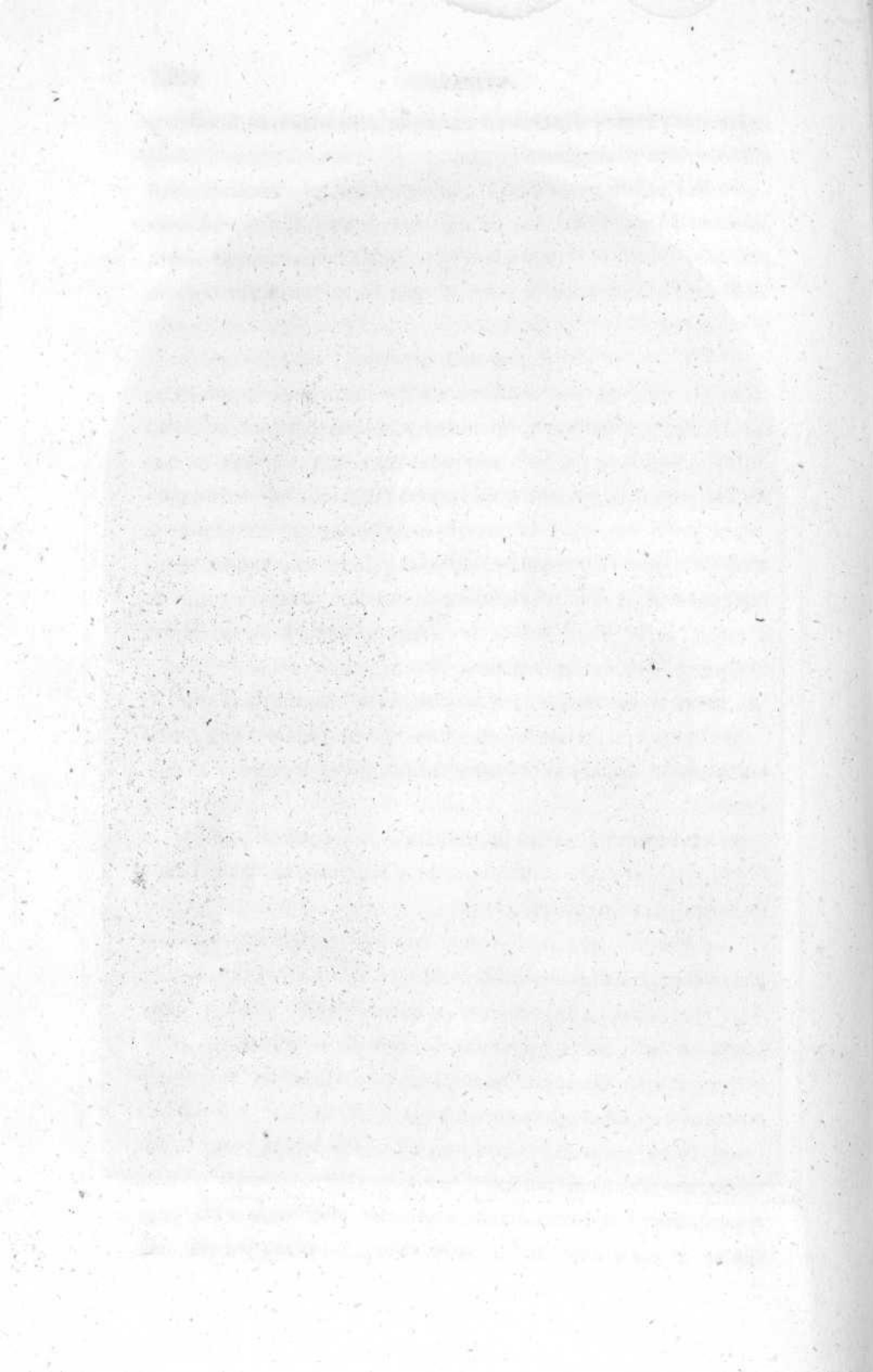
—Sosíégate, señor — le dijo Zoraida, sentándose á sus piés. — Mirame, no rechaces mis apasionadas caricias, y todo lo olvidarás. No te importe la pérdida de esos miserables, quizás lo ha dispuesto así Allah para quitarte enemigos. Aquí



Zarza, d.^o y lit.^o

Lit. Heraldica.

Que lo ahorquen, ahora mismo, que lo ahorquen.



tienes una esclava que te ama y de cuyos pensamientos y corazón eres el dueño absoluto.

— Tus palabras me dan consuelo, Zoraida — contestó Dalí Mamí con toda la dulzura de que era susceptible su voz; — pero ya sabes que la pérdida de ese cautivo manco representa la de muchos escudos de oro, porque ha de proporcionar un crecido rescate.

— Pero es hombre capaz de todo.

— Sí, de todo por alcanzar su libertad; pero á solas con él, viéndolo armado con un puñal y yo sin defensa, me dormiría tranquilo á su lado porque tengo la convicción de que no me heriría alevosamente. Lo conozco bien, he puesto particular atencion en estudiar su carácter porque me llamó la atencion su arrojo cuando apresamos la galera donde se le hizo cautivo; y á fé que entonces, con diez hombres como él, á pesar de su manquedad, se hubieran burlado de nosotros, lo confieso sin avergonzarme.

Estas alabanzas en boca de Dalí Mamí significaban mucho, y produjeron gran efecto en el ánimo de Zoraida que sintió halagada su vanidad por haber amado á un hombre que tanto valia.

— Cuando se le puso la cadena — prosiguió el moro — le dije que aquella se escusaria si me daba su palabra de honor de no intentar escaparse.

— ¿Y qué respondió? — dijo Zoraida con un interés que pasó desapercibido para Dalí Mamí.

— Que no daba tal palabra porque se veria forzado á cumplirla, y así, que le pusiesen la cadena y mas si querian, porque era su intencion hacer cuanto pudiese por fugarse y procurar la fuga á sus compañeros.

— ¡Noble corazón! — murmuró Zoraida cuyas mejillas se enrojecieron por un instante.

— Noble y grande como pocos: ya ves, pues, que aun cuando él sea pobre, en su patria deben estimarlo en mucho.

porque á mas de tanta nobleza, es de raro ingenio y un soldado valiente á quien debe mucho la causa de su religion. Por eso su pérdida es considerable. Treinta, cuarenta, cien escudos de oro hubiesen dado por él.... ¡Oh! jamás me consolaré de esta desgracia.

—Olvidala ahora, señor, y que yo vea tu mirada apacible, que en mi oído suenen tus palabras, como otras veces, con la dulzura del arroyo que murmura....

—Zoraida—interrumpió Dali Mamí—eres hermosa como ninguna mujer, tienes el poder mágico de hacerme olvidar todos los pesares, pero está mi espíritu en tal agitacion en estos momentos que no puedo responder á tus caricias con la dulzura que me las prodigas.

—Perdona, señor, dijo Zoraida con humilde tono y bajando la cabeza.—Como há muchos dias que no te veo, he sentido con tu visita tal contento....

—No me enoja tu ternura, pero hay momentos, te repito, en que el ánimo está dominado por la tristeza, y mas que nada, el desahogo de esta es lo que se busca.

—¿Y no soy yo bastante para hacer que de todo te olvides?

—Ya te he dicho, Zoraida, que el cautivo manco representa una suma de bastante consideracion.

—Pues compárala con los goces que á mi lado encuentras....

—Otro dia—interrumpió Dali Mamí.—Ahora.... ahora.... voy á dar algunas órdenes....

Y al decir esto el moro, levantóse con aire de indiferencia y salió pausadamente de la habitacion.

Zoraida se levantó tambien, pero por medio de un movimiento rápido, mas bien de una sacudida, como se endereza el arco cuando se rompe repentinamente la tirante cuerda, y mirando con desden hácia la puerta por donde habia salido Dali Mamí, exclamó con acento comprimido:

— ¡Así me desprecia.... nada valgo en comparacion de un puñado de oro!....

Luego se dejó caer en el divan y prosiguió:

— ¡Y yo temia los desdenes del cautivo!.... Desden por desden menos humilla el de un corazon grande y noble.... El orgulloso cristiano podrá decirme que hay otra mujer á quien ama porque la conoció antes que á mí, pero no me dirá que valgo menos que algunos escudos.... me dirá que mi hermosura y mi amor no valen tanto como el amor y la hermosura de otra mujer, pero no me comparará con algunas monedas de materia vil.... ¡Ah!.... ¡Y ya no veré al cristiano de la pálida frente, de la mirada de águila, lo he perdido y solo me queda ese brutal tirano y esta prision de oro donde se secará mi corazon á fuerza de llorar!....

Muchas y muy amargas quejas exhaló la bellissima Zoraida, y tendida en el divan permaneció hasta que las sombras de la noche trocaron en tinieblas la luz del dia.



CAPITULO IX.

Lo que aconteció aquella noche á los cautivos.



A mas de una hora habia pasado desde que el sol no alumbraba, sino que enviando sus rayos á la luna, esta daba á la tierra sus plateados reflejos. Serena estaba la noche, y fuera de la ciudad, solo el canto del ave nocturna y el murmurio de algun tortuoso arroyuelo interrumpian el silencio que reinaba, pues ni el viento, que sin duda dormia mecido por las olas del mar, agitaba las hojas de los árboles, ni se oia el ladrido del perro, ni se arrastraba el reptil entre la maleza ó sobre los riscos.

Sin detenerse mas que algunos momentos á descansar y á tomar un bocado de las escasas provisiones que llevaban, los cautivos habian caminado todo el dia, y á la noche se encontraban en la garganta formada por dos montecillos areno-

sos. Para evitar que los alcanzasen si los perseguian por aquel lado, cosa que debian esperar, habíalos guiado Hamete por estraviados senderos cuya escabrosidad y la precipitacion de la marcha los fatigaron estremadamente. La enamorada Jaguá, aunque no dejó escapar una leve queja, apenas podia dar un paso; pero tenia el firme propósito de no abandonar á Cervantes aunque perdiese la vida, y en el estravío de su pasion sentíase, sinó con fuerzas, con ánimo resuelto para todo.

—Buenos amigos—les dijo el moro cuando llegaron al sitio que hemos indicado—supongo que no pensareis pasar la noche sin dormir, y aun cuando tal locura intentáseis, yo no os lo permitiria porque necesito descansar.

—Nosotros tambien—contestaron algunos cautivos.

—Preciso es—añadió Cervantes—tomar algun reposo, porque sino será imposible que lleguemos al término de nuestro viaje. Este sitio parece estar abrigado, y si sois de mi opinion, no pasemos mas adelante y aprovechemos las primeras horas de la noche para seguir bien de madrugada nuestro camino.

Todos convinieron en que era prudente descansar, y acomodándose como mejor pudieron, cerca los unos de los otros para resguardarse mas del frio, no tardaron en dormirse profundamente todos menós el moro Hamete, que con escusa de apurar el contenido de una botella, quedó despierto y esperando á que el sueño rindiese á los otros.

Empero en vez de saborear el espirituoso liquido, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada sobre el pecho, entregóse el mahometano á las siguientes reflexiones, diciendo para sí de esta manera:

—La marcha ha sido penosa: estoy molido como si hubiese andado tres veces mas, y para descanso me espera mañana lo mismo. Las provisiones que lleva esta gente son escasas y poco sustanciosas, y cuando se acaben, dificilmente podremos reponerlas por la imposibilidad de acercarnos á la habi-

tacion de ningun viviente. Creo que vamos á pasar hambre y que no sacaré de este arriesgado negocio mas provecho que el vino, y eso escaso, porque no van las cincuenta botellas de que hablamos. En cuanto al dinero prometido será luego lo que ellos quieran, pues una vez en tierra de cristianos, podrán burlarse de mí á su antojo. Es tambien muy fácil que nos cojan al atravesar la frontera de Oran porque está muy vigilada, y si así sucediese me ahorcarian en seguida. No pensé bien lo que hacia: todo son peligros y ninguna ventaja mas que esas botellas que sin tanta esposicion puedo tener. Veamos lo que me conviene. Todo buen musulman está obligado á conservar su vida, y el arriesgarla cuando no es en defensa propia ó por la religion que nos predicó el profeta ó por la patria, es un crimen. Tambien le está prohibido á todo buen creyente proteger á los de otra religion para dañar á los que profesan la suya, y esto es precisamente lo que yo hago con la ayuda que doy á los cautivos. Así pues, esponiendo la vida y faltando á los preceptos de mi religion sin la esperanza de un seguro provecho, doy pruebas de ser un animal, y tendré el disgusto de que se burlen de mí en mis barbas, por lo cual, lo mas prudente seria volverme á la ciudad mientras duermen, sin escrúpulo de haber hecho una traicion, porque engañar á un nazarenó es agradable á Mahoma que tan perseguido de ellos se vió.

Otras muchas razones por el estilo se dió el moro para tranquilizar su conciencia, aunque á decir verdad no era mucha la que tenia, y resuelto al fin á abandonar á los infelices cautivos que en él habian puesto nada menos que la seguridad de sus vidas, levantóse, y yendo á donde estaba el cajon con las botellas, sacó de estas tres solamente porque mas le hubiesen embarazado en la marcha, y despues de echar un trago alejóse silenciosamente.

De nada se apercibieron los cristianos.

Descuidadamente pasaron la noche, y algo recobradas las

perdidas fuerzas, despertaron cuando los primeros rayos del sol hirieron sus cerrados ojos.

Fué su primer cuidado dar á Dios gracias por su misericordiosa proteccion, y estrañando luego que Hamete no los hubiese despertado antes para seguir la marcha, miraron á su alrededor creyendo verle dormido aun y embriagado.

—¿Dónde se habrá metido?—dijeron algunos sin sospechar todavía la verdad del caso.

—¡Hamete!—gritaron otros con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero como sus gritos no obtuvieron otra contestacion que la del eco, espaciéronse los cautivos por todos lados en busca del moro, pensando que lo encontrarian tendido y durmiendo á pierna suelta.

El resultado no fué nada satisfactorio como ya se comprende, y cuando muchos empezaban á sospechar si les habria hecho traicion, Cervantes estaba convencido de ello, y sin moverse de un sitio dejaba correr sus dolorosos pensamientos.

—En vano os cansais—dijo al fin á sus compañeros—nos ha abandonado, nos ha dejado en peor situacion que antes de romper nuestras cadenas.

El terror enmudeció todas las lenguas é hizo palidecer todos los rostros. Siguióse un profundo silencio que ninguno se atrevió á romper. La situacion era en verdad tristísima: no les quedaba mas que volver á sus encierros, entregarse ellos mismos en manos de sus verdugos.

Largo rato permanecieron en aquella aparente calma, hasta que sin poderse contener el dolor y el espanto en los agitados pechos, resonaron multiplicadas quejas, lamentos y amenazas, y mientras que el fuego de una impotente rabia encendia los ojos de los mas iracundos y animosos, el llanto humedecia los de espíritu mas débil. El poeta, ni exhalaba un ay ni un suspiro, pero harto demostraba su profundo dolor y su coraje en su contraida frente y en su sombría mirada.

—¿Qué haceis?—dijo al fin, levantando la cabeza y contemplando con mirada firme á sus abatidos compañeros.—¿Así os dejais dominar por el vergonzoso espanto? ¿Por qué en los momentos de mayor apuro no aumentais con el ánimo las fuerzas, y las fuerzas y el ánimo perdeis como débiles niños que al ver un mentido fantasma no aciertan en su turbacion ni á huir ni á defenderse? ¿No asoma á vuestras frentes el rubor al comparáros con esta desdichada mujer cuya suerte es la nuestra y que al menos tiene valor para que su lengua calle el miedo y lo disimule su rostro? ¿Qué alcanzais con vuestras quejas y lágrimas cuando nadie las escucha ni ha de condolerse de ellas, cuando el cielo no ha de favorecer ni vuestra cobardia ni vuestra desesperacion? Dejad el llanto para lamentar las desgracias ajenas, que las vuestras lo que han menester es el esfuerzo para remediarlas; guardad el dolor para afirmar el arrepentimiento de pecadores estraviados, que á los reveses de la fortuna han de oponerse la resignacion y la constancia. ¿Qué puede sucedernos? Morir y nada mas, empero como cristianos sois, como mártires morid, con el corazon tranquilo, alta la frente y serena la mirada mientras que de los labios brota la sonrisa del triunfo entre las dulces palabras de fervorosa oracion. Con riesgo de la vida intentamos alcanzar nuestra libertad, y la muerte dijisteis que á la esclavitud preferiais: ¿pues cómo la muerte, mas que las cadenas, os infunden ahora espanto? ¡Acordaos de que sois hombres y que al quitarnos la vida nuestros verdugos no nos desprecien por nuestra cobardia, sino nosotros á ellos por la suya!

—¡Es que el coraje nos ahoga!—exclamaron algunos con demostracion en sus ademanes de que así era la verdad.

—Pero sabremos morir serenos—dijeron otros.

—Mi suerte será la vuestra—repuso Cervantes.—Indiferente me es volver á la ciudad ó caminar á la ventura hasta encontrar la salvacion ó morir de hambre ó que nos den ca-

za como á las fieras. Decidid vosotros, no quiero la responsabilidad de lo que pueda suceder.

—¿Qué haremos sino volver á la ciudad?—dijo el capitan Meneses.

—Nos ahorcarán—contestó otro cautivo.

—¿Y á donde vamos?—replicó Rodrigo.—Vagaremos sin direccion fija, y antes de la noche nos habrán dado alcance.

—Ciertamente.

—Como que nos estarán buscando.

—Volvamos á Arjel y sea lo que Dios quisiere—dijeron algunos.

—Sí, sí, porque es imposible que nos escapemos de sus manos—añadieron otros.

—¿Es esa vuestra resolucion?—preguntó el poeta.

—Sí—contestaron los demas.

—¿Y la esclava?

—Yo voy contigo—dijo Jaguá, señalando á Cervantes.

—¡Infeliz!—repuso este mirando compasivamente á la negra.—¿Quizás debe ser mia la responsabilidad de tu muerte!..

—La fatalidad—interrumpió la esclava, encojiéndose de hombros con estoica indiferencia.—Estaba escrito, se lo anuncié á Zoraida...¿Qué me importa la vida sino es mia?

—Volvamos á Arjel—dijo Cervantes;—pero si mi cruel amo respeta mi vida, lo que no creo, este contratiempo no me arredrará para intentar otra y mil veces romper las cadenas. Tal es mi propósito, y quiero que lo sepais por si tenéis los mismos ánimos que yo.

—Os ayudaremos en todo como hasta aquí—contestaron resueltamente los cautivos—y os seguiremos sin vacilar.

—Vamos, amigos—repuso el poeta;—sigamos el único camino que conocemos, el de nuestros oscuros calabozos.

A pesar del valor que las palabras de Cervantes habian infundido á sus compañeros, sintieron nuevamente apoderarse de sus corazones el temor de la muerte casi cierta á que

corrian, y se estremecieron al ponerse en marcha, tomando con harta tristeza el camino que el día anterior habían andado con tanta alegría; pero ninguno vaciló, y aun para no desanimarse los unos á los otros esforzaronse en aparentar sereno rostro. Cuanto sufrieron en aquellos momentos amargos, es inconcebible: pocas horas antes se alejaban de sus encierros y se regocijaban con la idea de la libertad, y entonces, por el contrario, acercábanse á las duras cadenas y la idea de la muerte era la que dominaba sus pensamientos. Tan repentino cambio, tan opuestas esperanzas, debían atormentarlos horriblemente, y á no ser por el ejemplo de viva fé, de constancia y de resignacion del poeta, á muchos hubiese faltado el ánimo para resolverse á volver á la ciudad, y errantes en aquella tierra desconocida, hubiesen muerto de hambre y desesperados, maldiciendo su estrella y dudando de todo como descreídos, porque cuando el esceso del dolor, mal contenido por el sufrimiento de la resignacion, hace al hombre desesperar, la fé huye del alma, y enferma la razon, débil y torcido el juicio, apodérase del pensamiento la duda que es la madre de la blasfemia.

Silenciosos y con lentitud como la nave que con viento contrario voga, caminaron los infelices cautivos, y al ver la torpeza de sus tardíos pasos y no mirar de qué parte tenían el rostro vuelto, hubiérase podido creer que les obligaban á caminar de espaldas.

El día estaba como el anterior, sereno y puro; pero ya fuese que estaban fatigados, ya que en vez de huir del peligro se acercaban á él, es lo cierto que al llegar la noche se encontraban aun á bastante distancia de la poblacion, y determinaron no seguir adelante hasta el otro día y disfrutar algunas horas mas de libertad, puesto que la misma pena sufrirían del uno ú del otro modo. ¡Dormir en el campo, sobre las piedras y con el frío y la humedad de la noche, era para aquellos desdichados la suprema felicidad!

Jaguá seguía con la misma indiferencia, sin pronunciar una palabra, sin proferir una queja á pesar de que debía sufrir mucho su espíritu y no poco su cuerpo, pues la sangre comenzaba á brotar de sus piés llenos de heridas.

Algunos, por el cansancio rendidos, se durmieron profundamente, mientras que otros, entregándose á tristes meditaciones sobre la suerte que les esperaba, no pudieron conciliar el sueño sino muy avanzada la noche. De estos últimos fué Cervantes que revolvió en su inquieta mente mil atrevidos proyectos por si le dejaban la vida.



—¿Que sucede? —le preguntó Dali Mamí.
viva alegría.
entró en el aposento, demostrando en su semblante la mas
de lamentar su falta de precaucion, cuando el turco Mohamed
teniente encargado dia y noche, y ya llevaba mas de una hora
tado habia sido no separar á Cervantes de sus compañeros y
Reostado en un diván pensaba el moreo con poco aco-

CAPITULO X.

De la entrevista de los cautivos con Dali Mamí.



o abrigaba Dali Mamí esperanza alguna de recobrar á sus cautivos, cuando despues de dos dias no habian podido dar con ellos, y semejante pérdida lo tenia de tan mal humor que no habia en la casa sirviente ni esclavo que no temiese hablarle.

Recostado en un divan pensaba el moro cuán poco acertado habia sido no separar á Cervantes de sus compañeros y tenerle encerrado dia y noche, y ya llevaba mas de una hora de lamentar su falta de precaucion, cuando el turco Muhamed entró en el aposento, demostrando en su semblante la mas viva alegría.

—¿Qué sucede?— le preguntó Dali Mamí.

— ¡Aquí están! — exclamó el turco — ¡Aquí están los tres y la esclava!....

— ¡Ellos! — interrumpió el moro, levantándose de su asiento.

— Sí, señor, ellos, los cautivos y Jaguá....

— ¿Quién los ha traído?

— Nadie, señor, porque han vuelto solos, voluntariamente al parecer.

— Qué vengan, Muhamed, que vengan.

— Pronto los tendrás en tu presencia, señor, porque mis disciplinas les harán andar ligeros.

— No les toques — replicó Dalí Mamí — Antes de castigarlos quiero hablarles, y si les das un solo golpe nada dirán, los conozco bien.

Salió el turco y pocos momentos después volvió seguido de los cautivos y de Jaguá, cuyos pálidos rostros y ensangrentados piés hubieran conmovido á cualquiera otro que no fuese Dalí Mamí.

Esperaba este que el primer movimiento de los fugitivos hubiese sido arrojarle á sus plantas para demandarle perdon; pero bien pronto convenciósese de que se habia equivocado, porque todos ellos quedaron inmóviles, y aun la misma Jaguá en quien las humillaciones eran una costumbre, permaneció junto á la puerta, apoyada en la pared porque sus fuerzas se habian agotado.

Pasaron algunos instantes de silencio durante los cuales el moro contuvo trabajosamente el despecho de su orgullo herido por el orgullo de los cristanos, y al fin, con voz concentrada y acento de profundo enojo dijo:

— ¿Así os presentais delante de vuestro señor, esclavos miserables, cuando ni mereceis perdon ni aun compasion siquiera?.... ¡Doblad la rodilla, inclinad la frente!

Cervantes levantó la cabeza con tranquila dignidad, y contestó:

—Ni queremos tu perdón ni que nos compadezcas, porque ni tememos á la muerte ni queremos inspirar lástima á quien por su cobarde ruindad nos la inspira. ¿Por qué hemos de doblar ante tí la rodilla igualándote á Dios?

—¡Esclavo! —gritó Dali Mamí con tono amenazante.

—¡Tú lo eres mio! —replicó el poeta, clavando en el moro su mirada de águila con fijeza tal que le hizo estremecerse involuntariamente.

—¡Miserables!.....

—Tú eres mi esclavo porque á mi antojo exalto tu cólera mientras que tú no puedes provocar la mia. ¡Pobre y miserable criatura, juguete de tus pasiones, sella el labio y muéstrate humilde porque serás mas grande reconociendo tu pequeñez que envaneciéndote con tu ilusoria grandeza!

—Me aconsejas humildad mientras que demuestras tu orgullo? —replicó el moro que sin pensar en lo que hacia entraba en discusion con un esclavo. —¿Dónde está tu grandeza?

—Ponte por un momento en mi lugar, hazme dueño de tu vida, considérame cruel y sanguinario, capaz de atropellar todos los derechos, incapaz de abrigar un sentimiento generoso ni humanitario, y veremos entonces si puedes imitarme. ¿En qué consiste mi grandeza? De grande no blasono, pero ya ves como levanto serena la frente, como sonrien mis lábios cuando los tuyos maldicen y amenazan.....

—Calma aparente no mas con que quiere engañarme tu orgullo, ese orgullo haraposos.....

—¡Oh! —interrumpió el poeta—estos harapos que tu generosidad me dió cubren un pecho de hombre, mientras que la seda y el oro de tu vestido abriga un pecho de tigre, ruin, traidor y cobarde.

—¿Qué dices, miserable esclavo?

—Que eres cobarde porque insultas y provocas al indefenso. No con tanta arrogancia te presentastes frente á mí el dia en que caí en tu poder, sucumbiendo al número y á la trai-

cion. Dame por una hora la libertad, no tengas miedo que hu-
ya, aquí me estaré, y entonces provoca mi enojo.

— ¡Silencio! — replicó Dali Mamí. — A los esclavos no les
está permitido hablar á sus señores.

— Tal deseo, callar, y si hablé fué porque tú lo hicistes
preguntándome.

— ¿Sabes para lo que te he mandado entrar?

— Para tener el gusto de ver á tus pies á un hidalgo espa-
ñol, pero no los conoces bien y por eso te has equivocado.

Convencido Dali Mamí de que no podria vencer la firmeza
de Cervantes, prosiguió sin hacer caso de sus palabras y dijo:

— Quiero saber á donde habeis ido.

— ¡A dónde hemos ido!.... ¿Y qué te importa? De tu casa
huí, buscando la libertad y llevé conmigo á otros. Hemos en-
contrado un inconveniente y nos hemos vuelto....

— ¿Sin que nadie os obligue?....

— La traicion de un moro que nos guiaba y que nos ha
abandonado porque es, como todos los de vuestra raza, traidor.

— Un moro!.... Dime su nombre y os perdono.

— ¡Que nos perdonas! — repuso el poeta con tono de des-
precio. — Ya te he dicho que no queremos tu perdon.

— ¿Pero, querreis vengaros del que os ha obligado á volver
á vuestros encierros?....

— Somos demasiado nobles para querer vengarnos.

— Eso es incomprensible....

— Para tí que no abrigas un sentimiento generoso.

— Pues bien — replicó Dali Mamí, — si te obstinas en callar
os castigaré de muerte.

— Pronuncia la sentencia.

— Quiero otorgaros una gracia á pesar de que no lo mere-
ceis: os doy de término hasta la noche para que digais el nom-
bre de ese moro que os ha servido de guia, y si os negais á
hacerlo así, sufrireis la misma pena que va á sufrir ahora de-
lante de vosotros esa vil esclava.

Jaguá tembló convulsivamente mientras que Cervantes palidecía y brillaban sus ojos extraordinariamente.

—Muhamed— prosiguió Dalí Mami, señalando á la negra— que ahorquen á Jaguá en el jardín.

La desdichada esclava exhaló un grito ahogado y cayó de rodillas, fijando en el poeta una mirada de indefinible ternura.

Dispúsose el turco á obedecer y se acercó á la negra; pero Cervantes le detuvo, diciendo con firme resolución:

—No cometeréis tan infame atentado.

Dalí Mami miró al poeta con asombro: semejante atrevimiento no lo esperaba, y le dejó suspenso por algunos instantes.

—¿Quién eres—dijo al fin—para oponerte á mis mandatos?

—Si ahorcan á Jaguá—repuso Cervantes—cometeré todos los excesos imaginables, hasta me arrojaré sobre ti para ahogarte entre mis manos, y al cabo tendrán que matarme.

—¿Y me amenazas con tu muerte?

—Ya que no puedo hablarte en nombre de la humanidad porque la desconoces, te amenazo con el vil interés que te domina, y estoy seguro de conseguir mi deseo porque temerás perder conmigo la crecida suma que esperas por mi rescate.

—No te matarán—replicó Dalí Mami—te sujetarán y así...

—Me quitaré yo mismo la vida, te lo juro por Dios y por mi honor. ¿Dudas de mis juramentos?

—Te quitaré todos los medios de cumplir el que acabas de hacer.

—Pero no podrás obligarme á que coma, y moriré de hambre.

—Renunciaré á cuanto pueda valerme tu rescate.

—No renunciarás, quieres engañarme y engañarte, la codicia te domina, eres su esclavo y ni tu orgullo ni tu ira pueden sobreponerse á ella.

—Ya verás si te equivocas—replicó Dalí Mami, que en efec-

to no se atrevia á llevar á cabo su sentencia si habia de perder el rescate de su cautivo.—Muhamed, lleva á Jaguá....

—Al aposento de su señora—interrumpió Cervantes—para que le imponga el castigo que tenga por conveniente, exceptuando el de quitarle la vida y el de azotarla, porque sino yo moriré.

—¡Encierra á los cautivos!—dijo Dali Mamí con acento de rabia.—¡Enciérralos, pero que ese manco orgulloso esté separado de los demás y que no salga para nada!

—No olvides mi advertencia—repuso el poeta tranquilamente.

Y luego, volviéndose á su hermano, añadió:

—Pronto nos veremos....

—Me respondes de él con su cabeza—dijo al turco su señor.

—Entonces creo que debe contarla por perdida—replicó Cervantes.

—¡Salid, salid!

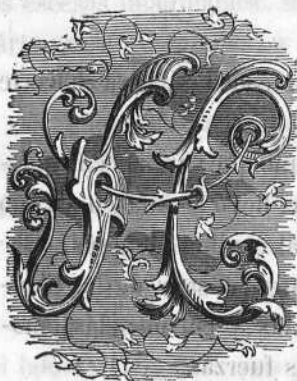
—Algun dia volveré, libre de mis cadenas, para hacerte temblar.

Muhamed condujo al poeta al sótano que ya conocen nuestros lectores, y encerrándolo alli solo, llevó á una cueva no menos húmeda y oscura á Rodrigo y al capitán Meneses.

Jaguá cayó sin conocimiento al intentar salir de la habitacion: la fatiga del viaje y las violentas y encontradas emociones que habia sentido, agotaron sus fuerzas.

CAPITULO XI.

Lo que sucedió entre Zoraida y Jaguá.



ACIA ya cerca de media hora que Jaguá habia perdido el conocimiento cuando volvió en sí. Los ardores de una violenta fiebre abrasaban su cabeza y su pecho y exaltaban su imaginacion hasta el punto de producir el delirio en algunos momentos.

Zoraida habia mandado que la dejaran en su aposento, y á solas con la infeliz, esperaba ansiosa á que recobrase el uso de sus sentidos para interrogarla, no solamente sobre lo sucedido con respecto á la intentada fuga, sino tambien para aclarar las razones que Cervantes habia tenido para fingir que no comprendia la morisca lengua, pues la esposa de Dalí Mamí habia sabido por casualidad que no era esto cierto. Así fué, que apenas Jaguá abrió los ojos y exhaló un suspiro, acercósele su señora y le prodigó toda clase de cuidados, hacién-

dole aspirar algunos perfumes, y cuando creyó que estaba en estado de hablar, le dijo:

—Jaguá animate, escúchame....

—Agua.... murmuró la negra con doliente voz — agua, que me abrazo....

Zoraida se apresuró á darle su misma copa que estaba sobre una mesa.

—Gracias, sultana—dijo Jaguá; —gracias.... Se me arde la cabeza y el pecho y.... no tengo fuerzas para levantarme....

—No te muevas—repuso Zoraida —pero escúchame y contéstame....

—Perdóname, sultana.... ten compasion de la pobre Jaguá —murmuró la esclava, cruzando sus manos temblorosas y ardientes—sufro mucho, y aunque soy negra, pero.... tengo corazon como vosotras las del rostro pálido.... y lágrimas tambien.... pero ahora no puedo llorar.... parece que me ahogo....

Y la infeliz abrió estremadamente sus vidriosos ojos y fijó en Zoraida una mirada de espanto y que revelaba el estravío que empezaba á producir la fiebre.

—Todo te lo perdonaré—repuso la esposa de Dali Mamí; —todo si me dices la verdad á lo que voy á preguntarte....

—Pero no me hables del cautivo, sultana; no me hables de ese cautivo que encendió tu pecho, porque él es la causa de todas nuestras desdichas, porque....

—No prosigas, Jaguá, y piensa que ya debias haber pagado con la vida la traicion que me has hecho. Del cautivo quiero hablarte y tú has de decirme lo que sepas si quieres obtener tu perdon.

—; Mi perdon!.... no lo quiero, sultana—replicó la negra que intentó levantarse, pero que volvió á caer pesadamente sobre el divan; —no quiero mi perdon porque la muerte no es para mí tan horrible como los tormentos que ahora sufro....? ¿Sabes por qué no me han ahorcado?

—Sí, ya lo sé que debes la vida á un rasgo de generosidad sin igual del cautivo. ¿Y crees que ya estás libre de castigo aun cuando yo te lo imponga?

—No me comprendes, sultana: te hablaba de mis tormentos, y es uno de los mas horribles el perdon que he logrado...

—La fiebre estravía su razon—dijo para sí Zoraida.

—¡Ah!....—prosiguió Jaguá— parece que me oprimen la frente y el pecho y.... tengo sed, mucha sed.

—Sosiégate, Jaguá; ya sabes lo que te he prometido si me sirves lealmente....

La negra fijó sus espantados ojos en su señora, y nada contestó.

—¿No me escuchas?—repuso Zoraida.

—Sí, sultana, te escucho porque no puedo hacer otra cosa....

—¿Y por qué no me contestas?

—Apenas puedo hablar.

—Haz un esfuerzo.... no mas que algunas palabras...

—Puesto que lo que quieres, hablaré—replico Jaguá con breve acento y como si quisiese concluir aquella conversacion á trueque de cualquier sacrificio.—Hablaré, pero no sabes lo que me atormentas.... Toma mis manos.... ya vés como tiemblo... Voy á morir, sultana, y tú vivirás para amarle, para ser amada de él... ¡Oh!.... ¡y ni siquiera se acordará de Jaguá, de la negra!...—exclamó la infeliz con febril exaltacion y oprimiéndose la frente con fuerza convulsiva.

—¡Escúchame, Jaguá!—repuso Zoraida afanosamente— ¡Escúchame un instante!....

—Ya te escucho, sultana, ya te escucho, pero antes quiero recordarte lo que ya te he dicho en otra ocasion, que el amor que tienes al cautivo ha de perderte....

—Escúchame, Jaguá, escúchame y deja tus tristes vaticinios que de nada me sirven porque es en vano que yo intente arrancar de mi pecho esta pasion que tú llamas fatal.

La negra se oprimió el pecho, exhaló un suspiro y revolvióse en el divan con muestras del mayor desasosiego.

—Díme — prosiguió Zoraida — desde cuando tramábais vuestra fuga.

—Desde el mismo día en que se verificó.

—Mientes, esclava; era proyecto muy meditado, estábais de acuerdo con otros cautivos....

—Lo ignoro.

—Piensa en lo que dices, Jaguá, y no olvides que soy dueña de tu vida.

—Sultana — replicó la negra con la ficticia energía que le daba la fiebre — no me amenes con la muerte porque será lo mismo que prometerme acabar mis dolores, hacerme feliz.

—¿No tengo medio entonces para hacerte decir la verdad?

—Ya te la he dicho: me fuí con los cautivos porque ví que se iban, pero sin conocer sus planes, sin haber antes tenido ni aun sospecha de ellos.

—¿Y por qué — dijo Zoraida — con riesgo de la vida buscas la libertad cuando yo te la habia prometido?

—¿Pero á qué precio?... ¡Ah!....

—¿Y qué te importa? Déjame buscar mi perdición, déjame morir, pero no me robes mis esperanzas, no intentes arrancar las ilusiones de mi amor. Yo te daré la libertad, esa libertad que amas tanto y por la que has jugado la vida: volverás á tus bosques, á tu tribu....

—Eso me halagó por un instante, mientras ignoré lo que habia de costarme alcanzarlo, pero luego....

—O deliras — interrumpió Zoraida — ó algun misterio que no alcanzo me oculta el fundamento de tu estraña conducta.

—Si hay misterio no intentes descubrirlo porque te perderás.

—Lo que hay, esclava — replicó la esposa de Dalí Mamí con acento de amenazante enojo — lo que hay es una traición

infame y que pagarás como se merece. ¿Por qué, miserable, me dijistes que el cautivo no entendía otra lengua que la suya?

—¿Quieres saberlo?—contestó la negra levantándose repentinamente y mientras que sus ojos encendidos parecían brotar llamas.—¿Quieres saberlo y que acabemos de una vez?....

Pero deteniéndose y volviendo á recostarse, y cerrando los ojos mientras que apretaba los puños, prosiguió:

—El cautivo no te ama....

—¡Que no me ama!—exclamó la mora cuyas megillas palidecieron.—¿Te lo ha dicho así?

—Me dijo—repuso Jaguá, siempre esforzándose para dominarse—que fingiría no comprender tu lengua para escusarse rechazar claramente tus caricias....

—¡Mientes, esclava!—gritó la mora fuera de sí.—Mientes porque sin poder resistir ya á mis halagos iba á corresponder á ellos cuando tú llegastes.... Me ama, sus ojos me lo dijeron y tú me engañas....

—He querido evitar tu perdicion....

—¡Miserable, esclava vil!—esclamó Zoraida.—¿No sabes que al intentar evitar mi perdicion buscabas la tuya?....

Jaguá rechinó los dientes, su frente se contrajo, y mientras que con mirada sombría contemplaba á su señora, le dijo:

—Tuyo será, sultana, tuyo en cuanto mis fuerzas me permitan ir de noche á sacarlo de su encierro.... mañana mismo ya que te empeñas, empero no me acuses si el logro de tus deseos te cuesta muy caro.

—Ya me has hecho traicion una vez....

—Te juro, sultana, que lo verás mañana en tus brazos; pero déjame ahora, no hagas antes ninguna tentativa para sacarlo de su encierro, no confies á nadie la llave que nos hemos procurado.... Espera un día, un solo día....

— Esperaré — contestó Zoraida despues de algunos instantes de meditacion; — pero si vuelves á engañarme... —

— Soy tu esclava y puedes imponerme todos los castigos, vengarte á tu placer, —

— Y será muy horrible mi venganza — replicó la esposa de Dali Mamí, clavando en la negra una mirada terrible. — Si desprecias la vida te haré sufrir otros tormentos. —

— ¡Si pudieras ver lo que hay aquí! — dijo la esclava, poniendo sobre el pecho una de sus manos y clavando las uñas como si quisiera arrancarse el corazon. — Si pudieses verlo, sultana, ó seria mucha tu compasion y te apiadarias de mí, ó estremado tu ódio y no me dajarias vivir un solo instante. —

— ¿Qué significan esas palabras? — preguntó Zoraida sorprendida y sin sospechar ni remotamente que su esclava era su rival. — Esplicate, Jaguá, dime cuales son esos tormentos que te hacen aborrecer la existencia, y por qué habia yo de compadecerte ó de odiarte. —

Jaguá se revolvió fatigosamente en el divan, sus espantados ojos despidieron miradas vacilantes, y como si no atendiese á las palabras de su señora, dijo:

— Tengo sed.... se me arde la cabeza.... me ahogo.... agua....

— ¿No me respondes? — le dijo Zoraida.

— Me muero.... déjame por compasion.... espera un dia y todo lo sabrás, todo.... ¡Agua, agua!

— Delira — murmuró Zoraida. — La dejaré, y esta noche, puesto que tengo la llave.... ¡Oh!.... no puedo esperar un dia....

— ¡Agua! — volvió á decir Jaguá con tono suplicante.

— Mi amor no puede quedar á merced del capricho de una miserable esclava — prosiguió la mora, hablando consigo misma.

— ¡Por compasion! — repuso la negra.

— ¿La has tenido tú de mí?

—Mañana lo verás, será tuyo, te lo juro, pero....

—Bien, esperaré á mañana que será el día de tus mas espantosos tormentos, si me haces traicion.

—Me ahogo.... la cabeza se me arde.... parece que me la oprimen con un martillo de hierro....

La negra exhaló un penoso suspiro; estremeciósese, movió repetidamente sus secos labios, y quedó aletargada.

La esposa de Dali Mamí la contempló por algunos momentos y como si quisiera adivinar el significado de las misteriosas palabras que habia dicho, hasta que al fin, queriendo estar sola para entregarse á sus amorosos pensamientos, llamó á dos esclavas y les mandó que llevasen á Jaguá á su lecho y que le prodigasen toda clase de cuidados, lo cual no dejó de causar alguna estrañeza porque se esperaba que le impusiesen un duro castigo.

CAPITULO XII.

Loca de amor y loca de celos.



A noche llegó, y mediada apenas sería, cuando la esposa de Dali Mami, que estaba sola y recostada en blandos almohadones de terciopelo carmesí recamados de oro, llevó al mórbido pecho las nacaradas manos, y de sus labios rojos y ardientes se escapó un suspiro suave, lánguido y tierno que fué á perderse entre el rico mosaico de la cóncava techumbre de la estancia. Nunca habia estado tan bella como en aquellos momentos en que sus rasgados ojos negros giraban bajo sus largas pestañas y á través de ellas despedían vivos relámpagos encendidos por la mas ardiente de las pasiones.

— ¡Todo por él! — murmuró con acento que revelaba claramente que la violencia de su amor habiase hecho dueña

absoluta de su razon.— ¡ Todo por él!.... ¡ Un dia es un siglo!

Luego se incorporó como con intento de levantarse, pero deteniéndose inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativa por algunos instantes.

— Algo significa — dijo al fin — esa conducta misteriosa de Jaguá, y no debo fiarme del todo en ella. Arriesgado es mi intento, bien puede costarme la vida, pero como todos duermen y nadie sospecha.... Estoy decidida, no esperaré, y.... tal vez así podré averiguar la causa de la estraña conducta de la negra.... ¡ Oh!.... sin duda me sigue la traicion.... No hay que perder tiempo.

Levantóse Zoraida con resolucion, miróse á un espejo, y satisfecha de sus atractivos, sonrióse y tomó una lámpara que habia sobre una mesa. Entonces su corazon palpitó con desiguales y fuertes latidos, temblaron sus manos, y sus mejillas palidieron. Empero el recuerdo del cautivo acudió en su ayuda, y recobrando todo su valor, dirigióse hácia la puerta con silenciosos pasos. Su respiracion agitada levantaba su blanco pecho bajo la ropilla de seda azul que lo cubria, y colocada la diestra en él y estendido el brazo izquierdo para adelantar la luz, salió del aposento, atenta al mas leve ruido, y examinando cuidadosamente cualquiera sombra, cualquiera objeto, pues en todas partes creia encontrar á su esposo.

Mucho tiempo tardó en atravesar algunas habitaciones y pasillos, silenciosos y solitarios todos, ya porque su marcha era lenta, ya porque á cada instante se paraba para escuchar. Poco faltó alguna vez, espantada por su misma sombra ó por uno de esos casi imperceptibles ruidos que se oyen en medio de la noche, para que la lámpara se escapase de sus manos; pero al fin, tras repetidos sustos y mal dominado miedo, llegó á la puerta del sótano donde estaba encerrado Cervantes, y su mano trémula introdujo en la cerradura la llave que llevaba prevenida para el caso.

Su corazon palpitó entonces con mas violencia que nunca,

la luz huyó por un instante de sus ojos, y despues de estre-
mecerse y de exhalar un ahogado suspiro, hizo un esfuerzo y
abrió la puerta, entrando con pasos vacilantes y temerosos.

El poeta dormia profundamente sobre el monton de hú-
meda paja; quizás soñaba en aquel momento con el cielo
cuajado de estrellas, bajo el cual habia pasado las noches an-
teriores, ó tal vez con sus infelices compañeros cuya suerte
ignoraba, pero que no debia haber sido la mejor porque no to-
dos, como él, podian enfrenar la cólera de sus amos con la co-
dicia, ni todos los amos eran tan codiciosos que ante la idea
de perder un rescate renunciasen á castigar cruelmente á sus
cautivos.

La esposa de Dalí Mamí dejó la lámpara en el suelo, y
acercándose á Cervantes lo contempló con todo el afan de su
ardiente deseo. Sus negros y espresivos ojos brillaron como
dos ascuas, y húmedos luego por la pasion, sin que se empa-
ñase el cristal de sus pupilas, quedaron fijos é inmóviles,
mientras que sus lábios temblorosos se entreabrieron para dar
con una sonrisa desahogo á la mas tierna, dulce y amorosa
de todas las emociones. Una corriente de fuego circuló por las
venas de Zoraida, y refluyendo en su corazon agitólo tan vio-
lentemente que pareció que iba á romperse en mil pedazos
y á saltar del pecho. Olvidóse de todo: ni la conciencia, tal
vez callada de puro espanto, le recordó sus deberes de espo-
sa, ni el miedo, quizás respetando aquella arrebatadora belle-
za, se levantó con sus negras formas para hacerla retroceder.

Trasecurrieron algunos instantes.

La luz de la lámpara iluminaba con sus dorados reflejos la
figura inmóvil de la mora que se destacaba en el pardo color
de las parederes del sótano como la aparicion de una huri en-
tre las tinieblas.

El poeta seguia durmiendo con el sueño tranquilo del que
es dueño de su pura conciencia en vez de esclavo de sus re-
mordimientos. Las fatigas y el quebranto de los pasados dias

teníanle tan rendido que ni oyó el ruido que hizo al abrirse la puerta ni se apercibió de la llegada de Zoraida.

Esta, embriagada por sus dulces pensamientos, acariciada por sus esperanzas risueñas, siguió en su contemplacion soñadora, y al cabo de largo rato, inclinando su talle esbelto, dijo con voz dulce como los cántares de Salomon, grata como los ecos blandos de la mágica lira de Orfeo:

—Cristiano....

Cervantes abrió los ojos, contempló por un instante á Zoraida y creyó que las caprichosas visiones del sueño le ponian delante aquella aparicion; pero al sentir en una de las suyas las ardientes y temblorosas manos de la mora, convenciéndose de la realidad, dejó escapar un grito de envidiable sorpresa, y levantándose como impulsado por un resorte de acero, aunque el impulso fué una palpitation violenta y repentina de su corazón, exclamó con acento de ardiente arrebató.

—¡Zoraida!

Lo que menos valor tiene, lo que menos significa, y aun á veces lo mas ridículo, es lo que mas conmueve y halaga á los enamorados, y Zoraida, al oir su nombre pronunciado por el poeta, sintió.... no podemos esplicarlo, pero es la verdad que su razon se trastornó completamente, y que loca de amor, estrechó las manos del poeta, sentóse á su lado y dijo con acento tan seductor como el canto de las sirenas tan temidas de Telémaco:

—¡Zoraida, sí, tu Zoraida, que viene á consolarte!....

—¿Quién te acompaña?— le dijo al poeta, acordándose de Jaguá.

—Nadie— contestó la mora.

—¿Y tu esclava?

—Duerme.

—¿Estás segura?

—Sí.... ¿pero qué temes de la negra?

—No es temor, sino que me parece por demas arriesgado....

—¿Qué importa arriesgar la vida—repuso Zoraida—cuando donde está el peligro se encuentra la felicidad?

—¡Ah!—exclamó Cervantes, cuyos encendidos ojos fijaron en la mora una mirada ardiente.—¡No es la felicidad la que encuentras, sino la que con tu hermosura traes, pues no hay dicha igual á la de estar á tu lado y aspirar tu aliento y que la luz de tus ojos encienda el pecho!

—¿Acaso me amas, cristiano?—dijo Zoraida con visible agitacion.

—Cuando te vi—repuso el poeta—conmoviôse mi ser de tan estraño modo, que no sabré decirte si el incomparable goce de tu presencia me atormentaba ó si el tormento me hacia gozar.

—¡Y fingistes no entender mis palabras!....

—Quise evitar tu perdicion, porque si nos hubiesen sorprendido....

—¡Es que no me amas como yo á tí!....

—Olvidate, Zoraida, de esa noche fatal en qué sufrí horriblemente.

—¡Olvidarme!....¡imposible! Su recuerdo me atormenta porque mi pasion no encontró correspondencia, pero es el recuerdo de la primera vez que te he tenido á mi lado.... ¡Cómo he de olvidar aquella noche!

—¿Tanto me amas?

—¿No te lo dice lo que acabo de hacer?.... Pero no me desprecies si ves que el recato no enfrena mi pasion; no me desprecies si en tu querida patria otra mujer mas hermosa que yo....

—No, Zoraida—interrumpió Cervantes;—solo el corazon de una madre me llora en mi perdida patria; ninguna otra mujer....

—¡Qué felicidad!—exclamó la mora.

—Tú sí tienes un esposo....

—Un amo, dirás, de cuyos caprichos odiosos soy el juguete.

—¿No lo amas?

—¡Amarlo!.... sólo á tí, cristiano, sólo á tí, y ojalá que tú me amases lo mismo....

—¿Lo dudas?

—Te fuistes sin acordarte que dejabas á una infeliz mujer condenada á vivir en un encierro y á fingir amor á quien sólo le inspira repugnancia....

—Tenia que cumplir un deber muy sagrado: diez infelices habian puesto en mis manos su vida y su libertad, y no corresponder á su ciega confianza hubiera sido la mas negra de las iniquidades.

—¡Cuán noble y grande es tu corazón!—exclamó Zoraida.

Y abriendo estremadamente los ojos, pareció que queria absorber con sus miradas al poeta.

Este besó apasionadamente las manos perfumadas de la mora, y no acertó á decir otras palabras que

—¡Qué hermosa eres!.... ¡Cuanto te amo!....

Desde aquel instante fué para ellos un Eden el negro sótano. Cervantes se olvidó por un momento de su patria y de su libertad, de sus amargas y tormentos, y solo se acordó de Zoraida, mientras que ella, loca de amor, olvidóse tambien del peligro que corria.

Dulces, tan dulces como un ensueño de alegre felicidad tras una realidad de triste desdicha, fueron los momentos que en la embriaguez de su pasión sintieron deslizarse el poeta y la esposa de Dalí Mamí.

Trascurrió una hora, dos....

Al fin pensó Cervantes que era una imprudencia el que permaneciese allí por mas tiempo Zoraida, y esta pensó tambien que era preciso separarse.

—No vuelvas á esponer tan locamente tu vida—dijo el poeta.

—Ya te he dicho que nada me importa....

— Yo iré á buscarte....

— ¿Y cómo?

— Déjame la llave que te ha servido para abrir.

— ¿Y si alguien te encuentra al atravesar la casa?

— Mejor que tú sabré evitar el peligro.

— ¿No es mas prudente que Jaguá venga á buscarte? — dijo Zoraida.

— Oculta á la negra tu pasion, dile que ya me has olvidado, que estas arrepentida de lo que has hecho....

— ¿Crees que nos venderá? — interrumpió Zoraida, cuya frente se contrajo.

— No, pero....

— Explicate, aclara ese misterio....

— Lo haré si me concedes una gracia.

— Tú puedes disponer de mí.

— ¿Eres dueña de dar la libertad á tus esclavas sin que sea un inconveniente la codicia de tu esposo?

— Aunque mostrase alguna repugnancia lo conseguiria fácilmente.

— Pues ejecútalo así con Jaguá y sabrás entonces lo que ahora no comprendes! —

— ¿Con que es traidora?....

— No.

— ¿Entonces?....

— Dále la libertad, aléjala de tu casa y entonces preguntame; pero entretanto compadécela.

Zoraida quedó pensativa; su curiosidad era mucha y no estaba contenta mientras no se aclarase aquel misterio. ¿Cómo habia de pensar que su esclava estaba enamorada del poeta?

Un leve roce se sintió en la puerta del sótano, y luego una sombra se deslizó tan silenciosamente como si hubiese sido un fantasma. Era una persona que á favor de la oscuridad, pues la luz de la lámpara no llegaba hasta allí, se arrastraba casi

pegada al suelo como el tigre que se acerca á su presa, esperando el instante oportuno de arrojarle sobre ella.

Ni Cervantes ni Zoraida se apercibieron de semejante aparición, pues absorto él en contemplar los hechizos de la mora, y esta queriendo adivinar el extraño misterio que la tenia tan pensativa, ni sintieron el levisimo ruido de la agitada respiracion del espía, ni pudieron verlo, aunque era casi imposible, en la completa oscuridad de aquella parte del sótano.

Estaban perdidos: quien quiera que fuese el que los acechaba no habia ido para favorecerlos.

Pocos instantes pasaron.

El espía detuvo su marcha de serpiente y sus ojos brillaron como dos luces fosfóricas.

El silencio no podia ser mas absoluto.

¡Desdichados amantes! la muerte amenazaba sus cabezas; la muerte iba tal vez á separar aquellos corazones que poco antes habian latido estrechándose fuertemente el uno contra el otro, ardiendo en el mismo fuego, palpitando á impulsos de las mismas sensaciones.... ¡Infelices, y cuan pasajera habia sido su dicha!

—Vete—dijo el poeta á Zoraida.—Un solo instante puede perderte....

—No me olvides—contestó la mora.

Levantáronse: un abrazo de despedida los unió quizás por última vez, y el crujido de un ósculo amoroso resonó en la negra bóveda.

Entonces se oyó un grito agudo, desgarrador, destemplado y que lo mismo podia tomarse por el rugido de una pantera herida como por el ay postrimero y desesperado de un moribundo. El espía se revolvió en el suelo como la serpiente á que se corta un trozo de su cuerpo, y despues, levantándose por medio de un movimiento convulsivo, se lanzó hácia los amantes con los brazos abiertos y chispeantes los ojos como dos carbones encendidos. La luz de la lámpara iluminóle, y pudo en-

tonces reconocerse á Jaguá cuyo rostro estaba horriblemente desfigurado. Sus grandes ojos, de mirada vacilante, estraviada, parecía que iban á salirse de sus órbitas; y su labio superior, levantado como el del gato cuando olfatea la caza, dejaba ver sus blanquísimos dientes que castañeteaban amenazadores como los del chacal cuando va á teñirlos con la sangre de su presa.

Cervantes y Zoraida contestaron con un grito de miedosa sorpresa y de horror al grito de Jaguá, y esta, mirándolos alternativamente, respirando con mucha dificultad y después de un violento tartamudeo, exclamó con voz ahogada;

—¡Suyo! Luego se oprimió el pecho sin poder respirar por algunos instantes, y soltando al fin una carcajada estridente, concluyó por una risa sardónica que causaba espanto.

El poeta y la mora, mudos de terror, no acertaron á pronunciar una palabra.

—¡Y.... se aman!...— volvió á decir la negra.

El acceso de risa convulsiva se calmó, y la infeliz, sin fuerzas ya, apoyóse en la pared. Entonces se contrajo su frente, sus ojos se revolvieron con rapidez en todas direcciones, y mientras se movian alternativamente sus dedos y cerraba y abría ó se frotaba sin concierto las manos, murmuró con sordo acento y sin fijar sus miradas en ningun punto;

— Se aman, pero.... yo los alejaré mucho, mucho.... y será mio.... ¡Le vuelve la espalda y finge que no la entiende!... ¡Já já!.... Cuidado, no os descubriré, pero os mataré.... ¡No entiende su lengua!

—¡Está loca!—dijo Cervantes con doloroso acento.

—¡Loca!—repitió Zoraida.

—¡Infeliz!....

La violenta y repentina sensacion que habia experimentado Jaguá en su estado febril le habia trastornado el juicio.... ¡Estaba loca de celos!...

—Ahora lo comprendo todo—dijo la mora.—Te amaba.... Su locura nos perderá....

—Huye, Zoraida—replicó Cervantes;—aprovecha estos momentos.... Pero compadécela.

Jaguá murmuró algunas palabras más, miró á todos lados, y soltando una carcajada se lanzó fuera del sótano con la velocidad de una centella.

—¡Dios mío!—exclamó Cervantes, elevando al cielo una mirada tierna.

Zoraida tomó con trémula mano la luz, y en extremo turbada salió, dirigiéndose á su aposento rápidamente.

Por fortuna ya habia dado al poeta la llave y este pudo cerrar la puerta del sótano, pero no al sueño sus ojos ni tampoco dar tranquilidad á su agitado espíritu. Su vida y la de Zoraida estaban pendientes de un hilo, sujetas á las irreflexivas palabras de una loca.

Pocos momentos despues de haber entrado Zoraida en su habitacion, entró tambien Jaguá en el mismo estado de enagenacion en que ya la hemos visto. La mora llamó á sus esclavas para que encerrasen á su compañera, ordenándoles que la dejasen bien guardada, y que no hiciesen caso de sus palabras.

CAPITULO XIII.

Se prosiguen los sucesos del anterior.



AUNQUE Jaguá era una esclava y ninguna importancia tenia en la casa de Dalí Mamí, no dejó de causar alguna impresion la noticia de que se habia vuelto loca, y á la mañana siguiente todos hablaban del suceso y se referian y comentaban las palabras que en sus momentos de exaltacion decia la negra. Afortunadamente, nada se le habia oido que pudiese comprometer á Zoraida ni á Cervantes, por mas que diesen que pensar sus claras demostraciones de que la causa de su demencia habia sido una pasion amorosa y un arrebató de celos. Habia pasado la noche en un continuado delirio, y aunque la fiebre iba desapareciendo, no por eso la razon volvía á su primitivo estado.

— Dalí Mamí era el que mas habia sentido la desgracia, no por compasion, sino por puro interés, porque un esclavo loco perdía todo su valor y era menester reemplazarlo haciendo un nuevo desembolso. Lo primero que se le ocurrió al inhumano moro fué mandar que ahorcasen á la esclava para evitar el gasto de mantenerla cuando de nada servia; pero Zoraida, sino muy compadecida, al ménos por hacerse agradable á los ojos del poeta, se opuso á tan bárbara determinacion, y tantos fueron sus ruegos que al fin Dalí Mamí se avino á soportar el inútil gasto como el de otro cualquier capricho de su esposa. Y aunque hemos dicho que no era todo compasion en la mora, no por eso dejaba de condolerse de la desgracia de Jaguá, pues era de buen corazon, y como ya no podian atormentarla los celos, el sentimiento caritativo borró fácilmente el recuerdo de un instante de odio mortal que habia sentido hácia la esclava al comprender la temeraria rivalidad de esta.

El aspecto de la negra era lastimosísimo. Habíanla encerrado en una apartada habitacion donde no habia mas que un miserable lecho de paja con una manta, donde á veces, rendida de fatiga se dejaba caer, para volver luego á pasear con desiguales pasos en todas direcciones. Estaba medio desnuda, y el escaso ropaje que apenas cubria sus bien dibujadas formas, hallábase roto y en el mayor desórden. Su negra y brillante cabellera trenzada otras veces con estudiado primor, caía entonces sobre su espalda y su cuello de ébano en desiguales mechones, y algunos de estos se esparcian sobre su frente. Parecia que sus ojos iban á salirse de sus órbitas; giraban con rapidez y desconcertadamente, y sus miradas, vagas y como recelosas, no se fijaban en ningun punto. Era continuo el movimiento de sus dedos, y abria y cerraba las manos como si palpase alguna cosa. Aunque poco, algo encorvaba la espalda, y tambien inclinaba la cabeza, levantándola raras veces. Una feroz curiosidad habia llevado á todos los habitantes de la casa al encierro de la esclava, y como esta se mostraba inofensiva,

tomaron algunos á entretenimiento y diversion el hacerle preguntas y oirla disparatar, llegando á familiarizarse en pocas horas con la infeliz, y á convencerse de que no habia peligro en que la dejasen andar libremente pues á nadie hacia mal, sino por el contrario, hablaba á todos de su amor con la mayor dulzura, diciendo sobre este punto todos los disparates imaginables que forjaba su monomanía.

No dejó de saber el poeta el resultado del triste suceso de la noche anterior, pues cuando Muhamed le llevó el almuerzo y la comida, consiguió ingeniosamente hacerle hablar, y tranquilizóse algun tanto al saber que por mas que la negra hablaba, ya de su pasion, ya de sus celos, solo decia *ella*, ó *la del rostro pálido*, cuando se referia á su rival, pero sin pronunciar su verdadero nombre ni el del objeto de su amor á quien llamaba *él*, ó el de los *ojos de fuego*.

Con tales noticias, sin temor de que otra nueva desgracia aumentase sus tormentos y sus cuidados, pudo Cervantes aquel dia entregarse á meditaciones sobre sus proyectos de fuga. Lo primero en que pensó fué en ponerse en comunicacion con su hermano y el capitan Meneses, lo que le seria bastante fácil, contando con el poderoso auxilio de la llave que le habia dejado Zoraida; de modo que el amor de esta que antes habia sido un obstáculo para la libertad de los cautivos, habiase trocado en favorable ayuda, sin la cual hubiera sido imposible al poeta comunicarse con su hermano y su compañero. No le faltaba mas que saber donde estaban encerrados, pero esto lo averiguaria por medio de la mora sin ningun trabajo, y aun por el mismo Muhamed podia saberlo.

Pasó aquel dia, pensando Cervantes en su libertad, soñando Zoraida con su amor y delirando Jaguá con sus celos, mientras que Dalí Mamí calculaba lo que podria costarle en el mercado otra esclava india, jóven y hermosa como Jaguá.

Llegó la noche con su oscuridad, su quietud y su silencio, y los habitantes de la casa de Dalí Mamí se recogieron á la

hora de costumbre, sin que quedasen despiertas mas que tres personas; Jaguá que no podia dormir con su locura, Zoraida á quien sus amorosos delirios le hacian velar, y el poeta que, como tal, estaba refiado con el sueño.

A eso de la media noche, Cervantes se dispuso á salir de su encierro, y abriendo la puerta cuidadosamente, pensó entonces que no tenia luz y que este inconveniente podia serle fatal aunque conocia bien el interior de la casa; pero como era preciso seguir adelante, decidióse á correr el nuevo riesgo, y saliendo y marchando á tientas, siempre junto á la pared, atravesó diversos aposentos sin que le ocurriese novedad.

Mas de un cuarto de hora empleó en su lenta y peligrosa travesía, hasta que al fin un débil rayo de luz puso término á su afán, dió á sus miembros mayor lijereza y mas seguridad á sus pasos, encontrándose bien pronto á la puerta del aposento de Zoraida.

El demonio y la carne son dos de los tres enemigos del alma: esta es una verdad que no ha salido de nuestro pobre imagin, pero que se nos viene á la memoria, porque apenas Cervantes vió desde el umbral á Zoraida vestida y recostada descuidadamente en un ancho divan, el enemigo de la carne amenazó al espíritu con sus sonrosadas, brillantes y en extremo bonitas uñas, aunque cortantes y venenosas, y olvidándose de todo, como la noche anterior, sorprendiéndola con un saludo gratamente espresivo y que aunque mudo pudiera haber sido tan visto como escuchado. La contestacion de Zoraida no sabemos cual fué, pero sospechamos que usó del mismo idioma.

La rapidez con que pasaron cerca de tres horas es escusado que la digamos, ni menos que palabra por palabra repitamos las que de amor fueron de los ardientes lábios á los afanosos oídos: bastará decir á nuestros lectores que fueron tres horas como tres minutos, pero de tan dulcísimo encanto, que para despedirse los amantes, les faltaba lengua, y para separarse,

ocasion. Pero como habian de hacerlo forzosamente, pasaron del amor á tratar de otros asuntos, y Zoraida dijo al poeta el lugar donde su hermano y Meneses estaban, pues disimuladamente lo habia preguntado por lo que de interesante tenia para ella cuanto mas ó menos directamente se relacionaba con el objeto de su cariño. Luego prometió la mora á Cervantes tenerle la siguiente noche prevenida una linterna y lo necesario para encenderla, y muy satisfecho nuestro cautivo, separóse al fin de Zoraida, despues de recomendarle que mirase á Jaguá con compasion y que procurase endulzar los tormentos de su triste estado.

El encierro de Rodrigo y de Meneses estaba muy cerca del de Cervantes, por cuya razon este quiso aprovechar aquella noche para hablar con su hermano y saber la suerte que le habia cabido despues de su separacion.

Con la misma lentitud, cuidado y precauciones que antes, dirigióse el poeta al sótano donde estaba Rodrigo y el capitan, y llegando acercóse á la puerta, escuchó y solo oyó el ruido leve que hasta allí llegaba de la respiracion de los cautivos que dormian á pierna suelta.

—Desgracia será—dijo para sí Cervantes—que no despierten, aunque el veterano tiene el sueño ligero.

Luego dió con el puño dos ó tres golpes en la puerta, que en medio del silencio y de la oscuridad hubiéralos tomado un espíritu supersticioso por el llamamiento de un ánima en pena que iba desde el purgatorio á pedir misas ú oraciones. Pero los cautivos no despertaron.

—Será, chasco pesado—repuso el poeta—tener que volverme sin hablarles.

Y repitió los golpes con mas fuerza, escuchando luego con toda su atencion.

—¿Es ya de dia?—dijeron desde adentro con soñolienta voz.

—¡Ya ha despertado Meneses!—murmuró Cervantes, estremeciéndose de alegria.

Echóse entonces al suelo, y poniendo la boca en el hueco que habia entre este y la puerta, dijo:

—Acercaos, soy yo, Miguel.

Oyóse un murmullo en la parte de adentro, después el ruido de pasos, y por último el de la voz de los dos cautivos tras la puerta.

—¿Estais ahí yá?—repitió Cervantes.

—¿Cómo es que andas por la casa á estas horas?—le preguntó Rodrigo con tono de admiracion.—¿Qué ocurre?

—Ya os lo diré otro dia, que no es esta ocasion de entablar tales coloquios—respondió el poeta.—Lo que importa es que sepais que tengo una llave para abrir la puerta de mi encierro y que esteis prevenidos todas las noches porque vendré para que hablemos.

—¡Lado sea Dios!—exclamó Meneses.

—Decidme—añadió Cervantes—lo que ha sido de vosotros.

—Nos han mandado al trabajo como siempre.

—¿Y nuestros compañeros?

—Al sargento Navarrete le han dado cien palos.

—¡Vive Dios!—exclamó el poeta.

—Y al desdichado Ferrer lo han ahorcado.

—¡Ah!

—Y han cortado una oreja al alferéz Rios.

—¡Los vengaremos, hermano, los vengaremos!—dijo Cervantes por cuya frente corria frio y copioso sudor.

—Los demás han sufrido tambien castigos, aunque de poca importancia, como son ayuno de algunos dias y aumento de horas de trabajo ú argollas y cadenas de mas peso que las que antes llevaban.

—Infundidles ánimo, decidles que trabajo por nuestra libertad y que ahora tenemos mas probabilidades que nunca de alcanzarla.

—Eres incansable, hermano.

—Cumpló con mi deber.

—Pero ten prudencia porque si llegan á sorprenderte en una de estas salidas no habrá compasion.

—Ciertamente, pero es necesario arrostrar el peligro.

—¿Y Zoraida?

—Loca de amor.

—¿La amas?

—Con los ojos, porque es en extremo hermosa, pero no con el corazon porque no me deja el amor á nuestra familia y nuestra pátria.

—¿Ya sabes que Jaguá?....

—Loca de celos.... ¡Infeliz!

—Si se descubriese....

—Os dejo—interrumpió Cervantes—porque está cerca la mañana y tengo que volver á mi encierro.

—Dios te proteja y te recompense tu generosa abnegacion.

—Dios me dé fuerzas para cumplir mis sagrados deberes—dijo el poeta.

Y despidiéndose de su hermano y de su amigo, dirijióse á su negra prision donde se encerró pensativo y fatigado.

El sueño cerró sus ojos mientras que su inquieta y fecunda imaginacion concibió mil proyectos de inmensa trascendencia y que parecian hijos de la falta de razon cuando lo eran de un atrevimiento sin igual.

Alumbró el sol y los habitantes de la casa se pusieron en movimiento; pero nadie observó cosa alguna que pudiese hacer sospechar lo sucedido en la pasada noche.

CAPITULO XIV.

Cómo Cervantes daba los consuelos de que él necesitaba.



RASCURRIERON algunos dias, durante los cuales el poeta siguió haciendo sus nocturnas escapatorias, visitando á Zoraida y comunicándose con su hermano y el capitan, quienes se ponian de acuerdo con otros muchos cautivos para llevar á cabo una nueva fuga. Muchos planes se habian trazado ya y muchos desechado al encontrar insuperables inconvenientes, pero no por esto desmayaban, sino que al contrario aumentábanse sus deseos de verse libres y su perseverancia en poner los medios para conseguirlo.

De Jaguá apenas se ocupaba ya nadie: dejábanla andar libremente por la casa que recorria casi siempre silenciosamente ó hablando consigo misma, y muchas veces pasaba ho-

ras enteras sentada junto á la fuente del jardin donde declaró á Cervantes su amor, ó en la puerta del sótano donde estaba encerrado. Esto era muy significativo para Zoraida, pero ningún valor tenia para los demás que lo atribuían á una de tantas manías de su locura. Por dias, puede decirse, iba la infeliz esclava perdiendo sus carnes y su belleza; habia enflaquecido mucho y sus bien dibujadas facciones estaban muy desfiguradas.

Como de costumbre, la noche en que estamos, despues de la acostumbrada visita á la mora, llegó Cervantes á la puerta del encierro de Rodrigo y del capitan, y llamándolos, acudieron estos en seguida.

—¿Teneis—les preguntó el poeta—alguna noticia que comunicarme?

—Una que no dejará de alegrarte—le contestó Rodrigo—porque es la de la libertad de uno de nuestros infelices compañeros.

—¿Quién?

—El alferez Castañeda.

—Bien has dicho, hermano, que la nueva era de gozo para mí. Dime como ha sido tan feliz suceso, pues ya sabes que Castañeda es uno de mis mejores amigos.

—Se ha rescatado.

—¿Pero cómo si ayer?....

—Nada sabia.

—¿Entonces?....

—Esta mañana ha desembarcado el portador del dinero y una carta de su tio, y tanta prisa se ha dado el buen Castañeda á terminar el ajuste, que antes que se pusiese el sol estaba ya en libertad y nos abrazaba llorando de alegría y ofreciéndonos cuanto le ha sobrado del rescate, aunque poco ha sido, pues su amo no ha querido bajar una dobla de trescientos cincuenta escudos.

—¡Una víctima menos!—¡exclamó el poeta con indefinible gozo.—¡Gracias, Dios mio!

— Seguro estoy — repuso Rodrigo — de que si hubiese podido obtener su rescate por cantidad menor, hubiese empleado el resto de su caudal en volver á su patria á otro desdichado; pero no le quedan mas que cincuenta escudos.

— Tiene un corazon muy noble.

— De ello ha dado muchas pruebas.

— ¿Y cuándo se vá?

— Probablemente dentro de tres dias en compañía de unos mercaderes catalanes.

— ¿Os ha dicho si mañana irá á veros?

— Sí.

— Quisiera darle un abrazo.

— Lo mismo desea él, y vendrá para rogar á Dalí Mamí que le permita verte.

— Que no deje de hacerlo.

— Además me ha prometido encargarse de llevar cartas nuestras.

— ¡Cartas! — murmuró Cervantes tristemente. — ¡Cartas que abrirán nuevas heridas en el corazon de nuestros padres y de nuestra hermana!

— Siquiera sabrán que estamos vivos.

— Es verdad....

— Y creo que no debemos ocultarles nuestra situación y lo que nos ha sucedido últimamente en nuestra intentada fuga.

— No soy de tu opinion, hermano: creo que solo debemos hacerles saber que existimos aun y que tenemos muy fundadas esperanzas de alcanzar nuestra libertad, ocultándoles lo que sufrimos.

— No, porque con razon se quejarían de nuestra reserva.

— ¿Y no piensas que si les pintamos nuestra situación con sus verdaderos colores, por sacarnos de ella harán sacrificios que los dejarán en el mas triste y miserable estado?

— Ciertamente, pero como añadiremos que estamos á punto de vernos libres....

—Obra como mejor te parezca, Rodrigo, porque no quiero tener que arrepentirme de haberte dado un consejo desacertado. En mi carta procuraré infundirles ánimo y resignación, hacerles concebir esperanzas consoladoras, y nada mas.

—Yo me encargo del resto: déjame una vez obrar á mi antojo, que ya verás como se tocan buenos resultados.

—Bien, prepara mañana á Dalí Mami, y dile que dé órden para que me permitan escribir y ver á Castañeda, porque yo no puedo darme por entendido.

—Así lo haré.

—Ahora dime lo demás que ocurra con respecto á nuestros planes.

—Nada porque Navarrete no vió ayer al renegado.

—¿Tenemos, pues, que esperar á mañana?

—Forzosamente.

—Dile que á falta de la escala que es casi imposible procurarse, que no pierda la ocasion de hacerse con una cuerda que tú podrás traerme liada al cuerpo y darme por debajo de la puerta.

—Bien, hermano.

—No tengo que decirte nada hasta ver lo que resulta de la entrevista de Navarrete con el renegado, y si este encuentra medio de salvar la dificultad que ocurre.

—Lo dudo.

—Os dejo que es hora muy avanzada—dijo Cervantes.

Y luego volvió á su encierro, apagó la linterna de que ya le habia provisto Zoraida, y escondiéndola entre la paja que le servia de lecho, se acostó.

Dalí Mami accedió á la petición de Rodrigo porque podia dar por resultado el precio de los rescates de ambos hermanos, y aquella misma mañana sacaron á Cervantes de su encierro y le facilitaron lo necesario para escribir.

La carta del poeta, mas que amargas quejas de su triste suerte, contenia las mas consoladoras palabras, concluyendo por

decir á su padre que, salvo lo que Dios dispusiese, muy pronto lo abrazaria porque los preparativos de su fuga estaban muy adelantados. Encarecíale tambien que no hiciese ningun sacrificio para rescatarlo, pues no era razonable empeñar la mezquina hacienda que les daba el sustento para alcanzar lo que estaba á punto de conseguir tan fácil y prontamente.

Rodrigo, que tambien escribió, ocupóse por el contrario de pintar con los mas vivos colores su desdichada situacion, los peligros que habian corrido al intentar la fuga, y los que aun tenian que correr. Esto debia herir vivamente el corazon de sus padres por mas que á la vez les dijese que tenian fundadas esperanzas de alcanzar la libertad, mucho mas si esto habia de ser esponiendo la vida.

Apenas habia concluido Cervantes de escribir su tiernísima carta, llegó el alférez Castañeda.

—Era este un jóven que apenas tenia veinte y ocho años, de noble presencia y de rostro de franca y alegre espresion.

El Amistosa y estrechamente se abrazaron apenas se vieron, y sentándose comenzaron á hablar como antiguos conocidos que eran, pues antes del cautiverio ya habian tenido frecuente trato en el ejército.

—Aquí me teneis —dijo Castañeda— hecho otra vez hombre, pues tal no he sido mientras me han tratado como á un perro. ¡Pluguiese á Dios que vos pudiéseis decirme otro tanto!

—Ya llegará el dia, mi buen amigo —contestó Cervantes; —y bien sabe el cielo que la libertad que habeis alcanzado me ha dado tanto gozo como si fuese la mia.

—Lo creo de vos que, no digo por mí, sino por el mas desconocido de nuestros desdichados compañeros, arriesgais constantemente la vida y no pensais en vos mismo mas que en ellos.

—Es mi deber.

—Es vuestra generosidad, vuestra nobleza.

—Dejemos eso aparte y hablemos de lo que nos importa al presente.

—Como os plazca.

—Ya os habrá dicho Rodrigo que necesitamos de vuestra amistad.

—Deseo pagaros lo que os debo. Decid lo que quereis y estad seguro de que todo cuanto sea necesario haré por dejaros complacido.

—Gracias, amigo mio—replicó Cervantes, estrechando la mano á Castañeda.—Se trata de que os encargueis de hacer llegar á mi padre las cartas que os daremos, pues como ireis á Madrid, fácil os será remitírselas por conducto seguro.

—¡Remitírselas!—dijo Castañeda.—No, mi buen amigo: yo mismo iré á Alcalá en cuanto dé un abrazo á mi tío, pues por mucho que digais en las cartas, no quedará satisfecho vuestro padre si no se le dan esplicaciones á las mil preguntas y dudas que se le ocurrirán.

—No me hubiera atrevido á pedir os tanto, pero ya que os ofreceis, ese es mi deseo.

—Que nada me costará cumplir.

—Pues bien, una vez que tanta es vuestra bondad, voy á deciros cómo habeis de hablar de nosotros á nuestra familia, porque si no os lo advirtiese, de seguro el interés de vuestra amistad haría lo que evitar quiero á toda costa.

—Esplicaos, pues, que vuestras advertencias serán seguramente dignas de tenerse en cuenta.

—Mi familia—repuso el poeta—vive, como ya os tengo dicho, de un escaso patrimonio que apenas le produce lo suficiente para sostenerse con decencia; pero el cariño de mi padre hácia sus hijos es tal, que para atender á nuestras necesidades y al modesto dote de nuestra hermana, ha llevado una vida de privaciones, que le han impuesto muchos sacrificios. Conozco bien su noble corazón y el tierno sin igual de mi buena madre—añadió el poeta cuyos ojos se humedecieron—y estoy cierto de que si á comprender llegasen todas las miserables desdichas de nuestra suerte y lo comprometida que está nuestra

existencia aquí, y lo insegura, lejanas y casi ilusorias que son las probabilidades que tenemos de alcanzar la libertad, seguro estoy, repito, que á comprenderlo así, darian el escaso pan de su sustento, se quedarían reducidos á la última de las miserias por lograr nuestro rescate. Esto, como imaginareis, no puedo consentirlo porque á ello se oponen mis sentimientos de cariño y gratitud filial, mi razon y mi deber; no quiero que mis padres, tras una vida de sacrificios y privaciones, se vean reducidos en su vejez al tristísimo estado de carecer del preciso sustento, de tener quizás que implorar humildemente la caridad de los opulentos que les volverían la espalda y los mirarian con desprecio, y si le daban una limosna seria para alejarlos, porque la miseria entristece y los ricos no quieren amargar la dulzura de sus goces tomando parte en las ajenas desgracias.... ¡Oh!...

Cervantes no pudo proseguir; ahogábalo una dolorosísima emocion, mientras que dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿A dónde vais á parar—dijo Castañeda conmovido— con tan tristes y exageradas suposiciones?

—A la verdad, amigo mio—repuso Cervantes, procurando dominar su emocion.—Soy muy jóven aun, pero tengo bastante esperiencia y creo conocer el corazón humano. Perdonad si cuando empezais á ser feliz, despues de muchos padecimientos, turbo vuestra alegría con mis dolorosas reflexiones.

—Me haceis una ofensa creyendo....

—Sé que no os pesa llorar conmigo, pero yo abuso haciendoos llorar en vez de evitarlo.

—Mas me atormentais creyéndolo así....

—Como os digo—prosiguió Cervantes—es imposible que yo consienta en ser la causa de la desgracia de mi familia; antes prefiero morir, estar cien años en mi calabozo, sufriendo el indigno y humillante trato que me dan.

—¡Noble corazón!—exclamó Castañeda, abrazando á su

amigo.—¡Cuánta abnegación!... Sois esclavo de vuestros deberes, y....

—Encadenado á ellos me será imposible correr tras la fortuna ni alcanzarla; pero podré mirar con desprecio á los que desprecien mi pobreza... Perdonadme esta vanidosa debilidad, única que el pobre honrado puede tener en cambio de las muchas miserias con que se envanecen los poderosos.

Una amarga sonrisa vagó en los labios del poeta, y luego prosiguió:

—Mi hermano, que es bueno, pero que no tiene el valor de una resignacion constante, lo cual suele producir el egoismo, pintará en su carta á nuestro padre todo lo penoso y horrible de nuestra situacion. Yo no he querido insistir para convencerle de lo mal que en ello hacia, porque no sabemos lo que está por suceder, y consejos que pueden llegar á pesarme no quiero darlos. Pero es lo cierto que si solo á su carta atiende mi padre, sucederá lo que tanto temo, que empeñará ó malvenderá su patrimonio. Puesto ya como estais al corriente de mis deseos sobre este punto, el favor que de vos espero es que hábilmente borreis la impresion dolorosa que causará á mi padre el relato de nuestras desgracias, y haciéndole ver que para nuestra fuga tenemos seguros medios, procureis evitar su ruina.

—Grave es la responsabilidad del encargo que me haceis—dijo Castañeda despues de algunos momentos de reflexion—pues si por evitar una desgracia sucede otra, tendré que acusarme al menos de una torpe condescendencia.

—Vos no haceis en esto mas que cumplir un encargo, y en manera alguna sois responsable de los resultados que dé.

—Aquí de vuestros consejos que no quereis dar cuando pueden pesaros.

—En eso tendria que obrar por mi propia cuenta, pero no así vos ejecutando lo que os dicen.

—Vuestro fin—replicó Castañeda—no puede ser mas digno

de alabanza, pero tened entendido que es exagerar vuestro noble deseo.

— ¡Exagerar el querer que mi virtuosa y desgraciada familia no quede sumida en lo mas horrible de las miserias! No, amigo mio, esto es cumplir con un deber el mas sagrado de todos, porque despues de Dios están mis padres y yo despues de ellos. Tenedlo entendido, y ya sabeis que en mis resoluciones soy firme; no levantaré mi felicidad sobre la desgracia de mi familia, y ni el deseo de verme entre ella, ni el de ser dueño de mi libertad, serán bastante para que yo acepte el sacrificio que por nosotros estarán dispuestos á hacer cuando conozcan en toda su estension lo horrible de nuestra suerte. Ayudadme en esta buena obra — prosiguió Cervantes con tono de tierna súplica; — ayudadme á evitar que dos ancianos cuya larga vida ha sido un continuado ejemplo de rara virtud, encuentren por término á sus afanes, por recompensa á sus sacrificios y á su honradez la miseria y el hambre, las humillaciones y la amargura sin igual de los desengaños. ¡El hambre! — exclamó el poeta, estremeciéndose de espanto — ¡El hambre á la vejez! ¡Estó es horrible! ¡El hambre y las humillaciones, doblar ante el vicio una frente pura y la cabeza cubierta de canas venerables! ¡Oh! ¡Jamás, jamás! ¡Yo no puedo aceptar sacrificio semejante!

— El cautivo apoyó los codos en las rodillas y ocultó el rostro entre sus manos agitadas convulsivamente.

Hubo algunos momentos de silencio que Castañeda no se atrevió á romper porque no encontraba razones que dar contra sentimientos tan nobles y generosos como los del poeta.

Este sufría mucho en aquellos momentos: á su memoria se habian agolpado todos los recuerdos de su infancia y los de rara ternura de sus padres, acudiendo á su imaginación ideas en extremo atormentadoras para su alma sensible.

— Mi buen amigo — dijo al fin el alférez — cumpliré con

vuestro encargo, pero si no se consigue vuestro deseo, no sospecheis que he desempeñado mi papel tibia y flojamente.

—Me basta vuestra promesa, pues no me la hariais sinouviéseis intencion de hacer todo lo posible para dejarme servido.

—Estad seguro de ello.

—Tomad la carta—dijo Cervantes, entregando á Castañeda el papel, tesoro de ternura y consuelo.—Dios os ilumine....

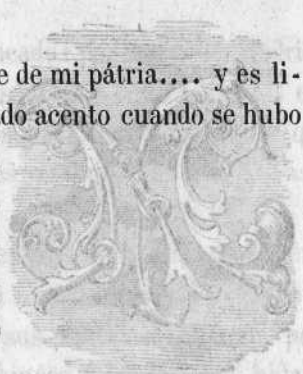
—Dios recompense vuestras virtudes.

—A mi madre—repuso el poeta que no pudo contener el llanto—á mi madre besadla por mí como yo la besaria, y estrechad entre vuestros brazos á mi padre y á mi hermana.... y decidles.... decidles que me habeis visto llorar por ellos..

Abrazáronse ambos amigos y ambos derramaron lágrimas de la mas dolorosa ternura.

Al fin se separaron.

—¡Va á verlos.... á respirar el aire de mi pátria.... y es libre!—murmuró Cervantes con ahogado acento cuando se hubo alejado su amigo.



CAPITULO XV.

De Arjel á España.



MIENTRAS Cervantes continúa poniendo en juego su incansable actividad para conseguir su fuga y la de otros muchos cautivos, referiremos aunque muy ligeramente, lo que sucedió á Castañeda y el resultado que dieron las cartas de que era portador para el padre del poeta.

Cuando el alferez desembarcó en Valencia fué acometido de una peligrosa enfermedad que lo tuvo postrado mas de tres meses, de tal modo que apenas podia darse cuenta de que existia. Como era consiguiente, quedó tan debilitado, que no tuvo fuerzas para ponerse en camino, ni tampoco si quisiera intentarlo se lo hubiesen permitido los que cuidaban de su salud. Esta desgracia no le dejó cumplir su encargo, y aunque pensó mandar las cartas, no lo hizo tampoco por miedo de que sucediese lo que tanto temia su amigo si él no se hallaba presente

para procurar evitarlo. Así, pues, creyó preferible esperar, y cuando estuvo en estado de emprender su marcha, es decir, unos siete meses despues de su salida de Arjel, dirijióse á Madrid con la celeridad que le permitia su quebrantada salud y el lento paso de la perezosa mula de un arriero con quien arregló su viaje, pues hacerlo á caballo y con un escudero no se lo permitian sus escasos recursos, ni mucho menos en un coche ó litera, reservados entonces para la crecida fortuna de los opulentos. El camino de Valencia á Madrid no lo andaba en aquella época ningun arriero en menos de diez ó doce dias, y esto contando con que no lo detuviese un temporal; de manera que con el tiempo que el alférez invirtió en su caminata y con el que en la córte hubo de detenerse al lado de su tio, resultó que las cartas de los cautivos no llegaron á manos de su padre sino muy cerca de un año despues de haberse escrito.

Cervantes no se habia equivocado: la carta de Rodrigo produjo tal efecto en el ánimo de su padre, que todos los esfuerzos de Castañeda fueron vanos para convencerle de que debia esperar algun tiempo antes de empeñar sus escasos bienes.

El alférez llegó á Alcalá de Henares una tarde de diciembre, fria y nebulosa, y apenas en una posada hubo dejado su cabalgadura y se hubo limpiado sus vestidos, dejando para despues el tomar alimento, encaminóse á la casa del hidalgo Rodrigo de Cervantes, situada en la que es hoy huerta de los Capuchinos, y de la que no quedan otros restos que una pared y una puerta tapiada. El edificio era de poca estension y pobre aspecto, y lo mismo que su sencillo exterior, su interior daba claros indicios de la pobreza de sus habitantes por la escasez y antigüedad de sus muebles y adornos.

Apenas Castañeda se hubo anunciado, por medio de una anciana criada que le abrió la puerta, diciendo que habia llegado de Arjel, cuando los padres y la hermana de los cautivos

le salieron al encuentro á la escalera, y olvidándose de su natural cortesía, sin esperar á otros cumplimientos preguntáronle todos á la vez:

—¿Los habeis visto?

—Sí—contestó el alférez, pasando adelante.

El aposento en donde entraron era un salon cuadrilongo y de elevado techo formado por vigas gruesas de color oscuro. Componíase el mueblaje de algunos sillones de nogal con asiento de cuero de vaca y tachonados con grandes clavos de cobre, unas cuantas sillas de pino pintadas de azul y dos mesas, la una de encina cubierta con un paño verde, mas que nuevo, cuidadosamente conservado, y la otra de nogal con pies en forma de columnas salomónicas y dos barrotes de hierro torneados que se cruzaban desde los travesaños de estos al tablero cuya parte superior estaba incrustada primorosamente de marfil, nácar y concha. Esta mesa, no de escaso valor por el raro trabajo del mosaico, se conservaba como una reliquia de familia. En una de las paredes, la que estaba frente á la que formaba parte de la exterior del edificio y en la que habia un balcon, veíanse tres cuadros de lienzo pintados al óleo, con molduras talladas y doradas, y como de unos tres á cuatro pies de largo y de proporcionada anchura. El que estaba colocado en medio lo llenaba el árbol genealógico de la familia que principiaba con el nombre del gran Alfonso Nuño, alcaide de Toledo, y seguia luego con otros muy celebrados é ilustres, viéndose entre los de una de sus ramas el de doña Juana Enriquez de Córdoba y Ayala, segunda muger del rey don Juan II. Los otros dos lienzos eran los retratos de Juan de Cervantes, corregidor de Osuna, padre de Rodrigo y abuelo de nuestro inmortal poeta, y el otro de su esposa.

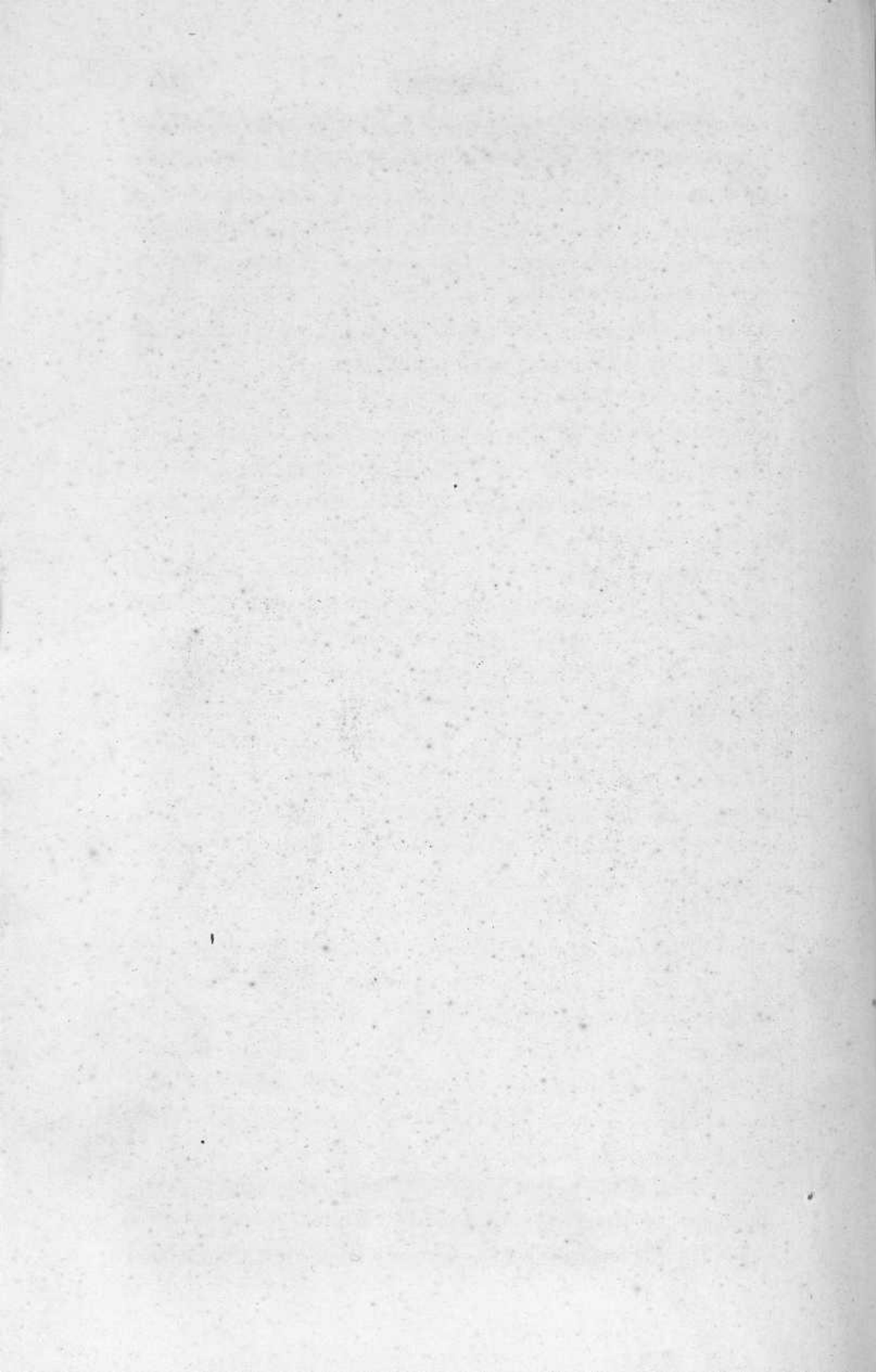
El padre de nuestros cautivos no tendria mas de cincuenta y cinco años, pero los pesares habian encanecido sus cabellos y surcado de arrugas su frente. Su esposa, doña Leonor de Cortinas, era mas jóven y aun aparentaba menos edad de la



Zarza, d.^o y lu.^o

Lit. Heráldica.

—¿Los habeis visto?
—Si— contestó el alférez, pasando adelante.



que realmente tenia, conservando todavia no poco de su belleza juvenil y de su frescura, por ese privilegio que la naturaleza concede á algunas mujeres de no marcar su rostro con el sello de la vejez año por año sino en un solo dia como si repentinamente pasasen de la juventud á la ancianidad.

Andrea, la hermana de Cervantes, era mayor que este, y habia heredado de su madre la hermosura y gracia y de su padre el noble porte que tanto lo distinguia.

Dados á conocer estos personajes, y volviendo á reanudar el cortado hilo de nuestra narracion, diremos, que padres é hija dieron apenas lugar al alférez para tomar asiento y comenzaron á hacerle repetidas preguntas sin dejarle tiempo á responder una palabra.

Castañeda, sin oidos bastantes para escuchar y sin ocasion para esplicarse, por toda contestacion sacó las cartas que puso en manos de Cervantes, y que otras cuatro manos las hubiesen cogido si el hidalgo no las apretára entre las suyas, temblorosas y ardientes, con afanosa precipitacion.

— Perdonad la descortesia — dijo el anciano á Castañeda; — voy á leer....

— Hacedlo en voz alta — interrumpió el alférez — para satisfacer el afan de vuestra esposa y de vuestra hija: su contenido no es para mí un secreto.

La lectura dió principio por la carta del poeta, cuyas palabras de ternura y consuelo hicieron correr en abundancia el llanto por las mejillas de los circunstantes. No habia frase que no diese la mas cabal idea de cuanto valia el corazon que la habia sentido; ni una sola queja se habia escapado, ni el mas lijero detalle del duro trato que sufria el infeliz cautivo; todo eran consuelos, consuelos cuando tanto los habia menester el que así los prodigaba.

— ¡Alma noble y generosa! — exclamó el anciano á la vez que besaba el papel y lo regaba con su llanto.

— ¡Hijo! de mis entrañas! — dijo doña Leonor con acento aho-

gado y estrechando contra su seno palpitante á su hija Andrea.

Algunos momentos de silencio pasaron, indispensables para que recobrasen el aliento aquellas tres personas, y luego el hidalgo, con trémula voz, comenzó á leer la carta de Rodrigo.

Esta, como yá hemos dicho á nuestros lectores, era un relato tristísimo de la mas triste vida que llevaban en su duro cautiverio los dos hermanos, y cada frase, cada palabra clavábase en el corazon de aquellas tres personas como la punta de un puñal.

—¡Oh!—exclamó el anciano al concluir la lectura y mientras que la carta se escapaba de sus manos—¡Qué horrible suerté la de mis desdichados hijos!.... ¡Dios mio!....

—Ya conoceis—dijo Castañeda—el carácter impresionable de Rodrigo, y por consiguiente, me creereis si os digo que hay alguna exageracion en la tristísima pintura que hace de sus desgracias. Lo mismo que él cuenta, dicho con mas sencillez, no os pareceria tan malo. Sobre todo, puedo aseguraros que tienen de manera dispuestas las cosas para su fuga, que no tardareis mucho en verlos.

—¡Verlos! repitió el hidalgo, moviendo la cabeza tristemente y con aire de duda.—Consuelos son los que quereis darme, inspirados por la generosidad de mi hijo Miguel, pero la verdad la dice Rodrigo.

—Sí, esa es la verdad—dijo doña Leonor:—Miguel nos engaña....

—¡Noble engaño!—repuso el padre del poeta.

—Yo os daré razones que os convencerán—replicó el alférez—y entonces....

—Decidme—interrumpió el anciano—cómo es que ya no están aquí cuando su fuga debia verificarse á los pocos dias de vuestra partida. Hace muy cerca de un año que se escribieron estas cartas, y el trascurso de tanto tiempo es bastante á convencerme de una de dos cosas bien tristes, ó de que han perecido en su empresa, ó de que ya no pueden llevarla á cabo.

—Eso decís — replicó Castañeda — porque no conoecis aquello....

—Lo que sé, y esto es muy positivo, es que mis hijos, sino han muerto, tienen la vida á merced del capricho de un bárbaro y que sufren peor trato, que las bestias. Pero yo los salvaré, ya no dejaré pasar un solo dia con esperanzas vanas.

—Sí, sí, dijo doña Leonor; — aun cuando tengamos que implorar la caridad como el último de los mendigos....

—No os dejeis arrebatar por los impulsos de vuestro corazon, porque tal vez mientras sacrificais vuestra fortuna ellos boguen libres hácia las costas de nuestra pátria.

—Mi hijo Miguel — repuso el anciano — os ha encomendado sin duda una mision harto delicada y la que no podreis cumplir á medida de sus deseos porque ya nada me detendrá para hacer el último de los sacrificios.

—Es que no pensais — replicó el alferez, esforzándose por convencer al hidalgo — no pensais que por hacer á vuestros hijos un bien vais á causarles un mal. Y digo esto porque presumo que intentais recurrir al extremo de empeñar ó vender vuestra escasa hacienda, es decir, lo que algun dia será su único sustento.

—¿De qué les sirve esa hacienda si antes de heredarla morirán en el cautiverio? Alcanzen su libertad, y siendo honrados y laboriosos, no les faltará con que vivir siquiera modestamente.

—¡Mis hijos, yo quiero á mis hijos! exclamó daña Leonor.

—Pero....

—En vano os cansareis — dijo el anciano — si aun intentais hacerme desistir de mi determinacion.

Era tan firme el tono de resolucion del padre del poeta, que el alferez se convenció de que nada adelantaria: y como tampoco defendia una opinion que estuviese de acuerdo con la suya, hubo de guardar embarazoso silencio, meditando de qué manera podria convencer al afligido padre. Pero este, sin darle tiempo á pensar mas, le dijo:

—¿Cuando pensais volveros á Madrid?

—Mañana bien temprano, á menos que pueda servirlos.

—Iré con vos.

—¿Es decir?....

—No os esforceis; os repito que nada me hará desistir de mi resolucion.... ¡Quiera el cielo que no sea tarde y vano mi sacrificio!.... Estoy muy cerca del sepulcro, amigo mio, porque hay dolores que matan mas que los años, y ya no tengo mas anhelo que abrazar á mis hijos, bendecirlos en mi hora postrera y que cierren mis ojos.... Aun sin perder un dia tal vez no pueda conseguirlo....

Doña Leonor y Andrea daban al llanto libre curso sin poder articular una palabra, y el anciano enjugó tambien con su mano temblorosa una lágrima del mas intenso dolor. Mucho sufrían los desdichados: atormentábanlos las ideas mas desconsoladoras porque no veían sino un porvenir tristísimo, la miseria, los desengaños y la muerte por término á tantos dolores.

—Señor Castañeda —dijo el anciano, variando de conversacion para distraer á su esposa y á su hija— espero que honrareis nuestra pobre casa pasando en ella la noche.

—Ya tengo alojamiento y....

—No me agradezcais el ofrecimiento porque hay en él mucho egoismo: quiero que hablemos de Arjel, haceros muchas preguntas, y si nos acompañais á cenar tendré ocasion de molestaros. Irán á buscar vuestra cabalgadura que se acomodará en la cuadra con mi mula, y mañana, despues de almorzar, emprenderemos nuestro camino.

Castañeda no pudo resistir á tan cortés ofrecimiento, y lo aceptó, pensando tambien que era un consuelo para aquellos infelices padres el hablarles de sus hijos aun cuando solo tuviese que referir cosas muy tristes.

CAPITULO XVI.

De la primer visita que el Sr. Rodrigo de Cervantes hizo en la corte.



A siguiente mañana muy temprano, Cervantes y Castañeda salieron de Alcalá, y á buen paso tomaron el camino de la corte, aquel, caballero en una mula de paso, corpulenta y de negro pelo, y este en un cuartago perezoso y espantadizo que habia alquilado para su viaje.

Llevaba el señor Rodrigo por todas provisiones y recursos, un legajo de papeles que lo componian las escrituras de sus bienes, y seis escudos y dos reales en uno de los bolsillos de sus gregüescos de paño verde.

La mañana estaba fria y húmeda, como mañana de diciembre, y los viajeros, embozados hasta los ojos, caminaban triste y silenciosamente. El carácter alegre y festivo de Casta-

ñeda era proverbial entre sus amigos, pero no lo demostraba entonces porque iba muy preocupado con los recuerdos del dia anterior y con el pesar de no poder ofrecer al afligido padre ningun género de ayuda. El buen alferez nada poseia mas que su tizona, por cierto bien temible, y si no le faltaba el preciso sustento, debíalo á la generosidad de un tio solteron y estravagante á quien tenia que pagar sus favores con paciencia y exagerada sumision.

Como nada de particular ocurrió en el camino á los viajeros, evitaremos al lector la molestia de seguirlos paso á paso, y nos trasladaremos de un brinco á la coronada villa en donde, la noche bien entrada, entraron ellos tristes aun y fatigados.

A la entrada de la plaza del Arrabal, hoy plaza Mayor, despidióse Castañeda de Cervantes para seguir calle de la Almudena abajo, tomar la plaza de San Salvador, ahora de la Villa, y buscar la calle del Sacramento donde habitaba su tio, y su compañero de viaje, vovió á la izquierda, dirijiéndose á Puerta de Moros donde habia una posada de las mas antiguas de la poblacion.

—Perdonad—dijo el alferez al hidalgo cuando iban á separarse—si no os pago vuestra fineza ofreciéndoo mi casa, pues ya sabeis que no la tengo.

—Vuestra buena voluntad os agradezco—le contestó el anciano—y esto es lo que aprecio mas que nada. Aun estoy en deuda con vos.

—Iré mañana á visitaros; lo que puedo, no lo ignorais, y si de algo os sirvo....

—No deseo mas sino que el cielo os pague la amistad verdadera que teneis á mis hijos y que habeis demostrado por mí—contestó el señor Rodrigo.

Y luego, tras algunas corteses frases, picó á su fatigada y obediente mula y se encaminó á la posada sobre cuya ancha puerta hubiera podido leerse de dia lo siguiente, escrito con letras amarillas y desiguales:

JESUS MARIA Y JOSÉ.

POSADA DEL COJO DEL SEÑOR SAN BLAS.

Salió á recibir al hidalgo un hombrecillo rechoncho y viejo, falto de la mitad de la pierna derecha que suplía con una de palo, y cuya circunstancia justificaba el letrero de que hemos hecho mencion y sacaba de la duda que pudiera ocurrir de si el cojo era el santo ó el dueño de la casa.

—Dios venga con vuestra merced, señor Rodrigo y compañía—dijo el posadero que ya conocía á Cervantes de otras veces que lo habia hospedado.

—Dad un buen pienso á mi compañía, como vos llamais á la mula—contestó el hidalgo, y á mi algo de cenar.

—Al momento, y como siempre, bien servido, que ya sabe vuesa merced que en esta casa se le estima de veras, y á fé que si la mula pudiera hablar no se quejaria del trato que le doy ni diria que la cebada no abunda en su pesebre, porque, como vuestra merced no ignora, prefiero ganar poco y tener limpia la conciencia, que dia llegará en que á todos nos midan con un rasero, que mas vale ser pobre y honrado, y por tal perdí esta pierna sirviendo lealmente al rey nuestro señor como es obligacion de todo vasallo fiel. Y porque vuesa merced se convenza....

—Ya os conozco y sé lo que valeis—interrumpió el hidalgo que no estaba de humor de sufrir la charlatanería del posadero cuya fama de hablador era pública en toda la villa.—Haced lo que os digo, que estoy muy cansado y necesito acostarme.

—Desocupado está el aposento que siempre ocupa vuesa merced: tome la llave y ese candil que acabo de llenar de aceite, y en seguida irá con la cena.

El señor Rodrigo tomó la llave que le dió el posadero y descolgó un candil de garabato que habia en una pared, encami-

nándose luego á su habitacion donde no habia mas que una malísima cama, una mesa peor y un banquillo de nogal.

Un cuarto de hora despues le llevó el posadero una tortilla y pan, y concluida la cena, acostóse el anciano, aunque el sueño parecia huir de sus ojos.

La noche pasó y á las ocho de la siguiente mañana, despues de tomar un frugal almuerzo, colocó Cervantes debajo del brazo los papeles que digimos sacó de su casa, y salió triste y pensativo, encaminándose con desiguales pasos á la calle de San Nicolás.

— ¡Si al menos llegára á tiempo! — murmuraba por el camino. — Pero si han muerto y no sirve de nada este sacrificio.... ¡Oh!.... La prudencia dictaba ayer las palabras del alférez; pero como la prudencia no se aviene siempre con los impulsos del corazon, si he de obedecer los unos tengo que desechar la otra.... Supongo que bastará con lo mio y que no tendré que tocar á lo destinado al dote de mi pobre Andrea.

Así pensando, llegó á la puerta de una casa de apariencia pobre, y examinándola como para reconocerla, dijo:

— Aquí es.... ¿Quién habia de decirme hace un año cuando acompañé á esta misma casa á mi buen amigo Andrés que yo vendria mas apurado que él aun y con el mismo fin? Y en verdad que á no ser por aquello, ahora no sabria á quién dirigirme con mi proposicion. Vamos, pues, que si ha de hacerse, retardarlo es atormentarse.

Entró el hidalgo en el zaguan, subió una estrecha y en extremo oscura escalera, y cuando llegó al segundo y último piso, llamó á una puertecilla y esperó buen rato á que le contestasen.

— ¿Quién es? — dijeron al fin desde adentro.

— ¿Vive aquí todavia el señor Justo Perez? — preguntó el hidalgo, acercando los lábios al agujero de la cerradura.

— Aquí vive. ¿Qué se os ofrece?

— Hablarle.

La puerta se abrió, apareciendo una eria da que repuso:

— A mala hora llegais, señor hidalgo, porque el señor Justo va á salir para ir á misa, y por nada del mundo deja de cumplir con su antigua devocion.

— Sin embargo — contestó el señor Rodrigo — decidle que el negocio que me trae me interesa mucho, y que tengo gran priesa, porque desearia volver mañana mismo á mi casa.

— Esperad — dijo la criada — que por serviros se lo diré, aunque tengo para mí que ha de ser en vano.

Y luego entróse en el interior de la casa, y despues de buen rato salió.

— Como os lo habia yo dicho, señor hidalgo; hasta las diez no recibe á nadie segun tiene de costumbre: volved á esa hora y podreis hablarle.

El hidalgo bajó tristemente la cabeza y dijo con tono de forzada resignacion.

— Volveré.

— Y si no quereis volver podeis escusarlo, que nadie os llamará — replicó la criada mientras que cerraba la puerta casi sin dar lugar á que saliese el anciano.

— ¡Dios mio! — exclamó este, elevando al cielo una dolorosa mirada. — ¡Dadme fuerzas para sufrir estas humillaciones!....

Y bajó la estrecha escalera con vacilantes pasos y mientras que su corazon latia con estremada violencia.

En aquel momento se oyó el tañido de una campana que recordó á Cervantes que no hay consuelo mas dulce que el de la oracion cuando la llama de la fé arde vivamente en el alma.

— Rezaré — murmuró. — ¿En qué puedo emplear mejor el tiempo que en rogar á Dios por la salud de mis hijos y en darle gracias porque me los ha conservado?

Entonces se dirigió á la iglesia de San Nicolás y entrando en el templo, arrodillóse y la mas tierna y fervorosa oracion salió de sus secos lábios.

Poco á poco fué llenándose de gente la iglesia. Cerca del

hidalgo se arrodilló un hombre de avanzada edad, flaco de cuerpo, de frente estrecha, de ojos redondos, vivos y relucientes como los de un gato, y de roma nariz y desmesurada boca. Llevaba un largo rosario de Jerusalem con muchas medallas de cobre que producian un sonido extraño al chocar unas con otras, y entre ellas veíase una calavera de marfil del tamaño de una nuez. Su vestido era todo de paño negro bastante raído, y no llevaba ni espada ni puñal. Arrodillóse como hemos dicho, y despues de abrir los brazos poniéndose en forma de cruz, inclinóse tres veces hasta besar el suelo, y luego, dándose terribles golpes de pecho con la diestra, comenzó á rezar con esa entonacion particular de las beatas, principiando en alta voz y atiplado tono cada uno de los períodos en que dividen su oracion, y acabando estos con un murmullo grave al que sigue una puñada sonora sobre el corazon. Llamó la atencion del hidalgo aquella devocion y el compungido semblante y aire contrito del anciano, y enternecióle tan ardiente fé religiosa.

Concluida la misa, unos antes, otros despues, fueron los devotos abandonando la iglesia, siendo de los últimos el viejo del rosario, no sin besar nuevamente el suelo antes de salir.

Cervantes, con espíritu mas tranquilo salió tambien, y se dirigió nuevamente á casa del señor Justo por si tenia por conveniente recibirlo. Advirtió el hidalgo que el viejo devoto le precedia, llevando la misma direccion que él, y cuando vió que entraba en el zaguan del señor Justo, dijo para sí:

—Si no es un vecino, es una víctima como yo, según la pobreza de su vestido y la tristeza de su rostro lo indica. ¡Infeliz!

Y subió la escalera detrás del beato que llamó á la puerta del segundo piso.

—¿Qué queréis?—dijo con meliflua voz á Cervantes cuando la criada abrió.

—¿Sois de la casa?

—Para serviros.

—Buscaba al señor Justo Perez....

—Yo soy—dijo el viejo.

Contemplólo el hidalgo por algunos instantes y como si dudase de que aquel hombre fuesé el inhumano usurero á quien buscaba.

—Tenia que hablaros....—dijo al fin—y quisiera....

—Entrad.... ¿Sois vos el que ha venido antes?

—Sí.

—Era precisamente la hora en que tengo antigua costumbre de oir misa todos los dias, y por nada dejo de cumplir esta devocion.

—¿Y ahora podreis escucharme?

—Con el mayor gusto.... Pasad.

El vejete guió á Cervantes á un aposento donde solo habia una mesa de pino con cubierta de bayeta verde, un estante de nogal y dos antiquísimos sillones.

—Sentaos—dijo el señor Justo á la vez que él lo hacia delante de la mesa.

El hidalgo se sentó. Sus manos temblaban y estaba en extremo pálido su rostro, pareciendo que mas bien que un hombre de conciencia tranquila ante un criminal era un acusado convicto y confeso ante su severo y virtuoso juez.

—Podeis hablar con entera confianza—dijo el usurero—pues las palabras se olvidan aquí apenas se han pronunciado.

Cervantes no sabia cómo manifestar el objeto de su visita; pero el vejete le sacó del apuro, diciéndole:

—¿Cuánto dinero necesitais?

—Os diré—contestó el hidalgo—la urgencia que me obliga....

—Sea cual fuere—interrumpió el señor Justo—no me importa, y lo mismo ha de costaros si pensais malgastarlo en devaneos que si atendeis con él á salvar la vida. En los negocios nada se mira mas que las ganancias ó las pérdidas que puede

haber; lo demás atañe al privado de cada uno, cosa muy respetable para mí.

— Creí—dijo Cervantes — que entrarían en vuestra consideración....

— Nada, y lo comprendereis así cuando os diga que el dinero no es mio sino de otras personas que lo han depositado en mi poder para que sé lo negocie, dándome por mi penoso trabajo una mezquina retribucion que no me permite vivir sino con la miseria que podeis observar: y como los dueños del dinero solo entienden de números cuando lo dan, tengo que tratar lo mismo al verdadero necesitado padre de familia que al mancebo vicioso y disipador.... Decid, pues, la cantidad que necesitais....

— Mil y quinientos ducados.

— Bien está — contestó el usurero cuya penetrante mirada estaba fija en Cervantes. — Los tendreis si corresponde la garantía.

— Examinad esas escrituras — repuso el señor Rodrigo, poniendo sobre la mesa los papeles que llevaba. — Son las de propiedad de mis bienes, libres de toda carga.

Pocos momentos bastaron al vejete para hacerse cargo del contenido y valor de aquellos títulos, pues acostumbrado á examinar muchos de la misma clase, no necesitaba sino hojearlos rápidamente para saber hasta donde podia llegar en el negocio que se le proponia.

— ¿Traeis algunos mas? — dijo despues que los hubo reviado.

— ¿Acaso no son bastantes? — replicó admirado el señor Rodrigo.

— Afianzando los bienes que espresan estas escrituras, no se os pueden dar mas que cuatrocientos escudos — contestó friamente el viejo.

— ¡Cuatrocientos escudos! — exclamó Cervantes con asombro. — ¡Cuatrocientos escudos cuando representan un valor de

tres mil y seiscientos ducados, sin contar las mejoras que han recibido algunas fincas, como son plantaciones de olivos y reparaciones en la casa.

—Las he apreciado con arreglo á las instrucciones que tengo: ya os he dicho que el dinero no es mio y que por consiguiente, nada puedo hacer aunque conozco que sois una persona honrada.

El primer impulso de Cervantes fué el de levantarse indignado y huir de aquel hombre, pero se acordó de sus hijos, y haciendo un supremo esfuerzo, contábase y dijo:—

—No habeis mirado bien esas escrituras.

—Puedo deciros de memoria todas las fincas y su valor.... Pero esto á nada conduce, los negocios deben tratarse de otra manera: os daré cuatrocientos ducados si los quereis, y si no, buscad quien dé mas valor á la fianza.

Dijo esto el señor Justo con tono de tan fria resolución, que el hidalgo perdió toda esperanza de conseguir mayor cantidad. ¿Y qué haria con cuatrocientos escudos para rescatar á sus dos hijos, cuando para uno no bastaba? Nada, pero como la necesidad cuando busca y no encuentra todo lo que puede satisfacerla, hace concesion tras concesion, contentándose al fin con lo poco que puede obtener, pensó el hidalgo que si la cantidad ofrecida no bastaba para el rescate de sus dos hijos podria servir para el de uno, y del mal el menos, y si tampoco para uno, que seria mas fácil completarla que encontrarla toda. Con semejante razonamiento, decidióse á tomar los cuatrocientos escudos, y sin humillarse mas inútilmente, dijo:

—¿Qué cantidad me llevareis por intereses?

—Antes—replicó el usurero—decidme los plazos en que pensais pagar.

—Daré doscientos escudos cada año.

—Mucho tiempo es—murmuró el señor Justo;—pero en fin, para vos es el mal, aunque á mí me duele el sacrificio

que tendreis que hacer siendo tan largo el plazo. Dos años para reembolsarse del capital.... y....

Meditó algunos momentos y luego repuso:

—Os daré los cuatrocientos escudos en oro, y vos pagareis los gastos que ocasione la escritura que hay que otorgar, y reconocereis una deuda de novecientos escudos á pagar doscientos cada uno de los cuatro primeros años y ciento el quinto.

Tan sorprendido quedó Cervantes al oír semejante proposición, que no pudo al pronto articular una sílaba.

—Eso es... —murmuró al fin— es....

—Un robo, vais á decir—interrumpió el vejete. Estoy acostumbrado á oír esa palabra, y reconozco que es una infamia tan crecida usura, pero ya os he dicho que no es mío el dinero, y que por consiguiente....

—¡Basta, basta! ¡Oh!....—exclamó el hidalgo que apenas podía contener los efectos de su indignación.

—Si os acomoda, decidlo—repuso friamente el usurero.

—¡Horrible alternativa! ¡Ó mis hijos ó sucumbir á semejante abuso!....

—¿Qué resolvéis?

—¿Quereis hacerme alguna gracia?

—No sé por qué, pero me intereso por vos, y en prueba de ello haré lo que no he hecho con nadie, pagaré los gastos de la escritura para que no tengais que mermar los cuatrocientos escudos.

—¿Nada mas?

—Si aceptais ahora es cosa hecha, porque para mañana quizás me habré arrepentido.

—¿Cuándo me entregareis el dinero?

—Esta tarde lo tendré ya, y si volveis firmareis la escritura y os lo daré en buena moneda.

—¿A qué hora?

—De cuatro á cinco.

—Vendré.

— Me quedo con estas escrituras para hacer en ellas las correspondientes anotaciones de fianza y atorgar la otra en la cual es condicion precisa que declareis que los novecientos escudos son para atender al alimento de vuestra familia y os los doy sin interés alguno y solo por haceros merced y buena obra.

— Declararé cuanto os plazca: ¿qué me importa? sufrida la primera humillacion nada valen las demás; tolerado el primer abuso deben aceptarse los siguientes.

— Soy de vuestra opinion, pero como no dispongo de dinero mio....

— Volveré á las cuatro — dijo Cervantes.

Y levantándose salió medio ahogado por el coraje y la amargura, y sin apercibirse de ellos pasó por la escalera junto á un capitan de rostro alegre y un noble mancebo pálido y taciturno que subian para visitar, no por primera vez, al señor Justo, su amparo y ángel tutelar, como le llamaba el soldado, su enemigo del alma y su condenacion, como le decia el jóven.

CAPITULO XVII.

De la vuelta á su casa del señor Rodrigo.



o dejó Cervantes de acudir á la hora convenida á casa del señor Justo Perez, donde, despues de experimentar nuevas amarguras, recibió los cuatrocientos escudos, reconociendo una deuda de novecientos.

Despues de tan triste sacrificio que debia ser la causa de la ruina total de aquella honrada familia, fué el hidalgo á despedirse de Castañeda, dirigiéndose en seguida á su posada con intencion de salir al otro dia de la corte.

Todo fué aquella noche calcular sobre los medios mas á propósito para añadir á la cantidad que habia tomado siquiera hasta los quinientos escudos; pero inútilmente formó mil planes, y tuvo al fin que convencerse de que no solo no podia verificarlo así, sino que aun tenia que reservar alguna suma

de la prestada para atender á las primeras necesidades de su familia mientras llegaba el plazo del cobro de algunos mezquinos censos que poseía. ¿Y qué harían sus hijos con trescientos escudos ó poco mas cuando las exigencias de Dali Mamí eran tan estremadas porque creía tener en su cautivo manco un tesoro? Para que se libertasen los dos no alcanzaba tan mezquina cantidad, y si habia de rescatarse á uno de ellos, ¿cuál debia ser el elegido? Esta idea que solo muy vaga se habia presentado hasta entonces á la consideracion del anciano, porque no sabia qué cantidad conseguiria que le diesen, atormentólo mucho, poniéndolo en gran aprieto por la necesidad de dar la preferencia á uno de los dos hijos cuando igualmente los amaba. ¿Qué padre al ver á dos de sus hijos que van á morir señala al uno para que se salve y condena al otro? Dolorosísima era la necesidad de hacer esta eleccion, y sin embargo era imposible evitarla.

Pasó la noche sin que el hidalgo apenas durmiese, y cuando al amanecer emprendió su viaje, aun no se habia decidido.

—¡Iluminadme, Dios mio!—decia mientras que su mula, con la rienda sobre el cuello, caminaba á su antojo. —¿Con qué derecho condeno á la dura cautividad á uno de mis dos queridos hijos mientras al otro le devuelvo la libertad, precisamente con el fruto de un patrimonio que es de ambos?.... Esto es horrible, y cualquiera que sea mi resolucion no quedará tranquila mi conciencia. ¡Oh!.... ¡A qué pruebas tan duras me poneis, Dios mio!.... Hágase vuestra voluntad.... sí, que se cumpla y mi vida acabe porque tan duro golpe no lo podré resistir.

El llanto acudió á los ojos del anciano y á su mente las mas tristes y desgarradoras ideas.

—No los abrazaré—repuso con voz ahogada y el mas doloroso acento. —Me resta muy poco de vida, muy poco... ¡Han menguado tanto mis fuerzas de ayer á hoy!....

Cuando Cervantes llegó á su casa, aun no se habia re-

suelto, y abatido el ánimo y quebrantado el cuerpo por la fatiga del viaje, se dejó caer en un sillón.

Su esposa y su hija se le acercaron, pero ninguna se atrevió á preguntarle por miedo de saber alguna mala nueva, y permanecieron silenciosos largo rato, fijos, ellas, los ojos en el anciano, y él con la cabeza inclinada sobre el pecho y como si estuviese bajo la influencia de un letargo.

Al fin doña Leonor se atrevió á romper el silencio.

— ¿Hay alguna esperanza? — dijo.

— Ya está empeñado nuestro patrimonio, incluso el dote de nuestra hija — contestó Cervantes.

— No importa, padre mio — replicó Andrea, respirando con mas libertad que antes. — No importa si conseguimos libertarlos.

— ¡Libertarlos! — murmuró el anciano á la vez que desplegaba una dolorosa sonrisa. — Libertarlos.... si.... Dios todo lo puede.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó afanosamente doña Leonor. — ¿Pues si está empeñada nuestra hacienda, dudas que con su producto?....

— ¿Sabes cuánto he podido conseguir que me presten sobre todos nuestros bienes?....

— Habrán abusado de nuestra necesidad....

— Traigo cuatrocientos escudos....

— ¡Cuatrocientos escudos! — exclamaron á la vez la madre y la hija.

— De los cuales, solo trescientos ó poco mas podremos remitir á Arjel, porque algo habremos de reservar para nuestro sustento mientras se cobra alguno de los censos.

— ¡Dios mio!

— Ahora pensad si esa suma es suficiente para que el amo de nuestros hijos les dé la libertad cuando los tiene en concepto de personas muy principales y no han podido convencerlo de lo contrario.

—Nó, no querrá dejarlos por trescientos escudos....

—Seria mucho conseguir, alcanzando la libertad de uno de ellos.

—Yo quiero la de los dos —replicó doña Leonor como si su voluntad fuese un saco de monedas de oro. —Venir el uno y quedarse el otro.... ¡Imposible!

—Pero es muy posible que los dos se queden allí —contestó el hidalgo.

Doña Leonor y su hija bajaron tristemente la cabeza porque comprendieron hasta qué punto debia temerse que no se consiguiera el rescate de ninguno de los dos cautivos.

—¿Y qué haremos para salvarlos? —dijo doña Leonor sin poder contener sus lágrimas.

—Está empeñada nuestra hacienda, y apenas nos quedará para comer si hemos de pagar los doscientos escudos cada año.

—¡Dios mio!

—No abrigueis esperanzas vanas —repuso el anciano; —si el dinero llega á tiempo, lo cual es dudoso, no podrá rescatarse más que uno.

—¿Y cuál será?

—Esperaba que lo determináseis....

—¡Yo! —exclamó doña Leonor, dando un paso atrás como si tuviese miedo. —¡Yo pronunciar la sentencia de muerte de uno de mis hijos!.....

—¿Quién lo decidirá? —preguntó Cervantes. —No me atrevo ni aun á pensarlo....

—Y es preciso....

—Absolutamente.

Quedaron los tres silenciosos porque el punto que se habia tocado no podia ser mas espinoso de discutir.

—¿Te has decidido ya? —preguntó tímidamente doña Leonor á su esposo.

—Decidirme! —replicó este. —Nó, nó; si solo puede salvarse uno, qué se salve, pero decir yo cual ha de ser cuando

sé que el otro queda sin esperanza alguna mas que la de la muerte.... Que lo decida la suerte, la casualidad....

— ¡La casualidad cuando se trata de la vida de un hijo!..

— Es preciso tomar una determinacion....

— Y pronto porque el señor Alonso Hernandez, única persona á quien podemos encomendar esta comision, se va mañana á Madrid, donde no estará mas que una noche, y en seguida partirá para embarcarse en Valencia.

Cervantes se puso de pié y dijo á su esposa:

— ¿Decididamente no te atreves á resolver cual de nuestros dos hijos debe rescatarse?

— ¡Jamás!

— Yo tampoco, y como el tiempo urge, pienso entregar el dinero al señor Alonso, de cuya honradez y amistad tenemos muchas pruebas, y que él haga lo que juzgue mas conveniente cuando llegue á Arjel, pues allí, en vista de todas las circunstancias que medien, puede obrarse con mas acierto.

Ni doña Leonor, ni Andrea contestaron una palabra, y sin hablar mas tampoco, el hidalgo salió para ir en busca del nombrado señor Alonso Hernandez.

Era este un mercader bastante rico que especulaba en el comercio de telas de seda y hacia frecuentes viajes á Oran y muchas veces á Arjel. Residia la mayor parte del año en Madrid, y de tiempo en tiempo iba á la ciudad de Alcalá de Henares para visitar algunas haciendas que allí tenia. Antiguo amigo de Cervantes, habíale demostrado en muchas ocasiones su cariño, y cuando se le propuso llevar el dinero á Arjel, aceptó con gusto el encargo, y aunque despues de algunas súplicas, decidióse á tomar sobre sí la responsabilidad de resolver la cuestion de cual de los dos hermanos debia recibir la libertad, en vista de lo que allí ocurriese, de las exigencias de Dalí Mamí, y del estado de salud y otras mil circunstancias de los cautivos. No ofreció el señor Alonso dinero á Cervantes, porque como buen comerciante, no comprendia que el dinero

se pudiese dar sino por una mercancía, y no por hacerse acreedor á gratitud ni cariño; y esto lo creía de tan buena fé, que ni siquiera se le ocurrió que con poco sacrificio podía sacar de su triste apuro al hidalgo. Pero este habia empezado por decir que su hacienda estaba empeñada, es decir, que no merecia ningun crédito porque no podría pagar una deuda, y la palabra crédito para los comerciantes es la primera palabra de su diccionario, por mas que el órden alfabético reclame lugar preferente para la palabra amistad.

Trescientos sesenta escudos fué la cantidad que el señor Rodrigo entregó para el rescate, y se volvió á su casa sin saber cual de sus dos hijos tendria la dicha de verse libre.

—¿Qué se ha resuelto?—le preguntó doña Leonor al verlo entrar.

—Nada—contestó el hidalgo.

—¿Es decir?....

—Que si el dinero llega á tiempo, abrazaremos á uno de nuestros hijos, pero no sabemos á cual.

—¡Dios mio!

—Si viene Miguel no descansará hasta conseguir el rescate de Rodrigo.

—Y si este se liberta....

—Llorará la suerte de su hermano porque lo ama, pero....

—¿Acaso piensas?....

—Que si tal sucede, Miguel morirá en su cautiverio si por si solo no se liberta, y nosotros perderemos un hijo y España una gloria.... ¡Ah!.... no es la vanidad ciega de padre.... conozco á mis hijos.

El mas profundo silencio, por tristes suspiros y amargo llanto interrumpido solamente, reinó en toda la casa.

CAPITULO XVIII.

Del resultado que dió el sacrificio de Rodrigo de Cervantes.



ARA las almas de elevados sentimientos, para los grandes corazones, el egoismo es una palabra y nada mas, y la abnegacion el primero y mas respetable de todos los deberes y al cual lo sacrifican todo.

Aplicado esto á Cervantes es como puede comprenderse su generosa grandeza, su atrevimiento y su constancia. Cervantes cautivo es un tipo digno de estudio profundo porque en él resplandecieron á la vez todas las virtudes sin que á robarles un quilate pudiesen nada el cansancio ni el tiempo, los continuados reveses de la fortuna, los tristes engaños de recibir mal por bien ni el temor de perder la vida ó de un cruel y humillante castigo. Considerábase obli-

gado á trabajar en favor de los demás cautivos, y no creia tener derecho á ninguna preferencia en el resultado de sus propios trabajos. El primero en arriesgar la vida y el último en procurar salvarla. Era su mayor felicidad compartir con otros la alegría, así como su primer cuidado el ocultar las desgracias y los pesares para devorarlos á solas y en silencio. Tanta generosidad solo se comprende en almas de estremada sensibilidad, que sienten mas que los suyos los agenos dolores, solo se comprende en corazones donde la ruin envidia no ha clavado su aguijon sutil. Pero como la envidia es un reptil que solo pica á los que se arrastran como ella por el suelo, y su picadura venenosa no alcanza á los que se elevan sobre el cieno de las pasiones, de las miserias y de las pequeñeces, por eso en el pecho de Cervantes no pudo clavar nunca sus incisivos dientes.

Desde que partiera de Arjel el alferez Castañeda, habíase ocupado el poeta con su incansable actividad en preparar su fuga y la de sus amigos, los cuales se habian aumentado porque él mientras adelantaba en sus trabajos reclutaba gente, animando á los tímidos y escitando á los perezosos. Mas peligro habia cuantos mas estuviesen en el secreto de la conspiracion, pero esto no importaba á Cervantes con tal que se aumentase el número de los que tenian probabilidad de verse libres.

Mil medios se habian tentado ya sin que ninguno diese el apetecido resultado, y últimamente pensó el poeta, en que se comprase una barca que les sirviese para llegar á tierra de cristianos. Para llevar á cabo esta idea, se contó con la ayuda de un cautivo natural de Navarra, conocido con el nombre de Juan el Jardinero, que cultivaba las tierras de una casa de campo del alcaide Azan, renegado griego, sita á tres millas al Este de Arjel. Este cautivo se ofreció á ensanchar una cueva que bastante oculta entre matorrales habia en la posesion de Azan, debiendo ocultarse allí los cautivos segun pudiesen ir escapándose de sus encierros, para embarcarse una

noche y darse á la vela. Habia otro cautivo llamado el Dorador, natural de Melilla, que despues de haber renegado de su fé en la juventud se habia vuelto á reconciliar con la Iglesia, y habia sido posteriormente cautivado. Este se ofreció á comprar los víveres y conducirlos á la cueva para que se alimentasen los prófugos hasta el dia de la partida.

Este plan encontró tambien un inconveniente casi insuperable. La barca debia comprarla un renegado que arrepentido deseaba volver al gremio de la Iglesia católica, pero á los renegados solo les estaba permitido armar bajeles para salir en corso, prohibiéndoles tener barcas para hacer el comercio en aquellas costas porque la espariencia tenia probado que casi todos los que las compraban so pretexto de hacerse mercaderes se volvian á España. Sin embargo, quedaba un recurso, y era que el renegado propusiese el negocio de comerciar en aquellas costas á algun moro bastante amigo suyo, y que comprando este á su nombre la barca, se hiciesen algunos viajes hasta lograr una ocasion en que el renegado hubiese de salir solo, quedando en Arjel su compañero. Pero para esto era menester que encontrase una persona de mucha confianza, lo cual requeria tiempo.

En tal estado se encontraban nuestros cautivos.

Cervantes seguia sin contratiempo alguno haciendo sus nocturnas escapatorias, y visitando á Zoraida que cada dia mostrábase mas enamorada.

Ninguna otra novedad habia ocurrido en el tiempo que hace que dejamos la casa de Dalí Mami, hasta que una mañana, por cierto que las nueve serian, se abrió la puerta del calabozo de Cervantes con no poca estrañeza de este pues ya le habian dado el almuerzo y no era aun la hora de la comida.

—¿Qué sucederá?—dijo el poeta.

Y luego oyó que el turco Muhamed le gritaba:

—¡Arriba, perezoso!

—¿Qué quieres?—contestó Cervantes.

—Ven que has de hablar con un cristiano que trae cartas de tu tierra.

El cautivo dejó escapar una exclamación de júbilo, y en dos brinco se puso fuera del calabozo.

—¡Cartas!—repitió.

—Y algo mas segun entiendo, porque tambien he oido cosa de rescate....

—¡De rescate, dices!—interrumpió el poeta sorprendido.

Y la alegria que le habia causado el anuncio de las cartas tornóse en tristeza al oír nombrar su rescate, porque acertadamente pensó que habia sucedido lo que tanto temia, es decir, que su padre habia hecho el último sacrificio por sus hijos.

—¿Le vas tomando cariño á tu encierro?—dijo Muhamed, sonriendo ferozmente.—Cualquiera diria que te has puesto de mal humor al saber que venían á rescatarte.

El poeta siguió silenciosamente al turco que le señaló un aposento donde lo esperaba el señor Alonso Hernández.—

Sintióse este conmovido al contemplar al hijo de su amigo y verlo medio desnudo y con todas las señales en su rostro de una vida de miseria y sufrimiento. Recibiólo en sus brazos, y despues de estrecharlo cariñosamente contra su pecho, le dió las cartas de que era portador.

Largo rato empleó Cervantes leyendo, mientras que de sus ojos salia en abundancia el llanto, y despues de besar repetidas veces con la mayor ternura aquellos papeles que habian tocado sus padres y su hermana, que habian salido de la casa que lo vió nacer, exhaló un doloroso y prolongado suspiro, y exclamó:

—¡Dios mio!

No pudo articular otra palabra hasta despues de algunos momentos que consiguió con gran trabajo dominar un poco su emoción desgarradora.

—¿Con qué se han arruinado?—dijo al fin.—¿Se ven en la mas horrible miseria?.... ¡Oh!.... yo no puedo aceptar este sacrificio porque mi conciencia no me dejaria vivir. Ya dije al

amigo que llevó nuestras cartas que disuadiese á mi padre del loco intento de empeñar su hacienda, porque yo no queria la libertad á tanta costa; antes el duro cautiverio y la muerte son preferibles. ¡ Sin pan, Dios mio, sin pan en la vejez! ¡ Ah! ¡ Nô, jamás, jamás aceptaré ese horrible sacrificio!

— Sosegaos — le dijo el señor Alonso — y pensad que vuestra familia será mas feliz en la miseria y con sus hijos, que en la opulencia mientras vosotros arrastrais la cadena de la esclavitud.

— Volveos, señor Alonso, con las lágrimas de oro que habeis traído; llevadlas á España y decid á mi noble padre que á su hijo, ni le espanta la muerte, ni la constancia y la resignacion se la amenguan los trabajos. Que lllore, sí, que me lllore, pero que no intente convertir en oro su llanto para comprar mi libertad porque en Dios confio que muy pronto he de alcanzarla.

— Señor Miguel — replicó el comerciante — ya que tanto puede en vos un deber mal entendido, una virtud exagerada, no intentareis privar á vuestro hermano de la libertad que renunciais.

— Teneis razon — dijo tristemente el poeta: — el mal no tiene remedio porque mi hermano aceptará y yo no debo aconsejarle lo contrario.

— ¿Sabeis lo que Dalí Mamí quiere por vuestro rescate?

— Fijamente, nó; pero segun algunas indicaciones que ha solido hacerme, nos pone en alto precio, particularmente á mí, no sé por qué razon.

— Por la misma que yo preferiria que fuéseis vos el rescatado. No se ha escapado á Dalí Mamí la superioridad que teneis sobre vuestro hermano, y como tambien lo sé yo, quisiera llevaros conmigo para que reparáseis el descalabro que han sufrido los intereses de vuestra casa.

— No lo intenteis porque será en vano: de Arjel no saldré sin que salga Rodrigo y teniendo que arruinarse mi padre.

— Su ruina no tiene remedio: aun cuando le devolviese la cantidad que me ha dado no podria pagar la deuda que ha contraido, y esta razon debe ser bastante para que no os obstineis en vuestro empeño loco porque ya el mal no tiene remedio, y ya que ha de quedar en la miseria vuestro padre, al menos que tenga á sus hijos que lo consuelen y le ayuden.

— ¡Ah! no sabe mi hermano todo el mal que inocentemente ha hecho.

— Os repito que de nada sirve lamentar lo que ya no puede remediarse.

— Es verdad.... pero....

— Hablemos á vuestro amo.

— Inútilmente.

— ¿Por qué?

— Los trescientos sesenta escudos no alcanzarán para el rescate de uno solo.

— Creo que os equivocais.

— Pronto hemos de verlo.

— Que le avisen porque ha dicho que despues que yo hablase con vos trataríamos del negocio.

Cervantes llamó á Muhamed que esperaba en el aposento inmediato.

— Avisa á tu señor — le dijo.

Pocos momentos despues entró Dalí Mamí, y tomando asiento se dió principio al ajuste.

— ¿Ya estais de acuerdo contra mi bolsa? — dijo el moro.

— Intenciones traigo — respondió el señor Alonso — de pagarte bien.

— Todos dicen lo mismo, pero yo os conozco y sé cómo debo obrar.

— Sepamos el precio que pones á los dos hermanos cautivos.

— Ante todo os advierto — dijo el moro — que habreis de pagarme en escudos de oro de España, única moneda que admitiré.

—Te se pagará en escudos de oro de buena ley.

Dali Mamí meditó algunos instantes y luego repuso:

—Por el rescate de este quiero mayor cantidad que por el de su hermano.

—¿Por qué razón?—dijo el señor Alonso.

—No necesito entrar en esplicaciones porque demasiado sabes que este es hombre de mas importancia que el otro.

—Para su padre tienen ambos el mismo valor.

—No lo creo, pero de cualquier modo que sea, ya no variaré mis cálculos.

—Bien, pues entonces, no gastemos el tiempo en valde y dí lo que quieres por cada uno.

—¿Para que andemos en rebajas?

—Nó.

—Pues entonces te diré lo último en que pienso dejar que te lleves é este.

—¿Cuánto?

—Mil escudos de oro.

—¡Mil escudos!—exclamó asustado el comerciante.—¡Mil escudos cuando no vale la mitad de esa suma el patrimonio de toda su familia!

—¿Intentas sorprenderme?—dijo el moro, desplegando una sonrisa maliciosa.

—Veo que te han engañado.

—No cabe engaño en las cartas que llevaba este cautivo y en las que se le nombraba como persona que vale mucho; y aun cuando esto no fuese, sus hechos aquí me han demostrado que no es sugeto vulgar. En fin, te repito que sobre este punto tengo formada mi opinion, y de los mil escudos que he pedido no rebajaré uno solo.

—Entonces es inútil que sigamos hablando porque la cantidad que su padre ha podido reunir á duras penas no alcanza ni con otro tanto á la que pides.

—De esa manera será cansarnos en valde.

—Tratemos ahora del otro hermano, puesto que lo aprecias en menos, y que uno siquiera se rescate.

—El otro te lo dejaré por quinientos escudos. Ya ves si hay diferencia.

—Tampoco puedo dártelos.

—¿Qué dinero traes? ¿Has creído que el rescate de un hidalgo se alcanza tan fácilmente?

—Quiero acabar pronto este negocio—replicó el mercader—y voy á decirte lo que puedo dar por Rodrigo.

—Sepamos.

—Trescientos escudos.

—No haremos nada—contestó Dalí Mamí.

—¿No piensas rebajar de lo que has pedido?

—Poco será porque no me tengas por mezquino.

—Ya conocemos tu liberalidad—dijo el poeta que hasta entonces habia permanecido silencioso.

—Piensa, esclavo, que algun dia se me acabará la paciencia—replicó el moro con tono de amenaza.

—Castigame—repuso Cervantes—pero entre tanto sufres tú mayor pena no tomando ni una dobla por mi rescate.

—¿Quieres llevarte á este miserable por ochocientos escudos?

—dijo Dalí Mamí acaloradamente y dirigiéndose al señor Alonso.

—No puedo.

—Quizás no vuelvas á tener otra ocasion como esta.

—Ya te he dicho que solo traigo trescientos escudos.

—Continuemos el trato sobre Rodrigo.

—¿En cuánto lo dejás últimamente?

—En lo que te he dicho.

El señor Alonso guardó silencio por breve rato, y luego, decidiéndose á lo que hasta entonces no se le habia ocurrido, repuso con tono de pronta resolucion.

—Si los quieres, te daré cuatrocientos escudos, y para eso habré de poner ciento de mi bolsillo.

—Cuatrocientos escudos....

— Si te convienen, hoy mismo te los entregaré, y si no, pronuncia una palabra y me retiro para que no vuelvas á verme.

— Trato hecho—dijo el moro.

Un rayo de viva alegría brilló en los ojos del poeta.

— ¡Libre! — exclamó — ¡Libre mi hermano! ... ¡Gracias, Dios!

— Ahora — repuso Dalí Mami — decídetes y por ochocientos escudos mas te llevas á este.

— Bien quisiera, pero ya te he dicho que ni aun los cuatrocientos me dió su padre, y no tengo para suplir tanta cantidad.

— Ten en cuenta que dentro de un año será su precio mas crecido por lo mucho que me cuesta mantenerlo.

— Te repito que me es imposible rescatarlo.

— Bien, como quieras.

— ¿Cuándo me entregarás á Rodrigo?

— Cuando me traigas el dinero.

— Voy por él y antes de una hora estaré de vuelta.

— Sí, sí, — dijo Cervantes — que no sabeis lo que vale un momento de libertad.

— Daré orden de que vayan á buscarlo.

— ¿No está aquí?

— Trabaja de dia en otra parte.

— Supongo — dijo el poeta — que me permitirás que abrace á mi hermano...

— Te concederé esa gracia, pero por una sola vez, porque tengo miedo de que trames alguna de las tuyas.

— Dirás una vez cada dia mientras permanezca en Arjel.

— Todo lo mas, una vez hoy para que le des la enhorabuena, y otra el dia que haya de irse para que te despidas de él.

Pocas palabras se cruzaron entre ellos.

El señor Alonso salió para ir por los escudos, y Dalí Mami dió la orden de que fuesen á buscar á Rodrigo.

Cervantes obtuvo por gracia especial que lo dejasen en el

jardin mientras llegaba su hermano, y con esto creyó haber alcanzado la mayor de las felicidades, pues hacia ya cerca de dos años que no veia la luz del sol ni respiraba el aire libre sino de noche cuando salia furtivamente de su calabozo.

Empero como nuestro poeta no tuvo una alegría cumplida, la de mirar el cielo, apagar su sed en las cristalinas fuentes y aspirar el aroma de las flores, turbóla una desgracia que le causó el mas doloroso sentimiento.

CAPITULO XIX.

Cuál fué la desgracia sucedida y la que estuvo á punto de suceder.



Docos momentos antes de que el poeta se separase del señor Alonso y de Dalí Mamí, la esposa de este, acompañada de dos esclavas, habia salido al jardin con ánimo de pasear y distraer su tristeza que era mucha aquel dia porque le habian dicho que el cautivo manco habia recibido dinero para su rescate. Pensativa y silenciosa vagaba por las calles de árboles, fijando distraidamente sus miradas en las flores y en las fuentes, en el trasparente cielo y en los pájaros que saltaban de rama en rama, sacudiendo sus pintadas y ligeras plumas; pero nada era bastante á dar alivio á su pena.

Largo rato anduvo del uno para el otro lado, cuando vió á Jaguá sentada al borde de la fuente testigo en otra ocasion de sus amorosas palabras. La mora miraba ya sin prevencion

alguna á la infeliz negra, y como todos, acostumbrada en tanto tiempo á las extravagancias de su monomanía, ni siquiera fijaba en ella la atencion.

Estaba la esclava con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre su desnudo pecho, fija la mirada en los rizados cristales de las aguas, y tan inmóvil que mas que un ser viviente parecia una estatua de negro mármol. Sin duda eran para ella palabras de dulce consuelo el murmurio de la corriente, y su ruido manso, igual y no interrumpido, eran recuerdos gratos que hacian palpar de alegría su atormentado corazon. Como los que entonces herian su atento oido, eran los ecos leves que en otro tiempo se mezclaron con sus palabras de amor y de celos, y como las que entonces sus ojos contemplaban, habian sido las juguetonas trenzas entre cuyos borbotones se escondieron los suspiros de amor de la desdichada.

Dirigíase Zoraida hácia aquel sitio, y cuando cerca de él estuvo, el ruido de sus pasos, aunque apenas perceptible, hizo estremecer á Jaguá que levantó repentinamente la cabeza y fijó una mirada, como si de espanto fuese, en su abatida señora. Una sonrisa amarga dilató por un instante el negro rostro de la loca, pero en seguida contrajéronse los músculos de su frente, estendió los desnudos brazos, y con sorda y reconcentrada voz, dijo:

— Ella.... ella....

Y levantándose, retrocedió algunos pasos como quien duda de si es un fantasma lo que se le presenta y se prepara á huir mientras lo reconoce.

Zoraida miró distraidamente á la negra y siguió su camino.

— Ella.... — volvió á decir la infeliz.

Y siguió retrocediendo paso á paso, siempre de espaldas y sin apartar su penetrante mirada de la mora.

— ¡ Infeliz! murmuró esta.

— Vete — dijo la pobre loca. — Vete.... no me interrumpas ahora que hablo con él.... ¿ Tienes celos?.... Yo tambien y he

jurado vengarme.... ¡Huye de la fuente! —gritó con voz des-templada y que se oyó en todo el jardín.

Zoraida se detuvo no sin algun sobresalto, temerosa de cualquiera indiscrecion hija de la locura de Jaguá; pero esta, dando un nuevo y agudo grito, lanzóse como un rayo á través de una calle de arrayan, y desapareció.

— ¡Corred!.... ¡sugetadla!.... —dijo la mora á las esclavas que la servian.

Estas obedecieron; pero inútilmente, porque Jaguá se habia internado en la casa.

Temblando de miedo la esposa de Dalí Mamí no acertó á moverse del sitio donde estaba.

— ¡Allah me proteja! —murmuró. —Una palabra mas delante de mi esposo, delante de cualquier esclavo adulador, y estoy perdida.... ¡Cristiano, cristiano, cuanto nos puede costar la compasion que tienes de esa desdichada!

Entre tanto la negra, con el rostro horriblemente descompuesto y en extremo agitada, corrió velozmente hasta llegar al aposento en donde estaba aun Dalí Mamí pensando sobre el trato que acababa de hacer.

— ¡Ella! —exclamó la pobre loca con exaltacion y mientras se dejaba caer de rodillas á los pies del moro. —Ella.... ¿Tú no la conoces?.... ¡Oh!.... Ya llegó la hora de la venganza.... ¿Por qué me persigue?

— Aparta —dijo Dalí Mamí, dando con un pié á Jaguá.

— No me rechaces —prosiguió esta — porque es preciso que nos vengüemos.... Voy á decírtelo todo.... ¿Por qué me persigue?.... Tiene celos de la fuente.... Yo tambien tengo celos.... ¿No quieres conocerla?.... Ven.... está allí, en el jardín.... es mas hermosa que yo y por eso el de la mirada de fuego la ama.... Mirala....

Y la infeliz se levantó arrebatadamente y se acercó á una ventana que daba al jardín. —

En aquel momento quiso la desgracia que Cervantes acer-

tase á pasar cerca de Zoraida, y viendo que esta se hallaba sola y que demostraba en su semblante la agitacion de una muy desagradable sorpresa ó de un repentino y profundo dolor, acercósele sin pensar cual imprudentemente obraba.

—Allí está, mirala —dijo Jaguá, estendiendo sus crispadas manos hácia su señora.—Allí está y se goza en mi tormento.... Y él tambien.... se acerca.... le habla.... ¡Oh!.... tambien él.... ¡Ven, ven.... los dos.... el de los ojos de fuego, la del rostro pálido!....

Y se pasó las manos por la frente que en aquel momento se le ardía, y sus ojos en extremo abiertos, encendidos como dos ascuas, giraron tan desconcertadamente que parecia que iban á salirse de sus órbitas. Espanto infundia el aspecto de la desdichada loca: habia llegado al último grado su exaltacion mental. Su pecho, agitado como por el estertor de la muerte, se levantaba á impulsos de una respiracion desigual y fatigosa; sucedianse con rapidez sus repentinos movimientos que mas parecian los de una convulsion; retorciase los brazos desesperadamente, y su ronca voz hubiera podido tomarse por la del que en vano intenta gritar al sentirse ahogado por la presion de una mano hercúlea.

La insistencia de Jaguá, y mas que todo la curiosidad de saber quien le habia inspirado tan violenta pasion y tan rabiosos celos, hicieron que Dali Mami se levantase y se dirijiese á la ventana para ver quiénes eran los amantes de los ojos de fuego y el rostro pálido.

Reunidos estaban en aquel momento Zoraida y el poeta, y ninguna duda debia quedar al moro de la infidelidad de su esposa al verlos solos y hablando.

Un solo paso y los amantes estaban perdidos.

—¡Ya te dije que entre vosotros estaba Jaguá con su venganza!—gritó entonces la negra.—¡No os gozareis muchos instantes con mi tormento y vuestro amor!.... ¡Aquí me tenéis!....

Y dejando escapar un rugido atronador, precipitóse la infeliz por la ventana, cayendo al jardín y crujiendo al romperse su cráneo contra un banco de piedra.

Oyóse un grito de espanto, y Dali Mamí, retrocedió instintivamente, quedando inmóvil por algunos instantes, hasta que repuesto de la sorpresa, asomóse á la ventana y miró al jardín; pero ya no vió otra cosa que el cadáver de Juguá entre un lago de espumosa sangre: Zoraida habia desaparecido tras un bosquecillo de frondosos rosales, y el poeta habia huido lleno de espanto.

El moro se encojió de hombros y murmuró:

—Los locos ven lo que no existe.... Hoy es día bastante afortunado: cuatrocientos escudos de oro por un rescate, y además libertarme de la carga de dar de comer á esa negra que de nada servia.

Y se frotó las manos alegremente porque en realidad la muerte de la esclava era para él un suceso afortunado, atendiendo solamente al interés de su bolsillo.

Pocos momentos despues habia desaparecido ya del jardín el cuerpo horriblemente mutilado de la infeliz Jaguá, y dos esclavos se ocupaban en limpiar las manchas de sangre.

El poeta se habia retirado á su calabozo atormentado por el mas profundo dolor, y Zoraida, sola en su aposento, estremeciase al sentir el menor ruido porque creia que era el de los pasos de su esposo que venia á pedirle cuenta de sus acciones y enseñarle la cabeza del cristiano en quien habria descargado su cólera. Empero lo que menos se ocurrió al esposo ofendido fué la infidelidad de su esposa ni que de ello fuese la causa el poeta.

CAPITULO XX.

De lo que trataron Miguel y Rodrigo.

AYABA apenas el día, tercero desde el en que tuvo lugar el triste suceso que acabamos de referir.

Aun los rayos del sol no habían evaporado con su fuego las gotas de rocío que bordaban las hojas de los árboles y la picada yerba, ó se desprendían del tallo de la flor para caer sobre la arena azulada. Apenas los pájaros acababan de dejar sus nidos y de esconderse en su agujero la lechuza.

Casi no dejaba sentir su leve soplo el céfiro de la mañana, y el despejado cielo, puro y trasparente, parecía sonreír al inundarse por los vivísimos rayos del astro del día.

Los cautivos y esclavos de Dalí Mamí acababan de sacu-



dir el sueño y acudian á recibir el mezquino alimento que les daban.

En un banco de piedra del jardín, debajo de una acacia en cuyo ramaje oscilaban los racimos de sus flores, y cerca de un arroyo jugueton que pugnaba por arrastrar en su veloz corriente las hojas de un lirio, hallábase Cervantes y su hermano Rodrigo que acababa de llegar para despedirse.

El rostro del poeta se animaba de vez en cuando por una viva alegría para anublarse luego con la sombra de la tristeza, siendo causa de la una y de la otra, ya el contento que sentia por la libertad de su hermano, ya el dolor que le causaba separarse de él.

Algunos instantes permanecieron silenciosos como si nada tuviesen que decirse, cuando nunca habian tenido necesidad de hablarse tanto.

Al fin el poeta, despues de mirar á su alrededor y convencerse de que nadie los escuchaba, dijo:

—Dentro de una hora, hermano mio, habrás dejado esta tierra de maldicion para volver á la suspirada patria y al seno de nuestros padres. Dios vaya contigo y su mano santa te guie por la senda de la virtud; Dios vaya contigo y su bondadosa misericordia tome en cuenta lo mucho que has sufrido para recompensártelo con felicidades.

—Y tú te quedas—murmuró Rodrigo como avergonzado de partir solo y dejar á su hermano bajo el yugo de la esclavitud.

—Me quedo, si—contestó el poeta—pero no solo, pues bien puede quedar conmigo Dios aunque contigo vaya. Lloro la suerte de nuestros ancianos padres y no la mia, que ya sabes que para sufrir estos trabajos no me falta resignacion, y me sobra fuerza de espíritu para luchar aun con mayores desgracias. Al separarnos, solo la natural pesadumbre de no verte es la que siento; pero consuélame la alegría de verte libre y de pensar que tu presencia en nuestra casa mitigará el dolor de nuestros padres y aliviará su penosa situacion. Y si te recuerdo

la brevedad de los instantes que nos quedan de estar reunidos, no es para renovar la pena que te causa tu separacion y mi desdicha, sino para recordarte que el tiempo vuela y que debemos aprovecharlo; tú para darme cuenta del estado en que quedan nuestros planes de fuga, y yo para hacerte los últimos encargos.

— ¡Cuanto envidio tus virtudes, hermano mio! — exclamó Rodrigo, estrechando entre sus brazos á Miguel.

— Si algunas virtudes encuentras en mi, aunque yo no las reconozco, imítalas y tu envidia quedará satisfecha, pues para poseerlas aun en mas alto grado no has menester quitármelas.

— Para ello me falta....

— Nada te falta, y no prosigas — interrumpió el poeta — que para ser virtuoso no se necesita mas que la voluntad bien conducida por el juicio; y si este falla siempre iluminado por la fé, y las acciones van ayudadas por la constancia, todo se consigue, hasta la eterna salvacion cuyo camino presenta á nuestras pasiones tantas espinas, y tantos precipicios á nuestras debilidades. Pero dejemos este asunto que, aunque digno de atención y por demás provechoso, necesitamos el tiempo que vuela para cumplir los sagrados compromisos que hemos tomado. Dime, pues, lo que sobre nuestros planes haya.

— Cuarenta y siete cautivos son ya los que se preparan á la fuga; y este número aumentará en el tiempo que falta para que se realice nuestro proyecto.

— Para entonces serán mas de cincuenta.

— Tal creo.

— ¿Has recogido las cartas?

— Todas — contestó Rodrigo, sacando un paquete y mostrándolo á su hermano.

— Nada te falta, y por consiguiente, bien en Valencia bien en las Baleares, segun á donde arribeis, haces armar inmediatamente un bajel que deberá acercarse á esta costa sin atracar hasta que haya cerrado bien la noche.

—No perderé ni un día.

—Las personas á quienes van dirigidas esas cartas facilitarán el dinero que sea necesario para la empresa, y tú debes procurar que el que tome el mando de la embarcacion, sea marino experimentado, atrevido y valiente á la par que hombre de prudencia, pues todo esto se necesita para llevar á cabo felizmente la empresa que intentamos y que puede fracasar por el menor desacierto.

—Bien quisiera yo dirigirla....

—No, Rodrigo, porque tu marcha no debe interrumpirse. Apenas el bajel se dé á la vela, sigues tu camino sin perder un instante.

—Te obedeceré.

—La casa de Azan no tiene pérdida, y los que vengan á buscarnos podrán encontrarla fácilmente. Juan velará todas las noches para recibir el aviso, y sin dilacion saldremos de la cueva y nos embarcaremos.

—Nuestros compañeros — repuso Rodrigo — tienen todas las instrucciones necesarias, y segun se les presente la ocasion irán escapando de sus encierros y refugiándose en la cueva, aunque tengan que permanecer allí muchos dias.

—¿Y el Dorador?

—Ya tiene una buena cantidad que se ha reunido y con la cual irá comprando la comida que llevará al jardinero.

—Todo vá bien.

—¿Y tú cuando piensas escaparte?

—Cuando calcule que debe llegar el bajel, pues mi desaparicion, con los antecedentes que de mí tienen, produciria mayor alarma que la de los demás cautivos, y esto podria sernos muy perjudicial.

—Ciertamente.

—Ya sabes que puedo escaparme cuando quiera por la tapia del jardin.

—¿Nada sospecha Zoraida?

—Ni Dios lo permita, porque el egoismo de su pasión le haría entorpecer mi fuga, ó quizás la llevaría hasta el extremo de querer venirse conmigo aun cuando tuviese que dejar su religion, á la cual, segun he traslucido, no le dá mucha importancia.

—Semejante locura sería un inconveniente para el buen éxito del plan.

—Bien pudiera arriesgarse todo porque la Iglesia contase uno mas en el número de sus fieles; pero esto no es seguro.

—¿Estás cierto de que tu corazón no se ha interesado?

—No, Rodrigo, mi corazón está libre. A la vista de Zoraida enciende su belleza mi pecho, pero comprendo que la olvidaré fácilmente.

—Quiéralo el cielo.

—Puedes estar tranquilo. Y no digo por esto que no conservaré de ella un recuerdo agradable, siquiera por gratitud.

—Otro hubiera sabido aprovecharse de esa pasión.

—Es verdad, pero sería una acción indigna aceptar las joyas y el dinero que esa mujer me ofrece, para abandonarla, burlándose de ella, ayudado por su misma generosidad. Hay además que tener en cuenta que lo que Zoraida me diese había de robarlo á su marido y yo aceptarlo como el fruto de un robo, y tanto crimen es robar á un cristiano como á un hijo de Mahoma; por lo cual se comprende que un hombre honrado no puede hacerse cómplice de tan feo delito por alcanzar su libertad ni la salvación de su vida.

—Tienes razón, hermano, y sigues en eso los principios de tu severa virtud.

—De mis deberes.

—Dime ahora si algo mas te ocurre que encargarme.

—¿Está instruido de todo el capitán Meneses?

—Sí.

—Pues ese será el intermediario entre mis compañeros y yo.

—Piensa si algo mas tienes que decirme.
—Nada, y será prudente que te retires porque se acerca la hora fijada para la partida y.... nos daremos el último abrazo.... es decir, el último por ahora....

Ni el poeta pudo proseguir ni contestarle Rodrigo, y ambos bajaron la cabeza para ocultar la emocion dolorosa que sentian y que á sus rostros asomaba.

No pocos momentos pasaron silenciosamente, porque ni el uno ni el otro se atrevian á pronunciar la palabra *adios* que es terrible cuando al salir de los labios el alma teme que puede ser la última despedida.

El sol se habia dejado ver ya por completo; gorjeaban los pájaros, seguian murmurando los arroyos y las fuentes, y oscilando en su ramaje las flores de la acacia.

—Hermano mio—dijo al fin el poeta, limpiando una lágrima que habia asomado á sus ojos—es fuerza separarnos.

—¡Quizás para siempre!....—murmuró Rodrigo.

—Si Dios lo dispone así, con mas razon debes grabar en tu memoria lo que voy á decirte.

—¿Cómo podré olvidar tus palabras?

—Ya sabes—prosiguió Miguel—que por rescatarnos de la esclavitud, nuestro buen padre ha hecho el mas duro de los sacrificios y no ha vacilado al sumirse en la mas horrible miseria. Ignoro las condiciones con que habrá podido obtener el dinero que nos ha enviado, pero es la verdad que todo su patrimonio, incluso el dote de nuestra hermana, queda á merced de un miserable usurero que, como todos, tendrá el corazon en la bolsa. Antes de un año sucederá que falte á ese padre virtuoso hasta el preciso sustento, porque no puede ser otra cosa, y anciano, á las puertas del sepulcro y tras una vida de continuados sacrificios, le dará el mundo por recompensa á sus virtudes el desprecio que á la miseria otorga el orgullo y la impiedad. Esto, que no puede ser mas horrible, sucederá por haberte salvado.

—¡Atormentas mi conciencia! —exclamó Rodrigo palideciendo.

—No, no debe remorderte, pero sí recordarte que tienes una deuda que pagar, deuda que has contraído con tu padre y que consiste en el sacrificio de cuanto posee y ha conservado á costa de mil privaciones, en el sacrificio de su dignidad que habrá visto ajada, humillada, pisoteada por un ente despreciable y criminal que le habrá tratado con el mayor desden, que le habrá impuesto las mas repugnantes condiciones, que le habrá obligado á bajar con vergüenza la frente noble y pura que siempre se levantó con orgullo....

—¡Dios mio! —exclamó Rodrigo á la vez que ocultaba el rostro entre las manos.

—Rodrigo —prosiguió el poeta con solemne acento —si no pagas esa deuda eres un infame y que Dios te maldiga. —

—¡Hermano mio!....

—Vuelves al seno de nuestra desdichada familia.... ya sabes cual es tu deber, trabajar sin descanso, con el afán de un loco que corre tras el fantasma creado por su manía, trabajar hasta perder la existencia para reparar el daño que tiene por causa el beneficio que has recibido.

—¡Trabajaré, sí, moriré trabajando porque mi conciencia no estaría tranquila de otro modo!

—No te digo estas palabras con intento de atormentarte sino con el de hacerte comprender tus deberes y con el de infundirte valor para que á los reveses de la fortuna opongas una voluntad de acero, una constancia contra la que se estrellé el roedor de un año y de otro año y que solo con la vida acabe. Como habia dicho el alférez Castañeda, Rodrigo era en extremo impresionable, pero sus sensaciones eran tan pasajeras como violentas. Las palabras de su hermano conmoviéronle hasta el punto de sentirse medio ahogado, y de sus ojos brotó un raudal de lágrimas que dió claras muestras del profundo dolor que lo atormentaba.

— ¡Hermano mio! — exclamó, arrojándose en los brazos del poeta.

— ¿Por qué lloras? — le dijo este.

— Porque reconozco mi debilidad, porque no podré hacer por nuestros padres lo que tú harías....

— No desmayes antes de entrar en la lucha porque serás vencido.

— ¡Te juro no retroceder ante ningún obstáculo!

— Dios te ayudará.

Ambos pensaron nuevamente en que era preciso separarse, y acreció en ellos el dolor y el embarazo de pronunciar la primera palabra de la despedida.

— Debes ya partir — dijo el poeta con tan ahogada voz que apenas salió de su garganta.

— ¡Partir! — murmuró Rodrigo.

— Sí, partir para abrazar á nuestras padres.... vas á estrecharlos contra tu pecho, á sentir los latidos de sus corazones.... á besar sus frentes, á oír como te dicen « ¡hijo mio, hijo de mis entrañas! » ¡Ah! ¡Cuanta felicidad!

Una mano de hierro pareció oprimir la garganta del poeta que no pudo seguir hablando. La luz huyó por un momento de sus ojos; su corazón palpitaba como si fuese á saltar del pecho, y su abrasada frente se contrajo mientras que el llanto empañaba sus negras pupilas. El mas intenso dolor atormentaba su alma sensible. ¡Es tan triste estar separado de un padre á quien el peso de los años y de las desgracias lo tienen al borde del helado sepulcro! ¡Es tan triste cuando se teme llegar tarde por muy pronto que en su busca se corra! ¡Tan triste, tan horrible, si ese padre no ha vivido para sí, sino para sus hijos, si su existencia ha sido una serie de trabajos y sacrificios cuyo valor no podemos comprender hasta que nos vemos en la necesidad de hacerlos á nuestra vez por nuestros hijos! ¡Es tan dura la separacion de una madre cuando recordamos las veces que nos ha mecido en sus brazos, que nos ha

quitado el frío con el calor de su seno, que nos ha besado con el frenesí de su puro é inagotable amor, y cada uno de nuestros inocentes besos era para ella un mundo de felicidades, cada una de nuestras sonrisas el mas dulce consuelo, el olvido de sus dolores!... ¡Ah! ¡Verse separado de sus padres cuando les amenazaba la muerte y no poder darles el último adios, oír sus últimos consejos, cerrar sus ojos y besar su frente helada donde por tantos años ardió un solo pensamiento, el de su amor á nosotros, el de su afán por nuestra felicidad!... ¡Cuanto dolor!... ¡Cuanto dolor sin mas esperanza de consuelo que el ser virtuosos para que al contemplarnos con los ojos del alma desde la mansion de la eternidad sonrian y nos bendigan!... ¡Padre mio, madre mia! si aun puedo recibir un beso de vuestros labios y estampar uno mio en vuestras frentes venerables, si aun puedo sentir por un instante sobre mi corazon las palpitaciones de los vuestros, si llego á oír, si quiera por una vez, cómo me llamis *¡hijo mio!* y vuestras manos trémulas por la vejez y por la emocion de vuestra ternura se estienden sobre mi cabeza, habrá recompensado Dios con sobrada largueza los dolores agudísimos, las amarguras cuya historia triste está escrita en las palpitantes hojas del libro de mi corazon y que he devorado silenciosamente mientras que la sonrisa agitaba mis labios ó la indiferencia enmascaraba mi rostro!

Un sobrehumano esfuerzo, uno de esos esfuerzos que solo los espíritus grandes pueden producir en los frecuentes momentos en que se subliman, hizo el poeta, y aunque arrancando las fibras mas delicadas de su corazon, dominóse y apareció, sino completamente tranquilo, al menos con bastante serenidad para disminuir la pesadumbre de su hermano y para darle ejemplo de valor.

— ¡Adios, hermano mio! — exclamó Rodrigo que no habia podido dominar su emocion.

Y estrechó entre sus brazos fuertemente al poeta.

—Lleva este abrazo á nuestros padres y á nuestra hermana.

—¡Quiera Dios que lo reciban pronto de tí!

—¡Fé y constancia!—dijo el poeta.—¡Fé y constancia!....

¡Adios!, hermano!....

Y desprendiéndose bruscamente de los brazos de Rodrigo, huyó como un loco mientras murmuraba:

—¡Adios!.... ¡quizás para siempre!....

Y tras el esfuerzo vino el cansancio y la natural enervación del espíritu y del cuerpo; que emociones tan dolorosas, sensaciones tan rudas, solo pueden resistirse por muy pocos instantes.

Dejóse el poeta caer en el banco de piedra que había junto á la fuente testigo de la pasión y de los celos de Jaguá, y allí, si el llanto no desahogára su pena, esta acabára con él en breves momentos, segun era de dolorosa su intensidad.

Gran parte de la mañana pasó allí, y tuvo la fortuna de que nadie lo interrumpiese, que no es poco consuelo el que el afligido encuentra en la libertad de llorar á solas.

Aun no habia pasado una hora cuando Rodrigo y el señor Alonso Hernandez se dieron á la vela.

CAPITULO XXI.

Siete meses despues.



MIGUEL de Cervantes contó con todos los inconvenientes que su hermano habia de encontrar para armar la fragata, y calculó tan acertadamente el tiempo que esta debia tardar para su llegada, que solo en un dia se equivocó.

Cerca de siete meses habian transcurrido desde la partida de Rodrigo, y durante este tiempo habian ido fugándose de sus casas muchos cautivos, aunque no todos los que estaban en el complot, y escondiéndose en la cueva permanecieron ocultos sin ver la luz del dia, pues solo de noche se atrevian á salir para respirar el aire libre y puro de que carecian en la mazmorra. Algunos de ellos, los mas ancianos, perdieron la salud á causa de la humedad, y solamente los jóvenes y robustos conservaron enteras sus fuerzas. Los alimentos eran tam-

bien escasos, pues no tenían otros que los que les llevaba el Dorador, y este no contaba para ello con mas recursos que las mezquinas cantidades que podian agenciar los cautivos.

Era el 20 de setiembre de 1577.

La noche estaba serena; despejado el cielo, y la luna mostraba la mitad de su redonda cara.

Ya las doce habian dado y Cervantes encendido su linterna para hacer su acostumbrada escursion al aposento de Zoraida; pero aquella noche no sucedió como las demás en que salia sin detenerse, sino que pensativo en extremo, permaneció largo rato sentado en el monton de paja, y mas de una vez se contrajo su frente, palideció su rostro y de sus ojos se escaparon miradas sombrías ó dolorosas. Era aquella la noche que habia destinado para ir á reunirse con sus compañeros, pues segun su cálculo, la fragata debia llegar de un momento á otro. Y como en tan arriesgada empresa jugaba su vida y la de muchos infelices, y á fracasar quedaria en peor situacion, natural era que estuviese pensativo. A esto añadiase para su tormento la duda de si debia ir á ver á Zoraida ó partir desde luego, y para lo uno y lo otro encontraba razones poderosas que aumentaban su vacilacion y su disgusto.

—Irme sin verla—decia—casi es una ingratitud, porque si bien tengo al fin que abandonarla, pero la privo de una hora de felicidad que es para ella el tenerme á su lado. Además, cuando llegue á saber mi fuga, me acusará por el mal pago que he dado á su cariño, y aunque esta acusacion nada deberia importarme, sin embargo, me duele porque mayor será su pena si á mas de verse abandonada por mí llega á creer que dió su corazon á quien no abrigaba otro en el pecho. Revelarle el secreto de mi partida es imposible, pero bien puedo hacerle comprender que si algun dia se me presenta la ocasion de escaparme, la aprovecharé sacrificando mi amor, porque antes que este es el que tengo á mis padres y el deber de ir á consolarlos y á servirlos. Por otra parte, voy á perder un

tiempo precioso; quizás en estos momentos estén desembarcando los que vienen en nuestra busca, y mi retardo puede hacer fracasar la empresa. Mucha es mi responsabilidad, y bien mirado he debido reunirme á mis compañeros siquiera un dia antes. ¿Qué haré? ¿Partiré inmediatamente ó veré antes á Zoraida? ¡Es tan triste su vida! ¡Son las que pasa conmigo las únicas horas de felicidad de que ella ha gozado!.... —

Volvió el poeta á quedar pensativo y silencioso, hasta que al fin, decidiéndose por dar á Zoraida una hora mas de consuelo y de dicha, levantóse resueltamente, tomó la linterna y salió.

Esperábalo la mora como siempre, con todo el ardiente afán de su pasión, y al ver entrar en el aposento á Cervantes, levantóse del diván en que estaba recostada y le salió al encuentro, mientras que con voz dulce y amorosa le decia:

—¡Cuán largas y tristes son las horas en tu ausencia! Ven á mi lado, vuelve á mi alma la alegría y á mis ojos la luz, que contigo ambas huyen de mí, y por eso en esta dorada prision la noche es dia y el dia oscura noche que ni aun estrellas tiene.

—Largas y tristes son — contestó el poeta — las horas en que estamos separados, pero olvídalas cuando me ves, ó no me las recuerdes porque es recordarme que ha de llegar un dia de eterna tristeza.

—¡Un dia de eterna tristeza! — replicó Zoraida mientras tomaba asiento junto á Cervantes. — ¿Y por qué ha de llegar ese dia? Ya que la codicia de mi esposo te ha quitado la esperanza del rescate no debes temer una separacion que es imposible.

—¿Olvidas, Zoraida, que si tengo aquí tu amor y tus caricias, tengo en mi patria las caricias y el amor de una madre? ¿Olvidas que lo que es aquí un estrecho calabozo y la oscuridad es allí la libertad y la luz?

—¡No he podido hacerte olvidar tu patria! — dijo tristemente la mora.

—No has podido hacerme olvidar mis deberes ni el cariño de mis padres, porque esto es imposible. Con tu amor podrá serme dulce el destierro y menos dura la esclavitud, pero saber qué por mí lloran noche y día los que me dieron el ser y no anhelar llevarles el consuelo á trueque de sacrificar los gozces de mi pasión, eso es imposible.

—¿Pero no me has dicho que tu familia es tan pobre que no podrá rescatarte? ¿No me has dicho que su miserable fortuna la han empleado toda en comprar la libertad de tu hermano?

—Me queda el recurso de la fuga.

—¿Y la intentarías otra vez?

—Solo me falta la ocasión. No quiero engañarte, Zoraida, porque seria una ingratitud; pero puedes estar cierta de que si á tu lado me tienes es porque me faltan los medios para huir, no de tí, sino de la deshonra de mis cadenas.

—¡Cristiano, cristiano, acuérdate de que sin tí moriré y que esa libertad que ambicionas, esa felicidad que en ella fundas, seria mi mas horrible desgracia! ¿Qué me queda en el mundo sin tí?.... ¡Oh!.... Si has de ser dichoso huyendo de mi lado, vete, pero antes de partir quítame la vida de un solo golpe y no me dejes morir lentamente. Vete, sí, pero mátame, cristiano, mátame — prosiguió diciendo arrebatadamente la mora. — ¿Qué puede importarme una existencia de continuos tormentos? Si tu pasión fuese como la mia, patria, libertad y madre, todo lo olvidarías. Yo seria dichosa á tu lado en el calabozo que te sirve de prision, sin luz y casi sin aire; dichosa atada á tu cadena y tratada como un esclavo por los que me tratan ahora como á una sultana. ¡No es tu amor como el mio que solo la muerte lo arranca del corazón!

—No sabes lo que es el cautiverio — replicó Cervantes. — No has experimentado....

—Sé lo que es mi pasión — interrumpió Zoraida — y por tí sacrificaría la libertad como he sacrificado mis deberes, como arriesgué la vida yendo á buscarte....

—¿Acaso no la arriesgo yo cuando vengo aquí? ¿Ves que el miedo de perderla ataje mis pasos?

—La vida la tienes en poco, y así lo has probado muchas veces, pero....

—Mi madre, Zoraida....

—Bien me dijo la desdichada Jaguá: mi pasión me será fatal, será mi mayor desdicha.

—Deja esos presentimientos.

—Tarde ó temprano romperás tus cadenas, —repuso la mora—porque si solo esperas la ocasión, la encontrarás.... ¡Y yo te habré dado los medios de que me abandones!....

—No prosigas, Zoraida, que te atormentas y me entristeces. Dejemos de hablar sobre lo que está muy lejos de suceder: basta á mi propósito que estés convencida de que si algun dia desaparezco será por obedecer á mis deberes y no porque deje de amarte.

—Si algun dia desapareces.... llévame contigo á España.

—Imposible.

—¡Imposible!.... ¿por qué?

—Porque si llego á conseguir fugarme será superando inconvenientes que tú no podrias vencer.

—¿Qué habria para mí imposible tratándose de tu amor?

—Luego has de pensar que tu fuga podria entorpecer la nuestra, y digo nuestra porque en tal caso no seria yo solo; y en buen hora que yo arriesgase mi libertad y mi vida, pero la de aquellos que en mí la habian depositado llenos de confianza.... ¡Oh! seria el mayor de los crímenes.

—¡Te estorbaria!—murmuró tristemente Zoraida.

—¿Por qué te atormentas así?—dijo el poeta.—Pensemos en lo presente que es nuestro amor.

—¡Pero en el horizonte de ese amor hay una negra nube que me espanta!

Cervantes cogió entre las suyas las manos de Zoraida, y repuso con tierno acento;

—Mira en mis ojos el fuego de mi pasión sin nubes que lo oscurezcan.

—¡Ah!....

—A tu lado me tienes, como siempre amante. ¿Qué mas deseas? En este momento lo olvido todo porque me embarga el alma tu belleza y me enloquece la pasión. Lucero que en la oscura noche de mi amarga vida inundó de luz el negro cielo que me cobijaba, no empañe el llanto el brillo de tus ojos, no las rosas de tus mejillas en pálidas azucenas se truequen, no den tus labios salida al lamento de la tórtola; sino al arrullo de la paloma enamorada y tierna. Tuyo es mi corazón, mi pensamiento es tuyo....

—¡Cuánto te adoro!—exclamó Zoraida cuyos negros ojos brillaron y cuyo rostro se encendió.—¡Quieres de la paloma el arrullo!.... tan dulce de mi boca lo escucharas que á nada podrás compararlo. Tú has sido mi primer amor y mi primera dicha; y la esperanza sola de verte á mi lado fué mi mayor, mi único consuelo. Eres para mí la vida, mas que la vida. Y nunca habia sentido palpitar mi corazón hasta que mis ojos te vieron.

Con tales ó parecidas palabras continuó la mora espresando los sentimientos de su pasión, y el poeta, aunque con algun embarazo, le correspondia con frases no menos cariñosas y tiernas; pero como en tales casos nada se escapa á la penetración de las mujeres, Zoraida comprendió que algun pensamiento secreto turbaba aquella noche á su amante, y mirándolo fijamente, interrumpió sus caricias para decirle:

—Algo me ocultas, cristiano.

Tan repentina interpelación dejó sorprendido por algunos momentos al poeta; pero en la necesidad de evitar que la mora sospechase su proyecto, procuró finjir cuanto pudo y contestó con bastante naturalidad:

—Esta noche te se ocurren estrañas ideas.

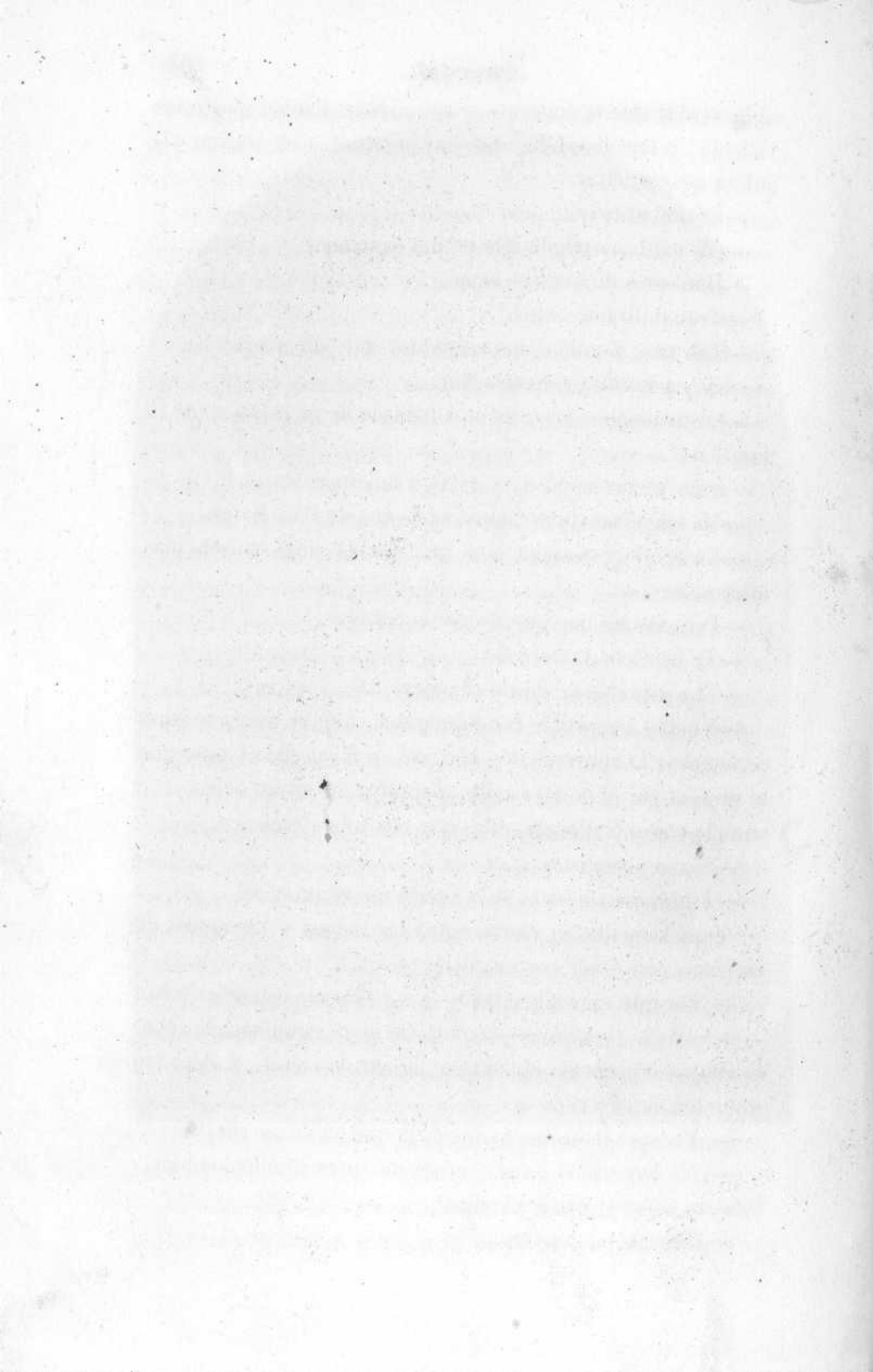
—No sé explicar lo que advierto en tí, replicó Zoraida, pero



Wm. D. Galt.

Lit. de Minerva 14 Clava.

— Tuyo es mi corazon, mi pensamiento es tuyo.....



es la verdad que te encuentro como nunca. Parece que estás violento, y tan distraído, que hay momentos en que ni siquiera me escuchas.

—Es antojo tuyo.

—¡Antojo!.... ¡Ojalá que yo me equivoque!

—Hablemos de nuestro amor.

—Tranquilízame antes.

—Tal vez, Zoraida, los recuerdos que sin querer hemos evocado en nuestra conversacion....

—Otras muchas veces hemos hablado de tu patria y de tu familia.

—Pero no hemos hecho ciertas comparaciones....

—Me engañas—interrumpió la esposa de Dalí Mamí.

—Es que hay momentos en que ciertas ideas causan mas impresion y....

—Pero asegúrame que no me engañas.

—Te he dicho la verdad.

—¿Lo juras?—preguntó la mora.

—Vuelvo á repetirte con franqueza, que si tengo ocasion de fugarme la aprovecharé, ahogaré en mi pecho el amor que te profeso por el de mi madre, porque esto es un deber y yo cumplo con mis deberes antes que con mis afecciones.

—Si me abandonas....

—Algun dia sucederá si la suerte me es propicia.

Zoraida ocultó el rostro entre las manos y un raudal de lágrimas corrió por sus megillas.

—¿Por qué esas lágrimas?—le dijo el poeta con dulce tono.

—No lo sé, cristiano—contestó la mora con ahogado acento.—Tengo oprimido el corazon, ignoro la causa, y lloro sin voluntad de hacerlo.

—¿Por qué te atormentas con lo que ha de suceder?

—¿No has tenido nunca, cristiano, presentimientos horribles sin saber la causa de ellos?

—Pero los he desechado.

—Dichoso tú si tanta es la fuerza de tu voluntad, porque yo, débil mujer, no puedo borrarlos de mi mente.

—¡Zoraida!....

—Tu pasión, me decía Jaguá, será fatal para las dos, será nuestra muerte, nuestro mas horrible tormento.... También su triste vaticinio no era mas que un presentimiento y se cumplió.... ¡Ah!

Cervantes procuró nuevamente á reanimar á la mora con mil caricias, pero solo consiguió tranquilizarla muy poco.

Llegó la hora de separarse, y no como siempre, una sonrisa y cariñosas palabras salieron de los labios de la esposa de Dalí Mamí, sino que estrechando fuertemente entre sus brazos al poeta, oprimiéndolo contra su pecho medio desnudo y palpitante, no pudo articular una palabra y el llanto volvió á correr por sus pálidas mejillas, como si le hubiesen dicho que era aquella la última vez que veía á su amante.

Este se sintió ahogado por una dolorosa emoción, y casi tuvo remordimientos de engañar á aquella infeliz mujer á quien tanto cariño y tantos sacrificios debía; pero considerando que él no habia sido la causa de que llegase tan triste situación para la mora, y acordándose de sus padres, de su libertad, y mas que de todo, de los sagrados compromisos que tenia que cumplir con sus compañeros de cautiverio, hizo un esfuerzo, correspondió al abrazo de Zoraida, y antes que el llanto en sus ojos delatase su secreto, con voz trémula y ahogada dijo:

—¡Adios!....

Y se desprendió de los brazos amantes de aquella infeliz mujer, tomó la linterna y salió precipitadamente de la estancia con el corazón oprimido y la cabeza ardiente como si la abrasase la calentura.

Zoraida se dejó caer en el divan porque no tenia fuerzas para sostenerse.

—¡Desprecia el tesoro de mi amor!—murmuró tristemente.
—¿Dónde encontrará otro igual?.... ¡Ah!.... ¡Me ha dado la

muerte!.... ¡Se cumplirá el vaticinio de la negra Jaguá!....

La desdichada sufría horriblemente. El llanto seguía corriendo en abundancia por sus megillas y regaba su agitado pecho.

—El corazon me dice que no volveré á verlo, y moriré con la mas lenta y desgarradora de las agonías, tendré que ocultar mis lágrimas, callar mis sufrimientos, y todo lo mas, lástima será lo que inspiraré á los que me rodean, pero no consuelo, ni una sola palabra de consuelo.... ¡Triste suerte!.... ¡Sin un pecho amigo donde depositar las quejas de mis amargos pesares, teniendo que sonreír á mi brutal esposo!.... ¡Oh!.... ¡La muerte, venga la muerte!

Los ojos de Zoraida, abiertos al llanto, no pudieron cerrarse al sueño en toda la noche.

Dejémosla llorar su desgraciada suerte, digna en verdad de lástima, y sigamos á nuestro poeta.



CAPITULO XXIII.

De cómo Cervantes fué á reunirse con sus compañeros.



ON desiguales pasos atravesó el poeta corredores y aposentos, y llegando al sótano, sacó de entre la paja una cuerda y salió, cerrando la puerta y guardando la llave.

— ¡Llegó la hora! — exclamó —
¡Dios mio, protejedme!

Luego se dirigió al jardín, y con la ayuda de una escalera de mano, subió á la tapia, aseguró en ella un extremo de la cuerda, y dejándola caer á la parte exterior, volvió la cabeza atrás y fijó una mirada tierna en la ventana del aposento de la mora por entre cuya celosía se escapaban algunos rayos de luz.

Un suspiro salió de su pecho y una lágrima humedeció sus brillantes pupilas.

—¡Infeliz! —murmuró con ahogado acento.—¡Perdona si he herido tu corazon sensible, ese corazon que solo por mí late, pero mis deberes me obligan á sacrificarlo todo.... Si alcanzo mi libertad, despues que haya besado la frente de mis padres, mi primer pensamiento será para tí, y bajo el cielo de mi pátria, entre sus altivas mujeres, tu recuerdo no se apartará de mi memoria.... ¡Adios y que el Omnipotente ilumine tu razon con la luz de la verdad y te dé consuelo!....

Cervantes se asió de la cuerda, descolgóse al otro lado de la tapia, y en pocos instantes se encontró en una calleja tortuosa y oscura, y por la que, aun de dia, apenas transitaba alguna persona.

Poco faltaba para el amanecer, y como el poeta tenia que salir fuera de la poblacion y las puertas estaban cerradas, hubo de entretener el tiempo recorriendo algunas calles, hasta que al despuntar el sol pudo dirigirse sin ningun obstáculo á la quinta de Azan, á donde llegó en extremo fatigado.

Con muestras de estremada alegria lo recibió Juan el Jardinero, y dándole un abrazo, le dijo:

—¡Con cuanto afan os esperábamos!

—¡Aquí me teneis ya, amigo mio. Dios quiera protejernos —le contestó Cervantes.

—Hasta el presente nos ayuda.

—¿Cómo están nuestros compañeros?

—Como os podeis figurar, sin ver apenas la luz del sol porque no se atreven á salir de la cueva sino de noche, haciendo de esta dia, y con las incomodidades consiguientes á la vida que pasan.

—¿No desmaya ninguno?

—Alguno, pero los demas los animan. Ya podeis considerar, señor Miguel: los primeros que se escaparon de sus casas llevan aquí mas de seis meses, y en tanto tiempo no es extraño que alguna vez se pierda la paciencia.

—Poco tendrán ya que esperar.

- ¿Creeis que llegará pronto la fragata?
- Segun mis cálculos no ha de tardar tres dias.
- Quiera Dios que no os equivoqueis.
- Tal pienso.
- Algunos han enfermado de la humedad de la cueva, pero todo lo prefieren con tal de verse libres.
- Quiero verlos.
- Seguidme y os llevaré al escondite porque no hay uno que no desee abrazaros.
- Es lo que yo anhelo.
- Ademas, á esta hora no es prudente que esteis por aqui porque dentro de algunos momentos empezará á venir gente y os pueden ver. Hace poco que ellos se han recojido y aun no dormirán. Venid.

Juan guió á Cervantes hasta llegar á un sitio que no estaba cultivado y en el que el terreno era desigual y pedregoso. Levantábase allí un montecillo arcilloso á cuya falda crecian algunos espinos y habia dos ó tres montones de estiércol que impedian ver la entrada de una cueva.

—Aquí es—dijo el Jardinero.—Cuidado con la cabeza.

Y metiéndose por entre las zarzas llegó á la puerta de la cueva, ó mejor dicho á un agujero ovalado por donde se internó.

Siguióle el poeta y á los dos ó tres pasos se encontró completamente á oscuras, viéndose obligado á caminar á tientas con el cuerpo inclinado, sin que á pesar de toda su precaucion dejase de recibir algunos golpes contra las paredes ó el techo de aquella galería. Afortunadamente el camino fué corto, y despues de volver á la izquierda y luego á la derecha, llegaron á un lugar bastante espacioso y alto de techo, pero donde tampoco penetraba un rayo de luz.

Respirábase allí una atmósfera nauseabunda, cargada de las emanaciones de todos los cautivos en el espacio de mucho tiempo, durante el cual no se habia renovado el aire.

El potea se detuvo al detenerse Juan, y escuchando oyó un ruido sordo, igual y no interrumpido, que era el de la respiracion fatigosa de los que allí se albergaban. Acostumbrado estaba el poeta á vivir en oscuro y fétido aposento, pero no dejó de producirle la mas desagradable impresion la llegada al en que estaba, y á no tener de ello una prueba no hubiese podido creer que hubiese quien allí pudiera vivir por espacio de seis meses aunque fuese por la libertad y la vida.

—¡Compañeros—dijo Juan—aquí está nuestro salvador el señor Miguel de Cervantes!

Y al apagarse en las húmedas paredes su voz, oyóse un murmullo y el ruido del movimiento de los cautivos que se acercaban hácia la puerta.

Siguióse una escena tierna y conmovedora. En medio de la oscuridad vagaban todos del uno al otro lado, buscando al poeta para darle un abrazo y hacerle mil preguntas, porque creían que debia llevarles noticias ciertas sobre su partida.

—¡Dios os bendiga!—decían los unos.

—Apartaos y dejadme que lo abrace decían los otros.

—¿Cuándo es la partida?

—Por fin os tenemos á nuestro lado.

Todos hablaban á la vez, preguntaban muchas veces una misma cosa y no daban lugar á la contestacion. Mezclábanse las risas á las lágrimas y entre las voces confundíanse los suspiros.

—Compañeros—dijo el poeta—aquí me teneis para participar de vuestros trabajos, y si antes no he venido fué por evitar mayores sospechas, que encierro por encierro, oscuridad por oscuridad, este prefiero con vosotros mas que el que he dejado con la soledad. Venid y abrazarme—prosiguió con acento conmovido.—Venid y que vuestros pechos nobles recojan mis lágrimas de ternura!... ¡Cuánto habreis sufrido!... ¡Cuánta ha sido vuestra constancia!.... Pero se acerca el momento de la libertad.... ¡Bendito sea Dios!... ¡Abrazadme, compañeros, abrazadme!....

Cervantes fué interrumpido por mil diversas voces de entusiasmo y de alegría. Muchos brazos se tendieron hácia el sitio donde estaba, y si hubiese habido luz hubiéranse podido ver los pálidos y demacrados rostros de los cautivos llenos de lágrimas.

—Decid cuanto sepais, amigo mio.

—Nada sé de cierto—contestó Cervantes—pero calculo que muy pronto, quizás mañana llegará el bajel que debe llevarnos á nuestra patria.

—¡Libertad!.... ¡Oh!.... ¡Libertad!...—exclamaron algunos cautivos.

—Sin embargo—añadió Cervantes—no hay que dar á la esperanza mucho vuelo, pues el desengaño es mas triste cuanto mas se ha remontado la ilusion. Por nuestra libertad trabajamos, pero si se frustra nuestro deseo, no hay que desmayar, sino con mas fé, con mayor ardimiento, seguir trabajando que al fin premiará Dios nuestra constancia.

—¡Hemos sufrido ya tanto!—dijeron algunos.

—Mas sufrireis si os abandonais á la suerte, que no hay premio sino hay sacrificio, sino hay trabajos. ¿Qué puede esperar el que nada hace?... Lo que el labrador que duerme sobre su tierra en vez de regarla con su sudor: las espigas no brotarán donde no cayó la semilla ni abrió surco la reja. La suerte lucha constantemente con nosotros, y el que no opone la resistencia, queda vencido. No viene la felicidad al que por ella clama, sino al que la conquista con su trabajo. La fortuna y la desgracia son fantasmas ilusorios, vanas palabras no mas inventadas por el hombre para justificar su inconstancia, su falta de fé y su abandono, para engañar al mundo y engañarse á sí mismo, para contestar á su conciencia cuando le pregunta en qué ha gastado el tiempo y porqué se queja, para alegar un derecho falso á la compasion, á la ayuda de los demas, un derecho injusto para pedirles que hagan por él lo que él no ha querido hacer por sí mismo.

Las palabras del poeta produjeron el mismo efecto que siempre: reanimaron el valor de aquellos infelices, y aun los que estaban enfermos sintieron renacer sus fuerzas. Fué aquel para ellos un día feliz porque sintieron mas aliviadas sus penas, y lo pasaron hablando sin cesar y escuchando los consejos de Cervantes, siempre prudentes, para cuando llegase el caso de la deseada partida.

Llevóles el renegado llamado Dorador algun alimento y recibió en cambio las demostraciones mas vivas de gratitud; pero no se retiró contento porque el dinero se le acababa, y ya los cautivos, encerrados todos en la cueva, no tenian medios para darle mas ni esperanza de conseguirlo.

Era el Dorador un hombre como de cuarenta años, de pequeña estatura, frente estrecha y negros ojos, de mirada recelosa y sombría, advirtiéndose en el conjunto de sus facciones cierta espresion de malicia y doblez que nunca agradó á Cervantes. Pero se habia mostrado tan deseoso de volver á la fé católica, tan solícito en ayudar á los cautivos, que al fin el poeta creyó que la impresion desagradable que le producía la presencia de aquel hombre era una aprension necia.

Salió, como hemos dicho el renegado, no muy contento, y despues de haber andado buen trecho de camino para volver á la ciudad, sentóse en una piedra y mientras meditaba sobre el proyecto decia para sí:

—Pasa mucho tiempo y la fragata no llega. Esperanzas no faltan, pero sí dinero para comer. Muchos son mis deseos de volver á España, pero si el plan no da buen resultado, habré espuesto la vida tontamente. Algo es preciso que yo gane en este negocio, porque arriesgar así la cabeza para quedar como antes ó peor, seria obrar bien neciamente. Si antes se me hubiesen ocurrido estas reflexiones hubiera podido ahorrar algunos escudos del dinero que me han dado; pero ya es tarde para hacerlo así pues apenas me queda para llevarles de comer dos días, y nada puedo quitar de donde tan poco hay.

¿Qué debo hacer?... Esperaré dos días, nada mas, y cuando la bolsa esté vacía de dinero y la cabeza de ilusiones, porque para entonces las habré perdido todas, tomaré una determinacion. Si en Arjel y moro he de quedar, que al menos sea con algun provecho, y sobre todo, obrando de manera que me ponga á salvo de la responsabilidad que pueda caberme si el plan de fuga llega á descubrirse. No me remuerde la conciencia: mi intencion ha sido la mejor del mundo, y si la suerte no nos favorece, en mi mano no está trocarla, y justo y muy justo es que mire por mí antes que por nadie.

Tras estos pensamientos que eran las primeras tentaciones de la traicion, levantóse y volvió á emprender su camino.

CAPITULO XXIV.

De cómo llegó el deseado bajel.



A noche del siguiente día brillaba también la luna, el horizonte estaba despejado y relucian centenares de miles de estrellas. Ni el mas leve soplo de viento se dejaba sentir, y las aguas del mar, tranquilas en su lecho de arena, parecían dormir, pues ni se agitaban en espumosas olas ni apenas en menudos pliegues se rizaban sus azulados cristales.

La quinta de Azan estaba muy cerca del mar, y por aquella parte, habia muchas chozas de pescadores que no habitaban la ciudad porque les convenia mas estar fuera de ella para acudir á las faenas de su oficio. Eran todos hombres atrevidos y de carácter belicoso porque tenian frecuentes ocasiones en que poder trocar su ejercicio de pescadores por el de pira-

tas, acometiendo con sus barquichuelos á los bajeles cristianos que despues de cerrada la noche se aproximaban á aquel punto.

No serian aun las nueve y los pescadores estaban ya recojidos en sus miserables chozas ó tendidos en la playa, durmiendo á pierna suelta, menos tres de ellos que se ocupaban en reparar algunas pequeñas averías que habian tenido en su barca. Cuando terminaron su faena, ayudados del resplandor de la luna, sentáronse á descansar junto á la orilla.

—Somos los últimos que nos acostamos esta noche—dijo uno de ellos.

—Y tendremos que ser los primeros en despertar—contéstole otro—si hemos de hacer lo que hemos convenido.

—Ya sabes que soy madrugador, y por consiguiente, no me importa.

—Yo soy algo perezoso, pero si la ocasion llega ninguno me adelanta.

—Buena está la noche.

—Algunos se alegrarán de ello mas que nosotros.

—Los que tengan que caminar á estas horas.

—Pocos, ó ninguno, serán.

—Mas de uno.

—¿Quién?

—Los que tengan que ocultarse de dia.

—Es verdad que no será uno solo, porque dicen que en poco tiempo han desaparecido muchos cautivos, y estos esperarán la noche para caminar.

—Mucho se habla de ese asunto.

—Hoy contaban de uno que ha desaparecido de la casa del renegado Dalí Mamí, y segun aseguran es sugeto de calidad y muy estimado de su amo, porque de él esperaba un buen rescate.

—Sospecho quien es, y en verdad que Dalí Mamí ha perdido con él quizás ochocientos ó mil escudos.

—¡Mil escudos!

—No exagero.

—¿Lo conocías?

—Lo vi algunas veces cuando antes de entrar á serviros trabajé en una huerta de Dali Mami. Esto, si es el que yo presumo, uno manco....

—El mismo, esas señas me dieron.

—No es la primera tentativa que ha hecho, y lo peor es que siempre se lleva consigo á otros muchos.

Como habrán comprendido nuestros lectores, el que acababa de hablar no era otro que Hamete, el traidor que abandonó á Cervantes y á sus compañeros en el camino de Oran.

—Entonces habrá sucedido lo mismo en esta ocasion, y es posible que la fuga de los que han ido desapareciendo estuviere convenida con él.

—Casi puede asegurarse.

—Buena fortuna para el que lo coja y lo presente á su amo.

—Es poco generoso.

—¿Pero no habia de dar siquiera seis escudos al que le hacia recuperar mil perdidos?

—Tal vez no diese mas que uno.

—Aun así, pocas veces los habrás visto en oro y en tus manos.

—Ninguna si he de decir la verdad.

—Desconfio de que lo encuentren.

—¿Por qué?

—Porque no ha podido encontrarse á ninguno de los que antes se han escapado.

—No es razon.

—Ya estarán en salvo.

—Sea como quiera, no es para nosotros semejante fortuna.

—¿Quién sabe?

—Dejemos lo que no nos importa.

—Es verdad, que mas nos conviene dormir.

—Como ya hacen todos, y hasta el mar descansa.

—No se mueve una ola.

—Ni corre un pelo de viento.

—Mucha fuerza de remos se necesitaria para navegar ahora.

—Parece el mar un espejo de plata.

—¡Cómo le hace brillar la luna!

—Fácilmente podria distinguirse una embarcacion desde larga distancia.

—Aunque asomase por allá —dijo uno— estendiendo el brazo.

—Allá, si, por.... por allá.... Mirad —repuso otro— poniendo sobre los ojos una mano á modo de visera para recoger mas la vista.—¿No veis allá?....

—Nada veo.

—Ni yo tampoco.

—Sabeis que me equivoqué pocas veces ó ninguna?... Si, si, es una embarcacion....

—No hay quien tenga tan buena vista como tú, pero lo que es ahora creo que te engañas.

—¿Que me engaño?

—Sí.

—Puede ser... Esperad... por esta vez....

—Estás soñando.

—Estoy.... estoy seguro.

—Te equivocas, al ménos por la parte hácia donde señalas....

—Apostaria....

—Nada apuestes sino quieries perder.

—Pues bien, apuesto seis ásperos de plata....

—¿De veras?

—Sí.

—Quedan apostados.

—¡ Dichosos los que así arriesgan semejante cantidad—

dijo Hamete que consideraba los seis áseros como respetable suma, á pesar de que no equivalían sino á poco mas de cinco reales.

—Tú eres testigo, Hamete.

—¿Y cuánto gano?

—Un ásero por sentenciar fielmente.

—No cabe engaño en lo que ha de verse muy pronto.

—¿Tampoco distinguís nada ahora?—repuso el que se preciaba de buena vista.

—Tampoco.

—Observemos.

Pusieronse los tres á mirar, y despues de un rato dijo Hamete:

—Me parece que pierdes, Ali, pues ahora se distingue....

—¡Por Allah!.... Creo que tienes razon.

—No te arrepientas de haber apostado.

—Yo soy testigo y me vá en ello un ásero —dijo Hamete.

Volvieron á quedar silenciosos.

Pasó un cuarto de hora y al fin pudo distinguirse claramente que en efecto se acercaba un bajel á la costa.

—¡He perdido!

—No te desconsueles, porque si la embarcacion fuese de cristianos, daremos el grito de alarma y tal vez hagamos buena presa.

—Cuando esté cerca nos prondremos donde no puedan vernos para examinarlo bien.

La embarcacion siguió vogando, y no tardó mucho en oirse desde la orilla el ruido de los remos.

Era efectivamente una fragata cristiana, la misma que iba en busca de los cautivos, y atracó muy cerca de donde estaban los tres moros sin apercibirse de ellos que, agachados y ocultos, conocieron fácilmente ser la embarcacion de cristianos que trataban de saltar ocultamente en tierra, á juzgar por el sitio

que habian elegido para el desembarque y el silencio con que se preparaban á verificarlo.

—Presa tenemos—dijo uno de los pescadores.

—Parece que van á botar una lancha.

—No traerán buen fin cuando con tanto silencio llegan.

—¿Qué hacemos?

—Dar el grito de rebato porque no podrán escapar si andamos listos en rolear el bajel con nuestras barcas.

—Nuestras armas están siempre preparadas.

—Y nuestros ánimos tambien.

—Y de buena gana acudirán nuestros vecinos....

—Como siempre lo hacen.

—No hay que perder tiempo.

Mientras así hablaban los moros guardaban profundo silencio los que tripulaban la fragata. Los remeros habian dejado los bancos, y tomando las armas de fuego se disponian á obedecer las órdenes que en voz baja ó por señas les daba un hombre de elevada estatura, de ojos negros y vivos, de tostadas megillas y que parecia ser el gefe.

Como los moros habian sospechado, disponianse los cristianos á botar una lanchilla para salir á tierra, procurando ejecutar esta maniobra con el mayor silencio.

—Mucho cuidado porque el menor descuido puede perdernos—dijo el que parecia capitan.

—¿Estais seguro, señor Viana—le preguntó un marinero—de no haberos equivocado?

—Conozco mucho estos lugares y no los olvidaré porque arastré en ellos mi cadena de cautivo.

—Es que....

—¿Veis aquel edificio que se levanta allí enfrente y no muy lejos?

—Si.

—Pues es la casa de campo de Azan donde nos esperan los infelices por cuya salvacion hemos venido.

—Cerca los tenemos.

—Muchas veces he venido á esa casa de parte del que fué mi amo y en busca de hortalizas ó flores.

—Adelante, pues.

—Adelante y no perdamos tiempo.

—Creo que nada debemos temer porque la playa está desierta.

—Pues aprovechemos la ocasion.

—Al agua la lancha y....

No pudo proseguir el llamado Viana porque hasta el bajel llegó el ruido de estrepitosa gritería y las voces de « ¡á ellos! » dadas en la playa.

—¡Nos han visto, vive Dios! — exclamó el capitán con acento de rabia. — ¡Deteneos.... no boteis la lancha!....

Y dirigiendo la vista á tierra vió salir mar arriba muchas barcas y cruzar cerca de la orilla bastantes moros que daban desaforadas voces.

—¡A los remos! — gritó Viana. — ¡A los remos y á ponerlos en franquía!

—¡A ellos! — gritaron los moros. — ¡A ellos, pescadores!.... ¡Fuego!....

—¡Las barcas!....

La fragata se balanceó de babor á estribor, y en seguida, forzando remos, comenzó á alejarse rápidamente de la orilla.

A tiempo se ejecutó la maniobra, porque á no emprender la huida con tanta prisa, les dieran alcance á los cristianos algunas barcas que bogaban ya y otras que soltaban las amarras, y en grande aprieto se vieran para libertarse, sino de la fuerza, del número de los enemigos.

Grande fué la confusion de los moros: no hubo uno que no acudiese al rebato; pero tuvieron que renunciar á su empresa cuando la fragata se alejó, pues solo en alta mar hubieran podido darle caza, y allí, á los barquichuelos pescadores, aunque muchos, nada les era dado hacer, sobre todo si los cristianos seguian mar adelante y á la ventaja de sus

muchos remos se unia la de alguna ráfaga de viento que les favoreciese.

Oyéronse algunas detonaciones producidas por disparos de arcabuz hechos sobre la fragata, pero solo sirvieron para interrumpir el silencio de la noche y acrecentar la alarma sin causar á los fugitivos ningun daño.

Cuando los pescadores perdieron la esperanza de lograr su presa, reuniéronse á conferenciar sobre lo que debían hacer. Opinaban los unos ponerse en acecho y esperar que volvieresen los cristianos, mientras que otros creían que era lo mejor aprovechar la noche en dormir, pues la fragata no haria segunda tentativa despues de alarmada aquella parte de la costa.

—Pues bien —decia el que habia visto primero el bajel y apostado los seis ásperos—ellos pensarán que hemos calculado de ese modo, porque así es lo natural, y volverán teniendo por seguro que dormimos. Mi opinion es que esperemos bien ocultos.

—¿Volverias tú?—le replicó otro moro.

—Nó.

—Pues ni ellos tampoco, y se reirán á su placer; mas si llega á su noticia mañana que nos han tenido en vela toda la noche.

—¡Por Allah! que eres muy torpe.

—Y tú muy testarudo.

—Como son los cristianos, y por eso volverán aunque sepan perderse.

—Pues bien, yo me quedo con los que quieran acompañarme.

—Y yo.

—Yo tambien.

—Y los que os vais á dormir no tendreis derecho á participar de la presa.

—Buen provecho os haga.

—Mas vale descansar.
—Está visto que teneis miedo porque volverán mas prevenidos.

—¡Miedo!....

—¡Por Mahoma!....

—El tiempo lo dirá.

—Seis ásperos aposté no há mucho á que se divisaba una embarcacion.

—Y has ganado.

—Ahora apuesto mi barca contra un zoltaní.

—Ya sabeis—dijo Hamete—que cuando nuestro camarada apuesta no es en valde.

—Es experimentado.

—Soy de su opinion.

—Y yo tambien.

—Quedémonos que nada se pierde.

—No hay necesidad de pasar la noche en vela, pues basta con que uno ó dos vigilen y den la señal.

—Bien pensado.

—Nos relevaremos de media en media hora, y este poco tiempo no mas dejaremos de dormir.

—Convenidos.

—Ahora propongámonos un plan por si llega el caso de que vuelvan los cristianos.

—Si vuelven los dejaremos desembarcar, y cuando estén en tierra y algo separados de la orilla, les acometemos, cortándoles la retirada, y despues de apoderarnos de las personas nos apoderamos del bajel.

Todos aprobaron la idea, y designados los que debian vigilar, fuéronse los otros á dormir, á sus barracas los que las tenian cerca, y á campo raso los demas para no alejarse.

Mientras esto sucedia, otra escena de muy distinto género tenia lugar sobre la cubierta de la fragata. Allí la desesperacion estaba pintada en todos los rostros, y mas que en nin-

guno en el del capitan que desconfiaba mucho de salir adelante con su empresa.

—Dejad los remos—dijo á los que estaban en los bancos.—Nada tenemos ya que temer.

—¡Vive Dios!—exclamó un marinero.—¡Cien rayos me abrasen sino era preferible naufragar á tener que huir de esa canalla miserable!

—¡Volver la popa á esos cascarones de nueces!—añadió otro, apretando los puños.—¡Por Santa Bárbara que tal vergüenza no es para sufrida por un marino viejo!

—¿Y qué vamos á hacer, señor Viana?

—Dudo.

—Vos conoceis mejor que nosotros á esos perros porque habeis sido su cautivo.

—Temo que nos acechen.

—¿Y no hemos de vengarnos?

—Sí, pero arriesgar la empresa....

—¿Nos volveremos á Mallorca?

—No digo tal, pero como he jurado á fé de marino morir ó volver á Mallorca con los infelices que nos esperan....

—Sí, sí, prudencia.

—Disponed, capitan, que os obedeceremos ciegamente:

—Ya no podemos retroceder ni dilatar un solo dia nuestro desembarque, y por esta razon creo que, aunque con mucho riesgo, debemos esperar á la media noche, y tentar nuevamente la fortuna.

—Sí, sí—dijeron todos.

—Es probable que estén alerta, pero no podemos hacer otra cosa.

—Pelearémos.

—Si nos dan tiempo volverémos atrás como ahora hemos hecho, y si no....

—Moriremos matando y Satanás tendrá un dia de regocijo.

El gefe movió tristemente la cabeza y quedó pensativo

por largo rato. Desconfiaba mucho del éxito de la empresa, casi tenia seguridad de que los sorprenderian; pero habia empeñado su palabra de no retroceder y tambien se interesaba por la suerte de los cautivos por haberlo sido él algunos años y saber lo que padecian. Era además muy triste perder cuanto se habia gastado en armar la fragata, y mas que todo el caer en manos de los arjelinos, lo cual se tenia por mayor desgracia que la muerte.

Apurada era la situacion del arrojado marino, y no menos triste la de aquellos desgraciados que lo aguardaban, pues en un momento debian ver su esperanza desvanecida, y tras el largo encierro de la cueva, la muerte en una horca ó mas crueles tormentos serian el resultado de los muchos que llevaban sufridos.

El rostro de Viana volvió á animarse al fin, y reuniendo á los valientes marineros que lo acompañaban, les dijo:

— Sé que sois hombres de corazon y que no os arredra el peligro de la muerte; pero antes de volver á intentar el desembarque quiero haceros comprender que os esponéis á mas que á morir, á ser cautivados, y ninguno de vosotros sabe lo que pesan las cadenas de la esclavitud.

— ¡Rayos y truenos! — exclamó un marino — ¿pensais que cuando nos comprometemos á una cosa nos hace retroceder el miedo?.... Ya sabemos que si esa canalla nos echa mano nos encerrará en una mazmorra ó nos hará servir de bestias de carga, pero no somos de mejor condicion que los que nos esperan y han sufrido otro tanto, y ¡por los cuernos de Satanás! que en diciendo « ¡adelante! » sabemos ir de frente hasta que la muerte nos dé un abrazo. ¡Dios de Dios!.... ¡Antes me trague una ballena y me tenga diez años en sus tripas que presentar la popa á esos perros miserables!

— ¿Tan decididos estais?

— A todo — dijeron á la vez los marineros.

— ¿Y si se apoderan de nosotros?

—Quedaremos todos iguales, y aun mejor que los que nos esperan que llevan algunos años de esclavitud.

—¡Bravo, compañeros!— exclamó Viana.— Así cumplen los hombres de honor, los valientes....

—¡Los españoles!

—¡Dios nos ayude!

—Esperamos vuestras órdenes.

—Ninguna tengo que daros ahora. A la media noche, á tierra otra vez.

Aquel puñado de hombres tan decididos no se acordaron más del peligro que les amenazaba, y vaciando algunas botellas, cantando y riendo, dejaron pasar las horas.

Ya la luna intentaba, no sabemos si besar las blancas y rizadas espumas del mar, si beber sus saladas aguas ó servirse de ellas como espejo para ver si era digna de enamorar á Apolo que la contemplaba; pero es lo cierto que había descendido y parecia que iba á sumergirse en las olas.

Había llegado el momento y el capitán se estremeció porque cada vez crecía mas su desconfianza de conseguir un buen resultado.

—¡A los bancos!—gritó.

Y pocos momentos después se oyeron los acompasados golpes de los remos; se agitaron las aguas y el bajel vogó hacia tierra con lentitud.

Mientras esto sucedia, sobre el montecillo donde estaba socavado el escondite de los cautivos, hallábase Miguel de Cervantes de pie, inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Los últimos resplandores de la luna se derraban sobre su noble cabeza, ardiente en aquellos instantes y atormentada por mil tristísimas ideas. Un doloroso presentimiento le decia que los tiros que á lo lejos habian sonado eran el anuncio de su desgracia y de la de sus compañeros.

Largo rato permaneció de aquella manera, hasta que al fin,

despues de exhalar un suspiro, levantó la cabeza, dirigió al cielo una tierna mirada y exclamó:

—¡Dios mio, no permita vuestra justicia que esos desdichados padezcan por mí!.... ¡Yo los he alucinado para que me sigan, y sobre mí debe caer toda la desgracia!

Luego cayó de rodillas, sus ojos se humedecieron, y mientras su corazon palpitaba con desigual violencia, de sus lábios salió la oracion mas fervorosa y las mas tiernas súplicas en favor de los desdichados por quienes tanto se afanaba sin que para él pidiese otra cosa mas que constancia y resignacion que fueron las poderosas armas con que aquel hombre extraordinario luchó en su amarga vida con sus continuas desgracias, sin que jamás la desesperacion ni el cansancio del espíritu le hiciesen retroceder. ¡Alma sublime, corazon grande y animoso donde se estrellaron todas las miserias de la ruin envidia y de la ridícula vanidad sin conseguir abatirlo!

Los últimos resplandores de la luna bañaron su frente noble, y una lágrima corrió por sus megillas.



CAPITULO XXV.

Del resultado que dió la nueva tentativa de desembarque.



uy cerca de la orilla estaba ya el cristiano bajel, y aunque mayor que antes era la oscuridad, divisáronlo los moros que vigilaban.

—Sin duda es el mismo—dijo á sus compañeros uno de los pescadores.

—No hay duda, ya vuelven.

—¿Qué hacemos?

—Dar aviso á los que duermen para que con tiempo se preparen sin que puedan ser observados.

—Y sin perder tiempo porque llegará muy pronto.

—Sí, sí, que este vientecillo de Levante que empieza á correr les ayudará.

—Cada cual por su lado para que todos despierten á un tiempo.

—Mucho cuidado de no hacer ruido.

—Afortunadamente ya se oculta la luna y la oscuridad nos favorecerá.

—Ya sabeis el plan: dejar que desembarquen y estén algo lejos de la orilla para poder cortarles la retirada: antes que así suceda no hay que hacer el mas leve movimiento.

Partieron los tres moros en distintas direcciones, y en pocos minutos acudieron los demas y fueron ocultándose cerca de la orilla, tendidos en la arena y formando dos grupos, de manera que por entre ellos pasasen los cristianos.

Reinó el mas profundo silencio.

La oscuridad era completa, y en ella envuelto, el bajel atracó sin que otro ruido se percibiese que el de los remos y las agitadas aguas.

¡Cómo se oprimieron los pechos de los valientes cristianos! Sus miradas, intentando romper las tinieblas, se dirigieron hácia la playa, y escucharon con la mas afanosa atención; pero solo oyeron el gemido monótono del mar y la plática dulce que con las olas comenzaba á entablar el vientecillo del Este que se habia levantado.

—Yo nada veo ni oigo—dijo Viana.

Y lo mismo repitieron los demas.

—Pues no perdamos tiempo, que si nos acechan, de nada nos servirá esperar, y si es que se han retirado debemos aprovechar esta ocasion.

—A tierra, pues—repuso el capitán.

Brillaron como luces fosfóricas todas las pupilas, palpitaron con violencia todos los corazones, y resueltos á morir dejaron la fragata los cristianos y en poco tiempo se encontraron sobre la arena.

Allí volvieron á mirar en todas direcciones y á escuchar mientras contenian la respiracion, pero solo oscuridad encon-

traron sus ojos y no percibieron ni el ruido mas leve que pudiera infundir sospecha.

—Parece que Dios ha escuchado nuestros ruegos—dijo el capitán en voz baja.

—Vais teniendo confianza—replicó un marinero.

—Sin embargo, bueno es ir prevenidos para evitar la sorpresa.

—Ya lo estamos.

—Mucho silencio y atención, y fuego sobre el primer bulo ó sombra que se divise. Todos reunidos para poder resistir mejor en caso de un ataque, y si así sucediese, mientras nos defendemos, nos iremos retirando en buen orden hacia la orilla para embarcarnos.

Paso entre paso, volviendo á todas partes la escudriñadora mirada y deteniéndose al oír el mas leve ruido, fueron internándose sin pronunciar una palabra.

Empero no se habian alejado cincuenta pasos de la orilla cuando de repente oyeron un grito y tras aquel otros muchos y luego sobre sus cabezas silbaron algunas balas.

—¡Dios de Dios!—gritó el capitán con acento de la mas desesperada rabia.—¡Nos atacan por la espalda!... ¡Estamos perdidos!... ¡A ganar la orilla á todo trance!... ¡Camaradas, antes morir que ser cautivados!

Un rugido de rabia se escapó de los pechos de aquéllos valientes, y volviendo cara al mar avanzaron presurosos mientras hacian uso de sus armas.

¡Vano intento! ¡Arrojo inútil que solo debia servir para aumentar el peligro que corrían!

Los moros, en número de mas de ciento, se lanzaron sobre los cristianos, dando gritos y disparando sus mosquetes. Rodeáronlos en pocos momentos y los estrecharon sin permitirles avanzar ni retroceder.

Grande fué la confusion y la lucha desesperada y sangrienta.

—¡Compañeros!—gritó Viana.—¡No nos queda mas que morir, pero no dejemos que nos aprisionen!

Y sus ojos brillaron como dos centellas, y á sus palabras respondieron amenazas horribles, ayes y blasfemias que se confundían con las detonaciones de los mosquetes y la incessante gritaría de la morisea chusma.

Aunque se perdían la mayor parte de los disparos porque la oscuridad no permitía dirigirlos con acierto, cayeron sin vida en poco rato tres cristianos y algunos pescadores.

La pelea no podia durar mucho tiempo por la desigualdad de las fuerzas del uno y del otro bando.

—¡A ellos!—gritaron algunos moros.—¿Qué esperamos?

—¡A ellos, sí, porque no han de entregarse y solo conseguiremos matarlos!

—¡Venid, cobardes, traidores!—exclamó Viana fuera sí.—

¡Venid, menguados, perros, mal nacidos!...¡Rayos y truenos!

—¡Todos á la vez y sugetadlos!—gritó un pescador.

Y esta voz corrió de grupo en grupo, y cerrando con los marinos, llegaron á luchar cuerpo á cuerpo.

No eran los cristianos hombres que se dejasen aprisionar, pero los moros eran tantos, que el crecido número de estos puede decirse que ahogó á los otros y la defensa se hizo imposible, pues en pocos momentos se vieron desarmados y sujetos los marineros que quedaban vivos.

Apenas entre cinco ó seis pescadores robustos podían contener los desesperados esfuerzos que hacia Viana para desasirse; pero al fin lograron atarle los brazos, y lo mismo á sus compañeros.

Todo habia concluido, y con aquella desgracia se hacia ya imposible la fuga de Cervantes y de sus compañeros. ¡Infelices! ¿Qué seria de ellos?

Los moros se apoderaron de la fragata y se repartieron la presa no sin tener acaloradas disputas.

Cuando ya sosegados celebraban con broma y risas su

buena fortuna, acercóseles otro moro que habia presenciado el suceso sin tomar parte en él y sin que nadie se apercibiese de su presencia.

Era el Dorador, conocido de muchos de ellos.

—Alláh os guarde—dijo al llegar.

—Este viene al olor de la caza, pero ha llegado tarde; y sobre todo los renegados no tienen participacion en estas empresas.

—Nada vengo á pedir—contestó el Dorador—sino á daros la enhorabuena y á satisfacer mi curiosidad.

—¿Has visto á los cautivos?

—Nó.

—Uno hay que ya se rescató otra vez por trescientos escudos, y ahora no esperamos sacar menos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he conocido, que él no ha querido decir su nombre.

—¿Quién es?

—Un mallorquin bastante acomodado.

—¿Mallorquin?—repitió el Dorador.

Y luego añadió para sí:

—No me equivoqué, son los que esperábamos.

—Ya ves que no ha sido la noche mal aprovechada.

—Ciertamente—repuso el Dorador.

Y despues de hácer algunas preguntas mas para convenirse de que el proyecto habia fracasado, se alejó en estremo pensativo.

La noticia del suceso cundió rápidamente al amanecer y llegó á los infelices cautivos cuya esperanza se desvaneció apoderándose de sus espíritus el pavor y el desaliento que en vano trató Cervantes de reanimar con la magia de sus palabras. ¿Qué suerte les esperaba? Si el valiente mallorquin tenia bastante entereza para que los tormentos no le arrancasen una declaracion que comprometiese á los cautivos, podrian estos permanecer ocultos en la cueva hasta encontrar los me-

dios de fugarse; pero esto era imposible porque no tenían que comer. De manera que debían elegir entre dos cosas bien horribles: ó morir de hambre en su escondite, ó entregarse á sus verdugos. La alternativa no podia ser mas espantosa, y era imposible buscar un término medio.

Tal era la triste situacion en que los infelices quedaron despues de siete meses de encierro que algunos llevaban y de todo género de privaciones, como lo fueron las del alimento y la luz del dia y aun del aire puro que solo en medio de la oscuridad de la noche podian respirar.



CAPITULO XXVI.

Tal era la triste situación en que los infelices quedaron después de siete meses de encierro que algunos llevaban y de todo género de privaciones, como lo fueran las del alimento y la luz del día y aun del aire puro que solo en medio de la oscuridad de la noche podían respirar.

Donde se da cuenta de lo que hizo el Dorador.



RES días habían pasado y aun no había podido descubrirse el fin que los cristianos tenían al desembarcar; pero el Dorador, temeroso de que los tormentos ó las promesas de libertad hiciesen hablar á los nuevos cautivos y se llegase á saber la parte activa que él había tomado en aquellos proyectos, decidióse á salvar su responsabilidad ante todo, y principiando por no volver á llevar alimento á los de la cueva, concluyó por encaminarse á casa del rey Azan con la mas ruin y cobarde de todas las ideas.

—¿No soy primero que los demás? ¿No hace tiempo que se me mira con cierta desconfianza que será mi perdicion? Pues para libertarme del peligro que me amenaza no tengo otro re-

curso que el de dar una prueba de lealtad á esta gente y así me rehabilitaré en su opinion. Mucho lo siento, pero ante todo es mi vida que no debo jugarla así como quiera por salvar la de otros, pues ellos no perderian la suya por la mia.

Así hablaba consigo mismo el renegado, y otras muchas reflexiones parecidas se hizo para tranquilizar su escasa y dormida conciencia, hasta que llegando al palacio de Azan pidió verle para comunicarle un asunto de la mayor importancia.

Era el rey Azan renegado veneciano y se habia llamado Andreta. Al abrazar la religion de Mahoma entró á servir al famoso Dragut, y despues que este murió en Malta, á Uchali, que tambien fué rey de Arjel. La proteccion de este y la crueldad de sus hazañas, le dieron en poco tiempo renombre, y cuando Uchali fué nombrado general de la mar, sucedióle en el gobierno de Arjel.

A toda ponderacion escede la crueldad de Azan; sus goces todos consistian en atormentar á los cristianos cautivos, y sin mas razon que la de entretener el ócio cuando nada tenía que hacer, divertíase en ver ahorcar á uno de aquellos infelices, ó en cortarles las narices ó las orejas, ó apalearlo, siendo él mismo el ejecutor en muchas ocasiones. No pasaba dia en que no condenase á un desdichado á sufrir un suplicio horrible, y cuando este se habia ejecutado parecia quedar tranquilo y contento como el que hace una buena obra. Pálida es toda pintura, falta de espresion toda palabra para dar una idea de la ferocidad de aquel mónstruo á quien nadie ha caracterizado con tanta verdad sino el ingenio de Cervantes, diciendo de Azan, *que era natural condicion suya ser homicida de todo el género humano*. Solo este magnífico pleonasmo puede dar idea de la crueldad de Azan.

Con tales instintos, se comprende fácilmente que nada podia sérle mas grato que la noticia que el Dorador le llevaba, pues le daba ocasion de ejercitar sus crueldades, y además halagaba su codicia, que era mucha, porque segun las leyes

de aquel pueblo bárbaro eran propiedad del rey todos los esclavos fugados ó perdidos que cogian sus soldados.

— Cuando llegó el Dorador hallábase Azán recostado en blandos almohadones de seda carmesi, contento en extremo porque acababa de cortar por sus manos las narices á un cautivo y quemar á otro un ojo porque se atrevió á murmurar de tan injusto y cruel tratamiento.

— Llegó á su presencia el Dorador y después de inclinarse con la mayor humildad, dijo:

— El amor que te profeso y mi deber como leal vasallo me traen para revelarte un secreto de la mayor importancia. Si te dignas escucharme....

— Empieza por donde hayas pensado concluir — interrumpió Azán mientras variaba de postura. — Las palabras inútiles me ponen de mal humor.

— No ignoras — repuso el Dorador — que en pocos días se han fugado de sus casas muchos cautivos.

— ¿Y tú sabes donde están? — preguntó el reyezuelo, incorporándose y mientras que la codicia animaba su rostro.

— Si, poderoso Azán.

— Vienes á venderme el secreto.... te lo pagaré bien.

— No vengo á venderte el secreto, sino á descubrirtelo. Ninguna recompensa quiero sino la de tu gracia, y si me la otorgas quedará satisfecho.

— Si eso quieres no mas — dijo Azán sonriendo — seré tan generoso que la paga escederá á tus deseos.

— Pues nada mas me ofrezcas.

— Habla, pues.

— Los cautivos están ocultos en la casa de campo del alcaide Azán donde esperaban que llegase la fragata que apresaron los pescadores.

— En la casa del alcaide Azán! ¿Estás seguro de no equivocarte?

— Tan seguro estoy que si á bien lo tienes guiaré á tus sol-

dados á la cueva en donde los cautivos se hallan y de la que no salen sino de noche.

—Ahora mismo, ahora mismo—dijo el rey levantándose apresuradamente.—¿Cuántos soldados quierés llevar?

—Basta con diez—contestó el traidor—porque aunque son muchos los cautivos, la mitad están enfermos y los demás no pueden hacer resistencia. Los sorprenderemos en su escondite; y antes que se recobren de su sorpresa los habremos asegurado.

—¿Cuántos son?—volvió á decir Azan.

—Veinte con el jardinero Juan que es el que los encubre y que te pertenece porque debe considerársele fugado.

Quedó Azan pensativo algunos instantes y luego repuso:

—Les habrán ayudado algunos de los españoles que viven en la ciudad, porque ellos solos desde sus encierros no hubieran podido llevar á cabo un proyecto tan atrevido.

—Lo ignoró, pero á bien que el tormento les hará confesarlo todo.

—Yo les haré hablar.

—El principal, el alma de la conspiracion es un cautivo de Dali Mamí que ya en otras ocasiones ha intentado fugarse, y segun dicen es hombre temible por su ingenio y por su arrojo así como por la influencia que ejerce sobre todos los cautivos que lo consideran y respetan como á un gefe ó protector de mucha importancia. Es hidalgo principal en su patria y Dali Mamí esperaba un crecido rescate de él.

—Tengo noticias de ese cautivo.

—Pues ya es tuyo.

—No te detengas. Van á seguirte veinte y cuatro soldados.

—Estoy pronto á obedecerte.

Azan llamó al gefe de su guardia y le dió las órdenes oportunas para el caso.

Inmediatamente veinticuatro infantes y seis turcos de á caballo mandados por su gefe y guiados por el Dorador se

pusieron en marcha para ir en busca de los cautivos, yendo provistos de antorchas para alumbrarse en el interior de la cueva.

No se sabe cómo, pero es el caso, que corrió instantáneamente la noticia de que se había descubierto la guarida de los cautivos fugados y que la guardia del rey iba á prenderlos; así fué que, apenas habian dejado atrás una calle los esbirros de Azan, séguíalos buena porcion de populacho para satisfacer su curiosidad y tener el inhumano placer de insultar á los infelices que despues de tantos padecimientos debian sufrir atroces castigos, siendo el menós horrible el de que les quitarasen la vida.

Los dejaremos seguir su camino que ninguna novedad ha de ofrecer, y volveremos á la cueva donde va á tener lugar un suceso que dió á Miguel de Cervantes ocasion de mostrar su grandeza de alma, con un rasgo tan noble, que es sin duda uno de los que mas honran su gloriosa memoria.

CAPITULO XXVII.

Abnegacion de Cervantes.



omo ya dejamos indicado, el Dorador no habia vuelto á la cueva, y los cautivos pasaron los dos primeros dias con un escasisimo alimento, y este, gracias á que Juan, con riesgo de su vida y con todas las trazas imaginables, lo habia proporcionado. Pero al tercer dia ni aun semejante recurso tuvieron ni lo esperaban para el siguiente, y los mas débiles empezaban á desfallecer, á desanimarse los mas fuertes y desesperarse los mas animosos. Aun el mismo Cervantes se horrorizaba á la idea de morir de hambre en aquel oscuro y fétido agujero, y pensaba que era mejor salir sin reparo alguno y dejarse matar por sus perseguidores. Pero esta idea, hija solo de la locura de la desesperacion, la desechaba siempre que á

su mente acudia, y la resignacion y la constancia volvian á recobrar su imperio y á darle fuerzas para sufrir.

Al principio de la mañana habian conferenciado sobre la conducta que deberian seguir en vista de lo apurado de las circunstancias, pero hubo muchos pareceres y nada se resolvió al fin, y el casancio y los tormentos del hambre que empezaban á sentir les hizo callar y abandonarse á la suerte con esa estóica y horrible calma que se sucede á la desesperacion y al miedo cuando es totalmente imposible la salvacion y los sufrimientos han sido muy largos.

Mas de una hora llevaban ya los cautivos de estar silenciosos é inmóviles, tendidos en el húmedo suelo de la cueva; y al ver aquella quietud y no percibir el oido otra cosa que el ronquido de agitadas respiraciones, algun sollozo ó algun quejido leve, hubiérase creido que mientras los unos dormian con agitado sueño los otros espiraban con lenta agonía ó lloraban sobre el cuerpo inerte de algun hermano.

Entre tanto el poeta habia revuelto en su imaginacion mil planes, mil ideas, y al fin levantó la voz y con acento firme dijo:

—Quiero que me escuchéis, compañeros.

A estas palabras siguióse el ruido del roce contra las paredes y el suelo de algunos cautivos que se levantaron ó variaron de postura para escuchar á Cervantes, y luego todo volvió á quedar en silencio. Ninguno habia contestado porque el hablar era un tormento para aquellos infelices que apenas tenían fuerzas para sostenerse.

—¿Me escuchais?—preguntó el poeta.

—Sí—respondieron algunos con débil voz.

—Os encontrais—repuso Cervantes—en la mas apurada de todas las situaciones y sin mas esperanza que la de morir de hambre ó la de volver á vuestros encierros despues de sufrir crueles castigos. La causa de tales sufrimientos la soy yo que os he inducido á que tomeis parte en un proyecto que por

lo atrevido puede llamarse loco, y á no escusarme el buen fin que me propuse, mi responsabilidad seria mucha y yo muy digno de castigo. Esta situacion no tiene mas que dos términos, que son el perecer aquí de hambre y el de que descubran nuestro paradero. Si me preguntais mi opinion sobre lo que deberá suceder, os diré que creo que lo segundo, pues sospecho que el renegado ha de hacernos traicion para salvarse si el plan se descubrié, y me lo prueba el no haber vuelto como debia para seguir nuestra suerte y ayudarnos, que mucho pudiera á no faltarle la voluntad y sobrarle la mala intencion. Tengo para mí que no han de pasar dos dias, quizás algunas horas, sin que vengan á prendernos, y en esta conviccion quiero ponerme de acuerdo con vosotros sobre la conducta que hemos de observar para hacer menor el peligro y para dejar tranquila mi conciencia.

—¿Acaso—le replicó un cautivo—puede remorderos vuestra conciencia porque habeis hecho por nosotros todo género de sacrificios? La nuestra es la que debe acusarnos, porque tal vez si solo á vos hubiéseis atendido ya estarias libre, siendo como sois sin igual para idear trazas no imaginables y valiente para ejecutarlas.

—Nó, amigo mio—dijo Cervantes;—yo os he hecho ir demasiado lejos, os he hecho abrigar esperanzas locas, he confiado demasiado en mis fuerzas, he imaginado cosa positiva lo que solo eran recursos probables, y esto os ha traído á tan triste estado, que el tristísimo del cautiverio es preferible comparado con él.

—Señor Miguel, no aumenteis nuestros tormentos, no hagais mas penosa nuestra agonía, pues mas sufriremos sabiendo que por nosotros sufris y que nos juzgais tan miserables que os acusamos de lo mismo que os debemos agradecer. Está muy cercana nuestra última hora....

—Os equivocais—interrumpió el poeta:—os repito que darán con nosotros.

—Bien, pues sabremos morir á manos de nuestros verdugos, bendiciendo vuestro nombre.

—Eso es precisamente lo que quiero evitar, porque probada vuestra culpa os ahorcarán ó tal vez os impondrán castigos mas atroces que la muerte.

—¿Y cómo ha de evitarse si volvemos á poder de nuestros amos? Os digo, señor Miguel, que esto es mas imposible que alcanzar la libertad, á menos que vuestro ingenio se empeñe en encontrar remedio para lo que no lo hay.

—Dejadme obrar y os prometo que, sino del todo, al menos en gran parte se evitará la desgracia.

—Decid cómo—respondieron algunos con tono de extrema curiosidad.

—Antes de manifestaros mi proyecto quiero que me deis palabra de obedecerme.

—¿Y por qué esa condicion?

—Porque es precisa.

—Sospechoso es el misterio.

—¿Teneis confianza en mí?

—¿Eso nos preguntais?.... ¡Vive Dios, que nos haceis una ofensa!

—Entonces....

—Sin embargo, señor Miguel, vuestra reserva significa mucho.

—Teneis delante la muerte, y por descabellado que sea mi plan, nada peor que morir puede sucederos.

—No es el miedo de un nuevo apuro el que nos hace desconfiar, sino el de que intenteis imponeros otro sacrificio.

—Pues bien, os ruego que jureis obedecerme, y pensad que esta será tal vez mi última súplica. ¿Os negareis?

—Dudamos—dijeron algunos.

—Entonces esperemos á nuestros verdugos y que os ahorquen aunque los remordimientos me atormenten toda mi vida.

—¿Y por qué no decís que nos ahorquen? ¿Acaso pensáis que vos habeis de libraros de sufrir el castigo que todos?

—Ya sabeis—repuso el poeta—que en ocasiones semejantes ni un mal tratamiento me han dado, porque tengo un medio seguro de evitarlo y ahora me servirá como siempre. Por esta razon digo que os castigarán y no á mí, y por lo mismo, yo que estoy libre de ser víctima de la barbarie de mi amo, que he de quedar ni mas ni menos como antes estaba, debo mirar por vosotros y ofreceros una proteccion que no podeis dispensarme.

—Mucha es vuestra confianza.

—La esperiencia ha probado que debo tenerla.

Los cautivos guardaron silencio por algunos instantes.

—¿Me concedeis este último favor?—repuso el poeta.

—¿Os empeñais en ello?

—Si algo me debeis consideraré que me lo habeis pagado todo con exceso.

—¿Y vos nos prometeis que no pensais arriesgar mas de lo que habeis arriesgado?

—Os repito que mis verdugos respetarán mi vida como han hecho otras veces.

—Jurémosle obedecerle—dijo un cautivo.

—Lo juramos—añadieron muchos.

—¿Y no me hareis ninguna observacion?—volvió á preguntar el poeta.

—Ninguna.

—Pues bien, escuchadme y luego callad y esperad los acontecimientos.

—Hablad, explicaos.

—Cuando vengan á prèndernos, yo diré que os he alucinado, que os he engañado con mil promesas y que en contra de vuestra voluntad os he hecho seguirme.

—¿Qué decís?—exclamaron muchos de los cautivos llenos de asombro.

—Me habeis jurado obedecerme y no hacer ninguna observación—replicó el poeta con firme tono.

—Pero....

—Cuando llegue el caso haré lo que os digo y vos declarareis que es la verdad, que vinisteis engañados creyendo que la reunion tenia distinto fin, y luego no pudisteis volver á casa de vuestros amos porque os amenazé con delataros antes y decir que os habíais fugado, con lo demás que yo añadiré y que vosotros afirmareis.

Fué tal la admiracion y la sorpresa que este rasgo de noble abnegacion produjo en los cautivos, que por algunos instantes no pudieron articular una palabra; pero al fin, algunos con lágrimas de ternura en los ojos, y ahogado de todos el pecho por la ternura de su emocion, iban á replicar á pesar de su juramento, cuando llegó á sus oídos un rumor extraño que fué creciendo por instantes hasta percibirse distintamente el eco de algunas voces.

Los infelices cautivos quedaron suspensos, sin poder apenas respirar, y mientras que mudos de espanto escuchaban con medrosa atencion, Cervantes, poniéndose de pie, poseido del entusiasmo de su abnegacion, arrebatado por sus nobles y generosos sentimientos, exclamó con acento firme:—

—¡Acordaos de vuestro juramento!

Y despues de algunos instantes, añadió:—

—Este es el momento mas solemne de mi vida.... ¡Dios mio, dadme valor para cumplir mis deberes, y que no tenga que avergonzarme porque el desaliento me haga vacilar al cumplir la sagrada mision del hombre de sacrificar su vida en bien de sus hermanos!

Tras el ruido de voces se oyó el de pisadas y el del choque, sin duda de los alfanjes, contra las paredes, y luego amenazas, juramentos y blasfemias se percibieron clara y distintamente.

Los cautivos temblaron poseidos del mayor espanto, pues

aunque no eran cobardes tuvieron miedo porque el instinto de conservacion está siempre sobre el valor mas temerario del hombre, y todo lo mas que puede conseguirse en los momentos de peligro es ocultar, no dominar, el temor de la muerte con los esfuerzos que hace el deber, el honor, el orgullo, la vanidad ó la necesidad:

Luego se oyó decir,

—¡Por aquí, á la derecha!

Y pocos momentos despues se inundó súbitamente la cueva con los rojizos resplandores de las humeantes antorchas que llevaban los soldados del rey.



Entonces pudo verse un doloroso
sino cuando que hubiese conmovido
en el cónvexo techo de la cueva.
los labios de los soldados y resonó
una letor cargada salió á coro de
oprimidos pechos de los cautivos, y
acabóse un rito de espanto de los

al corazón mas duro.
Los cristianos se hallaban esparcidos en desorden, senta-
dos los unos, otros recostados y muy pocos de pie, porque los
menos eran los que conservaban algunas fuerzas para soste-
nerse. Todos los rostros estaban cubiertos de una palidez mor-
tal; apagado el brillo de los ojos y los labios secos y blandu-
cinos. Muchos estaban casi completamente desnudos y dejaban
ver su huesoso y agitado pecho, sus brazos y piernas enfla-

CAPITULO XXVIII.

Cómo Cervantes cumplió su propósito.

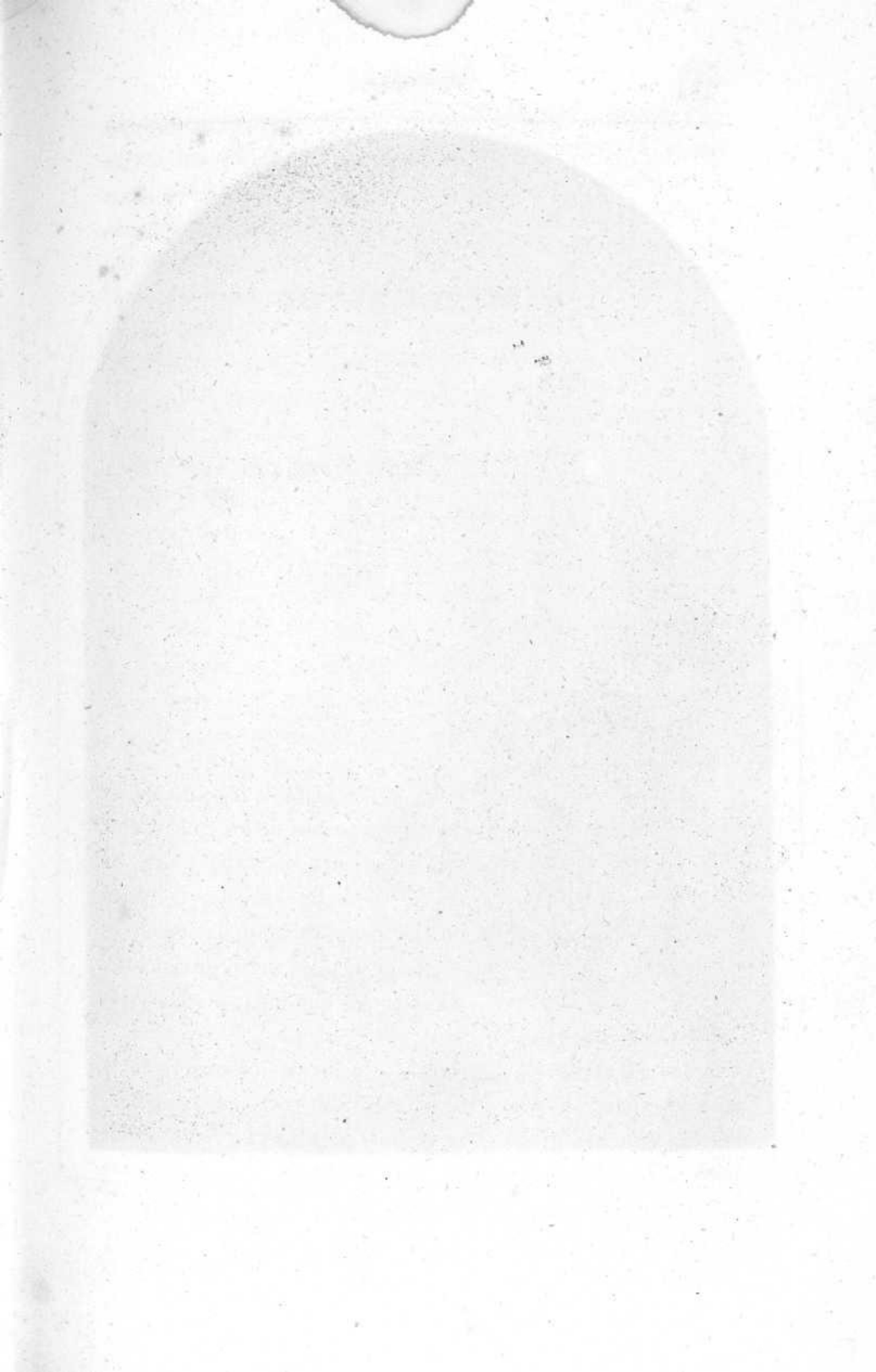


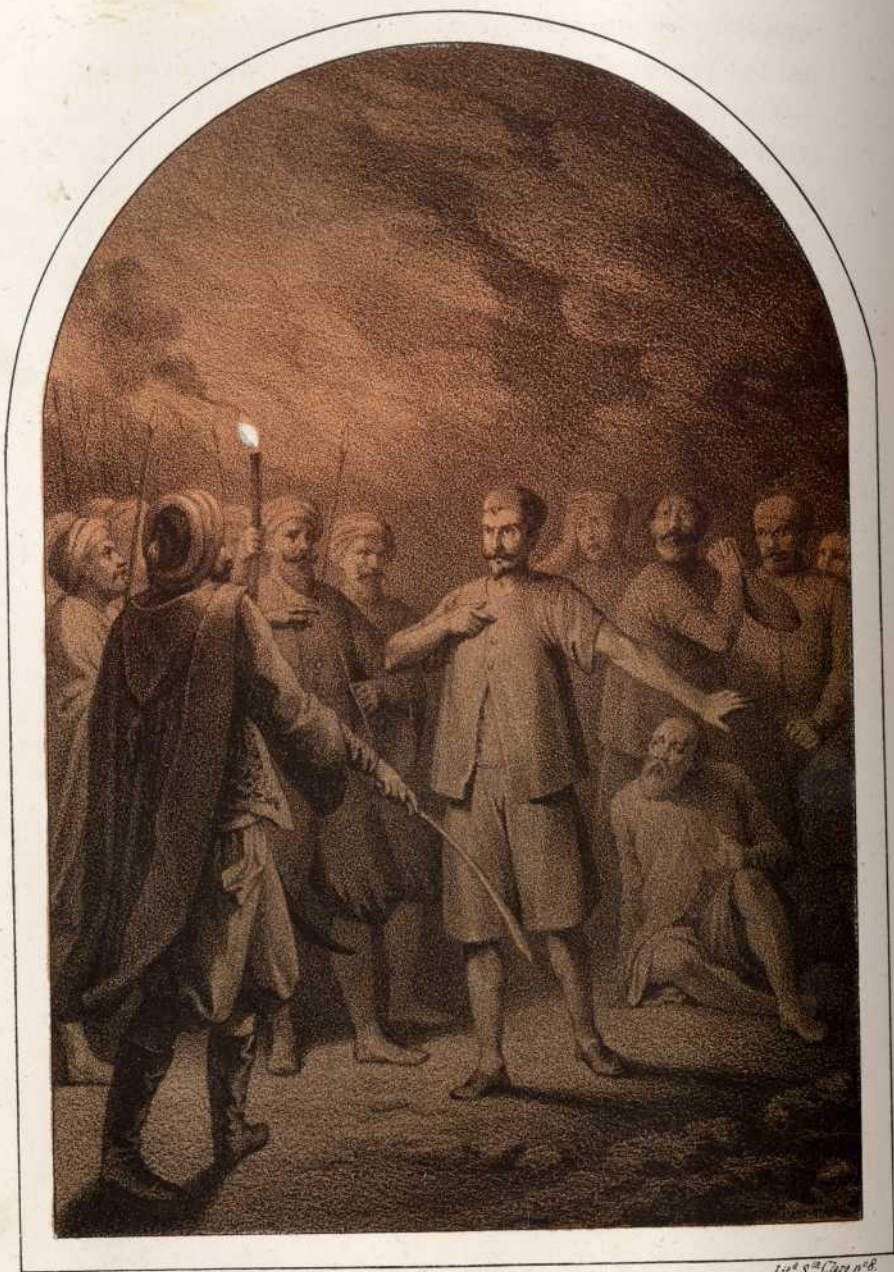
SCAPÓSE un grito de espanto de los oprimidos pechos de los cautivos, y una feroz carcajada salió á coro de los labios de los soldados y resonó en el cóncavo techo de la cueva.

Entonces pudo verse un dolorosísimo cuadro que hubiese conmovido

al corazón mas duro.

Los cristianos se hallaban esparcidos en desórden, sentados los unos, otros recostados y muy pocos de pie, porque los menos eran los que conservaban algunas fuerzas para sostenerse. Todos los rostros estaban cubiertos de una palidez mortal; apagado el brillo de los ojos y los labios secos y blanquecinos. Muchos estaban casi completamente desnudos y dejaban ver su huesoso y agitado pecho, sus brazos y piernas enfla-





*Zaria d'y-hi**

Lit. S.ª Clara n.º 6.

—Solo yo soy el criminal....

quecidos y en armonía con la demacración horrible de sus mejillas. Por sus movimientos lánguidos, inciertos, adivinábase en muchos la mas estremada enervación, en no pocos el marasmo, y en todos ellos la mas ó menos cercana muerte que les amenazaba con una lenta y penosa agonía. Junto al mancebo de ardiente mirada y atléticas formas que apretaba amenazante los puños y rechinaba con rabia los dientes, veíase al anciano de frente calva y venerable, débil y flaco, que casi exánime descansaba en el húmedo piso su desnudo cuerpo y exhalaba un gemido, el último quizás, de angustioso dolor. Cuál levantaba la cabeza con orgullo y cuál la inclinaba como agoviado por el terror.

De pie y delante de todos, con altivo continente, la cabeza erguida con imponente altivez y la pupila ardiente y fija y penetrante la mirada, hallábase nuestro poeta sin que el miedo se dejase ver en su rostro ni hiciese temblar sus miembros. La vacilante y rojiza luz de las antorchas se derramaba sobre su ancha frente, pálida pero serena, como si una aureola de celestiales resplandores la coronase ó el fuego de la inspiración que bajo ella ardía despidiese sus vivos rayos. ¡Noble figura digna de la omnipotente mano que la habia formado!

Los turcos levantaron sus alfanges sobre algunos de aquellos infelices que apenas sabian lo que les sucedia, y gritaron con tono amenazante:

—¡Ninguno se mueva! ¡Presos en nombre del rey!

Cervantes dejó escapar una sonrisa desdeñosa, miró á los soldados uno por uno, y luego dijo:

—¡Cobardes!

—¡Atadlos!—dijo el gefe de la guardia.

—¡Atarlos!—exclamó el poeta.—¿Por qué? ¿A quién buscáis?

—¡A quién buscamos!.... Estraña pregunta. Buscamos á los criminales y ya los hemos encontrado.

—Os equivocais, esos hombres son inocentes.

—¡Inocentes! —dijo el turco con tono de sorpresa. —Tú quieres burlarte de nosotros sin saber á lo que te espones. Si son inocentes, ¿dónde están los culpables?

Cervantes levantó mas la cabeza, se adelantó un paso, y mientras clavaba su mirada penetrante en el gefe, exclamó, poniendo la diestra sobre el pecho:

—¡Solo yo soy el criminal!

Y quedó inmóvil, tranquilo y sereno mientras que el turco lo contemplaba lleno de admiracion y de sorpresa y fascinado por aquella mirada no acertaba á pronunciar una sílaba.

—O estás loco—dijo al fin el gefe de la guardia—ó yo no entiendo lo que dices.

—Lo que no comprendes—replicó Cervantes—es cómo hay un hombre en quien puede mas la rectitud y el amor á la verdad que el temor á la muerte. Y no lo comprendes porque tienes un alma ruin, porque tú en mi lugar para librarte de un castigo, siquiera para hacer que fuese menor, acusarias á tus hermanos, echarias sobre ellos toda la culpa.

—¿Pero no dices?....

—Que son inocentes.

—¿Cómo es que se escaparon de sus casas? ¿Cómo es que están aquí.

—Vinieron engañados por mí que me dejé llevar de locas esperanzas, y luego no pudieron volverse porque les amenazé, porque les hice ver que ya una vez que se habian escapado no atenuarian su falta con volver á sus encierros. Necesitaba de su ayuda y mi afan por verme libre me hizo egoísta; pero ya que una vez fui criminal no atendiendo sino á mi conveniencia, quiero ser justo ahora.

—Y tú mismo te acusas....

—Porque no soy tan cobarde como vosotros—replicó el poeto.

El gefe turco quedó pensativo y sin saber qué partido tomar con un hombre tan extraordinario.

—¿A qué esperas para cumplir las órdenes que tienes?—
repuso Cervantes.—Condúceme á presencia del rey ó de mi
amo y deja que estos vuelvan á sus casas.

—¡Dejarlos!

—¿No te he dicho que son inocentes? ¿Qué mas pruebas
quieres que mi confesion? Por cierto que no puede ser sos-
pechosa.

—Pero....

—Te habrán mandado que te apoderes de los crimina-
les.... ninguno hay aquí mas que yo y á ti me entrego.

El turco no sabia que hacer para no desagradar al rey;
dudó largo rato, y al fin, sin resolverse á nada, dijo á uno de
los soldados:

—Que vaya corriendo un ginete á dar parte al rey de lo
que ocurre.

El soldado salió de la cueva, enteró á uno de sus compa-
ñeros de á caballo del suceso, y este partió á escape para
noticiarlo al renegado Azan.

—Aquí no se puede respirar—dijo el turco.—Salgamos
mientras llega la contestacion del rey. Vamos, perros, afue-
ra y esperaremos cómodamente al aire libre.

Los cautivos se levantaron y fueron saliendo tras los
turcos.

Fuera ya de su escondite pudo examinarse mejor el rostro
de aquellos infelices. Algunos de ellos, los mas ancianos, lle-
vaban en la frente marcado ya el sello de una muerte próxi-
ma. Sin fuerzas para sostenerse se dejaron caer en el suelo y
tuvieron que ocultar el rostro entre sus manos huesosas, por-
que sus ojos debilitados no pudieron resistir la impresion re-
pentina de la luz del sol. Otros se sentaron de manera que
con las rodillas casi tocaban á la boca; cruzaron los brazos,
poniendo las manos sobre los hombros para recojer el calor y
se les vió agitarse convulsivamente á impulsos del frio produ-
cido por la desnudez y por la falta de alimento. Los menos

permanecieron de pié, aspiraron con avidez el aire y miraron en todas direcciones y aun llegaron á levantar hácia el sol los ojos con todo el afán del avariento que contempla el oro que le robaron y ha podido recuperar.

Cervantes habló con unos y con otros, infundiéndoles valor, dándoles esperanza, encendiendo la entibada fé y prodigándoles consuelos tan dulces y cariñosos, con tanto afán y ternura que nadie hubiese creído que aquel hombre era el que mas tenia que temer de todos ellos.

Cerca de media hora pasó y el ginete volvió con la respuesta de Azan.

—¿Qué ha dicho?—preguntó el gefe turco.

—Que se lleven á su baño á los cautivos hasta que con sus ojos se vea lo que hay que hacer; pero que al manco español se le separe de todos y bien asegurado se le conduzca á su presencia inmediatamente.

El turco dió las órdenes oportunas para que se cumpliese la del rey. Diez y seis infantes rodearon á los cautivos y se los llevaron. Algunos necesitaron para andar la ayuda de sus compañeros.

Cuando hubieron salido de la huerta maniataron á Cervantes, le pusieron al cuello una cuerda de esparto para llevarlo como á una bestia, y rodeado de los soldados que quedaban de infantería y de caballería, se pusieron en marcha.

Apenas salieron de la quinta, un populacho, soez, bárbaro, inhumano, cercóles y prorrumpió en denuestos contra el poeta, insultándole cobardemente y llegando hasta el estremo de escupirle y arrojarle piedras.

Tal suerte estaba reservada al buen patricio, al soldado valeroso y cubierto de heridas, al hombre de ejemplares virtudes, al mayor ingenio del mundo, como ha dicho uno de los patriarcas de nuestra literatura moderna, al que debia ser la primera gloria de nuestro Parnaso. Y mientras así se trataba al hombre de gran corazón y cuyas virtudes, no solo se

habian hecho proverbiales en Arjel, sino que se reputaban dignas de mucha estima en España, mientras así se le trataba, su desdichada madre imploraba la caridad de la grandeza española, llevaba sus lágrimas hasta el trono del tirano de dos mundos, de aquel hombre extraordinario que es el misterio de nuestra historia, de aquel gran rey que hizo mas de lo que puede hacer ningun hombre, del llamado por unos *Prudente*, por otros *Justiciero*, *Severo* por otros, de Felipe II, en fin, y, repetimos, aquella madre dolorida que solo pedia una limosna mezquina para volver á su patria un tesoro de inestimable valor, no encontró una mano compasiva que la ayudase, llamó á todas las puertas y ninguna se abrió, habló á todos los oídos y ninguno la escuchó, tocó todas las cuerdas del sentimiento y ninguna se conmovió, y fué mirada de muchos con desden, acogida de otros con frialdad y despedida por todos con indiferencia. Y habló entonces en nombre de la gratitud y recordó que la patria era deudora á su hijo de la sangre que habia derramado defendiendo el honor nacional, los intereses de sus conciudadanos y la santa causa de la religion que entonces corrió mas peligro que nunca. Pero todo en vano; Cervantes no era para su rey mas que un soldado como otro cualquiera que al derramar su sangre solo habia cumplido con su deber; no era para los ricos y los grandes mas que un simple hidalgo pobre y oscuro que como otros cien habia demostrado algun ingenio y travesura.... ¡ Ah!.... ¡ Y aquella madre tuvo que llorar en silencio y guardarse de molestar á los poderosos como habia sucedido á su desgraciado esposo que murió envenenado por la amargura de los desengaños y de las humillaciones y que vió convertir en montaña de labrada piedra otra montaña de oro para levantar un monumento que por su grandeza espantase la mirada y suspendiese el ánimo y que se llamase la octava maravilla, sin que el hombre cuyo fanatismo y orgullo dejaba aquel recuerdo tan grande como él, quitase á la montaña de oro un solo grano para volver á su patria al

mas honroso de sus hijos, para darle una gloria mayor, mas envidiable que la del monumento artístico del Escorial! ¡Tantos millones para levantar un palacio y ni un solo escudo para que no se perdiese una gloria nacional, para premiar servicios de grande importancia, para alentar virtudes no comunes!.... ¡Oh! si el hombre de génio no se remontase sobre todas las miserias del corazon humano, se prostituiria bien pronto al considerar ¡sarcástica idea! que la pátria que ha de gastar crecidas sumas en encerrar sus huesos, su cabeza cuando ya no piense, en un sepulcro de oro y en erigirle una estatua, lo dejará morir de hambre sin desprenderse por él de un solo grano de plata. ¿Por qué sucede así? Tal vez, y no lo aseguramos, sea porque al morir el hombre de génio muere la envidia de los que lo conocieron y viene la vanidad á levantar esos monumentos donde la verdad debiera escribir con su severa mano: *Este sepulcro de mármol y oro, esta estatua de imperecedero bronce, costaron diez veces mas de lo que necesitó para no morir de hambre aquel cuyos huesos encierra y en cuyo honor se ha erigido, y fueron costeados con gusto por la misma pátria que negó un pedazo de pan al hijo que mas la honra. Inclínemos la frente y veneremos la memoria de aquel á quien en vida despreciamos.* ¡Pobre y miserable sociedad! ¡Ah!.... ¡se nos viene á los lábios una carcajada de hiel!....

Empero nos separamos de nuestra narracion, quizás se fastidia alguno de nuestros lectores, y esto no es justo porque el lector paga en buena moneda para divertirse y no para que desahogemos nuestra amargura. Y además, tales consideraciones vendrán mas á cuento cuando lleguen á referirse otros sucesos de la vida de nuestro inmortal héroe.

Como deciamos antes, el poeta fué objeto de los mas groseros insultos, de la mofa de aquel populacho bárbaro. Empero en vez de aturdirse ni acobardarse, sintió por el contrario renacer todas sus fuerzas y enardecerse su noble orgullo. A su cabeza acudió toda su sangre, palpitó su corazon con vio-

lencia, y sus ojos de fuego dejaron escapar sobre la multitud una mirada tan terrible, tan imponente, que por algunos instantes no hubo quien se atreviese á verter nuevas injurias, y algunos retrocedieron un paso con cierto miedo que no hubieran sabido explicarse.

Una idea que por lo atrevida hubiera podido tonerse por loca surgió entonces en la mente de Cervantes, y contemplando á la haraposa y degradada multitud que lo seguia, murmuró con sordo acento y voz reconcentrada:

—¡Canalla miserable y ruin, entes cobardes que insultais al caído y al indefenso, yo romperé mis cadenas y haré que este pueblo de bárbaros se convierta en un pueblo culto y que sean esclavos los que son señores! ¡Oh!.... yo no me contentaré con alcanzar mi libertad, sino que no descansaré hasta que vuestras mezquitas, purificadas por la palabra del sacerdote, se conviertan en católicos templos, y vuestros palacios en cuarteles para los tercios españoles. Los que no me han ayudado para sacarme del cautiverio me ayudarán para estender sus conquistas y el número de los pueblos cristianos: sino respondieron á la caridad responderán á la pátria y á la ambicion.

Y luego, cerrando los oidos á la griteria del populacho, se entregó á meditaciones profundas sobre el proyecto atrevido, en que tanto trabajó despues, de quitar á los mahometanos á Arjel; proyecto que se hubiese visto realizado sí, como dice el P. Haedo en su *Historia de Arjel*, hablando de Cervantes, *si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la ventura, hoy fuera el dia que Arjel fuera de cristianos, porque no aspiraban á menos sus intentos.*

¡Cuantos beneficios no hubiera recojido España de aquel hombre extraordinario si le hubiese prestado la mas leve ayuda! Si cautivo, encerrado y sin ningun apoyo ponía en ejecucion tan atrevidos proyectos que estuvieron á punto de realizarse ¿qué empresas no hubiese acometido á contar con los

medios que otros desaprovechaban? ¡Y mientras él, sin mas que su ingenio y su arrojo, arriesgando su vida pensaba en hacer una conquista para su patria, era en esta olvidado!....

La comitiva llegó al alcázar de Azan, pasaron á este aviso y mandó que entrase en su aposento el cautivo manco.

Se preparaba una escena no menos interesante que la anterior, y en la cual Cervantes debia probar toda la grandeza de su esforzado ánimo y el ascendiente que ejercia sobre el de los mas poderosos.

Pasemos, pues, á la cámara del rey para presenciar la entrevista del tirano y del esclavo, del verdugo y de la víctima.